

LANZA DEL VASTO

**COMENTARIO
DEL EVANGELIO**

**Traducción de
ENRIQUE PEZZONI**

Segunda edición

**Editorial SUR
Buenos Aires, 1960**

Título del original francés: *Commentaire de l'Évangile*

Éditions DENOËL, 1954

Nihil obstat
P. MENESSLER
o.p.
París, 15 de noviembre de 1951

Imprimatur
LOUIS LIAGRE
Obispo de La Rochelle y de Saintes

La Rochelle, 26 de noviembre de 1951

INDICE

Prefacio.

LIBRO PRIMERO

- I. Del asombro o Introducción al Evangelio
- II. Principio del Santo Evangelio. Genealogía de Jesús. El Evangelio y la Historia
- III. Principio según Marcos y Lucas. San Juan Bautista y Jesucristo
- IV. Principio según san Juan
- V. El Verbo en la tradición hindú
- VI. “Y la Luz en las tinieblas resplandece”
- VII. El Bautismo
- VIII. De la Tentación de Jesús
- IX. Fin de la Tentación. Los dos discípulos de Juan
- X. Las bodas de Caná
- XI. Del temor de Dios
- XII. La Natividad. Los magos y los pastores
- XIII. El misterio de la Navidad
- XIV. El niño. La degollación de los inocentes
- XV. Las Bienaventuranzas
- XVI. La sal de la tierra
- XVII. La lámpara bajo el celmín y las perlas a los puercos
- XVIII. Abrogar o cumplir la ley
- XIX. Amad a vuestros enemigos o de la caridad
- XX. Fin del sermón según Lucas. No juzguéis. Cimentar sobre la piedra
- XXI. El mayordomo injusto
- XXII. Padre Nuestro
- XXIII. El ojo es la antorcha del cuerpo
- XXIV. Fin del Sermón según Mateo
- XXV. Los mercaderes expulsados del templo
- XXVI. Nicodemo
- XXVII. La multiplicación de los panes
- XXVIII. La mujer samaritana

XXIX. El Sermón en la barca

XXX. Las Vírgenes fatuas y las vírgenes prudentes. La parábola de los talentos

XXXI. Abandono. Recompensa y Gracia. El mancebo rico y los obreros de la viña

LIBRO SEGUNDO

I. Dios y César

II. Los convidados a las Bodas

III. El hijo pródigo

IV. San Juan Bautista y la Iglesia Invisible

V. Un milagro de la fe

VI. El enfermo en la piscina de los cinco pórticos.

VII. La violación del sábado

VIII. "Yo y mi Padre"

IX. La vida en sí

X. Cristo anda sobre las aguas. "Si no comiereis mi carne"

XI. La fiesta de los Tabernáculos o Soledad de Jesús

XII. La mujer adúltera

XIII. "Si no creyereis que yo soy"

XIV. El ciego y la fuente de Siloé

XV. La puerta del aprisco

XVI. La fiesta de la Dedicación o la Consagración del cuerpo

XVII. La resurrección de Lázaro

XVIII. La Transfiguración

XIX. El servidor del centurión. El hijo de la viuda. Duda de Juan Bautista

XX. Los Ramos

XXI. Introducción a la Pascua

XXII. Judas

XXIII. "Éste es mi cuerpo." "Ésta es mi sangre."

XXIV. Anuncio del perjurio. Muchas moradas. La Vida, la Verdad, el Camino. "Creed en mí"

XXV. El mandamiento de amar. El Espíritu de Consuelo

XXVI. La viña. El amor divino. El odio del mundo

XXVII. Última plegaria de Jesús

XXVIII. La Agonía

XXIX. La Crucifixión

XXX. El cuádruple suplicio y la aceptación

XXXI. Cristo después de la Resurrección

PREFACIO

El Comentario del Evangelio no forma parte de la obra literaria de Lanza del Vasto. Pertenece a su enseñanza oral. No estaba destinado a la publicación y se dirigía a un reducido grupo de compañeros que, para llevar a la práctica su doctrina y librarse de los compromisos, errores y encadenamientos de nuestro mundo, se agruparon alrededor de Lanza del Vasto unidos en el trabajo manual. Carpinteros, cinceladores, tejedores trabajaban en talleres situados en los barrios más populosos y vetustos de París, y cultivaban en los alrededores un huerto. Se reunían todos los viernes en el taller de las hilanderas de la calle Saint-Paul. También asistían algunos visitantes que se arriesgaban por la escalera hendida, crujiente, negra de siglos.

Reinaba allí una dulce paz y una agradable tibieza. Los telares estaban plegados y las ruecas apoyadas contra la pared. Todos se sentaban en torno a Lanza del Vasto en círculos apretados. Tras un largo silencio de recogimiento, él abría el libro y leía. Y después hablaba, improvisando. Mónica, una adepta llamada la Abeja, tomaba al vuelo notas que servirían de guía.

Ahora que el Peregrino se ha hecho trabajador sigue reuniendo a los suyos en torno del hogar, al regreso de los campos. Si es durante el estío, se juntan bajo la gran haya. Y nuevas notas se han agregado a las anteriores.

Nos alegra que el grupo no haya querido ocultar celosamente su tesoro: esos fragmentos verán la luz y en el curso de los años otros habrán de seguirlos. Pensamos que todos los que buscan la verdad (y no tan sólo aquellos que se han consagrado a las disciplinas y la dirección de vida que Lanza del Vasto impone a los suyos) encontrarán en ellos un excelente alimento y un saludable auxilio.

Nos complace que el autor de la Peregrinación haya sentido la necesidad de dar al mundo un testimonio cristiano.

Como Lanza del Vasto ha publicado ya la Peregrinación a las Fuentes y no ha publicado aun la Peregrinación al Sepulcro, suele olvidarse, a pesar de sus vehementes y reiteradas afirmaciones, que es cristiano y sigue siéndolo: que no ha visitado tan sólo las riberas del Ganges y las alturas del Himalaya, sino también Jerusalén, Nazareth, el mar de Galilea. A pie ha cruzado Grecia, Turquía, Siria y el Líbano, "apenas con un manto y sin una moneda en el cinto", como enseña que hemos de marchar el librito que llevaba en las manos y que leía durante el viaje. Sin armas atravesó la Tierra Santa devastada por la guerra y entró en la gruta de Bethlehem en la Navidad de 1938, entre dos filas de tanques. Antes de que se publique - dentro de muy poco tiempo, si Dios quiere- esa segunda Peregrinación esperada con tanta impaciencia por los lectores de la primera, el Comentario atestigua que la Gruta de la Natividad y el Santo Sepulcro son en el Pensamiento del autor las Supremas Fuentes. Y sobre todo ese librito de la Nueva Alianza, de la Buena Nueva, en que se dice: "Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba. El que cree en mí. . . de su vientre correrán ríos de agua viva".

Como ha frecuentado a los yoguis del Himalaya y ha atormentado su cuerpo con sus prácticas para alcanzar o al menos vislumbrar toda la verdad que la naturaleza humana puede obtener de su propio fondo, con harta frecuencia lo han hecho pasar por hindú y hasta por budista -tal es la confusión, la ligereza de los juicios-, mientras que en todas sus obras ha hecho profesión de fe católica ferviente:

"Si no hubiera conocido a los yoguis -dice-, si no hubiera sido iniciado en sus métodos, muchas verdades de nuestra fe seguirían siendo para mí, como -para muchos de mis correligionarios, fórmulas que se repiten de memoria. Y salvo algún fulgor que pudo traspasarme en los puntos culminantes de mi vida interior para dejarme más bien deslumbrado en ese instante preciso que debidamente aclarado, quizá nunca habría llegado hasta Dios sino por medio de fórmulas. Mientras que ahora he pasado de la repetición mecánica a la

conciencia. No por mérito propio, sino como resultado natural del ejercicio, capaz de transformar la materia humana y de hacerla permeable a la luz".

Jacques Maritain, al referirse al "inmenso esfuerzo místico que atraviesa el Pensamiento hindú" reconoce que ese esfuerzo "pone en marcha los procedimientos naturales de ascesis e intuición que forman como un lugar de espera frente a la Contemplación perfecta" (J. MARITAIN, *Les Degrés du Savoir*, pág. 148). En otro estudio (autor citado, *L'Expérience mystique naturelle et Le vide*, pág. 133 (Études carmélitaines, octubre de 1938)) llega a declarar: "creemos que una reflexión atenta sobre la contemplación hindú obliga a reconocer en gran número de yoguis (por ejemplo, en Pamana Maharshi) la posibilidad de una experiencia mística negativa" de orden natural, si no de las "profundidades de Dios" por lo menos del Absoluto, "ese Absoluto que es el eje sustancial del alma y, en sí y Por sí, del Absoluto divino". Comparemos con la declaración de Lanza del Vasto que acabamos de citar, examinemos todos sus términos y deduzcamos si tienen un carácter más hindú que la del filósofo contemporáneo más celosamente ortodoxo.

En cuanto a la singular estima que Lanza del Vasto siente por las técnicas aprendidas en la India no es cosa de asombrarse, al menos para quienes conocen los notables alegatos del R. P. Poucel en favor del "Arte del recogimiento", ese "recogimiento activo" recomendado a todos los cristianos (y no sólo a los que se inician en las vías espirituales) por todos los Maestros de la Vida interior; ese recogimiento cuya fórmula (Pongámonos en presencia de Dios) encontramos, por las mañanas y las tardes, al comienzo de las plegarias de nuestros catecismos y devocionarios, sin que por desgracia podamos decir que nos facilite en mucho el acceso.

"Hay que reconocer que el recogimiento se practica con muy poca frecuencia -escribía el padre Poucel-. Es que, por así decirlo, nunca lo aprendemos, cosa monstruosa. Nos instruimos sobre mil trivialidades y tenemos escuelas para todo, salvo para eso. Nuestra época supersticiosa ha instituido culturas de todo y ha olvidado lisa y llanamente la del pensamiento. El resultado de tal omisión es que pocos cristianos saben rezar mentalmente... Pero no me explico por qué motivo el arte del recogimiento habría de ser exclusivo de los budistas o los teósofos, cuando en verdad debería ser virtud natural del bautizado. El arte del recogimiento existe y no es privilegio de nadie". Y en otra obra: "Existen entre los hindúes escuelas de perfeccionamiento respiratorio cuyo objeto es un progreso espiritual... Estos ejemplos extranjeros deberían avergonzarnos. ¿De modo que un cristiano es incapaz de emular la concentración espiritual del musulmán en el instante del rezo o el intenso esfuerzo espiritual del yogui? Podríamos imitar su escuela al menos en esto". Ciertamente que el padre Poucel agrega en seguida: "En cuanto a sus métodos, nada nos obliga, evidentemente, a adoptarlos". Conven-gamos que eso significa que nada se opone a ello, en todo caso.

Por lo demás, si estamos persuadidos de que toda verdad pertenece al Verbo y de él se refiere por derecho propio, si recordamos la sentencia del Apóstol y pensamos que "todo lo que es cierto, todo lo que es venerable, todo lo que es justo, todo lo que es puro, todo lo que es digno de elogio debe formar el objeto de nuestros pensamientos", no comprendemos por qué motivo un cristiano, seguro de la trascendencia de su religión, ha de creerse en el deber de cerrar los ojos frente a lo que hay de bueno en una religión extranjera, en lugar de reconocer en ella su bien y obtener de ella su provecho.

Hace unos veinte años el R. P. Allo, poco adicto, como es sabido, a los admiradores del pensamiento hindú, admitía la posibilidad de un futuro contacto con dicho pensamiento y veía en él "la oportunidad de un retorno a los mejores principios de nuestra propia cultura, demasiado olvidados o descuidados por la mayoría de los creyentes, tanto laicos como sacerdotes". "Y como el mundo cambia visiblemente agregaba-, quizá esté a punto de llegar el momento." Parece que en verdad ha llegado el momento. Un religioso como el R. P. Dandoy,

católicos como Jacques Maritain, Louis Massignon, Emile Dermenghen, Olivier Lacombe y Lanza del Vasto han comprendido que en esta trágica encrucijada de la historia del mundo es más importante destacar los puntos comunes de las religiones que perderse en discusiones estériles acerca de sus diferencias.

No significa esto que no debemos preservar las distinciones: nuestro autor las mantiene con firme honestidad intelectual. Más aún, siente horror por las mezclas sincréticas, que considera "faltas de buen gusto" y "suciedades".

Tampoco su condición de discípulo de Gandhi ha de impedir que los cristianos lo consideren como uno de los suyos. "Si he tomado a Gandhi por maestro es porque, sintiéndome cristiano, he querido serlo hasta sus consecuencias últimas y no sólo en la doctrina, el rezo y el rito, sino también en mi actitud con respecto a la ciudad humana. Ahora bien, he recorrido el mundo y la historia, y en ninguna parte he encontrado una doctrina política, social económica y práctica que esté, en mi parecer, tan de acuerdo con la doctrina de Cristo como la de Gandhi." "Si no hubiese conocido a Gandhi -insiste-, pensaría como la mayoría de los cristianos que varios preceptos del Sermón de la Montaña sólo tienen validez en el plano místico y no pueden ser aplicados sino por santos, y que es imposible instaurar su práctica en el mundo actual; para seguir a mi maestro y para hacer mis `experiencias con la verdad` he tenido que `ensayar` de algún modo la solución evangélica para todos mis problemas, desde el de mis pensamientos hasta el de mi pan cotidiano, o el de mis relaciones con mi prójimo o mi adversario. Y cuando encontramos el apoyo exacto para la palanca y hacemos la presión requerida, tan asombroso es el poder adquirido y tan desproporcionado con nuestras fuerzas que nos sentimos inclinados a creer, o sea vislumbrar al ser a través de las apariencias."

Tal es la influencia deliberadamente aceptada (ya hemos visto con qué ánimo, con qué ímpetu) por Lanza del Vasto en el ámbito político, económico, social y práctico. La objeción es previsible: "Por admirables que hayan sido la vida y la muerte de Gandhi, el maestro no ha dejado de profesar, en los planos filosófico y religioso, ciertas opiniones que están en flagrante oposición con el dogma cristiano. Su influencia, ¿no ofrecería, en tal caso, un verdadero riesgo para la fe?" El problema debe plantearse. Y la respuesta es sencilla: el riesgo no fue menor -por el contrario, fue mucho mayor aún- cuando, en tiempos de san Agustín y después de santo Tomás y san Buenaventura, se trató de admitir en la filosofía lo que tenían de cierto las doctrinas de Aristóteles y de Platón. Y algunos agregarán, sin duda, que en nuestra época es necesario vivir enfrentando el riesgo o resignándose a perecer.

Sea cual fuere el valor que asignemos a las concepciones gandhianas aceptadas por Lanza del Vasto, un hecho es innegable: su adopción por los compañeros del "Arca" ha intensificado el carácter cristiano de la vida que se lleva en Tournier. Vida de recogimiento y de trabajo en la caridad fraternal, la pobreza, la simplicidad, la alegría. Más que en una reunión de hastiados, maniáticos del exotismo, hace pensar en aquella comunidad de la cual dice el libro de los Hechos que tenía un solo corazón y una sola alma. Al llamado de la campana responden los rezos matinales y vespertinos, recitados y cantados ante el gran crucifijo de madera, obra de un compañero; antes y después de las comidas, el Benedicite y las Gracias; los domingos, partida hacia la lejana iglesia; durante la misa, canto gregoriano; en circunstancias excepcionales (erección de una cruz sobre el erial o fuego de san Juan), bendición por el capellán, sacerdote a quien el obispo de La Rochelle ha encomendado la misión de visitar mensualmente al grupo. Más elocuente aún que las profesiones de la fe del Jefe, más elocuente que este Comentario cuya lectura vais a iniciar, ese testimonio que son los actos de la comunidad toda, ¿no disipa cualquier duda? Al declararlo no hacemos más que cumplir con un deber.

Una observación final: ¿qué pensar de ciertos desbordes verbales de nuestro autor, de esa posición espiritual tan peculiar que a veces lo muestra como un "peligroso innovador", ya que no como herético? ¿Debemos alarmarnos por ello? Por nuestra parte, consideramos que de este frescor, de esta inocencia del lenguaje proviene en buena parte el poder de persuasión y conversión de Lanza del Vasto. De otro modo no habría logrado que las jóvenes generaciones escucharan los pensamientos eternos.

Por lo demás, no es preciso recurrir a los tecnicismos de los teólogos para reconocer, en este descendiente de santo Tomás de Aquino por su sangre, a un hombre entroncado en la tradición. Quizá no haya una sola de sus audaces fórmulas que no se afirme en alguna cita de san Agustín o de la Imitación, de Tauler o del Bienaventurado Ruysbroek. En esta última obra, su familiaridad con el pensamiento de los Padres y Doctores de la Iglesia es en todo momento evidente.

¿Querrá decir esto que en el Comentario sólo habrán de hallarse cosas manidas? Por el contrario, lo creemos de una profunda originalidad. "Para ser original -suele decir el propio Lanza del Vasto no hay la menor necesidad de ser novedoso; original significa lo-que-tiene-el-gusto-de-la-fuente. Para ser original basta con ser verdadero, con hablar de una verdad cuyo gusto conocemos."

"Y ninguno que bebe de lo añejo, quiere luego lo nuevo, porque dice: Mejor es lo añejo. (Lucas, V, 39.)

"Lo que debemos hacer -concluye Lanza del Vasto- no es predicar una nueva religión o corregir la Iglesia: corrijámonos a nosotros mismos. No encontraríamos tantos defectos en nuestra Religión si la practicáramos cabalmente. La verdad es que nuestra Religión sólo tiene un defecto: nosotros."

ABAD A. VATON,

Capellán del Arca

Navidad de 1949.

I DEL ASOMBRO O INTRODUCCIÓN AL EVANGELIO

11 de octubre de 1949. Calle Saint-Paul.

Después de tantos santos, mártires, doctores y exegetas que se inclinaron sobre este libro para tomar de él la sustancia de su vida interior, ¿será conveniente que un oscuro cristiano alce de nuevo su voz?

Si algo tengo que decir, amigos míos, es que el Evangelio es un libro que conozco muy poco. Y no porque no me haya esforzado en comprenderlo, o porque no lo haya llevado en mis bolsillos o en mis alforjas a través de mis viajes, o porque no lo hojee e interroge todos los días. Pero sí porque su sentido se me escapa sin cesar. Y hasta suele ocurrirme que durante una conversación o una lectura me quede perplejo ante una frase asombrosa, como si nunca la hubiese oído: y esa frase es una cita de Mateo, de Marcos, de Lucas o de Juan. Al acudir al libro la encuentro y descubro que la he leído ya veinte veces, sólo que ahora se me aparece enteramente nueva y me quedo boquiabierto.

En tales condiciones parecería vano arriesgarse a un comentario. ¿Cómo podría explicaros algo que, según confieso, apenas comprendo yo mismo? Pero mi designio no es tanto atribuir a tal o cual pasaje un sentido preciso y menos aun afirmar que dicho sentido es el verdadero y el único que pueda encontrarse, cuanto renovar el asombro.

"Encontraréis la verdad -dice un padre oriental (del siglo II, según creo) - y frente a ella sentiréis asombro, y después temor, y por fin amor."

Asombro en primer término, porque todo empieza en el asombro. En francés, la palabra *étonnement* está relacionada con la palabra *tonnerre* (trueno): es el hecho de quedar ensordecido por el trueno y herido por el rayo. Durante el asombro abrimos los ojos, apretamos los labios, el corazón parece dejar de latirnos, no sabemos si sentimos alegría o espanto, si estamos en nuestro propio cuerpo o en alguna otra parte, si somos nosotros mismos u otra persona, si lo que vemos es real o fabuloso. Súbitamente todo se vuelve incierto: todas las verdades del buen sentido, todas las evidencias pueriles, todo lo que sabemos acerca de nosotros mismos, de los otros y de otras cosas. Platón dijo que el estupor es el comienzo de la filosofía. En todo caso, es el comienzo de la religión.

Y después temor. Sí... Porque si es cierto, como Lucas Dietrich dice en el Diálogo de la Amistad, que "la verdad no puede descender sobre nosotros sino matándonos", es muy explicable que en nuestra flaqueza sintamos temor, puesto que sabemos que todo lo que llamamos "yo", todo lo que es nuestro, todo lo que nos es querido, todo lo que es fuente de nuestros amores, de nuestros odios, de nuestros apegos y nuestras vanidades, carece de razón de ser y la verdad habrá de quemarlo, habrá de devorarlo y aplastarlo y herirlo con su rayo. Por eso el segundo sentimiento en presencia de la verdad es de temor.

El tercer sentimiento es, por fin, el sentimiento del amor. Pero un amor asombrado, un amor lleno de temor. Tal sentimiento nace el día en que surge una convicción: esa Verdad que nos destruirá, ese fuego que nos quemará es preferible a nosotros mismos; esa cosa por la cual seremos sacrificados, esa otra cosa tan sorprendente y extraña, o sea tan otra, esa otra cosa es más nosotros que nosotros mismos. Y por lo tanto es bueno, justo, enaltecedor que esa cosa sea imperecedera mientras nosotros perecemos. Y esa cosa se regocija consigo misma, mientras nosotros sólo podemos sentir vergüenza y el deseo de desaparecer. Y esa cosa es el

Yo que ignoramos en nosotros. Y el yo que dice "yo" ha de disminuir para que esa cosa se engrandezca. Nos pasamos así al bando opuesto, tomamos el partido de lo que habrá de destruirnos. Pasamos con nuestra sustancia al bando opuesto y optamos contra nosotros mismos. Y así perdemos nuestra alma para reencontrarla, así morimos para renacer, así no renacemos tan sólo en una vida posterior a la vida sino en el presente inmediato con la aprehensión inmediata de la eterna Presencia.

Cuántas personas imaginan poseer este amor supremo, cuando en verdad sólo veneran una imagen brillante, fácil y placentera a la mente y sólo veneran la admiración que sienten por sí mismos. En su contento, son más dignos de lástima que las personas que ni siquiera creen en Dios. Están más alejados de la salvación que aquellos que saben que no quieren a nadie y no creen en nada y languidecen a causa de esa incapacidad mortal.

Quiero conquistar ese amor supremo y guiaros hasta él; pero que nuestra meta sea por el encuentro con la verdad y no la fuente de una ilusión. Andémonos, pues, con cautela y procuremos por ahora subir el primer peldaño, que es el del asombro.

Tratemos de encontrar el asombro, fruto de nuestro primer contacto con la verdad; tratemos de reencontrarlo a pesar de la costra que hemos depositado sobre las palabras de vida, a pesar de las puerilidades azucaradas con que han atosigado nuestra fe de niños, a pesar de las naderías morales y teóricas con que se ha atiborrado nuestro juicio de hombres, a pesar de la nauseabunda idolatría expuesta a la adoración de los fieles.

Hagamos en nosotros el vacío por medio de la meditación, limpiémonos de las larvas del recelo, ahuyentemos como a ratas las argumentaciones turbulentas. A solas el libro, abramos los ojos para ver, abramos los oídos para oír, abramos el corazón para consultar el eco.

El primer asombro consiste, pues, en entrar en un jardín donde todo florece bajo la luz de la evidencia, en el que están excluidas la explicación, la discusión y la duda (en verdad, en verdad os digo ...), en el que sólo se nos habla de cosas familiares, con el lenguaje de todos los días: de trigo, de un grano de pimienta, de una medida de levadura y de una moneda perdida; de una oveja perdida, de un hijo que regresa junto a su padre; del agua, de la sal, del vino, de los peces, de las aves del cielo y de los lirios del campo; de un padre de familia, de los viñadores y de un pastor; de las zarzas, de los higos, del pan y otra vez de la viña... Y en cada página, como un estribillo en las canciones, este grito de advertencia: ¡El que tiene orejas para oír, oiga!

Y cuando percibimos la voz conocemos un segundo asombro: el de comprobar que hemos sido transportados al corazón de otro mundo, que toda esa sencillez que al principio nos había atraído era de doble fondo, que la claridad que nos había impresionado es una claridad abismal, que toda palabra está posada allí como una flor sobre un lago de silencio donde se hunde su tallo y se pierden sus raíces

Es el asombro de comprobar que todas las verdades que ya nos habían convencido tienen su lado opuesto, como para sacudirnos del torpor de la certeza en que empezábamos a amodorrarnos; el asombro de comprobar que el texto es, en verdad, un tejido cuyos hilos se juntan, se entrecruzan, se ocultan y se sostienen mutuamente; pero un tejido de carne viviente en que ninguna regla mecánica preside el orden de la trama.

Lo que ante todo sorprende -"signo de contradicción"- es que la exposición de los hechos y frases de un mismo hombre se presente en cuatro relatos distintos y convergentes, análogos y autónomos: lo cual exalta y contrarresta la percepción. Es como un prisma de cuatro fases donde la misma imagen aparece inmediata y a la vez proyectada en la lejanía; recta y a la vez de sesgo; fragmentada y a la vez exaltada en su relieve; llameante y a la vez brumosa. Los cuatro relatos son de dimensiones casi idénticas y -a pesar de todo cuanto se ha dicho- del mismo tono y estilo. A tal punto que no sólo los mismos giros, sino además las mismas frases

se encuentran en unos y otros. Sin embargo, las mismas frases vuelven a encontrarse en otros contextos, los mismos acontecimientos se refieren a otras épocas y circunstancias, los mismos símbolos sufren otras interferencias y otras refracciones. Ahora bien, el sentido de que están cargadas las mismas palabras y figuras en un pasaje determinado va a precisar el sentido que adquieren en otro pasaje: lo explican, lo corrigen, lo completan. A tal punto que es necesario maniobrar continuamente el prisma y observar cada punto a través de las cuatro fases sucesivamente, a fin de recomponer el objeto en su consistencia. Y así como en un poema cantado se desprende un sentido de los versos, otro sentido de la música y hasta un tercer sentido de la relación entre la música y los versos, asimismo se desprende un sentido de los textos en sí y un nuevo sentido de la relación entre los textos. Por eso, el primer y mejor comentario del Evangelio es el Evangelio mismo.

Y al velarse y revelarse todo, sentimos un nuevo asombro: ningún jeroglífico de Egipto, ningún libro mágico, ningún arcano de la Cábala o del Hermes Trimegistos, ningún criptograma de Pitágoras, ningún tratado de la piedra filosofal es más arduo ni contiene más escondida esencia que este librito tan divulgado.

Pero no es ése el asombro capital. El asombro capital surge -a través de todos los procedimientos de embalsamamiento y enterramiento que son la composición, la transcripción, la transmisión, la traducción, la impresión y la lectura de un libro- del encuentro con Aquel que lleva entre todos el nombre de El Viviente. Aquel que de sí mismo dijo: "Soy la vida, soy la fuente de las aguas vivas", y con más intensidad, absolutamente: "Soy". Aquel que, entregado a la muerte hace dos mil años, volvió y ha de volver.

Lo mataron en la carne, lo negaron ante Dios; los suyos lo negaron, lo traicionaron, lo olvidaron incesantemente; hasta lo negaron en la carne, trataron de borrar su existencia pasada. Pero todo pasa, y sus palabras no pasarán. Donde haya ser, vida, presencia; donde alguien diga yo allí estará Él, presente y oculto:

He alzado la piedra, lo he encontrado debajo; he hendido la madera: ¡dentro estaba! (Citado por **DEBEJKOWSKY** en Cristo desconocido. Aprovecho la ocasión para rendir homenaje a este hombre de fe y de corazón, a este viviente. Cristo desconocido y Cristo se acerca son libros hermosos, a pesar de sus disposiciones teológicas, obstáculos para su gran deseo de lograr la reconciliación de las Iglesias cristianas.)

Allí donde dos o tres se reúnen en su nombre, Él está presente y manifiesto. Por lo tanto, también está aquí, mirándonos.

Hoy no lo veis, pero un día habréis de verlo como yo os veo. ¿Cuándo sabréis que lo habéis conocido de veras? Cuando sintáis el asombro. Porque Él es el trueno en carne y hueso. Porque Él es la Palabra y Dios Encarnado. Ahora bien, Dios Padre habló en épocas remotas mediante el trueno y los relámpagos en el monte Sinaí, y todos los hombres saben desde el comienzo que el Padre de los hombres y de los dioses está armado con el rayo y expresa sus designios a través de la boca del trueno. Así, cuando el Evangelio os asombre tendréis el signo de que Cristo nos ha tocado realmente y estaréis en condiciones de oírlo.

Pero todavía deberéis pasar por un tercer asombro: el de comprobar que el Hijo de Dios, nacido del Espíritu Santo por la Virgen María, crucificado bajo Poncio Pilatos, que descendió a los infiernos y está hoy sentado a la diestra del Padre, no es otro que vosotros mismos, puesto que Él ha concedido a quienes creen en su nombre que se conviertan en los hijos de Dios, es decir, en Él mismo. Es el asombro de comprobar que Él no vino al mundo solamente en la carne de Jesús de Nazareth, bajo Herodes y Tiberio, sino después, y en más baja

sustancia, en vuestra carne y en vuestro corazón. Por consiguiente, todos los milagros y las promesas de este Libro llamado La Buena Nueva o El Venturoso Anuncio, todas sus amenazas y sus sufrimientos, todas sus órdenes también se dirigen rectamente hacia vosotros y os hablan de vosotros mismos. Este último asombro se llama conversión, o sea conmoción.

II

PRINCIPIO DEL SANTO EVANGELIO LA GENEALOGÍA DE JESÚS EL EVANGELIO Y LA HISTORIA

18 de octubre de 1946.

¿Cómo empieza el Evangelio, según cada uno de los Cuatro?

El primer Evangelio empieza por la Genealogía de Jesucristo, o sea diecinueve siglos antes de su nacimiento. El segundo empieza treinta años después de su nacimiento, con el Bautismo.

El tercero empieza con la Natividad de san Juan Bautista. El cuarto empieza por el principio, o mejor dicho antes del principio de los tiempos: En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios.

Cuatro comienzos y cuatro concepciones del comienzo que no se contradicen, que se completan revelando, en gradación ascendente, las cuatro razones por las cuales el Hijo del Hombre resume y supera a todos los hombres.

El primero insta en la herencia de la Alianza, en la tradición del Pueblo elegido, en su dignidad real y sacerdotal. El segundo lo presenta en el Bautismo, que para nosotros es el segundo nacimiento y la primera elevación al plano del espíritu y que fue la segunda encarnación y el segundo descendimiento, puesto que el Bautismo es la asunción de los pecados del mundo y el ingreso en la vida pública. El tercero, que tanto insiste en la figura del Precursor, el último de los grandes profetas de Israel, que lo designa como su sucesor y superior, lo sitúa en su línea espiritual y consagra su autoridad frente a su pueblo. El cuarto, que se inicia con una inaudita proposición teológica, lo muestra superando por su índole a la humanidad, la creación y el tiempo. Abordemos con sencillez la genealogía de Jesucristo:

Consiste en catorce nombres que se extienden entre Abrahán y David en otros catorce entre David y Jechonías, durante la transmigración de Babilonia, y por fin en otros catorce entre la transmigración y José, esposo de María, de la cual nació Jesús que es llamado el Cristo. Comparémosla con la otra genealogía que figura en Lucas III, 8, que se remonta a cinco veces catorce generaciones más tres hasta Adán, hijo de Dios.

Debemos observar que Lucas da el nombre de Helí al padre de José, mientras que Mateo lo llama Jacob; que de Abrahán a Jesús, Lucas cuenta cuatro veces catorce generaciones, y Mateo tres veces catorce; que salvo los nombres de David y Abrahán, las listas no concuerdan en ningún punto. Y hay más aún: en Mateo, la lista de los reales descendientes de David, que

es paralela a las enumeraciones históricas del Antiguo Testamento, tampoco concuerda con ellas, puesto que los Paralipómenos citan diecisiete Reyes cuando el Evangelio menciona catorce.

Los antiguos exegetas torturaron en vano la lógica para disipar desavenencias tan constantes; recurrieron a la cláusula de la Ley que prescribe al hermano desposar a la viuda de su hermano difunto -se necesitarían demasiados hermanos para llenar las lagunas-; declararon que Mateo seguía el orden de la generación carnal y Lucas el de la generación de adopción, como para demostrar, según añade agudamente san Agustín, "que si llegamos a ser hijos de Dios es por adopción".

Pero hay en todo esto algo que hubiese debido impresionarnos y detenernos hace mucho tiempo: las genealogías acaban todas en José, precisamente en aquel que no era el padre de Jesús. Por consiguiente, si la genealogía carnal es ya de adopción, la otra lo es dos veces, a menos que lo sea tres o cuatro veces catorce veces.

Como podemos suponer, se hicieron todos los esfuerzos posibles por salvar el inconveniente afirmando que la virgen María era de la misma tribu que su esposo y descendiente, asimismo, del rey David. Pero si no está absolutamente probado, es al menos infinitamente probable que esa afirmación sea inexacta, ya que el evangelista nada dice de ello. Ahora bien, eso era lo único que debía establecerse aquí. Necesidad de veras urgente, puesto que la conversión de Israel dependía de ello. En efecto, para responder al anhelo de su pueblo (a quien liberaría y vengaría de todas las naciones) y para corresponder a la imagen que los profetas habían forjado de él a través de los siglos, el Mesías debía ser de la simiente de David, un retoño del tronco de Jessé. El silencio del evangelista, ¿no indicaría muy a las claras que la cosa no es así? Y el propio Jesús, ¿no parece hablar en cierta ocasión con palabras poco veladas en este sentido? Pues los guardianes de la pura tradición, los escribas, los fariseos, los sacrificadores ignoran sus orígenes o no hacen el menor caso de él, lo desdeñan como no perteneciente a su casta y puestos en el atolladero, no se desdican de su opinión y arguyen: El rey David, inspirado por el espíritu, cantó:

El Señor dijo a mi Señor

¿Cómo habría de llamar David Su señor al Mesías si era su hijo? Pero el silencio del evangelista prueba, además, otra cosa: prueba la verdad histórica del Evangelio, incapaz de registrar un hecho si no es seguro, siquiera por las necesidades de la causa, siquiera por la edificación de las almas. Prueba, asimismo, la fidelidad de la Iglesia al preservar y transmitir la Escritura, ya que los pasajes que en toda época le causaron más dificultades nos han sido legados, intactos, con el resto.

Quizá haya alguien que sonría al oírme hablar de la verdad histórica del Evangelio inmediatamente después de las comprobaciones que hemos hecho a propósito de las Genealogías, pero sostengo lo que he dicho y a ello he de volver muy pronto.

En cuanto concierne a las Genealogías, es evidente que la enumeración no se desarrolla al azar, como suele ocurrir con las generaciones humanas, sino que se ha vertido voluntariamente en el molde del número catorce, transliteración cabalística de la palabra DAVID. La división de la línea en tres troncos iguales corresponde a las tres épocas que se sucedieron en Israel: 1º, la de los Jueces; 2º, la de los Reyes; 3º, la de los Pontífices. Lo cual significa que la autoridad primordial de los Jueces, la majestad de los Reyes y la suprema dignidad pontifical desembocan en el Heredero, que las reúne en sí como estaban reunidas en los Patriarcas, que reinaban por derecho divino de sabiduría y gracia profética. Y éste es el motivo por el cual san Lucas evoca el nombre de los Patriarcas para coronar su lista y concluir en Dios.

Todo esto ya está contenido en los tres nombres del primer versículo de Mateo: ... generación de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham.

Pues Cristo significa El Ungido, y la unción está reservada a la consagración del Gran Sacerdote desde Aarón y a la consagración de los Reyes. David significa El Fuerte por Su Mano, el Príncipe por la Espada (otros dicen El Bienamado). Abraham significa Padre de los Pueblos Numerosos, el Pastor de hombres, el Sacerdote y Padre que gobierna en nombre y lugar del Padre.

Pero si todo esto puede caber en tres nombres, ¿por qué diluirlo en tres o cinco secuelas de catorce nombres?

"Si esta parte de la Escritura consiste en una serie de nombres -se pregunta Juan Crisóstomo, ¿existe algún motivo para pensar que no podamos extraer de ello nada precioso? No admitamos semejante cosa; procuremos, en cambio, escudriñar el pasaje: hay un tesoro abundante en los nombres desnudos."

El nombre, en efecto, indica la esencia, el meollo de la persona; si la persona se distingue, se condensa y empieza a ser, es en virtud del nombre. El nombre atrae sobre el que lo lleva la protección y una gracia particular del cielo; lo reviste de la imagen guardiana y rectora de los Santos y los grandes que lo llevaron antes; le traza un destino; es como una plegaria y una evocación perpetua que surge desde el corazón de la tierra.

Recitaré, pues:

... Zorobabel engendró a Abiud. Y Abiud engendró a Eliacim. Y Eliacim engendró a Azor. Y Azor engendró a Sadoc. Y Sadoc engendró a Achim...

El ritmo mide mi respiración y apacigua mi corazón como las ondas iguales de las letanías.

Ahora bien, Zorobabel quiere decir El Amo de la Puerta de Dios. Y Cristo dice: Soy la Puerta del aprisco.

Pero nosotros:

Corazón de Jesús, Puerta del cielo y Morada del Padre, miserere nobis.

Abiud quiere decir Mi Padre es Él.

Y Cristo dice: Yo y mi Padre somos uno.

Pero nosotros:

Jesús, esplendor del Padre, miserere nobis.

Jesús, Padre del siglo venidero, miserere nobis.

Eliacim quiere decir Dios que Resucita.

Y Cristo dice: Yo soy la Resurrección y la Vida.

Pero nosotros:

Jesús, senda y vida nuestra, miserere nobis.

De la muerte perpetua, libera nos, Domine.

Azor quiere decir La Ayuda.

Y Cristo dice: Estaré con vosotros hasta el fin de los tiempos. Pero nosotros:

Corazón de Jesús, fuente de todo consuelo, miserere nobis.

Sadoc quiere decir El Justo.

Y Cristo dice: Toda Justicia ha sido puesta entre las manos del Hijo.

Pero nosotros:

Jesús, sol de Justicia, miserere nobis.

Jesús, sabiduría eterna, miserere nobis.

Corazón de Jesús, abismo de todas las virtudes, miserere.

Achim quiere decir Ése es mi Hermano.

Y Cristo dice: Aquel que cumple la voluntad de mi Padre que está en los cielos es mi

Hermano.

Y nosotros:

Jesús, dulce y humilde de corazón,
haz nuestro corazón semejante al tuyo..

Eliud quiere decir Aquí está mi Dios.

Y santo Tomás exclama: Mi señor y Mi Dios.

Y nosotros:

Jesús, Rey de Gloria, miserere nobis.

Jesús, Blancura de la eterna Luz, miserere nobis.

Corazón de Jesús, Deseo de las Colinas eternas, miserere nobis.

Eleazar quiere decir Ayuda de Dios.

Y Cristo dice: Aquel que me ha enviado está conmigo.

Mathan quiere decir El Don o El Donante.

Ahora bien, Dios amó tanto al mundo que le dio su Hijo único.

Y nosotros:

Corazón de Jesús, fecundo para todos los que te invocan, miserere nobis.

Corazón de Jesús, hoguera de Caridad ardiente, miserere nobis. Corazón de Jesús, esperanza de los que mueren, miserere nobis. Corazón de Jesús, delicia de todos los Santos, miserere nobis.

No hago más que recitar los diez nombres que preceden al de Jacob o El Suplantador, el cual engendró a José, que significa El Crecimiento o Aquel que Hace Crecer La Simiente, el cual desposó a María o La Estrella del Mar y sirvió de padre a Jesús o Dios, el Salvador.

Ahora bien, la Letanía (con la salmodia y el rosario) es un instrumento espiritual de gran eficacia. Es la flor y nata de las plegarias. Libera la razón razonante, transformando en un arroyo de agua viva las palabras con que aquélla se arma y acoraza; supera la imaginación multiplicando las imágenes hasta diluirlas en la luz simple.

Por consiguiente, ¿no es muy verosímil que, leída en su lengua original, la primera página del Primer Evangelio haya tenido una función litúrgica? Al celebrar de ese modo los méritos y excelencias de Cristo, hacía más accesible al oído y el corazón de los prosélitos y los fieles la recepción de su doctrina y la conmemoración de su paso entre los hombres. Cuando no consiste más que en una recitación de nombres, el sentido de los nombres es una pura alabanza de Cristo. Cuando los nombres evocan figuras conocidas como las de Abraham, Jacob o Salomón, se cargan de significación más rica y viva, y tienden un puente entre el Hijo del Dios viviente y los ejemplares más perfectos de la especie humana. Y cuando los nombres son los de personajes maculados por la infamia -como es el caso de casi todos los reyes de Judá, con respecto a los cuales la Escritura, para emplear las palabras de Eusebio, relata más de una monstruosidad, plurima enormia-, implora al Encarnado que ha tomado sobre sí todos los crímenes del mundo y grita como la Letanía del Santo Nombre:

*De todo mal libéranos, Jesús;
De la cólera libéranos,
De las acechanzas del Diablo libéranos;
De la negligencia de tus inspiraciones divinas libéranos.*

Volvamos ahora a esa escisión entre el Hijo del Hombre y sus abuelos, a esa grieta por donde se sustrae a su propia generación carnal. En vez de negar la escisión o de disimularla con explicaciones, mirémosla de frente; en vez de resignarnos a que sea para nosotros fuente de oscuridad y confusión, procuremos "escrutar el pasaje". Qué deducimos, sino esto: el espíritu

adonde quiere sopla, Dios se encarna a su antojo, no está ligado a nada, no debe rendir cuentas a nadie. Y además esto: la sabiduría y la gracia son una simiente que a través de los tiempos pasa de sabio a santo, de profeta a rey, por la sangre y por cualquier otra vía, pero sobre todo por la sangre, ya que la sangre nos llega desde todas partes: cuatro eran nuestros abuelos y cuatro veces dieciséis los de ellos, de modo que al cabo de catorce generaciones tenemos tantos abuelos como hombres la tierra. Pero lo que forma la ola no es otra ola que la precede y empuja, sino el viento que llega desde más allá y empuja a todas las olas y sopla adonde quiere. El que sigue una tradición no abraza esa tradición ni es abrazado por ella: apoya en ella su espalda mientras conserva libres el rostro y las manos. Jesús deja que el pueblo lo llame Hijo de David porque para el pueblo Hijo de David significa Mesías, pero él se llama a sí mismo Hijo del hombre, traducción de Bar Adam. Y Lucas termina así su genealogía: ...que lo fue de Seth, que lo fue de Adán, que lo fue de Dios. Al declararse Hijo de Adán y no Hijo de David, Jesús hace valer sus derechos a una nobleza mucho más antigua, a un reino mucho más dilatado, a un título que pertenece a todos, pero que sólo él puede atribuirse. De modo que cualquier árbol genealógico puede pertenecerle. Por eso exclama el Profeta: y su generación, ¿quién la contará? (Isaías 53).

Por lo tanto, Jesús se muestra cada vez tal como los Profetas lo han descrito y al propio tiempo absolutamente distinto, ya que es el Hijo de David y no lo es, es el vencedor del cetro de hierro que destroza a los Reyes como vasijas y no lo es, es el salvador de Israel y no lo es. Algunas decenas de detalles tangibles y asombrosos (como la túnica inconsútil por la que echan suertes en el Gólgota) se encuentran diseminados en los libros de los Profetas, pero en medio de otros centenares que no pueden aplicársele. Si reuniéramos todas las visiones o indicaciones dispersas y contradictorias de la Biblia y les agregáramos las del Libro de Enoch y otros libros proféticos, no creo que pudiéramos componer una imagen plausible del Mesías (pues la profecía, dice san Pablo, es un don incompleto). En todo caso, de la persona de Jesús de Nazareth, y de su carácter, y de sus milagros, y de su doctrina, y de su obra esencial de fundador de religión y Maestro de vida interior, no se dice absolutamente nada. Éste es el punto en que sus discípulos más fieles vacilan, retroceden, se azoran y a pesar de todos los milagros que han presenciado sólo recobran su firmeza con lentitud y penoso esfuerzo. Más aún, el Ángel enviado «ante la faz del Señor para aparejar sus caminos», el propio Juan Bautista, en vísperas de su muerte le manda preguntar rudamente desde el fondo de su prisión: ¿Eres tú el que ha de venir o esperamos a otro?

Pero si Dios quiso manifestarse para salvar al mundo, ¿por qué no lo hizo de manera menos equívoca? Su llegada debió ser como el relámpago que hiende el cielo de Oriente a Occidente. Si Dios no se apodera de nosotros, aun cuando se lo suplicamos, es para salvaguardar el más valioso privilegio que nos haya acordado: la libertad. Privilegio tremendo, y también riesgoso. Si renunciamos a él, lo hacemos por voluntad propia y por lo tanto libremente. Si nos encadenamos no es precisamente a Dios, pues Dios no lo consiente. Sólo podemos encadenarnos al pecado, a la naturaleza, a la necesidad, al Demonio. Pero a Dios debemos consagrarnos libremente. La libertad es el intervalo entre el plano terrenal y el plano espiritual. En el plano terrenal, el juego de causas y efectos no tiene fallas, pero quien se consagra a Dios franquea el intervalo y de tal modo ingresa en la libertad. La fe es un acto libre de la inteligencia. Reconocer la divinidad de Jesucristo no es el resultado de una operación automática de cierta facultad nuestra que nos permite reconocer que dos más dos son cuatro, o creer en la presencia de un objeto duro por el solo hecho de que damos contra él. La inteligencia que permanece ligada a las reglas de la lógica, a la impresión de los sentidos y al mundo externo es incapaz de un acto libre: está sujeta al encadenamiento de causas y

efectos. Puesto que el movimiento natural de la inteligencia es el de descender hasta el objeto, sólo podemos conocer por su intermedio un mundo inferior a nosotros. Torced hacia el cielo la cabeza de la vaca: pondrá los ojos en blanco para no quitar la mirada del suelo. La inteligencia humana tiene ojos de vaca. La inteligencia que alza los ojos se llama fe. Y de tal modo la inteligencia deja de ser pasiva y de recibir impresiones para volverse activa; no es ya una facultad, pero sí una virtud. La fe, pues, es el fruto de un trabajo de la inteligencia sobre sí misma, la consecuencia de un enderezamiento de una inversión y, para emplear la palabra exacta, de una conversión de la inteligencia. "¿Qué podemos hacer? -dicen las gentes-. No tenemos fe". Un suspiro suele acompañar esa comprobación. Si en lugar del suspiro hubiera en esas personas una aspiración del ser íntegro a llenar esa laguna por la cual su vida es sólo el vacío, entonces los ojos de su inteligencia se levantarían por sí solos y la gracia haría el resto. Porque no basta con que los ojos se abran y miren hacia donde deben; es preciso además que existan la luz y el objeto. La Luz y el Objeto son la gracia, pero la gracia no fuerza a quien se aparta de ella o a quien no se toma el trabajo de acercársele: tal es la exquisita discreción del Todopoderoso.

Si la Escritura opone al libre ejercicio de la curiosidad y de la crítica tantas fosas y barreras, es para invitar a la inteligencia a desandar el camino. La fe que es inteligencia convertida no es un conocimiento oscuro y vacilante; por el contrario, la fe es quien ha de iluminarnos las salidas de este mundo cambiante y limitado, y ella es quien ha de señalarnos los caminos y las puertas que llevan al Ser. Por lo tanto, es preciso que sondee la realidad de las cosas y encare los hechos y considere las leyes del mundo y se apoye en buenas razones.

Nuestra fe perdería sus raíces y se extraviaría si comprobáramos que los hechos narrados en la Escritura son falsos y que es absurda su doctrina. Si comprobáramos que es la obra de unos cuantos alucinados, o bien de poetas anónimos que habrían urdido ese cuento y esos apólogos sobre una base filosófica y moral, o bien de un clérigo cuyo objeto era aprovecharse de nuestro candor y mantenernos sumisos.

Hemos planteado así el tema que rozábamos hace un instante: el valor histórico de los Evangelios.

Después de los "filósofos" del siglo XVIII, que atacaron la religión por la cabeza exponiendo a las luces de la razón la oscuridad de los misterios y lo absurdo de los dogmas, probando con los descubrimientos de la física la imposibilidad de los milagros, midiendo la grosera barbarie de la Historia Sagrada, según los cánones del decoro mundano y las reglas del buen gusto clásico, convirtiendo, en suma, todo ello en pretexto de palabras bonitas y agudezas maliciosas, aparecieron los sabios del siglo XIX para atacarla por los pies, o sea para desmenuzar el terreno de los hechos.

Así se consagraron al análisis crítico de los textos, a la investigación de las fuentes, al estudio de la época y la región. El parto de este monte de pacientes trabajos es muy parecido a un ratón: no poseemos ninguna seguridad sobre la fecha de composición de los cuatro relatos, la identidad de sus autores y los hechos que refieren.

Tal conclusión no ha de sorprendernos: no es sino el resultado del método empleado. Ese método consiste en conceder valor histórico únicamente a los documentos, monumentos o escritos contemporáneos (ninguno de los cuales da la menor indicación sobre el profeta errante que era Jesús) y a los hechos que presentan todas las garantías de la verosimilitud. Ahora bien, si Jesús entró en la historia es por sus milagros, y su vida toda es un milagro. Si Jesús hubiera hecho tan sólo cosas naturales y razonables, Jesús no sería Jesús y los incalculables resultados de su advenimiento no se explicarían de ningún modo. Sin embargo, se

hicieron ensayos para urdir historias de Jesús sin milagro y sin misterio. La más célebre de esa clase de reconstrucciones históricas es la *Vida de Jesús* de Renán, que sobre un fastuoso fondo de erudición borda con los recursos literarios de los novelistas de la época. Pero según san Juan, Jesús es el Hijo de Dios y nos trae nuevas de la Eternidad, mientras que el Jesús de Renán es una elucubración de Renán.

Pienso que a un cristiano poco ha de servirle el estudio de las obras de la escuela llamada "Crítica liberal". Esa gran tarea de insectos roedores sólo ha producido el polvo y el vacío. Su odio astuto, tenaz y taimado es digno de profunda lástima. Pero nosotros, que creemos verdadera -inclusive históricamente- la historia del Evangelio, examinemos en qué sentido puede serlo. Cuando lo hayamos comprendido, comprenderemos también por qué hay tantas personas a quienes tanto les cuesta creer.

Es tan falso decir que esta historia es fraguada como pretender que no ha recibido un tratamiento especial. Por lo demás, lo mismo ocurre con cualquier historia. La Historia nunca tiene fin y razón en sí misma. Pues así como los hombres nada hace sin fin y sin razón, tampoco vuelven sobre los hechos pasados sin fin y sin razón. Ya sea su objeto presentar ejemplos de virtud a las generaciones nuevas o predicar una reforma, una revolución, el historiador siempre tiene algo que demostrar o mostrar, y en este sentido escoge los acontecimientos, los encadena, los ilumina y los destaca, sin llegar a inventar o mentir. Asimismo, el evangelista tiene su razón y su fin: son muy claros y no se aparta un ápice de ellos. Consisten en presentar al mundo ese ejemplo perfecto, el único que merece recordarse, y predicar la revolución interior, exponer la verdad no mediante teorías y sistemas, sino con palabras vivientes y con una historia. Tal historia es la de la Verdad encarnada: no contiene un solo hecho que no sea una enseñanza o un signo. A nosotros nos corresponde dar con su significado, puesto que el narrador nunca lo explica por temor de perder el contacto con lo concreto y con el sabor de la vida. Por eso las escenas de la vida de Jesús impresionan tan vivamente nuestros sentidos y nos conmueven casi corporalmente. Más que un relato, más que una representación es una presencia. Cómo dudar de algo que se nos muestra de tal modo. Ni un solo color se nombra, ni un rostro, ni un paisaje se describen; sin embargo, nos sentimos cara a cara y a solas con las cosas.

Si, pero... ¿no será ése un ardid del arte? El cíclope de Homero nos estremece de espanto, lo cual no verifica la aventura de Ulises. ¿No es característico de los mitos antiguos presentar las grandes verdades por medio de historias?

El Evangelio sería en tal caso un poema, un mito y Cristo una personificación, ya que no una persona. .. ¡Ah!, si pudiera probarlo acabaría de una plumada con el Evangelio y arruinaría la religión cristiana, dice el crítico.

Esa idea genial prosperó en el cerebro de cierto Dupuis, que fecha su libro en el año III de la República. Y su tesis progresó notablemente en los siglos XIX y XX. En su última fase se la formula de la siguiente manera: como Piel de Asno o Barba Azul, el Evangelio es un cuento popular muy hermoso, con todos los rasgos de los cuentos tradicionales que los pueblos se transmiten sin conocer su sentido esotérico. Hay en él reminiscencias de doctrinas de iniciación y una transcripción realista de ciertos mitos de la antigüedad; Cristo no es más que un disfraz folklórico de Osiris, cuya desmembración lloraba Egipto, o de Adonis, cuya sangre corría por todas las anémonas del Líbano; es sólo una figuración del sol en su carrera a través de los signos del Zodíaco, de su tormento invernal y su resurrección primaveral

Y así el crítico se convirtió en poeta a pesar de sí mismo; y la rata, a fuerza de roer y roer, encontró un rubí que conviene reponer en la corona de gloria del Señor.

Pues esa relación entre: "Había una vez un joven príncipe"... y "Entonces Jesús dijo a sus

discípulos"... nos recuerda al menos una verdad harto olvidada en nuestros días: que el advenimiento de Cristo no respondía sólo a la espera de Israel ni estaba prefigurado únicamente por los patriarcas y profetas de la Biblia; satisfacía el ansia de todo el mundo pagano, que saludaba su reflejo en los dioses solares. Así lo expresa en cuatro palabras el admirable verso del Dies Irae:

Teste David cum Sibylla

Había en los cultos astrológicos una introducción del alma a las exultantes grandezas de la luz y, en los Misterios Mayores, a las profundidades terribles de las tinieblas divinas: una comunicación establecida con las bellezas y los secretos de la creación. La Iglesia naciente sólo los destruyó para restaurarlos y purificarlos. El juego de resonancias y concordancias universales que se establece en la persona y en la vida de Cristo permite esa reabsorción que, en efecto, se afirma de manera flagrante en la liturgia oriental y romana, en la distribución de las fiestas en los puntos cardinales del año, en la simbología de los ornamentos sacerdotales y los ademanes rituales, en la estructura, la orientación y la decoración de las basílicas.

Pero si Cristo es una realidad espiritual, me diréis vosotros, poco importa saber si ha existido o no ha existido, si es una invención y una fábula, siempre que esa figura obre en nosotros como ha obrado. Basta con que su figura represente un "Ideal" elevado y perfecto. ¡Oh, no digáis tal cosa! Ante todo suprimid esa palabra de vuestro vocabulario, ese sustantivo sin sustancia. Anulemos esa nadería, esa carne sin vida, ese dios huero que pretende ocupar el lugar de la Verdad y de Dios. El Ideal es el dios de quienes no tienen Dios. Un dios inexistente, un dios vagoroso y facultativo, un dios que nada exige de sus fieles, que cierra los ojos ante sus faltas y sus mentiras y su indiferencia. Es un dios moderno y cómodo. No es el Dios que dictó la Ley y que nos "ve en el secreto", el Dios que dirige, corrige y salva. Nadie le reza, nadie espera nada de él. Otro es el origen de su fuerza: surge desde abajo a quienes invocan el Ideal. Y esas fuerzas inferiores se dirigen hacia sus fines naturales, mientras que el Ideal le sirve de máscara, de manto y de bandera. Pero quienes creen en Dios reciben la fuerza desde lo alto: de Él no acude para justificar, sino para juzgar. Y juzga a sus fieles con más severidad que a los otros. Esta es la enseñanza de la Biblia en cada una de sus páginas:

Dios es el Dios Viviente, el Dios poderoso, dinámico, creador. En cuanto al Evangelio, que es el complemento de la Ley, nos enseña que para despertarnos a las realidades espirituales Dios mismo se encarnó. Qué lejos estamos de las dulzonerías del Ideal. Y como todo lo que vive, Cristo es terriblemente contradictorio, asombroso, indemostrable, imposible de inventar a priori. Se distingue con nitidez perfecta de todo lo que es fábula y de todo lo que es mito y de todo lo que es fabricación filosófica. Creer en Él no es sólo cuestión de fe, sino también de olfato. Al ver un fresco o un cuadro, ¿no sabemos distinguir si se trata de una invención o de un retrato? ¿Acaso no sabéis reconocer a primera vista que una cabeza de Ghirlandaio, por ejemplo, es siempre un retrato y por añadidura parecido (aunque no tengáis frente a vosotros el modelo ni podréis tenerlo nunca), mientras que una cabeza de Miguel Ángel nunca es un retrato y no se parece a ningún rostro humano, puesto que es una creación ideal? ¿No podéis distinguir que una figura de Brueghel, por ejemplo, es transcripción de la realidad mientras que una escultura de una catedral romana no es copia de ninguna realidad visible?

Es conveniente ejercitar una intuición análoga (que no habrá de procurarnos ninguna erudición) con los textos sagrados para saber si las personas y los hechos que nos presentan son meras figuras o seres vivos, realidades concretas y espirituales. Escuchad bien: al propio tiempo que el sentido, el sonido del texto y la calidad de la voz. Y vuestros ojos de vida verán

lo que no vieron esas presuntuosas gafas de la objetividad crítica: que la figura del hombre Jesús, Hijo del Hombre, por ser radiante de colores y plena de sentido no es menos real y viva, o más real y viva que cada uno de nosotros.

Si la realidad de Cristo nos emociona a tal punto es porque nos habla de nosotros; si creemos en Él es porque creemos en la mejor parte de nosotros mismos, porque lo sentimos en nosotros o acaso porque sentimos la falta de esa parte más noble, hueco tan bien colmado por la realidad de Cristo. Cristo nos habla con voz de la que no dudamos porque la reconocemos al escucharla por primera vez. ¿Cristo es un mito solar y el Evangelio una creación literaria, la exposición por imágenes de una doctrina filosófica o de un modelo moral? . . . Palabrerío. Nadie, ni el pueblo inculto; ni el poeta, ni menos aún el filósofo podrían crear una figura tal como la de Cristo; una figura cuyo poder de realidad es tal que conmovió todas las reglas del arte, y la moral, y la lógica, y la filosofía. Si fuera la creación del pueblo ignorante, no encontraríamos en ella las llaves de la vida interior, una ciencia oculta, un conocimiento de todos los secretos. No encontraríamos ese texto donde residen todos los grados del conocimiento a que podemos elevarnos, puesto que está por encima de nosotros. Si fuera una obra literaria, estaría compuesta según los cánones del tiempo. Pero lo cierto es que se opone por completo a tales cánones. Probablemente no representaba ninguna forma de belleza para sus contemporáneos. Es tan hermosa y conmovedora precisamente porque nada hay en ella de estético, porque no trata de gustar ni de conmover, porque su belleza no es arte ni literatura, pero sí naturaleza y espíritu. ¿Escenificación filosófica y moral? ¡Escándalo y escándalo para los judíos, y locura para los griegos, horror de las gentes de bien y repugnancia de los filósofos! Si fuera una fabricación de los sacerdotes, supongo que los sacerdotes no habrían tenido la imprudencia de fabricar un instrumento tan incomodo de manejar. Pues quien se atreve a enseñar el Evangelio corre el riesgo de ver alzarse contra él las grandes y terribles verdades que el propio Evangelio afirma.

No es cosa extraña que los enemigos de un hombre se unan para condenarlo y quitarle la vida; pero que veinte siglos después de su muerte haya motivos para resucitar su proceso y condenarlo a no haber vivido nunca, es una aventura que sólo a Jesús podía ocurrir.

Aunque admitamos que para sostener una hipótesis tan atrevida como la inexistencia de Cristo -nunca insinuada antes, siquiera por los enemigos más encarnizados de la religión cristiana ni por los herejes más extremados- basta con alegar la ausencia de documentos históricos; aunque admitamos que los seis testimonios que datan del primer siglo son insuficientes; aunque admitamos que a Tácito, Suetonio, Plinio el Joven, Flavio Josefo, que hablan de Cristo como de un hombre crucificado por Poncio Pilatos, pueda acusárselos de información precipitada, así como a los rabinos del Talmud, que lo maldicen, o a san Pablo, cuyos escritos son sin duda más antiguos aún que el Evangelio mismo y pudo estar en connivencia con la parte encausada, queda todavía un séptimo testimonio que no es romano, ni judío, ni cristiano, ni humano: es éste: (Lanza del Vasto muestra la Santa Faz del Sudario de Turín.) Ya lo conocéis. No es una imagen, no es una imagen piadosa, no es el fruto de la imaginación, no es la obra maestra de un pintor ilustre: ningún pintor, por grande que sea, podría pintar un rostro semejante. También este documento ha sido protestado, juzgado, analizado por los sabios y los críticos y los químicos. Desde luego, ninguno de ellos tiene medios para afirmar que esta imagen sea auténtica. Pero al menos han demostrado la extrema improbabilidad de una falsificación. Algunos no han olvidado señalar que hay varios sudarios propuestos a la veneración pública, pero éste se distingue de todos los demás, de todos los velos de Verónica, de todos los santos sudarios conservados en Besançon y en otras partes, y la comparación misma de esta reliquia con las imitaciones nos da una prueba innegable de su verdad. Pues en

todas ellas puede verse de qué imaginación provienen y qué medios técnicos se emplearon para fabricarlas: la pintura o diversas manchas que pueden aislarse y reproducirse. Mientras que de éste sabemos por lo menos que es una tela que se remonta a la época de Cristo; sabemos además que esta imagen sólo pudo producirse mediante la aplicación de un rostro ungido con mirra y áloe. Ungiendo el rostro de hombres tras una dura agonía y aplicando una tela se obtuvieron huellas semejantes. Es preciso saber además que si se deja demasiado tiempo la tela sobre el rostro, quiero decir, más de tres días, la imagen se borra como una placa fotográfica expuesta demasiado tiempo a la luz. Por lo tanto es necesario que las condiciones de impresión de ese rostro sean las de la permanencia del Señor en el sepulcro desde las once del viernes hasta la mañana del domingo. Además es necesario saber que esta imagen se conservó durante varios siglos sin que nadie la viera. Podemos verla desde hace poco tiempo porque la fotografía la descubrió. Esta imagen no es la fotografía del Santo Sudario, sino una reproducción del negativo fotográfico. En efecto, las huellas negras sobre la tela sólo pueden resultar de las partes del rostro aplicadas sobre la tela, mientras que las huellas blancas representan las cavidades que se llenan de sombra, y, por lo tanto, de negro. La imagen, tan impresionante aquí, es irreconocible en la tela misma. No sólo conserva las huellas de todos los vejámenes soportados por el Señor y de los cuales nos hace el Evangelio un relato preciso y espantoso, sino que además agrega detalles acerca del suplicio siempre ignorados por la tradición cristiana: por ejemplo, que los clavos no atravesaron la palma de las manos y se hundieron, en cambio, en las muñecas. ¿Cómo habría sabido eso el falsificador? ¿Cómo habría pensado en señalar la diferencia entre la sangre viva que brotó de las llagas del látigo, las espinas y los clavos, y la sangre muerta (mezclada con agua) de la herida del costado? Esta imagen, piadosamente conservada desde la época de los Discípulos, nunca había sido vista. Sólo se reveló en nuestros días y como respuesta al nuevo esfuerzo de este mundo para borrar las huellas del Crucificado, incómoda para su conciencia.

Y mientras los escribas actuales demuestran que el Hijo del Hombre nunca existió, así como los de hace veinte siglos demostraban que no era Hijo de Dios y merecía la muerte, desde el fondo de la noche el rostro de Cristo resurge en silencio coronado con sus llagas y se muestra sin mirar a nadie.

Esta huella, en que veo toda la Pasión escrita con letras de sangre -la Flagelación, la Coronación de espinas, la Crucifixión, el lanzazo del centurión-, la proclamaría yo como el quinto evangelio reservado a este siglo incrédulo.

Aquellos a quienes he propuesto esta imagen como tema de meditación, conocen la virtud que hay en ella. Poco ha de importarles lo que otros digan, supongan, demuestren u opongán. Podrán “hablar lo que vieron”.

III

EL PRINCIPIO SEGÚN MARCOS Y LUCAS O JUAN BAUTISTA Y JESUCRISTO

Enero de 1949. Tournier.

Oigamos el primer rugido de Marcos, el León: Principio del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios. Desde el primer paso Marcos parece ganar ventaja a Mateo, que dice: Hijo de David, Hijo de Abraham. Pero el graduar los cuatro Evangelios o las enseñanzas y revelaciones de un mismo Evangelio según un orden progresivo es imposible. Si es verdad que Mateo espera hasta el capítulo XIV para enunciar el título de "Hijo de Dios", ya en el párrafo vigésimo tercero del primer capítulo nos muestra de qué manera concreta y corporal se produce tal filiación. Ninguno de los cuatro tiene miramientos para con nuestra incrédula imbecilidad ni pierde tiempo con nuestra ignorancia. Desde el comienzo ponen ante nuestros ojos las afirmaciones más misteriosas, más desconcertantes, más absolutas. Es probable que la verdad acerca del Hijo del Hombre no se haya revelado en la conciencia de los apóstoles sino por grados o destellos intermitentes, hasta la iluminación definitiva del Pentecostés. Pero el Evangelio parte desde el punto de llegada. No es un método. Cosa que, en su sencillez, hace tan difícil su acceso. Se ha exagerado mucho, por ejemplo, la distancia que separa el Cuarto Evangelio de los otros tres y se lo ha llamado el Evangelio espiritual. Pero los cuatro merecen por igual ese título y los cuatro no son más que uno. Cosa que destaca la Iglesia cuando dice: "el Santo Evangelio según Mateo o según Juan". La imaginería tradicional atribuye uno de los cuatro animales de la visión de Ezequiel (Ezequiel, I) a cada uno de los Evangelistas: así encontramos a san Mateo junto a un Toro, a san Marcos junto a un León, a san Lucas junto a un Ángel, a san Juan junto a un Águila. Los Padres explican que el Toro (llamado Buey y hasta Ternero) es el animal de los antiguos holocaustos y por lo tanto símbolo del sacerdocio; que el León es el signo del Rey; que el Ángel (u hombre) expresa la Humanidad y el Águila la Divinidad. Tales atributos serían los elementos constitutivos y por así decirlo los puntos cardinales de la grandeza de Cristo. Pero es digno de observarse que san Agustín atribuye el León a Mateo, el Toro a Lucas, el Ángel a Marcos. Mientras que los Doctores griegos asignan el Ángel a Mateo, el Toro a Lucas, el León a Juan y el Águila a Marcos. Lo cual demuestra a las claras que sólo hay un Evangelio en cuatro libros y que los cuatro animales son Cristo. A Él pertenece la fuerza vital de la Tierra, que es el Toro, puesto que todo lo que fue hecho era vida en Él; a Él el reino del Fuego purificador y transfigurador, que es el León alado, a Él, que bautiza en fuego y en espíritu; a Él, al Hijo del Hombre, la plenitud del Hombre alado; a Él la seguridad del Águila posada en la cima del cielo; a Él la hosca pureza, el pico fulminante y la garra terrible del Águila cuando se arroja sobre el corazón de la víctima. Pues los cuatro animales componen la Esfinge enigmática y sonriente en la encrucijada de todos los caminos. Si debemos atribuir a Marcos un carácter particular habremos de aludir a la fogosa brevedad de su palabra, aprendida sin duda de su Maestro san Pedro. En efecto, según la tradición Marcos es discípulo inmediato del Primer Apóstol, cuyas memorias habría recogido en Roma.

Proseguimos:

Así como está escrito en Isaías el profeta: He aquí yo envío a mi ángel delante de tu faz, que preparará tu camino delante de ti.

Voz del que clama en el desierto: Aparejad el camino del Señor, haced derechas sus sendas.

Estaba Juan en el desierto bautizando y predicando el bautismo de penitencia para remisión de pecados.

Y salía a él toda la tierra de Judea, y todos los de Jerusalén, y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados.

Y Juan andaba vestido de pelos de camello, y traía un ceñidor de piel alrededor de sus lomos, y comía langostas y miel silvestre. Y predicaba diciendo:

En pos de mí viene el que es más fuerte que yo, ante el cual no soy digno de postrarme para desatar la correa de sus zapatos.

Yo os he bautizado en agua, pero él os bautizará en el Espíritu Santo.

Ése es, breve y perfecto, el retrato de Juan Bautista. La voluntad de condensarlo todo mueve al evangelista a fundir dos profecías, la de Malaquías, III, y la de Isaías, XL, 3, para desembocar de inmediato en la realidad: estaba Juan en el desierto bautizando.

Juan es el mensajero "delante de la faz del Señor" para preparar su camino, para hacer derechas sus sendas. Las sendas son los caminos que llevan al Camino. Para acceder al camino real de la vida interior es preciso enderezar las vías humanas. Es preciso guiar los pasos del hombre por la rectitud antes de abrirle el camino, antes de señalarle con el dedo a Aquel que dice de sí mismo: Yo soy el camino. Y si el Señor es el Verbo, el anunciador del Señor es la Voz, la Voz del que clama en el desierto. La voz es la sustancia terrena de la palabra; suena antes de que la palabra sea oída y adquiera sentido. Suena y llama. Es un grito que de generación en generación resuena en Israel y en la tierra entera; y esa voz dice: "¡Ha de venir! ¡Viene, viene ya aquel que es plenitud de vida, el que hará que no hayamos vivido en vano ni con el solo fin de morir!"

Y esta voz que clama en el desierto es el anuncio de la luz que brilla en las tinieblas y que las tinieblas no comprendieron, el anuncio de Aquel que vino entre los suyos y que los suyos no recibieron. La voz resuena entre los sordos, entre millones de simientes desecadas y convertidas en arena, entre millones de endurecidos que voluntariamente se consagraron a la inmensa perdición de las soledades...

¿Qué hacía Juan en la muda desolación del desierto? Llamaba. ¿Qué ofrecía en lo hondo de esas regiones áridas? El Baño.

Y de la Tierra Santa y de la Ciudad Santa las gentes iban hacia Juan para el baño. Pues, ¿cómo puede ser santa una ciudad si tantas gentes se mueven en ella impulsadas por la codicia de las riquezas, por el placer de la carne y las vanidades? No hay más tierra santa que el desierto. Hay que sudar mucho, padecer la sed, correr el riesgo de las fieras y los ladrones, sufrir la quemadura del día, el hielo de las noches y la arena del viento para merecer por fin un baño que lava para toda la vida.

Pues al fin del camino pedregoso corre el Jordán, el más inhumano de los ríos, entre sus márgenes de rocas. Llega desde las nieves del Hermón, se hunde en dos desiertos para desembocar en el estanque de betún y sal del Mar Muerto. Es como una corriente y un vínculo entre el cielo y el infierno, es el río de la penitencia.

Para entrar en él las gentes dejan sus alforjas y se quitan sus ropas. Y Juan empuja hacia el agua al penitente, desnudo como en el día de su nacimiento, lo empuja bajo la superficie y le apoya su pesada mano sobre la cabeza. Así lo mantiene unos segundos, con el aliento suspendido en la negrura y el frío, hasta que todo pensamiento abandona al penitente, salvo su respiración furiosa en el aire libre y la luz. El hombre queda así brillante y nuevo: no sólo ha dejado caer sus ropas y su haber, sino también el bagaje de sus hábitos y la envoltura de su persona. De tal modo iniciaba, renovaba y desligaba Juan.

Y Juan andaba vestido de pelo de camello porque el camello es el más sobrio y el más humilde de los animales de carga, que se arrodilla para que depositen sobre él los fardos y los lleva a destino a través de distancias sin agua y sin palmas. Y Juan llevaba un ceñidor de piel en torno al talle porque tenía un dominio circular y completo de sus deseos y apetitos. Comía langostas que, como las opiniones exaltadas y las fantasías atrevidas, saltan en el aire por

todas partes para volver a caer un poco más allá. Y sabía atraparlas, secarlas al sol de la Verdad, reducirlas a polvo y alimentarse con su pulpa. Conocía el gusto de la miel que hay en lo hondo de las rocas, la sustancia de alegría y dulzura que oculta la ruda y terrible corteza de las cosas.

También Mateo lo presenta, en el capítulo III, 4, con dos trazos inolvidables. Y esos trazos nada tienen de descriptivo o de pintoresco: al hablar de las ropas y el alimento hablan de la esencia. Esos dos trazos nada tienen de exterior, porque nada queda de exterior en el hombre espiritual. Su hábito, sus hábitos, su lenguaje y sus pensamientos, sus obras y su actitud no son ya productos del artificio y efectos de la convención, sino que están destinados a la expresión y al mensaje. Es el momento en que no existe el azar en la vida del hombre espiritual y los accidentes mismos acentúan su significado. El nacimiento, las jugadas del destino, la muerte son cosas contra las cuales nada podemos y por eso las padecemos; pero el hombre espiritual las asume y sabe informarlas. Por eso nos cuenta Lucas el nacimiento de Juan Bautista y hasta empieza con esa historia su Evangelio.

Hubo en los días de Herodes, rey de Judea, un sacerdote nombrado Zacharías, de la suerte de Abías; y su mujer de las hijas de Aarón, y el nombre de ella Elisabeth.

Y eran ambos justos delante de Dios, caminando irreprensiblemente en todos los mandamientos y estatutos del Señor.

Y no tenían hijo, porque Elisabeth era estéril, y ambos eran avanzados en sus días.

Y aconteció que, ejerciendo Zacharías su ministerio de sacerdote delante de Dios en el orden de su vez,

Según la costumbre del sacerdote, salió por su suerte a poner el incienso, entrando en el templo del Señor;

Y toda la muchedumbre del pueblo estaba fuera orando a la hora del incienso. Y se le apareció el ángel del Señor, puesto en pie a la derecha del altar del incienso.

Y Zacharías al verle se turbó, y cayó temor sobre él.

Mas el ángel le dijo: No temas, Zacharías, por que tu oración ha sido oída; y tu mujer Elisabeth te parirá un hijo y llamarás su nombre Juan;

Y tendrás gozo y alegría, y se gozarán muchos en su nacimiento; Porque será grande delante del Señor; y no beberá vino, ni sidra, y será lleno del Espíritu Santo aun desde el vientre de su madre;

Y a muchos de los hijos de Israel convertirá al Señor Dios de ellos. Porque él irá delante de él con el espíritu y verdad de Elías, para convertir los corazones de los padres a los hijos, y los incrédulos a la prudencia de los justos, para aparejar al Señor un pueblo perfecto.

Y dijo Zacharías al ángel: ¿En qué conoceré esto?, porque yo soy viejo, y mi mujer está avanzada en días.

Y respondiendo el ángel le dijo: Yo soy Gabriel, que asisto delante de Dios; y soy enviado a hablarte, y a traerte esta feliz nueva.

Y tú quedarás mudo, y no podrás hablar hasta el día en que esto sea hecho, porque no creíste a mis palabras, las cuales se cumplirán a su tiempo.

Y el pueblo estaba esperando a Zacharías, y se maravillaban de que se tardase él en el templo.

Y cuando salió, no les podía hablar, y entendieron que había visto visión en el templo. Y él se lo significaba por señas, y quedó mudo.

Y cuando fueron cumplidos los días de su ministerio, se fue a su casa;

Y después de estos días concibió Elisabeth su mujer, y se estuvo escondida cinco meses, diciendo:

Porque el Señor me hizo esto en los días, en que atendió a quitar mi oprobio de entre los hombres.

Y al sexto mes, el ángel Gabriel fue enviado de Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazareth,

A una virgen desposada con un varón, que se llamaba José, de la casa de

David, y el nombre de la virgen era María.

Y habiendo entrado el ángel adonde estaba, dijo: Dios te salve, llena de gracia; el Señor es contigo; bendita tú entre las mujeres.

Y cuando ella esto oyó, se turbó con las palabras de él, y pensaba, qué salutación fuese ésta.

Y el ángel le dijo: No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios.

He aquí, concebirás en tu seno, y parirás un hijo, y llamarás su nombre Jesús.

Éste será grande, y será llamado Hijo del Altísimo, y le dará el Señor Dios el trono de David su padre; y reinará en la casa de Jacob por siempre.

Y no tendrá fin su reino.

Y dijo María al ángel: ¿Cómo será esto, porque no conozco varón?

Y respondiendo el ángel le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y te hará sombra la virtud del Altísimo. Y por eso lo santo, que nacerá de ti, será llamado Hijo de Dios.

Y he aquí Elisabeth tu pariente, también ella ha concebido un hijo en su vejez; y éste es el sexto mes a ella, que es llamada la estéril;

Porque no hay cosa alguna imposible para Dios.

Y dijo María: He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra. Y se retiró el ángel de ella.

Y en aquellos días levantándose María fue con prisa a la montaña, a una ciudad de Judá;

Y entró en casa de Zacharías, y saludó a Elisabeth.

Y cuando Elisabeth oyó la salutación de María, la criatura dio saltos en su vientre; y fue llena Elisabeth del Espíritu Santo;

Y exclamó en alta voz, y dijo: Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre.

Y, ¿de dónde esto a mí, que la madre de mi Señor venga a mí? Porque he aquí luego que llegó la voz de tu salutación a mis oídos, la criatura dio saltos de gozo en mi vientre.

Y bienaventurada la que creíste, porque cumplido será lo que te fue dicho de parte del Señor.

Y dijo María: Mi alma engrandece al Señor.

Y mi espíritu se regocijó en Dios mi Salvador.

Porque miró la bajeza de su esclava, pues ya desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones;

Porque me ha hecho grandes cosas el que es poderoso, y santo el nombre de él.

Y su misericordia de generación en generación sobre los que le temen.

Hizo valentía con su brazo: esparció a los soberbios del pensamiento de su corazón.

Destronó a los poderosos, y ensalzó a los humildes.

Hinchó de bienes a los hambrientos, y a los ricos dejó vacíos.

Recibió a Israel su siervo, acordándose de su misericordia.

Así como habló a nuestros padres, a Abrahán y a su descendencia por los siglos.

Y María se detuvo con ella como tres meses; y se volvió a su casa.

Todo el primer capítulo de Lucas está dedicado al nacimiento de Juan Bautista. Lejos estamos de la ruda brevedad de Marcos. Y si nos gustan las historias tenemos aquí con qué complacernos. Pero también tenemos de qué sorprendernos, pues si el primer capítulo comprende ochenta versículos y termina diciendo: Y el niño crecía, y era fortificado en espíritu; y estuvo en los desiertos hasta el día que se manifestó a Israel, el segundo capítulo, que habla del nacimiento de Cristo, sólo comprende cincuenta y dos y termina: Y Jesús crecía en sabiduría, y en edad, y en gracia delante de Dios y de los hombres. Mientras que el tercer capítulo vuelve a Juan Bautista.

De esta observación se deduce que el honor concedido a Juan supera al de todos los santos, puesto que su vida y su figura se consideran paralelas a la de Cristo. Una segunda lectura hace que el paralelo se perfile con más nitidez aún. Las mismas precisiones acerca de la rectitud y pureza de los padres (los de Juan, de rango social más elevado y distinción personal más

evidente que los de Jesús), sus orígenes (más claros en Elisabeth que en María, aunque se agrega que ambas son parientas), la aparición del ángel a Zacharías en el templo, a la derecha del altar del incienso a la hora del incienso, mientras el pueblo todo aguarda orando, y la anunciación del ángel a María, seis meses después, en Nazareth, sin que nadie sepa nada, salvo María. Después la visitación de ambas mujeres en la montaña, la salutación de Elisabeth y el Magnificat de la Virgen, la profecía de Zacharias durante la circuncisión de Juan, las profecías de Simeón el Justo y de Ana la profetisa, durante la circuncisión de Jesús. Imposible poner en duda que Lucas quiso pintar un díptico.

Juan es la sombra del cuerpo de Jesús, y la sombra es el cuerpo gris y chato que marcha junto al cuerpo, a ras de tierra, en el camino. Y la sombra se parece al cuerpo, rasgo por rasgo, y se opone a él.

Juan es el hijo de la esterilidad y de la vejez, es del tronco de Israel, antiguo y seco, un retoño digno de su alta nobleza. Y abandona el templo y la ciudad y se hunde en el desierto.

Jesús nace de la Virgen intacta, es el sol naciente que visita el mundo, la fuente de agua viva, el esposo. Llega desde una aldea alejada y cruza el desierto, más para dirigirse a las ciudades y para enseñar en el templo.

Juan se abstiene de pan y de vino, o sea de los bienes de la naturaleza y de las ofuscaciones espirituales, pero Jesús come y bebe y se da a sí mismo como pan y como vino.

El ángel del Señor que se aparece a Zacharías en el templo es el ángel de la Inspiración.

Su índole activa se revela en esto: aparece a la derecha, puesto en pie. Y dice de sí mismo: Yo asisto delante de Dios, asto ante Deum. Por lo tanto, es el Inspirador de las grandes acciones que, superiores a la fuerza humana y a las más audaces previsiones, deben cumplirse por las vías naturales en el mundo exterior. No es sólo el ángel que anuncia la victoria, sino el que trae la concepción y el proyecto y nos da la orden de iniciarlo. El anuncio de las grandes cosas que hará el hijo que nacerá de nosotros: así trae el proyecto el ángel de la Inspiración, pues la gran acción inspirada que ha de surgir no será obra nuestra sino que se hará por sí sola, siempre que nos dejemos atravesar por la Gracia. Ahora bien, Zacharías, una vez recobrado del terror que cayó sobre él, qui irruit super eum, se queda vacilante y dudoso ante la figura del ángel. ¿En qué conoceré yo esto?, responde, lo cual significa: no puedo creerlo. No porque no crea en Dios, pero sí porque duda de sí mismo. Pues está viejo y decepcionado y aunque siempre ha caminado en todos los mandamientos y estatutos del Señor, su mujer es estéril. En otros términos, falta a su naturaleza ese fermento de ardor que hace creadoras a otras naturalezas menos nobles. Zacharías es sacerdote de raza, de oficio, de vocación. Nunca ha pensado que Dios no se contentaría con pedirle que consuma su vida, como ese incienso, en volutas de olor agradable.

Y no será ya en el templo sino en su casa donde habrá de consagrarse, por la salvación del pueblo, por su dicha y gloria eternas, a una obra de carne oscura. Pero su recelo hace que el ángel le anude la lengua para castigarlo y también para protegerlo: el consejo de la alta empresa ha de madurar en el silencio. Por lo demás, aunque Zacharías dispusiera del libre uso de su lengua y de la elocuencia más acabada, ¿cómo explicar al pueblo lo que ha ocurrido y lo que ocurrirá? El pueblo aguarda fuera del templo la gracia de Dios, mientras el sacerdote intercede, y la gracia ya ha llegado y llegará al pueblo, pero por sendas que el pueblo desconoce y que el propio sacerdote sólo conoce a medias. Por eso sólo podrá hacer señas hasta el día del nacimiento: erat annuen illis. Y por eso Elisabeth se oculta durante los primeros meses de su preñez.

Pero el ángel que al sexto mes se presenta para saludar a la Virgen: Dios te salve, llena de gracia; el Señor es contigo; bendita tú entre las mujeres... he aquí, concebirás en tu seno y

parirás un hijo... no se aparece a María. El ángel Gabriel no se aparece a María, sino que entra donde ella estaba, *ingressus Angelus ad eam, dixit*. Es el ángel de la Contemplación, es la cercanía de la unión en el éxtasis.

No se nos dice si el ángel surgió a derecha o a izquierda, si estaba en pie o volaba; y acaso la propia María no lo sabe. Si estaba en mi cuerpo o fuera de él no lo sé, dice san Pablo, Dios lo sabe. Entra el ángel y todo se hace luz.

Y esa luz celeste no está hecha para los ojos; y esa voz divina no está hecha para el oído. No se detiene en la punta del intelecto ni en el ápice del corazón. Desciende a las profundidades del alma virgen e inviolada, descende más bajo aún y penetra en la carne como una herida y descende todavía hasta lo que el cuerpo tiene de más corporal, hasta el reducto más ciego, más sordo, más tenebroso: el vientre. ¡Ah, hijos míos, qué revelación acerca de la realidad de las cosas espirituales y la espiritualidad de las naturales, acerca de las relaciones y la trama de lo que es alto y lo que es bajo! . . . Que la verdad aclare la inteligencia es hermoso, pero no es menester destacarlo; que el corazón se depure e ilumine es cosa buena en el orden de las cosas; pero que el Espíritu Santo deje su marca en la carne y el ser se sienta avasallado y todo se cumpla...

¿Cómo será esto?, pregunta María asombrada, pero sin dudar como el viejo sacerdote, ya que es nueva, abierta, dispuesta a todo. Y el ángel le enseña este arcano de diez palabras, las más claras que sea posible encontrar divinamente o humanamente: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y te hará sombra la virtud del Altísimo. Entre estas palabras hay una que sólo se dijo en esta ocasión única: es un verbo pleno, verde, vibrante, sonoro y vertiginoso como un gran árbol en la brisa, el verbo obumbro. *Spiritus Sanctus superveniet in te et virtus Altissimi obumbrabit tibi*. San Gregorio observa que "la sombra está formada por la luz y el cuerpo". El hermoso verbo es, por lo tanto, exacto: expresa la encarnación de la luz divina.

El adorno de las bodas espirituales de Ruysbroek el Admirable, el Diálogo del Amigo y el Amado del bienaventurado Raimundo Lulio, Las Moradas de santa Teresa, la Noche Oscura de san Juan de la Cruz, el último canto del Paraíso de Dante, el Cantar de los Cantares son el perfume y la frescura del jardín que llegan hasta el caminante demorado ante la reja; y el jardín es el misterio de la Sombra.

En ninguna parte del Evangelio se habla tan difusamente de la Virgen María como en este primer capítulo de Lucas. En otras partes, aquí y allá, más que evocada aparece indicada. Aunque todo lo relacionado con ella nos conmueve, la Escritura no nos da ninguna imagen suya. Los pocos rasgos que la caracterizan la sitúan de inmediato en el centro de uno de los hogares más vivos de la devoción cristiana, pero en cuanto alzamos los ojos hacia ella advertimos que no la vemos y que casi nada sabemos de su persona.

Y acaso es natural que así sea, puesto que lo mismo ocurre con nuestra alma; sabemos que existe, sabemos su importancia capital y escondida, sabemos que para nosotros es más esencial que el mundo entero, pero nuestros sentidos no nos revelan su figura. En verdad, media un vínculo tan estrecho entre la Virgen y el alma que no podríamos buscar la una sin dar con la otra. La Virgen es un ser divino. No es, sin embargo, una diosa. Es mujer y santa, pertenece a nuestra propia naturaleza y la veneración que le profesamos participa del amor que sentimos hacia las criaturas y de la adoración que sólo debemos a Dios; asimismo, el alma es de esencia divina, pero ha sido creada y su inmortalidad conserva el equilibrio entre el tiempo que arrebató toda cosa y la eternidad que pertenece a Dios. La Virgen es una criatura reservada, fuente de gracia para todo ser; asimismo, el alma es el punto más sensible del ser y el más transparente. Es la flor en el puro vientre mediante la cual se cumple la conjunción con

el Espíritu Santo, de modo que el germen de la vida interior allí fructifica y el embrión de Cristo allí es concebido. Puerta del Cielo cuyas fronteras azules no franquean nuestros ojos, Estrella de la mañana, luz de nuestra noche que sobrevive en los umbrales del día, Torre de marfil de preciosa reclusión, Arca de la Alianza donde están guardadas la ley y los sellos, Rosa mística donde se dilata la dicha celestial entre los pliegues circulares de una carne purificada y abierta en perfumes. Así el cristiano que ora ante una imagen de la Virgen eleva un Espejo de Justicia en que el alma descubre su propio rostro, desconocido para ella misma.

Y el que evoca a la Virgen evoca su propia alma, en la cual están inscriptos toda ciencia, todo profundo saber y de la cual emana todo consejo de sabiduría. Y en ella encuentra la pureza original de su esencia, al abrigo de las acechanzas del mundo, Refugio de los pecadores, Consuelo de los afligidos, porque los dolores y los pesares, los deseos y las malicias son de la carne; y en ella encuentra -puesto que ya no está sumida en el olvido, sino restituida a la luz- el receptáculo de las bellezas de lo Alto, el Vaso espiritual, Causa de nuestra alegría. Por eso la oración a la Virgen es una operación filosófica de alto valor, una llave de ese Conocimiento-de-sí-mismo que para los orientales es el fin supremo y verdadero de toda religión y para nosotros su condición indispensable.

Tratemos ahora el segundo de los “Misterios gozosos”, que en el lenguaje de los imagineros y los devotos lleva el título de La Visitación.

Ocurre en el sexto mes de la preñez de Elisabeth. Por eso es justo celebrar el nacimiento de san Juan Bautista al comienzo del verano, si situamos la Navidad en la época en que el sol está más cerca de la tierra, aunque aparentemente exilado y casi aniquilado. Un nuevo signo de que ambas figuras, la de Jesús y la de Juan, deben considerarse como dos polos.

De modo que María se levanta en ese abril de esperanza, *exurgens autem Maria in diebus illis*, y gana la montaña en su premura de subir. También la mueve la prisa de reunirse con aquella de quien el ángel le ha hablado, la única que puede recibir su secreto: su venerable y anciana parienta que, como ella, se oculta porque Dios le ha hecho una merced semejante e inversa. Y María saluda a Elisabeth. Ved cómo el saludo de María a Elisabeth recuerda -repetición en pianissimo de la misma nota en una sinfonía- el saludo del ángel a María. Pues así como el saludo del ángel anuncia que el Espíritu Santo sobrevendrá en María y que la virtud del Altísimo suscitará al Hijo en su carne, el saludo de María hace que el hijo formado en Elisabeth se conmueva -de modo maravilloso, pero no milagroso ante la presencia de su Salvador. Y el Espíritu Santo colma entonces a Elisabeth, pero sólo llena su alma. Y reconociendo en la joven María a la madre de su Señor, Elisabeth profetiza como treinta años después lo hará su hijo en la plenitud de sus fuerzas y de su conciencia.

A lo cual responde María con el Magnificat. Y éstas son casi las únicas palabras de la Virgen que han llegado hasta nosotros, salvo su pregunta al ángel: ¿cómo será esto?, y su respuesta al ángel: He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.

El Magnificat, donde se engarzan como perlas versículos de los Salmos, de Samuel, de Habacuc, de Malaquías, de Isaías, de Jeremías -antiguas voces reunidas en un coro nuevo y refrescadas por labios casi infantiles- es el primer fragmento de la liturgia oriental y romana, y el modelo de todos los demás, puesto que la propia Misa no está compuesta de otro modo.

Es, asimismo, el modelo de nuestro rezo espontáneo; por sincero y profundo que sea el ímpetu que lo lleva a nuestros labios, nunca rebasará la medida de las fórmulas tradicionales; las colmará, las vivificará amoldándose a ellas. Porque si nos entregamos por entero a la invención del momento, corremos el riesgo de balbucear y presentar una ofrenda verbal incompleta y apresurada. Y si por el contrario nuestras palabras fluyen con facilidad, el

peligro está en dejarnos arrastrar por la complacencia oratoria y lírica, y en escucharnos a nosotros mismos en vez de hacer que Dios nos escuche. Es preciso que la plegaria sea perfectamente hermosa (pues de lo contrario es blasfemia) a causa de la majestad de Aquel a quien se dirige; es preciso, por otra parte, que no podamos enturbiar esa belleza con ninguna vanagloria, con ninguna afirmación de nuestra persona. Propósito al cual se ajustan perfectamente las fórmulas ancestrales. Gracias a ellas, por lo demás, los vivos prestan su voz a los difuntos, y santos y profetas rezan con nosotros, los pecadores.

No faltan motivos para que en su acción de gracias la Virgen emplee las palabras que la Escritura pone en boca de Ana, madre de Samuel, que redimida de su esterilidad por la bendición de Elías y por merced del Señor, consagraba su hijo a Dios. Y es éste Samuel, último de los Jueces, quien debía ungir a David Rey: Mi corazón se regocija en Jehová, mi cuerno es ensalzado en Jehová; mi boca se ensanchó sobre mis enemigos, por cuanto me alegré en tu salud. (1 Sam. II, 1.)

Y María: magnificat anima mea Dominum. No nos sorprenda que cambie la palabra "corazón" por la palabra "alma", pues ella es el Alma. Con esa palabra imprime su sello en la antigua fórmula, así como también cambia "mi cuerpo es ensalzado" (o sea mi fuerza y mi dirección, ya que el cuerno es el emblema del conductor del rebaño) por "mi espíritu se regocijó". Pero como ya hemos observado, nada hay en la Virgen de personal o de peculiar: todo cuanto a ella se refiere es esencia y entraña un valor universal. Por eso no sólo las palabras que escoge, sino también el cambio que introduce en ellas está cargado de significación.

En verdad, las tres primeras frases después de la partida del ángel formulan por sí solas los fundamentos del conocimiento interior del Hombre.

Pues la primera de esas frases nos habla del Cuerpo, la segunda del Alma y la tercera del Espíritu. Y las ciencias tradicionales nos enseñan que de esos tres elementos está hecho el hombre interior. El Hombre interior, en el cual habita la verdad, según san Agustín: in interiore horno habitat veritas.

La primera de esas frases es su respuesta al ángel, que le ha revelado cómo su carne concebirá el Verbo y será desposada por el Espíritu Santo.

La segunda y la tercera son los dos primeros versículos del Magnificat: el alma engrandece al Señor y el espíritu se regocija en Dios, su Salvador.

Volvamos a la primera, que contiene un postulado capital del Evangelio y toda enseñanza religiosa: el cuerpo, "ese nido de errores, ese nudo de pecados", ese saco de inmundicias, ese fardo de orgullo, ese depósito de ofuscamiento y concupiscencia, debe convertirse en un instrumento de conocimiento, en una lámpara de verdad, en un canal de salvación, en un templo; debe ser asumido por el espíritu, transmutado en su sustancia, transportado en la gloria celeste para que la redención de la criatura sea perfecta. Quien negara este punto no podría llamarse cristiano, porque si el cuerpo careciera de todo valor, la encarnación del Verbo no tendría razón de ser y el dogma de la Resurrección de la Carne carecería de sentido.

Pero no se trata tanto de rechazar o aceptar cuanto de entender debidamente la proposición. Y el primer paso consiste en entender que no es fácil de entender.

Considerad el modo en que habláis del corazón: cuando decís que alguien tiene una enfermedad del corazón y cuando decís que queréis a un amigo con todo el corazón, es evidente que por una parte concebís el corazón como un órgano de carne y, por la otra, como la fuente de un noble sentimiento. En otros términos, distinguís entre un corazón carnal y un corazón interior. Pero lo que admitís con respecto al corazón es válido para el cuerpo todo. El cuerpo natural supone un cuerpo invisible y este último supera al primero en la misma medida

en que la hoguera del coraje y el amor es superior a la bomba de sangre que también se llama corazón.

Por consiguiente, el primer error que debemos evitar es pensar que el cuerpo no es sino una masa dada de materia corruptible. Por lo demás, todos sabemos que al cabo de siete años ni una partícula de la materia que compone un cuerpo subsiste en ese cuerpo que, mientras tanto, permanece invariable. Lo que hace que el cuerpo siga siendo el mismo es su forma. Dicha forma no le es impuesta por los cuerpos vecinos ni por los accidentes externos, sino que trabaja la carne desde dentro, la hace y la rehace día y noche. Es como un filtro a través del cual pasa la materia. La forma del cuerpo pasa, asimismo, desde el nacimiento hasta la muerte, pero más que de un pasaje trátase de un desarrollo incesante. La verdadera forma del cuerpo es este desarrollo, o más bien la causa y ley de ese desarrollo.

El cuerpo es, por lo tanto, un principio formal activo que toma del exterior un material determinado para desecharlo, ya quemado, una vez que ha extraído de él sus fuerzas. Este principio formal no resulta de la materia misma ni reside en ella; está en la vida, o sea en el alma. Y cuando el alma se retira del cuerpo para pasar, por medio de la muerte, a otro plano, se lleva consigo ese principio formal que le crea un nuevo cuerpo de materia o de luz, según el mundo en que le permite ingresar la calidad de sus méritos. Esto es lo que enseñan todas las grandes religiones con imágenes diferentes, aunque muy poco diferentes en lo esencial, ya hablen de la reencarnación terrena de las almas no purificadas, ya les asignen otros lugares de expiación, por lo demás imprecisos. Por eso la religión se ocupa del cuerpo del hombre con solicitud maternal y severa, y lo vigila casi tanto como a su alma y su espíritu, sin ignorarlo ni olvidarlo ni desdeñarlo nunca. Lo cual no significa que no le imponga privaciones -medicina fortalecedora-, ni le ordene castigos -excelente prueba de amor-, ni lo exponga cuando suene la hora del sacrificio total de la envoltura exterior y sufriente -supremo honor y sostén de sus primeros pasos en la gloria de la resurrección.

Ahora bien: ¿qué nos enseña acerca del cuerpo este coloquio entre el ángel y la Virgen? La voz del ángel nos dice: que el cuerpo puede convertirse en la morada y en el esposo del espíritu y el Verbo del Padre.

La voz de la Virgen formula la primera condición para que ello ocurra: He aquí la esclava del Señor. Es preciso que el cuerpo se someta, que sirva a Dios. Todos creemos que nuestro cuerpo nos obedece y que lo llevamos a nuestro antojo y que es para nosotros un instrumento de trabajo en este mundo. En realidad, es él quien nos maneja de acuerdo a sus fines y quien nos impone deseos y rumbos, pues tiene sus razones que la razón y el corazón no conocen, tiene su voluntad propia, que doblega la nuestra al menor descuido, tiene su inteligencia particular, astuta y obstinada. No bien se encuentra en situación de peligro, o de necesidad, o de dolor, ya están nuestra alma de destino divino perturbada por la agitación y nuestra inteligencia, capaz de grandes descubrimientos, consagrada a encontrar un expediente para ponerlo a salvo. Porque todos los trabajos de los hombres, el trabajo sobrehumano de las máquinas, toda la colosal maquinaria social, con sus tribunales, sus ejércitos, todo eso no se pone en marcha sino para asegurar el alimento, el reposo, la protección, el placer de nuestro amo y señor: el Cuerpo.

Reducir ese amo al estado de servidumbre no es, por lo tanto, empresa desdeñable. Los ascetas se consagran a ella con la paciencia y la audacia que requiere. Los ambiciosos de toda clase también lo intentan, sabiendo que de tal modo adquirirán un poder inmovible en este mundo.

Lo primero, pues, ha de ser obtener imperio sobre el cuerpo y someterlo a la voluntad; lo

segundo, forzarlo al servicio de Dios, obligarlo o inducirlo a actuar con verdad y caridad. Pero el Cuerpo come, duerme y puede reproducirse mediante la cópula. El ciclo de sus acciones naturales muy poca relación tiene con la verdad o la caridad, cosas del espíritu y el alma. El Cuerpo sólo puede romper su círculo poniéndose al servicio del alma y del espíritu. Pero el Cuerpo presta ese servicio que rompe su círculo y lo priva de su centro para defenderse, por así decirlo. Ese primer paso es de lucha y de táctica. La razón y la bondad empujan hacia un lado, el Cuerpo y sus deseos hacia el otro: entre los dos el hombre vacila y se angustia. Y eso dura mientras la ley permanece exterior, escrita y aprendida o bien encarnada en la autoridad de otro. Después el hábito de obedecer y conformarse se transforma en necesidad. Del hábito se dice que es una segunda naturaleza; del hábito de las virtudes puede decirse que es un segundo cuerpo, un Cuerpo de Justicia. Bienaventurado el que tiene sed de justicia, bienaventurado el que llega a convertir la justicia en la exigencia de una necesidad carnal, pues con ello prueba que desde ese momento posee un cuerpo espiritual y que será un habitante del Reino. Suele ocurrir que el cuerpo invisible así formado se trasluzca a través del cuerpo natural y que emita su luz como la aureola de los santos; que sostenga o aligere el cuerpo y lo haga caminar sobre las aguas o remontar vuelo; que descargue por medio de él sus fuerzas para curar a los enfermos que lo tocan. Y si he hablado del Cuerpo como de uno de los tres elementos del hombre interior, me he referido a ese segundo Cuerpo: el único capaz de sostener la verdad, la envoltura material desechada por la liberación. Lo cual justifica la frase de san Pablo: de nada sirve la carne. Y también ésta: la considero como el fango (quasi stercora arbitror). Únicamente el segundo Cuerpo está destinado a las bodas espirituales. Pero no ha de entenderse esta frase como una imagen poética, sino como una realidad experimental y sensible. Los grandes místicos tocan esa realidad cuando los arrebatan el éxtasis, pero quien la posee plenamente es la Virgen, que no es arrebatada sino, por el contrario, dada y restituida. Y la Virgen merece el título de Reina de todos los santos porque realiza la santidad más profundamente que todos los demás, o sea en el plano más bajo.

Os explicaré: el cuerpo carnal y el cuerpo espiritual tienen el mismo nombre porque derivan del mismo principio y los unen abundantes e íntimas relaciones, por lo demás difíciles de elucidar. Cuando se forma el cuerpo espiritual, no es imposible que estalle a través del otro; y al cabo lo asume por completo y se confunde con él. Es lo que ocurre en grado supremo en el cuerpo del Señor, que es santo y fuente de salvación en su realidad temporal y hasta en su imagen. Y es lo que ocurre con la Virgen, que recibe en su vientre el espíritu y concibe el Verbo de Dios en su vientre, mientras que los demás santos lo conciben en su espíritu y lo reciben en su alma. Que no sólo el alma y la inteligencia sino también el cuerpo sea invitado al banquete divino: ése es el hecho sobrenatural. Y cuando no se trata únicamente del cuerpo sutil, del cuerpo de justicia, sino además -milagro único- de la carne mortal y dolorosa, entonces se inicia el misterio de la Encarnación y nos hallamos en el recodo capital de la historia espiritual del mundo.

Lo que es preciso comprender claramente es que estas bodas del espíritu con la carne no son una caída ni una subversión, pero sí la realización suprema. Pues la carne, aunque débil, aporta una dote inestimable. Cuando he dicho que el cuerpo y sus funciones tienen escasa relación con la verdad y la caridad, no he expresado del todo mi pensamiento. Porque las funciones del cuerpo establecen relaciones de intercambio con todos los elementos del mundo y prueban su real identidad con ellos. Y esta realidad se traduce en términos de vida y de gozo. Si el cuerpo es incapaz de verdad no lo es en su ser, sino en sus limitaciones, en sus excesos y rechazos. Por el contrario, gracias al cuerpo la inteligencia logra asir la verdad: toda idea que carece de cualquier verificación en la experiencia y no trasciende a las cosas por

intermedio del cuerpo debe clasificarse, por grande que parezca o pretenda ser, entre las frivolidades. Las cosas de la fe deben ser puras de todo lo ficticio y abstracto; deben tener una verdad concreta, completa, presente, breve: una verdad verdadera ("Pues la verdad divina abomina de la ficción". SANTO TOMÁS DE AQUINO, Del verbo encarnado.)

Del Alma y del Espíritu hemos hablado hasta aquí como todo el mundo, o sea suponiendo que nosotros y los que nos escuchan sabemos exactamente qué son: algo tan evidente que sería superfluo demorarse en explicarlo. Y como nadie alza su voz cedemos a la tentación de demoramos un instante: tan inasibles se vuelven las cosas que parecían muy próximas cuando las enfrentamos.

Alma proviene de una palabra que significa hálito y movimiento. Es la sustancia viviente del ser, su vida en sí. Definirla de esta suerte es implicar su inmortalidad, puesto que un hombre puede morir en el sentido de que lo abandona la vida, pero la vida no puede abandonar la vida. La perennidad es, por otra parte, cualidad común a toda sustancia e inclusive a la materia: lo que es, aunque se trate tan sólo de un guijarro, no puede dejar de ser. Podemos reducir a polvo el guijarro y esparcirlo a los cuatro vientos; por eso no deja de ser lo que es, y ninguna de sus partículas puede ser excluida del ser. Pero la vida es una fuerza unificadora y su sustancia es una. Esta unidad la relaciona con Dios, que es el Uno. En la medida en que el alma se recoge y guarda así su unidad innata, ingresa en Dios y se eleva. Ingresa en Dios en la medida en que ingresa en sí misma. Pero se pierde en la medida en que se dispersa apegándose a las cosas. No puede conocer a Dios sino asemejándose a Dios y conociendo en él su propia unidad. Como la gota de rocío refleja todo el cielo, así el alma contiene a Dios cuando es pura, condensada y reflejada sobre sí misma.

Y la Virgen, que es el alma, ¿qué dice del Alma? Dice: Mi alma engrandece al Señor. Pero el Señor es infinitamente grande. ¿Cómo podrá engrandecerlo, magnificarlo mi alma, que es una gota de agua? Allí está el gran misterio de la grandeza de Dios, que no es, como el espacio, una inmensidad vacía, muerta y fija, sino una inmensidad viviente, o sea que se rebasa incesantemente a sí misma. Ese perpetuo desborde es la creación. Así el infinito se desborda en lo finito, la grandeza en la pequeñez. Ahora bien: la superabundancia de Dios vertida en la criatura, su inmensidad condensada en un punto particular es el alma; y la razón de ser y el destino del alma consisten en acrecentar en sí la infinitud divina oculta en su sustancia como una minúscula simiente. Por eso el alma puede y debe decir: yo, ínfima, magnifico al Infinitamente Grande.

Y mi espíritu se regocijó en Dios, mi Salvador: aquí tenemos, presentado en la actitud que le cuadra, el tercer elemento del Hombre interior, el Espíritu. Si el Cuerpo es la relación del alma con las cosas y las gentes, del hombre con sus inferiores y semejantes, el Espíritu es la relación y la junción del alma con Dios.

En Occidente suele asimilarse el Espíritu con la Inteligencia y ambos términos se emplean indiferentemente. Contrasentido que acarrea las más enojosas consecuencias, hace incomprensibles los puntos capitales de la Escritura y cierra los caminos del conocimiento y la religión.

Pero la confusión oculta una profunda verdad y el error es un contrasentido, pero no algo que carece de sentido. Basta con volver del revés ese error para dar con la verdad escondida. Basta con volver la inteligencia para dar con el espíritu: el espíritu es la inteligencia subvertida.

Cuando se dice que la inteligencia es la más noble de las facultades humanas, que es divina por esencia, se dice verdad. Ese carácter divino de la inteligencia está indicado por la noción del Infinito y de la Perfección que, en efecto, sólo en ella es innato. No puede venirle de fuera, mediante la aprehensión de alguna cosa, puesto que todas las cosas son finitas e imperfectas.

Esa noción es en la inteligencia la marca de su propia esencia y de acuerdo a ella regula su conocimiento de todas las cosas finitas y particulares en las ciencias. Los números alcanzan su lugar en escalas que llegan al infinito y por medio de ellos todo se mide; los puntos encuentran su lugar en líneas que llegan al infinito y las formas geométricas -gracias a las cuales todo lo que es sensible alcanza una consistencia aprehensible- se construyen por intersección de planos infinitos. Los fenómenos y acontecimientos se comprenden mediante un encadenamiento de causas que es infinito. Si me objetáis que es imposible concebir el infinito y que no bien lo intentamos nos arrebatara el vértigo, respondo que es imposible no concebirlo y que basta con imponer un límite -por amplio que sea- al espacio o al tiempo o a los valores para que la inteligencia lo traspase con una carcajada victoriosa.

Pero es necesario que la inteligencia se subvierta, se renuncie, se convierta para que podamos hablar de espíritu, tal como lo entiende la Escritura. Y el primer vuelco consiste en dirigirse directamente a la Infinitud en cuyo seno está contenida toda cosa conocida, sin que esa infinitud llegue a ser nunca objeto de conocimiento. Y tal infinitud, que da vértigo porque no podemos siquiera concebirla en nosotros, así como nada podemos concebir sin ella, ha de transformarse en la suprema certidumbre y llamarse valerosamente con su verdadero nombre, que es Dios. Esta primera subversión de la inteligencia se llama Fe. La segunda subversión es la siguiente: en lugar de partir desde el creyente para llegar, a través de las cosas, hasta el infinito, el Espíritu desciende desde los confines del horizonte y desde el ápice del cielo para incidir sobre el creyente. Esto es lo que se llama Inspiración. El encuentro del impulso ascendente de la fe con el soplo descendente de la inspiración afirma la comunicación entre el Hombre y Dios y completa la concepción misma de Dios, porque es en el alma donde el infinito alcanza la unidad y la vida, y de tal modo se condensan los tres atributos principales de Dios. Y el alma se expande por ese contacto, reluce y rebota en espíritu y puede decir Mi espíritu se regocija, puesto que salta hacia el principio de su ser, de su amor, de su eternidad, en su Salvador, Dios.

Y la analogía de lo que ocurre en el espíritu de la Virgen y en su vientre está formulada en una frase de Beda el Venerable: pues el espíritu de la Virgen se regocija en la eterna divinidad de ese mismo Jesús, o sea del Salvador, cuya carne forma ella en una concesión temporal: *Quia ejusdem Jesus, idest salvatoris, spirítus virginis aeterna divinitate laetatur, cujus caro temporali conceptione foetatur.* Y san Ambrosio concluye: "Que en cada ser exista el alma de María y que esa alma engrandezca al Señor; que en cada ser exista el espíritu de María y que ese espíritu se regocije en Dios: pues si tan sólo hay una madre de Cristo según la carne, según la fe Cristo es el fruto de todos, puesto que toda alma recibe el Verbo de Dios".

De la exaltación de la grandeza de Dios en el alma, del regocijo del espíritu en Dios, ¿qué puede resultar para el hombre si no la conciencia de su bajeza, de su nulidad? Así veis cómo nace la primera de todas las virtudes religiosas, la fundamental: la Humildad. Y en efecto, la Virgen continúa: Porque miró la bajeza de su esclava. Los siete últimos versículos del Magnificat celebran la bienaventuranza de esa disposición, que atrae el poder de Dios.

Un gran servidor de Dios, un buscador de la verdad (Gandhi), excluyó la Humildad de los votos que él mismo se impuso e impuso a los suyos porque, según observaba, "no es posible querer ser humilde". Sólo es posible obligarse a hablar con modestia, y eso es habilidad. Así caemos en la hipocresía. En realidad, no podemos hacernos humildes esforzándonos por serlo, pero por otra parte no podemos dejar de serlo si tenemos la atención constantemente fija en la grandeza de Dios, Pues la inmensidad es una medida a que nada se resiste. Adquirir conciencia de la grandeza divina es al mismo tiempo adquirir conciencia de la nulidad de todo

y de nosotros mismos. Considerarnos importantes, demostrar seguridad, envanecernos es sencillamente olvidar a Dios. Afirmar a Dios es reducirnos a nada. Por eso no puede existir religión – o sea afirmación de Dios y vínculo entre Dios y el hombre- sin humildad. El método que suele recomendarse a quien desea adquirir humildad es que haga cuenta de sus faltas, de sus yerros pasados, y que recuerde sus vergüenzas; buena práctica, aunque no siempre conduce a la humildad. Pues los orgullosos se aferran constantemente a esa clase de pensamientos, lo cual no hace más que irritar su orgullo. Asimismo, si queréis curar a alguien de su orgullo, aunque se trate de un niño, no emplearéis un buen método humillándolo. Prepararéis en él desquites terribles y explosivas cargas de odio. Lo único que cura al hombre de todo envanecimiento es enfrentarse con las cosas celestes.

El orgulloso es el que elige la medida más pequeña. No es difícil sentirnos grandes: es suficiente compararnos con lo más pequeño que encontremos. El orgulloso se compara sin cesar con los demás y busca sin cesar a quienes son más pequeños o más falsos que él para comparárselos. Y cuando él es el más pequeño, sólo tiene que considerar la parte inferior de quienes lo superan, o bien atribuirles infamias imaginarias para rebajarlos. Es el móvil principal de la maledicencia, el alimento de la vanidad. Pero manteneos en constante comparación con el abismo y no necesitaréis haceros violencia para comprender que nada valéis, que nada podéis. Y no necesitaréis siquiera recordar vuestras maldades, puesto que vuestras dotes, vuestros talentos, vuestros méritos son del todo míseros. En realidad la humildad es el rasgo de las almas nobles y graves, de todas las almas consagradas a la perfección suprema. Pero la insolencia armoniza perfectamente con la bajeza. La lección que nos dan las palabras de la Virgen es casi exclusivamente una lección de humildad. La enseñanza de Juan Bautista es también una lección de humildad, y también la de Jesús. Así encontramos, en tres planos superpuestos, la misma lección. La de Jesús es el rechazo de las riquezas, del poder; es la aceptación del suplicio infamante con su compensación de triunfo y de gloria: es una humillación trágica, desgarradora, tremenda. La humildad de san Juan arde y aúlla y lo lleva a testimoniar la grandeza del Otro. La humildad de la Virgen es la más completa, pues la Virgen sólo aparece para borrarse, sólo habla para recaer en el silencio. María permanece junto a Elisabeth hasta que ésta da a luz -no se nos dice si asiste al parto, a tal punto se respeta su voluntad de ocultarse- y después regresa a su casa.

Y éste es el punto en que volvemos a Mateo, al pasaje en que lo habíamos dejado (ved qué meandros es necesario seguir para no perder el hilo de la historia), al momento en que (cap. 1, 9) José la descubre encinta y, justo como es, se dispone a abandonarla en secreto sin querer denunciarla. Entonces el ángel lo visita en sueños y le advierte que lo que en ella ha nacido del Espíritu Santo es. Por lo tanto no ha de temer en recibirla por mujer. Y José obedece, a fin de que se cumpla la profecía de Isaías (VII, 14).

Es ésta la tercera aparición del ángel. Pero no dejaréis de ver cómo difieren las apariciones según la dignidad de los tres santos y la importancia de su papel en el drama divino. Para la Virgen, la llegada del ángel es un hecho; para Zacharías, es una visión; para José, es un sueño. Es evidente que hay tres grados y que el más alto es el primero, el único milagroso. Que un ángel se aparezca en sueños a un hombre es cosa natural y, muy poco extraña, sea cual fuere la opinión de los psicólogos profesionales. Los sueños premonitorios y reveladores abundan y se manifiestan a personas que nada tienen de santos. Las visiones figuran entre las gracias espirituales menos raras y preciosas. Pero la visita del ángel a María, tal como la describe Lucas en cuatro palabras, es un hecho sobrenatural. Insisto aquí en algo que no he dejado de precisar desde el comienzo: el valor religioso de una verdad se mide por su arraigo en la tierra

y por su compenetración en la trama de lo cotidiano.

Mas a Elisabeth se le cumplió el tiempo de parir, y parió un hijo.

Y oyeron sus vecinos y parientes que el Señor había señalado con ella su misericordia, y se congratulaban con ella.

Y aconteció que al octavo día vinieron a circuncidar al niño, y le llamaban del nombre de su padre Zacharías.

Y respondiendo su madre, dijo: De ningún modo, sino Juan será llamado.

Y le dijeron: Nadie hay en tu linaje, que se llame con este nombre.

Y le preguntaban por señas al padre del niño, cómo quería que se le llamase.

Y pidiendo una tableta escribió, diciendo: Juan es su nombre. Y se maravillaron todos.

Y luego fue abierta su boca y su lengua, y hablaba bendiciendo a Dios,.

Y vino temor sobre todos los vecinos de ellos, y se extendieron todas estas cosas por todas las montañas de la Judea;

Y todos los que las oían, las conservaban en su corazón, diciendo: ¿Quién pensáis que será este niño? Porque la mano del Señor era con él.

Y Zacharías, su padre, fue lleno del Espíritu Santo, y profetizó, diciendo:

Bendito el Señor de Israel, porque visitó e hizo la redención de su pueblo:

Y nos alzó el cuerno de salud en la casa de David, su siervo.

Como habló por boca de sus santos profetas, que ha habido de todo tiempo:

Salud de nuestros enemigos, y de mano de todos los que nos aborrecen,

Para hacer misericordia con nuestros padres, y acordarse de su santo testamento.

El juramento, que juró a nuestro padre Abrahán, que él daría a nosotros,

Para que librados de las manos de nuestros enemigos, le sirvamos,

En santidad y en justicia delante de él mismo, todos los días de nuestra vida.

Y tú, niño, profeta del Altísimo serás llamado; porque irás ante la faz del Señor, para aparejar sus caminos,

Para dar conocimiento de salud a su pueblo, para la remisión de sus pecados.

Por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, con que nos visitó de lo alto el oriente;

Para alumbrar a los que están de asiento en tinieblas y en sombra de muerte, para enderezar nuestros pies a camino de paz.

El nacimiento del Precursor es semejante al de todo hombre, salvo por la avanzada edad de sus padres. Pero allí están los parientes y los amigos y sus felicitaciones y las ceremonias habituales para que el acontecimiento pase por cosa corriente.

Y después la circuncisión y la consagración de ese primogénito del Señor, como es tradición en Israel desde los tiempos de la huida de Egipto. Pero esta consagración, sólo ritual y conmemorativa en las familias, recae aquí sobre uno de aquellos que le dan su significación cabal y para el cual parece haber sido instituida y preparada a través de los siglos.

Por eso la imposición del nombre adquiere asimismo todo su sentido. El nuevo circunciso no llevará pues el nombre impuesto por el hábito y la convención. No porque el nombre de Zacharías carezca de sentido (todo nombre tiene un sentido), sino porque olvidamos ese sentido cuando obedecemos al hábito y a la convención. El niño tendrá su nombre, el que Dios mismo le ha dado de antemano y el que anunció el ángel de la visión: Juan, que significa Dios es gracioso o Gracia de Dios, así como Emmanuel significa Dios es con nosotros y Jesús quiere decir El Salvador. Del significado de los nombres propios ya hemos hablado bastante a propósito del capítulo I de Mateo. Que ese pasaje nos haga reflexionar acerca del nombre que llevamos y sobre el que damos a nuestros hijos. Pues el nombre es el índice de un destino y pone al que lo lleva dentro de una red particular de protecciones.

En el momento en que Zacharías da al niño su nombre obedeciendo al ángel, su lengua se libera, y ve y dice el destino resumido en el nombre.

Y su profecía es la continuación del Magnificat. Y empieza por desarrollar su último

parágrafo. Zacharías bendice al Señor, que se ha acordado de Israel y logra su salvación cumpliendo su promesa a los Patriarcas y la profecía de los Profetas. Y el padre habla, no de su hijo, pero sí y en primer lugar del cuerno de salud alzado en la casa de David. Esta preferencia acordada a otro más grande, ya afirmada aquí por Zacharías como lo ha sido antes por Elisabeth (aunque en ella, durante su diálogo con María, sólo como una confesión que el alma se hace a sí misma, y en su esposo, por el contrario, frente a todos los parientes reunidos) volverá a concederla treinta años después el propio Juan Bautista, que la grita al desierto y al mundo entero.

Zacharías habla en segundo término del hijo que ha alzado en sus brazos y le aplica las palabras de Isaías y de Malaquías: caminará ante el rostro del Señor para prepararle sus caminos. Y en dos palabras condensa toda la misión de su hijo:

Para dar conocimiento de salud a su pueblo, para la remisión de sus pecados.

¿Qué ciencia es ésta de la salvación?

Esto nos lleva al capítulo III de Mateo, completado por el capítulo III de Lucas, donde se enuncia la enseñanza de Juan Bautista: Todo valle se henchirá, y todo monte y collado será abajado, y lo torcido será enderezado, y los caminos frágiles allanados. Lo cual proviene de Isaías y se reitera en el Evangelio, que sentencia: los primeros serán los últimos. Lo que Juan grita en la turba a los fariseos, raza de víboras y no queráis decir de vosotros mismos: a Abrahán tenemos por padre se reitera mil veces en el Evangelio.

Y asimismo: Todo árbol que no hace buen fruto, cortado será, y echado en el fuego.

Y asimismo lo que dice al pueblo: El que tiene dos vestidos, dé al que no tiene.

Y asimismo lo que responde a los publicanos, cuyo oficio es arrancar por la fuerza el dinero a las gentes, y a los soldados, cuyo oficio es matar al prójimo: por vil que parezca a las gentes el oficio de los primeros, aunque honesto, por honroso que parezca el de los segundos, aunque nefasto, deberán llenar su misión con desapego y probidad mientras no puedan desprenderse de ella para ir hacia Dios en el desierto.

Todo lo que Juan enseña, pues, vuelve a enseñarlo Jesús y todo lo que se dice de Juan es un evangelio previo al Evangelio.

Pero todo lo que está en el Evangelio no ha sido predicado por Juan, sobre todo el punto sustancial y capital, que es la Eucaristía o sacrificio total de caridad o mejor aún conformidad perfecta del hombre con Dios en la unión.

Juan Bautista, el Asceta, practica el ejercicio de la purificación, que es la preparación del otro, pero lo que es absolutamente puro está como vacío de sí. Por eso he comparado a Juan con la sombra y a Jesús con el cuerpo.

Pero como el Evangelio es el itinerario y la visita a las moradas del Espíritu, es natural que encontráramos en él como umbral y vestíbulo la historia de Juan el Purificador.

Pues si todo lo que va hacia el Padre pasa por el Salvador, todo lo que va hacia el Salvador pasa por la purificación.

IV

PRINCIPIO DEL EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN

25 de octubre de 1946. Calle Saint-Paul

Principio del Evangelio según quien ha comenzado antes del comienzo de los tiempos en la eternidad. No es hábito del Evangelio dar directamente revelaciones metafísicas. El Evangelio se expresa por historias sencillas. El Evangelio es toda revelación, o sea velo que cubre la verdad. Pero esta página del Evangelio, la primera de san Juan, puede llamarse la revelación de las revelaciones, es decir, uno de los raros instantes en que el velo cae. El primer velo, al menos, puesto que las palabras mismas son velos, las palabras humanas pronunciadas.

Ahora bien, esta página, preciosa entre todas, se repite todos los domingos después de la misa, en el momento en que las gentes se retiran ruidosamente; de modo que no la oyen porque no tienen oídos para oír y porque tienen el espíritu vuelto hacia otro lado.

En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Éste era en el principio con Dios.

La Palabra de Dios: declaración harto extraña por cierto. "Virtud, sólo eres una palabra" decía el sabio al morir, lo cual significa: no existes. Los hombres tenemos la costumbre de oponer la palabra a la realidad: "No son más que palabras", *words, words, words*, dice Shakespeare. Desde la antigüedad se nos han dado varias definiciones de Dios: Dios es el Ser en Sí, Dios es el Motor Inmóvil, Dios es puro Espíritu. ¿Cómo se nos dice aquí que es *palabra*?

Logos significa en griego *palabra* y significa también *pensamiento*, puesto que la lógica, o sea la ciencia del *logos*, no es sino la ciencia del pensamiento. No hay *separación* entre pensamiento y expresión, aunque siempre ha de haber *distinción*. El pensamiento no formulado no existe. Os equivocáis si creéis lo contrario. Sí, os creéis capaces de pensar sin formular vuestro pensamiento en lenguaje humano y claro. Pero la palabra pronunciada o escrita no es más que el modo de expresión más completo, más acabado, el que resume y contiene todos los modos posibles de expresión. Si en lugar de decir que no podemos pensar sin *hablar interiormente* dijéramos que no podemos pensar sin que de inmediato se forme en nosotros una expresión cualquiera de nuestro pensamiento, haríamos una afirmación menos objetable. En efecto, la primera expresión, la expresión bruta del pensamiento se presenta mezclada, formada en parte por palabras, en parte por signos, en parte por imágenes. Sólo después, al término de una elaboración más o menos penosa, esta expresión confusa puede filtrarse en un lenguaje comprensible para los demás, exterior y correcto. En esa filtración - que es traducción- parte del sabor de la primera expresión suele perderse, a menos que sea un gran poeta quien se expresa. El poeta es el que conserva en la expresión elaborada el sabor de vida, la íntima penetración del signo y de la significación que ocurren en el primer movimiento de la concepción. Un pensamiento enteramente desprovisto de signos, enteramente falto de todo modo de expresión no existe ni puede existir. El pensamiento (emplearé la palabra *pensamiento* como la emplea Descartes, en el sentido de toda modificación psíquica consciente) no se hace consciente sino cuando se expresa, así como la luz no se hace visible sino cuando se refracta. En el interior mismo del pensamiento hay como un bisel que la divide sutilmente. El pensamiento es, pues, doble desde el principio y no puede no serlo. Tal dualidad no es forzosamente una ruptura de unidad, puesto que es en el interior mismo de la unidad donde se produce esa división. Por eso podemos decir que la conciencia es una relación con nosotros mismos. Como en toda superficie, por delgada que sea, hay un dorso y un reverso, así la conciencia tiene una faz exterior y una faz interior. Y todo ser tiene un lado manifiesto y otro no manifiesto. Ser *uno mismo* implica esa ida y venida del ser. *Uno* es el

principio y *mismo* es la vuelta del principio sobre uno mismo. Por eso todo ser es uno y al propio tiempo que es *él mismo* es otro que *él mismo*. Y ese otro sigue siendo *él mismo*, no está separado de él. Y puesto que no ocurre tal separación, existe un vínculo entre el uno y el otro. Ese vínculo es el tercero que une a los dos.

"En el principio era el Verbo y el Verbo era con Dios". El Verbo es con Dios y permanece en Dios. Se distingue del principio, pero no se aparta del principio, o si se aparta -pues hemos de ver que se apartó en una historia eterna- se aparta sin apartarse. Y allí reside el misterio de la Segunda Persona: del Verbo encarnado y también del Verbo creador. Pues si el Verbo se manifestó en Jesús de Nazareth, no se manifestó únicamente en él, sino en toda manifestación de Dios: es Dios mismo y preside, pues, en toda creación, como nos lo demostraron los escultores de los pórticos de las catedrales al representar al Creador ya con la figura de tres personas, ya únicamente con la de Cristo.

Todas las cosas fueron hechas por él; y nada de lo que fue hecho se hizo sin él. Si en la tradición griega *Logos*, el Verbo, significa *Pensamiento*, en toda la tradición hebraica y egipcia ese mismo término significa *acción*. En este sentido se lo emplea en un libro sagrado de los egipcios que se llama *El libro de la verdad de palabra*. "La palabra justa que *hace existir* lo que nombra", la *palabra* tiene aquí el sentido de *acción mágica*. El mago poderoso *hace existir* lo que nombra, hace surgir, mediante el poder de la palabra justa y la entonación justa, lo que evoca. Es precisamente lo que hace Dios: obra mediante el poder de la palabra. El pensamiento, la palabra y la acción, o sea la acción completa, la acción divina, la acción total, la creación a partir de la nada, son una sola y misma cosa y basta con decir *hágase la luz* para que la luz *sea*. Al nombrar los animales, las plantas, las aguas, los elementos, los astros, el hombre los hace existir.

Ahora llegamos -en el texto griego y en la Vulgata, tal como la leían y comentaron los Padres- a una de las revelaciones que contiene esta página capital de Juan. Tal revelación ha sido borrada y perdida y escamoteada, no por omisión ni por corrupción del texto, ni por error de traducción -puesto que aquí la encontramos transcrita palabra por palabra- sino por el desplazamiento de un punto. Así se lee hoy el texto en los misales actuales: *Et sine ipso factum est nihil quod factum est*. Punto. Y se traduce: *y nada de lo que fue hecho se hizo sin él*. Y continúa: *in ipso vita erat, en él estaba la vida*. Pero ya nos lo ha dicho y redicho, nos lo ha dicho al derecho y al revés. ¿No es suficiente? La elocuencia bíblica tiene sus reglas; una de las más notorias consiste en redoblar las comparaciones y en reforzar las afirmaciones mediante la negación de su contrario. Pero ninguna regla obliga al Apóstol a repetir palabras inútiles y sin sentido. *De lo que fue hecho*: cinco palabras inútiles que nada expresan. Sobre todo porque *quod factum est* no puede traducirse por *de lo que fue hecho* y sencillamente significa *lo que fue hecho*. Releed ahora y comprobaréis que *lo que fue hecho* no se relaciona con nada, por lo menos con nada de lo que precede. Es conveniente, por lo tanto, separar lo que precede con un punto y empezar a leer: *Lo que fue hecho*. . . y seguir adelante, según la tradición, buscando qué verbo se refiere a tal sujeto. Es el verbo ser, la clave de un precioso arcano sobre el ser, la naturaleza y la vida, pues está escrito:

En él estaba la vida

¿Qué es la vida, sino la exaltación del Ser sensible a sí mismo? Todos creemos ser y vivir, pero ésa es una ilusión que la Fe desmiente y que, en todo caso, habrá de disipar la muerte. Puesto que no somos el ser y no tenemos la vida en nosotros. No poseemos el pasado, ni el futuro, ni el presente, que deja de ser en el momento en que es.

"¡Oh Señor!, quién vive, pues, la verdadera vida -se pregunta Rainer María Rilke en un poema conmovedor-. ¿Acaso los árboles exultantes en la paz, acaso los pájaros abiertos al cielo? ¿Acaso tú, Señor? ¿Eres tú quien la vive?" Pero ya hay respuesta para esa pregunta doliente, vacilante, más suspirada que dicha: Así como el Padre tiene en sí la vida, dice Cristo en las vísperas de su pasión, así ha concedido al Hijo tener la vida en sí. Es, por lo tanto, el privilegio del Hijo, del Verbo, de Cristo; es el signo de su divinidad. Nosotros no somos, pasamos. Lo que es no pasa. La vida pasa, se dice. No: nosotros somos quienes pasamos en la vida. Y nuestro paso en la vida se llama Tiempo. Y porque pasamos en la vida, hemos de perderla, hemos de morir. Pero la vida no morirá, seguirá adelante. La vida no puede morir como la materia. Si existe, no puede dejar de existir. Asimismo, nada de lo que ha vivido se pierde. La vida, al menos, no se pierde. Nosotros, los vivos, somos olas sobre el rostro de la vida y nuestra desaparición nada quita a la vida. La vida es un modo inmutable del Ser. Por lo tanto, lo que tenemos de más genuinamente nuestro, nuestra alma misma, nuestra vida misma, nosotros mismos, no nos pertenece y no reside en nosotros. Nuestro ser pertenece al Ser en sí, nuestra vida pertenece a la Vida, nosotros mismos pertenecemos al Ser en Sí, o sea Dios. En él está el Ser de todos los seres. En él y no en ellos, en Él está la sustancia y la simiente de los seres, y también su Idea, para hablar como Platón, que no entiende por Idea la imagen abstracta sino, por el contrario, el cuerpo real del que las cosas, los animales, las gentes que aparecen y desaparecen en el mundo no son más que una sombra proyectada, vaciada, deformada, multiplicada sobre la pared de la caverna.

En él estaba la vida

La forma pretérita *estaba* indica que todo lo que fue hecho era vida *en el principio*. En otros términos, todo lo que fue hecho era vida antes de ser hecho; *in principio* significa *en el Principio* y al propio tiempo *en principio*. La palabra latina *principium*, como la palabra griega *arjé*, entraña la idea de prioridad, de primacía y de predominancia. Ahora bien, ese Principio (hablo humanamente, como decía san Pablo, a causa de la flaqueza de nuestra carne) era en el tiempo en que no existía el tiempo. Por eso subsiste presente en todos los tiempos. Y ese Comienzo o Principio subsistirá luego de la destrucción del mundo y la consumación del tiempo. En este Principio que no ha empezado nunca ni acabará jamás, en este tiempo que no es tiempo, en este Principio que no es un lugar, en este punto que no está en parte alguna, que nada contiene, pero que lo contiene todo, en él conoció la plenitud de su ser todo lo que fue hecho: la exaltación de su ser sensible a sí mismo, su vida. Y todos los seres vivos que se combaten, se oprimen y se devoran mutuamente en este mundo estuvieron armoniosamente fundidos en la vida eterna del Verbo. Sí, la Vida, esa forma superabundante y desbordante del Ser, reside en el Verbo, que es la sustancia más viviente y la Vida misma del Dios vivo. Nosotros distinguimos en nosotros mismos el Ser, la Vida, la Conciencia como tres grados de una misma cosa. En Dios, los tres grados no se superponen: se igualan, porque uno y otro son igualmente inmensos, se suponen mutuamente y se componen entre sí. El Ser conviene al Padre, la Vida al Hijo, que es el Verbo, la Conciencia al Espíritu Santo. Sin embargo, puesto que las tres Sustancias o personas divinas no aparecen mencionadas en el texto y únicamente se habla de la segunda con el nombre de Verbo, no hemos de insistir sobre este punto.

Y la vida era la luz de los hombres

La vida es lo que hay de más oscuro, íntimo y recogido en el Ser. Es el reducto cuyo secreto es imposible penetrar o forzar. La luz es lo manifiesto, lo que se expande igualmente sobre todo, en todo momento, lo que invade en un instante el espacio entero. Al pasar bruscamente de la Vida a la Luz después de haber situado la vida de toda cosa en el Verbo, el Apóstol une

los extremos, junta el fundamento y la cima, la profundidad y la altura, el alfa y el omega. Así como la palabra es la primera, la más perfecta, la indispensable manifestación del pensamiento, la luz es el primero de los seres en este mundo, el primero creado según el Génesis, el más perfecto, el más completo, el más cercano a Dios. Y en todas las religiones y en todas las sabidurías Dios se presenta y se manifiesta como Luz. Digo bien *que se manifiesta* como luz, puesto que como no manifestado es noche. Pero más allá del horizonte de nuestras miradas y de nuestras concepciones, luz y oscuridad se confunden. Manifestado en el mundo es ante todo Luz.

La visión que las ciencias actuales nos dan de la materia nos permite comprender nuestro texto de un nuevo modo, que en nada se opone a la tradición, puesto que la Luz es a la vez materia y no lo es, es a la vez finita e infinita, se propaga con una rapidez dada que se ha podido calcular y, sin embargo, esa rapidez tiene un máximo, una rapidez que no puede superarse, ya que todo lo que llegara a tal velocidad perdería su naturaleza propia para convertirse en luz, como todo lo que se inflama pierde su naturaleza para convertirse en fuego. La luz es una pura vibración y parece que todos los seres, todas las gamas del ser, el pensamiento y el alma misma son formas de la onda y pertenecen a la jerarquía de las ondas, o sea de la luz. La luz, en efecto, existe en el principio; después se convierte en fuego, que es una luz inferior, y después el fuego se extingue y se convierte en materia. El mundo entero no es más que “una enfermedad de la luz”, según la expresión de un sabio moderno; una degradación de la luz. Y llegará el día en que todo lo que existe volverá a pasar por el fuego y volverá a la luz, como lo enseñan desde el principio los textos sagrados. Pero en ellos no se dice tan sólo que la vida era la Luz; se precisa además que *era la luz de los hombres*, para indicar que esta luz de vida y de abismo no es aquella cuya rapidez miden los sabios con instrumentos de precisión, ni la que ven los animales con ojos semejantes a los nuestros. Trátase de la iluminación interior, cosa que nos recuerda esta severa promesa: nos mira.

PREGUNTA DE UN COMPAÑERO: Has hablado de tres sustancias divinas, pero con excesiva brevedad. De la tercera sólo tengo una idea muy vaga. ¿Cuál es, exactamente?

RESPUESTA: Es el vínculo entre la primera y la segunda. No quería desarrollar aquí este punto porque el texto no habla de él. Pero si debemos llamarla por su nombre, la Tercera Sustancia es lo que la teología llama el Espíritu Santo. Si Padre e Hijo se comunican, es mediante el Espíritu. Este vínculo entre Padre e Hijo es un lazo vivo, un *lazo de amor*. En Occidente existe el hábito tan enojoso de confundir *espíritu* con *intelecto*. De esa mala costumbre resulta la idea de que el Espíritu Santo representa el conocimiento o la sabiduría divina. Pero ese conocimiento, esa sabiduría son precisamente los atributos del Verbo, o sea de la Segunda Persona. El atributo de la Tercera es el amor, el amor puro, o sea el amor de sí mismo. La Tercera Persona está ligada a la Segunda como el calor a la luz en el fuego. Y en verdad, sus símbolos litúrgicos son el fuego y el color rojo. En las Escrituras aparece como la Paloma -ave del amor- o las lenguas de fuego del Pentecostés. Los Padres de la Iglesia la llaman *Fruición* o *Gozo*, lo cual equivale exactamente a lo que los hindúes llaman *ananda*, o sea beatitud. Los hindúes expresan la Trinidad de Dios en una sola palabra: *Soetchidananda*, que se divide en tres: *soet*, el *Ser*; *chit*, *Conocimiento del Ser*, y *ananda*, *Beatitud*. De suerte que Dios es ante todo Causa Primera, Padre y Creador de todo y, antes de ese todo, Ser no expresado. También es Verbo. Y por fin el Primero se da al Segundo y el Segundo al Primero en la forma del amor pleno, dichoso, cálido, vivificante, creador, forma que expresa su esencia común: el Espíritu.

Y Dante dice del Espíritu Santo:

... *E il terzo era di foco*

Che quinci e quindi igualmente si spira.

"Y el tercero era de fuego, que a una y otra parte igualmente. . . falta la palabra en español: habría que decir "se sopla", pasa como un soplo entre el Padre y el Hijo igualmente".) La Tercera Persona mantiene a las otras dos como en equilibrio sobre dos platillos. Y ésta es una balanza viviente. Por eso esta Relación Viviente se representa como una paloma con las dos alas extendidas.

V

DEL VERBO EN LA TRADICIÓN HINDÚ

1º de noviembre de 1946. Calle Saint-Paul.

En la palabra Verbo hemos rastreado la palabra Logos, las dos corrientes del pensamiento, dos tradiciones que se cruzan: el sentido conceptual que los griegos dan a la palabra Logos y el sentido activo y mágico que los hebreos dan a la misma palabra. Ahora bien, esas dos tradiciones no son las únicas que confluyen en esta página. Hay otras, y acaso todas las tradiciones humanas confluyen en ese mismo punto. Lo demostraré partiendo de la tradición hindú.

El Broehoedar'ny'k'~Upanishad (1, 15, 18) dice: "En verdad, es la Palabra divina el medio por el cual todo lo que Él dice viene a la existencia" (*Él* significa, desde luego, el Creador). Y el Shoetoepoethoe Brahma dice: "El Eterno, Avatar a su vez, tal como el hijo de un padre sin bondad, exige un nombre, pues mediante el nombre puede rechazarse el mal". Y el mal, como sabemos, es la nada (oesoet), la oscuridad (toemoes), el momento "en que los nombres no son proferidos", según el Rig-Veda.

Sabemos qué significa Avatar: la encarnación de Dios. Para los hindúes no sólo es cosa posible, sino además algo que se produce cada vez que el mundo lo necesita. Así Krishna y Rama son avatares, o sea encarnaciones completas de Dios. La teología hindú enumera diez encarnaciones en su propia tradición y admite de buen grado que acaso se produjeron otras en otros lugares y que se producirán en el futuro. Poco cuesta a los hindúes considerar a Cristo como un Avatar. Pero de tal modo su concepción de Cristo es absolutamente diferente de la cristiana, no sólo porque el papel de Cristo no es para ellos el del "Hijo Único", sino también porque no representa la Segunda persona de la Trinidad. Y en el texto que acabamos de citar podemos palpar la diferencia entre Cristo y el Avatar, aun cuando se trate del "Eterno Avatar", puesto que, Eterno Avatar él mismo, aguarda de la Palabra divina que formule un nombre para ser, y mientras no lo reciba permanece en estado de existencia larval, como el niño abandonado. San Juan responde a esto diciendo que Dios no puede compararse en modo alguno y en ningún momento con "un padre sin bondad" y que el Eterno Avatar no aguarda nada para ser, ni aguarda nada de la Palabra divina, porque Él es la Palabra, y *en el principio era el Verbo y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios.*

Toda la Creación o Manifestación, según los textos hindúes, es el Reino del namoe-rupoe. Y

namoe significa nombre, y rupoe significa forma. Namoe significa *nombre*, pero también significa *esencia*; y rupoe significa *forma*, pero también significa *sustancia*. El nombre es, pues, la razón eterna de las cosas. Lo cual armoniza con la concepción platónica de las Ideas, que no son, como en nuestros lenguajes, un acto del intelecto humano, sino los prototipos perfectos de las cosas cuya sombra proyecta la luz celeste sobre el fondo abigarrado y deformante de la materia, donde se quiebran y multiplican como en un muro desigual, mientras los cuerpos de que emanan subsisten en el empíreo, o sea en el cielo.

Y el Rig-Veda (1, 155, 6): "Mediante el nombre de las Cuatro Él ha hecho girar la Rueda Redonda". Él continúa siendo el Creador. Las Cuatro son evidentemente las cuatro estaciones y la Rueda Redonda es la del año. Mediante sus nombres el Creador da existencia y movimiento a esa rueda. El Creador le *dice* y la rueda *es*, así como Dios dice en el Génesis: "Sea la luz" y la luz fue.

"Varuna (Dios) conoce los nombres secretos. Hace florecer muchas locuciones, así como la luz del cielo hace florecer todas las especies" (VII, 41, 5). Esto nos lleva a nuestro texto, en el cual acababa yo de señalaros el paso casi insensible de la palabra a la vida y de la Vida a la Luz: "En él [el Verbo] estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres".

"La palabra *nacido* hace nacer. Al decir *las vidas* el Creador anima a todos los vivientes."

Pero así como Platón va desde las ideas hasta la idea del Uno, el Uno que es el Ser (TO ON, TO EN), antes que él los hindúes van desde la manifestación a su causa. "Mediante sus palabras -dicen de las criaturas- hicieron múltiple al que es Uno". Asimismo van desde el mundo de los nombres-formas hasta el *Único Denominador de los Dioses*. "Como los ríos al fluir se dirigen hacia el mar, y allí sus nombres y formas son destruidos, y ya no se habla sino del mar (Proeshnoe-Upanishad, VI, 5). Y el Mudoek-Upanishad (III, 18, 19) dice lo siguiente: "Cuando ya no está alimentado por el nombre y la forma, el Conocedor alcanza esa Persona Celestial (Purushoe) que está más allá del más allá, y al conocer a Brahma se convierte en Brahma".

Pero con el Creador, Dios manifestado, idéntico a Dios no manifestado, el Conocedor puede unirse gracias al conocimiento del Nombre único que es el resumen del Ser y el principio eterno de toda la Naturaleza. La definición que podríamos dar de tal Nombre se asemeja mucho a la que podríamos dar del Verbo de san Juan. Ahora bien, este nombre tiene para los hindúes una enunciación humana. Los hindúes no pueden pronunciarlo sin veneración y los vedas dicen de esa emisión de voz que al conocerla se lo conoce todo. Y tal nombre es AUM (debe pronunciarse Om), que pasa de la vocal más abierta a la consonante más cerrada y crea un círculo en la voz. AUM se considera el mantra de los mantras, el instrumento del llamado, de la meditación por excelencia. Pero la eficacia del mantra en general está íntimamente ligada al valor creador de la Palabra divina, que se repite o refleja, empequeñecida y al revés, como todas las cosas divinas, en el alma y la vida humana. Según una definición hindú, todas las palabras son "derivados de acciones", embriones de creación. Hay todo un libro sagrado, el llamado Purvoe Mimansa, que se ocupa del lenguaje no bajo el aspecto gramatical o lingüístico, sino en especial bajo el aspecto místico, insistiendo en la proposición de que "los sonidos articulados son eternos".

Encontraríamos una concepción y definiciones muy semejantes en la Kabbala, que se basa enteramente en el aspecto general de la lengua hebrea y en el sistema numérico ligado a las letras de la Escritura. En las lenguas sagradas, la relación entre el sonido y el sentido no es convencional. A través de ellas se vislumbra un lenguaje primordial y universal que provendría de Dios o -cosa que en el fondo es lo mismo- de sabios que conocían en Dios la

naturaleza de las cosas. Pero nosotros no podemos remontarnos a ese primer lenguaje. Por lo demás, quizá nunca existió históricamente; por eso podemos decir que existió siempre y que siempre existirá, ya que esa relación entre el sonido y el sentido se establece naturalmente en todas las lenguas, cuya existencia y origen son uno de los misterios más insondables de la naturaleza humana, de la historia y de la religión.

Algunas lenguas dejan entrever más fácilmente esa significación universal del sonido; se las llama lenguas sagradas o lenguas mágicas y sus últimos representantes son el latín y el griego de la liturgia, el pésimo latín y el mediocre griego de la Iglesia.

Pero, ¿por qué y cómo puede ser poderoso y religiosamente válido un nombre? Si Dios hace nacer a los seres nombrándolos, los seres humanos hacemos nacer a Dios invocándolo, ya que si no tuviéramos a nuestra disposición ni *namoe* ni *rupoe*, ni invocación ni imagen, ¿cómo podríamos aproximarnos a la inmensa e inasible verdad de Dios? El nombre, la palabra puede no ser más que una moneda de cambio o un instrumento de especulación abstracta; en tal caso el pensamiento pasa sobre ella para utilizarla tan sólo como punto de apoyo en el cual se apoya lo menos posible mientras, por lo demás, procura hacer intercambiables las palabras.

Pero hay otra manera de emplear el lenguaje. Consiste en utilizar la palabra como *monumento*, si damos al término el sentido de *lo que fija la memoria y recuerda el acontecimiento*. La palabra, la imagen o la palabra-imagen es el medio más poderoso de condensar el pensamiento; y aunque es medio de intercambio, y, por consiguiente, de tránsito, puede convertirse además en un medio de fijación, de profundización, siempre que tengamos habilidad para emplearla de tal modo. Todas las religiones sin excepción, la emplean así. La invocación asidua del simple nombre de Dios ha sido para una multitud de religiosos de todos los países, todas las sectas y todas las tradiciones, el más eficaz para llegar a la palabra primera, a la palabra del enigma, a la "palabra perdida". a la "palabra impronunciable". al silencio que está detrás de las palabras y en el cual todos los sentidos reencuentran su unidad. El nombre puede ser el camino hacia el silencio. Es un instrumento de condensación y poco antes si he dicho que la invocación hacía *ser* a Dios en nosotros, al mismo tiempo nos hace *ser* al condensarnos; pues el estado de dispersión es el estado del no-ser: no hay otro no-ser posible, ya que el no-ser absoluto no *es* en modo alguno. Todo lo que nos ayude a condensarnos, a reunirnos a impedir que nos dispersemos; qué huyamos v nos diluyamos, nos hará *ser*. Así la evocación del nombre del Ser *tiene el poder de hacernos ser* y éste es el uso universal del mantra, del cual habéis adquirido un esbozo de experiencia en vuestros ejercicios, puesto que es precisamente de este modo como habéis aprendido a emplear las palabras de una fórmula dada. La fórmula os es concedida con conocimiento de causa en un momento determinado de vuestra evolución, y se os clava como un palo en vuestras ruedas para deteneros en mitad de la pendiente, o bien se enciende como una mecha el día en que toda la pólvora se ha acumulado en vuestros depósitos. Y la palabra, la palabra del lenguaje profano, la palabra semejante a todas las palabras que empleáis a diario, esa palabra puede suscitar en vosotros una explosión, una revolución, una revelación.

Lo que acabo de deciros acerca del Verbo es la tradición hindú inspirándome en los trabajos de Coomaraswami, podría confirmároslo con citas, no menos abundantes ni menos fehacientes, de la tradición china; bastaría con reunir las que contiene el admirable libro de Granet. Y Moret tiene todo un capítulo acerca de este punto en la tradición egipcia.

El Verbo Dios es, pues, un nombre cargado de verdad. Esta denominación de la Segunda Persona de la Trinidad está legitimada ante todas las tradiciones religiosas, pero no es el verdadero nombre del Señor, al menos para el propio san Juan, que dice en el Apocalipsis

(XIX, 12): "Y sus ojos eran como llama de fuego, y llevaba en su cabeza muchas coronas, y tenía un nombre escrito, que ninguno ha conocido sino él mismo". Asimismo, el *Libro de Verdad y de Palabra* de los egipcios dice: "He evocado y clamado todos Sus nombres, salvo el verdadero, que sólo Él mismo conoce".

VI

"Y LA LUZ EN LAS TINIEBLAS RESPLANDECE"

8 de noviembre de 1946 Calle Saint-Paul.

Retomemos nuestro texto, la primera página del Evangelio de Juan. Tampoco avanzaremos mucho esta vez. Bástenos reflexionar sobre la siguiente frase *Y la luz en las tinieblas resplandece, mas las tinieblas no la comprendieron*. ¿Cómo es posible? Si encendéis una lámpara en un cuarto a oscuras, ¿cómo es posible que la oscuridad pueda no recibir la luz? La oscuridad del cuarto no puede resistirse, no puede tergiversar: no bien aparece la luz, le cede su lugar. ¿Cómo explicar que las tinieblas humanas, las tinieblas interiores, puedan resistirse a la luz de los hombres? Puesto que hay un hecho cotidiano, comprobado en vosotros mismos y a vuestro alrededor: la simple y pura aparición de la luz no basta para iluminaros. Es decir, que las tinieblas interiores tienen, por así decirlo, sustancia y resistencia propias, una vida y una fuerza características -la fuerza de las tinieblas-; no son la nada pura y simple, la pura y simple ausencia de la luz. Son esa misma luz y esa misma sustancia que por un vuelco incomprensible se alzan contra la sustancia y la luz. Y en verdad observaréis que el mal es siempre una forma del bien, que el mal absoluto no existe ni puede existir en parte alguna. ¿Por qué las tinieblas no reciben la luz? Porque no son puras tinieblas. Las puras tinieblas recibirían la luz y no podrían resistirse. Pero las tinieblas impuras son las que impiden brillar a la luz.

El mal humano tiene tres orígenes y en cada clase hay tres especies. El mal existe en el ámbito de la simple naturaleza. Nuestro mal es nuestra limitación, primera forma del mal. La huida es la segunda forma, y la tercera es el apego a nuestros límites y huidas. Pues aunque esas limitaciones son la flaqueza que nos condena a la muerte y el dolor, equivocadamente las tomamos por nuestro ser. Cuando el hombre dice: soy esto o aquello, observaréis que *esto* o *aquello* no es sustancia, sino límite. Advertidlo en vosotros mismos cuando tratéis de definiros. ¿Y qué es lo que defiende el hombre cuando defiende y cuando lucha? Defiende su flaqueza, su límite, y no su sustancia, que no tiene la menor necesidad de defensas. ¿Y la huida? Porque como nuestra naturaleza es fugitiva y transcurre en el tiempo y este paso nos lleva a la muerte, nuestra huida es el principal objeto del deseo y el principal resorte de la voluptuosidad. Puesto que todo lo que consideramos placentero, todo lo que llamamos distracción o diversión o deseo, todo ello es huida y dispersión y agua que mana hacía la nada. Más arriba, por encima de ese mal natural, existe el mal que se llama con propiedad pecado, el mal voluntario, el mal mediano que no es el más bajo ni el más alto. Y el pecado es sobre todo orgullo, mentira, ignorancia. Orgullo, o sea satisfacción dentro de los límites. Mentira, o sea huida espiritual, huida ante la verdad. Ignorancia o inconsciencia, o sea lo contrario de inocencia. Los hindúes, que en materia de pecado se conocen muy bien, sólo hablan de un pecado que es la *Ignorancia*. Y sólo porque nuestra moral es la más degenerada que pueda darse podemos hablar de la ignorancia como de una coartada, como de una excusa. La ignorancia, la inconsciencia no son circunstancias atenuantes; son el pecado mismo en toda su

inmensidad, en toda su profundidad, en todo su horror. Es, en cierto modo, el pecado del pecado. Sí: vuestro pecado, vuestro crimen os será perdonado si sois inconscientes, o si os ha arrastrado la pasión, o si estáis ebrios. Vuestro crimen os será perdonado porque vuestro crimen es cosa ínfima, comparado con esa ignorancia y esa inconsciencia que no os será perdonada. No debéis ser inconscientes, no debéis ser ignorantes. La ignorancia de que os hablo no es el hecho de ignorar la fecha del nacimiento de Artajerjes o cuál es la capital de Cambodgia. La ignorancia de que os hablo es negarse a conocer esa verdad que no aprendemos por intermedio de los demás y que sólo aprendemos en nosotros mismos. Es negarse a consagrarle una atención constante, a estudiar y estudiarse, a trabajar y trabajarse para penetrar y profundizar esa, verdad que todos llevamos en nosotros mismos desde nuestro nacimiento. No es preciso leer libros o escuchar conferencias para preguntarse: ¿Quién soy? ¿Qué he venido a hacer aquí? ¿Hago acaso, lo que estoy destinado a hacer? ¿Pago mi deuda? Todos tenemos en nosotros los elementos y los medios para adquirir este Conocimiento, que es la conciencia.

Pero más arriba aún existen tres formas del mal que forman las tinieblas rebeldes, que podríamos llamar *falsa luz*, Son las formas superiores del mal y quizá a ellas aluda Cristo cuando habla de los pecados que no serán perdonados. Son el *falso saber*, la *vanagloria* y la *virtud de convención*.

Del pecado nos hablan abundantemente el Antiguo Testamento y la Ley Antigua y nos previenen contra él. Nos dan remedios, porque todas estas cosas caen bajo la Ley. Pero el Nuevo Testamento fustiga con especial vehemencia esta tercera especie de mal: el mal superior, el pecado en espíritu. Nuestras faltas son cosa nefasta y peligrosa, difunden a nuestro alrededor muchos males, matan a las personas, las enferman, las deprimen, las entristecen, las extravían. Pero nuestras virtudes . . . ¡Oh, qué estragos pueden causar nuestras virtudes! Cómo estimulan y animan la Ignorancia, la Inconsciencia de que acabamos de hablar, la fuente más negra del pecado. Qué obstáculos pueden ser nuestras virtudes, y con ellas nuestras curiosidades científicas y nuestra cultura y nuestro amor a la gloria y nuestro deseo de alabanza y todo lo que nos hace brillar ante los ojos de los demás. Cómo nos impiden recoger y buscar la luz verdadera. Cuánto tiempo consagramos -a pesar de ser criaturas de tiempo limitado- a resolver problemas que no nos conciernen, a adquirir ciencias que no nos iluminan, a cumplir con deberes que no sirven a nosotros ni a los demás, que sólo sirven a nuestra vanidad, a nuestro secreto deseo de justificación. Ésta es, sin duda, la razón del terrible veredicto de Cristo contra el pecado del espíritu: no será perdonado. Quienes lo cometen no encontrarán perdón porque el perdón supone el arrepentimiento y éstos se justifican ante sí mismos y se glorifican los unos a los otros. ¿Qué parte pueden tener en la misericordia divina? ¿Y cómo podría llegarles esa misericordia?

Si queréis, pues, que las tinieblas reciban la luz, tratad de que sean puras vuestras tinieblas. Si queréis ser iluminados, extinguid las luces falsas, puesto que si tenéis ante los ojos las luces de la ciudad no veréis la estrella: y si estáis llenos de saber, de satisfacción, de gloria y de contento, ya seguís al Príncipe de este Mundo que, en efecto, se llamaba Lucifer, o sea el Portador de la Luz, y fue precipitado en el fuego satisfecho con la luz que llevaba.

Buscad la pureza interior, la pura oscuridad: olvidad lo que habéis aprendido; no os crispéis en vuestros esfuerzos; manteneos calmos y libres en vuestra acción exterior y en el cumplimiento de vuestros deberes exteriores así como se os enseña a manteneros corporalmente distendidos durante el ejercicio, a fin de que la luz no encuentre un obstáculo en el momento de penetrar en vosotros. Si queréis ser iluminados, oscureceos, retiraos al interior donde todo es negro,

remontad todas las pendientes en vez de deslizaros por ellas, remontad la pendiente de los deseos, evitad la distracción, recordad lo esencial, el punto pequeño, pequeño, pequeño, más pequeño que el grano de mijo en la sombra del corazón, entrad por la puerta estrecha, humillaos, porque si no os humilláis no seréis ensalzados y si os eleváis seréis precipitados. Pero sobre todo que esto os dé ocasión para un examen de conciencia. No me escuchéis como se escucha un discurso, no me escuchéis sino para recogeros en vosotros, para escucharos a vosotros mismos. Cread el silencio interior y buscad la oscuridad: nada aprenderéis de vuestras propias luces; nada conseguiréis con vuestras propias fuerzas. Vuestras virtudes de nada os servirán. Recelad de vuestras virtudes y de vuestros conocimientos. Nos recogeremos por un instante. ¿Estáis dispuestos?

VII

EL BAUTISMO

15 de noviembre de 1946. Calle Saint-Paul.

Después de la frase que hemos comentado días pasados: "Y la luz en las tinieblas resplandece, mas las tinieblas no la comprendieron", se inicia una especie de paréntesis acerca de Juan Bautista. Consta de pocas palabras y más adelante será desarrollado: *Fue un hombre enviado de Dios, que, tenía por nombre Juan. Éste vino en testimonio, para dar testimonio de la luz, para que creyesen todos por él. No era él la luz, sino para que diese testimonio de la luz.* Las frases que siguen están ligadas a las que hemos comentado:

Era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre, que viene a este mundo. En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho y no le conoció el mundo. A lo suyo vino, y los suyos no lo recibieron. El período es doble, según el estilo profético hebreo, pero este desdoblamiento no es redundancia. Las dos frases: "En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho, y no le conoció el mundo" y "A lo suyo vino, y los suyos no le conocieron", están bordadas sobre el mismo tema, pero tocan planos de la realidad diferentes. Ambas se unen con la primera: "Y la luz en las tinieblas resplandece, mas las tinieblas no la comprendieron". Tinieblas, mundo, hombres. Recibida, conocida, perdida.

Las tres frases se refieren a los tres mundos y, por así decirlo, los iluminan: el mundo metafísico, el mundo natural, el mundo humano. Y en los tres mundos el mismo rechazo: no recibida, no conocida, no recibida. "El Príncipe de este Mundo" se llamará también el "Príncipe de las Tinieblas", y el Príncipe de este Mundo es, sin duda, el más justificado según la ley de los hombres.

Mas a cuantos le recibieron, les dio poder de ser hechos hijos de Dios, a aquellos que creen en su nombre. Con esta declaración empieza el escándalo. Todo hombre de bien, temeroso de Dios y súbdito de la Ley Mosaica, debe abominar de esa mezcla audaz y escupir al oír un montón de palabras a tal punto blasfemas: "Hijo de Dios". Porque Jesús de Nazareth dijo de sí que era "Hijo de Dios", fue crucificado. "Escándalo para los judíos y locura para los griegos". Ahora bien, el Evangelista no dice únicamente que Jesús era hijo de Dios y en Dios desde el Principio, sino que además agrega que *aquellos que creen en su nombre* pueden a su vez convertirse en Hijos de Dios, o sea (como lo desarrolla a continuación) que *son nacidos no de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, mas de Dios.*

También los hindúes llaman *dos-veces-nacidos* a quienes entran en la conciencia y en el espíritu: nacidos una vez de la sangre y de la voluntad de la carne, y nacidos por segunda vez

en espíritu, liberados de las condiciones de este mundo que llaman karma, de la ley de sus propios actos, de la ignorancia primera, de las tinieblas nativas, del apego en que todo hombre nace. Este paso se cumple en nosotros mediante el Bautismo. Y en efecto, poco después aparece el Bautismo en el texto del evangelista. Con el Bautismo empieza la vida de Jesús como Maestro. Y puesto que en él empieza para acabar en la Cruz, podemos considerar como dos piezas paralelas el Bautismo y la Muerte.

¿Qué es en efecto, el Bautismo? ¿El Bautismo que dispensa Juan y del cual nos habla esta página sagrada? Es el bautismo del agua:

"Yo bautizo en agua; mas en medio de vosotros estuvo uno, a quien vosotros no conocéis" ... y ése bautizará en fuego y en espíritu. ¿Cuál es el bautismo del agua? La inmersión: inundarse, lavarse, lavarse de toda la vida pasada, lavarse de todas las faltas cometidas. La ablución es una práctica, universal. El musulmán no entra a la mezquita sin lavarse; grandes estanques enmarcan los templos hindúes en que los devotos se sumergen hasta el cuello y hasta por encima de la cabeza antes de entrar al santuario. El baño en el Ganges tiene el mismo sentido que el baño en el Jordán. Lavarse, lavarse, ser destruido por el agua como el Diluvio destruyó la primera creación que se había corrompido. Destruirnos, si por ese *nos* entendemos *nuestro límite, ese nudo de carne y deseos, de faltas, de ignorancias, de pecados, de errores* que cada uno de nosotros llama *yo*. Juan imparte el bautismo del agua a todo el pueblo para disponer los corazones al arrepentimiento. Es un rito, y un rito no es un *gesto*, sino un *acto*, el más completo de los actos: no sólo dispone la inteligencia y el corazón, sino también el cuerpo, ese cuerpo que tiene una voluntad propia que no es la nuestra, ese cuerpo mortal que lleva la muerte consigo, ese cuerpo que es la corteza de la resistencia, ese cuerpo que debe ser forzado, apartado, hendido, a fin de que lo que existe en nosotros de luminoso pueda adquirir la luz y darla. El cuerpo, y mediante el cuerpo el corazón, y mediante el corazón la inteligencia, es lo que debe ser lavado según un hábito que le es familiar. Debe reiterar ese gesto cotidiano dándole un significado nuevo, total y místico.

Juan bautiza a las gentes en agua, pero él mismo es bautizado en fuego y espíritu. *En espíritu* porque es "profeta y más que profeta"; *en espíritu* porque es "la voz del que clama en el desierto" y porque es "el que da testimonio de la luz". *En fuego* porque viene del desierto y en él vive. Y qué hace en el desierto sino hundirse no en el agua vivificante y dulce, mas en el fuego devorador de la penitencia. También estos símbolos son universales. Los ascetas hindúes se visten con túnicas rojas, se frotan con cenizas y a veces se tiñen el pelo con henné, cuando no se lo rasuran. Con todo ello significan que pasan por el fuego, y "toepoes" significa *fuego*. El Bautista es bautizado en fuego y espíritu, pero a los demás los bautiza en agua porque no hace más que aperebirlos a "Aquél". Sólo Aquél puede bautizar en fuego a los hombres. ¿Cuándo lo hará? En ocasión del segundo bautismo, en la Crucifixión y en la Sangre, pues en la Epístola 1 de Juan, V, se dice: *... tres son los que dan testimonio en la tierra: el espíritu, y el agua, y la sangre*. La sangre, en efecto, es la íntima mezcla del agua y del fuego. De la una tiene la fluidez, la dulzura y el don de la vida; del otro el calor y el rojo. El bautismo del agua se da a todos, puede concederse hasta a un ser inconsciente como es un recién nacido: al darle el bautismo del agua acumulamos un tesoro invisible del que luego podrá aprovechar, pues es para él una *disposición* para ser bautizado en *fuego y en espíritu*. Así se dice: "Muchos serán llamados". Pero pocos serán los elegidos, pues sólo serán bautizados en fuego y en espíritu quienes den testimonio con la sangre. Con la sangre visible de los mártires o con la sangre vertida en secreto por todos los que aceptan un sacrificio voluntario y consciente. El segundo bautismo no se imparte en la inconsciencia, en la dulzura de la infancia, ni durante una fiesta familiar: es el desapego de todo mediante una elección

decisiva de quien se somete a él, de quien *cree*. Pues únicamente con la fuerza de la fe podemos remontar la pendiente de la vida.

El cuarto Evangelio omite (¿lo habéis observado?) el Bautismo. Nos dice el testimonio de Juan Bautista y sabemos por los demás evangelistas que es en el instante del Bautismo cuando Juan testimonia: "Que vi el Espíritu que descendía del cielo como paloma, y reposó sobre él". Al día siguiente, en cuanto el Bautista exclama: "He aquí el Cordero de Dios", dos de sus discípulos lo abandonan para seguir a Jesús y corren en busca de otros dos y después de otros dos más. Y así empieza la vida pública de Jesús. Ahora bien, en los demás evangelistas lo que sucede inmediatamente al Bautismo (y lógicamente, como hemos de verlo) es: "Entonces Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu, para ser tentado del diablo".

Esta nueva contradicción de los relatos no ha de ser un motivo de duda, sino la incitación a trascender la anécdota. Sepamos que no habría razón alguna para ofrecernos cuatro relatos, ligeramente o absolutamente diferentes, de los mismos hechos si no mediara el intento de completarlos e interpretarlos mutuamente. Si un Evangelio cuenta que después del Bautismo Jesús fue llevado al desierto para ser tentado mientras que otro cuenta que entonces, empieza sus prédicas y sus milagros, debemos creer que ambos hechos son dos fases de una misma verdad. Debemos remontarnos hasta ese punto en que no hallamos entre los dos relatos más diferencia que entre *Y la luz en las tinieblas resplandece, mas las tinieblas no la comprendieron* y *A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron*. Es el mismo advenimiento a este mundo visto desde dos ángulos diferentes.

He aquí el Cordero de Dios: así saluda Juan a Jesús. Este nombre no nos es desconocido. Juan saluda a Jesús con un nombre conocido por todos. El profeta Isaías, en otros tiempos, había hablado del Cordero que borra los pecados del mundo (*qui tollit peccata*), y "tollit" quiere decir a la vez *quita* y *toma sobre sí*, ya que se dice "tollere" por "arrebatar" y se dice "tollere sponsam" por "tomar esposa". Ésta es la profecía de Isaías acerca del Cordero de Dios:

Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto: y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos.

Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido.

Más él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados: el castigo de nuestra paz sobre él; y por su llaga fuimos nosotros curados.

Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino: mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros.

Angustiado él, y afligido, no abrió su boca: como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores enmudeció, y no abrió su boca. (Isaías, 53, 3-7.)

Recordad bien lo que acabo de citar y veamos cómo los tres evangelistas introducen el Bautismo de Jesús. Lucas dice: *Y aconteció que como recibiese el bautismo todo el pueblo, también fue bautizado Jesús, y estando él orando, se abrió el cielo...* (y ya conocéis la continuación). Marcos: *Y aconteció, que en aquellos días Jesús vino de Nazareth de Galilea, y fue bautizado por Juan en el Jordán. Y subiendo luego del agua vio los cielos abiertos...* (y ya conocéis la continuación). Mateo: *Entonces vino Jesús de la Galilea al Jordán a Juan, para ser bautizado por él. Mas Juan se lo estorbaba, diciendo: Yo debo ser bautizado por ti. ¿y tú vienes a mí? Y respondiendo Jesús, le dijo: Deja ahora; porque así nos conviene*

cumplir toda justicia. Entonces lo dejó. (Suprimo dos oraciones.) Y he aquí se le abrieron los cielos. . . (y ya conocéis la continuación).

“Deja ahora”, dice el único Evangelista que es explícito acerca de este punto. “Porque así nos conviene cumplir toda justicia”. Frase asombrosa. ¿Por qué, explicádmelo, es justo que el limpio se lave y el que no puede ser tachado de pecado pida el bautismo a otro que se reconoce más pequeño que él? Extraña justicia... Es la justicia de Dios, y no es la de los hombres. Sin duda el bien y el mal están unidos como el hilo blanco y el negro en la trama, y no sabemos de dónde viene, ni adónde va, ni a quién pertenece, y el bueno y el malo participan de ella misteriosamente, pero tanto el uno como el otro tienen el poder de salir por caminos que la razón ordinaria o los códigos o las morales no enseñan. ¿No se dijo que el pecado de Adán es haber comido del *Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal*? La *separación* del bien y del mal ya es, por lo tanto, un mal. Adán cometió pecado por el solo hecho de que el pecado se distinguió de la justicia. ¿No dice san Pablo que quien ignora la Ley no puede pecar? No porque la Ley sea mala, sino porque el mero conocimiento del pecado lo exalta desmesuradamente. Y llega a afirmar que no codiciaría si la Ley no le dijera: No codiciarás. Sí: mientras haya dos que luchen la lucha continuará infinitamente, y no es el que tiene razón quien tiene razón; tiene razón el que se aparta de la lucha. Y el que obra según la Ley y hace el bien que le enseñan no está salvado: está salvado el que, mediante un nuevo bautismo, sale de la Ley para entrar en una nueva tierra y en cielos nuevos donde la Ley no reina: “Pues la Ley ha sido traída por Moisés, mas la Gracia por Jesucristo”.

Mediante el misterio del bautismo salimos del reino de la moral para entrar en el de la vida interior.

¿Cómo entró Jesús en las aguas del Jordán venciendo la resistencia de Juan? ¿Por qué? Llegaba al bautismo desde el otro extremo, no como nosotros, que acudimos a él para limpiarnos de nuestras suciedades innatas. Él llegaba desde lo alto, para sumergirse en ellas. Al descender a las aguas del Jordán entró en nuestra vida. El bautismo es para Cristo un segundo nacimiento, o con otras palabras una segunda caída. Para nosotros es un camino de salida, una huida y una liberación del mal. Para él es un camino de entrada en la Caída. Y en verdad, los tres primeros evangelistas hacen que Jesús entre con el bautismo en la tentación mientras que para el cuarto entra en el mundo de los hombres para enseñar y, al fin, para sufrir en él la condena. Entra, pues, por segunda vez en este mundo, en el mundo de las tinieblas y en el mundo de los hombres. ¿Y qué tomó del agua del Jordán, en el agua limosa que corre entre desiertos para desembocar en el mar Muerto? Tomó todos los pecados que los demás dejaron dentro. Es el Cordero que quita y lleva y toma sobre sí todos los pecados del mundo. Deja que entre en el bautismo, dice a Juan, "porque así nos conviene cumplir toda justicia". Y de tal modo se convierte en el Cordero, se carga con nuestros males y cumple la profecía de Isaías que os he leído. Toma los pecados y los lleva durante tres años, durante los cuales, en efecto, es despreciado y rechazado como un leproso, como alguien "herido de Dios y abatido". Y se abate hasta la muerte, hasta una muerte innoble. "Más él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados: el castigo de nuestra paz sobre él; y por su llaga fuimos nosotros curados".

Según una antigua costumbre de Israel, todo el pueblo era convocado una vez por año: tomaban un macho cabrío negro que, ¡pobre animal!, desde entonces había empezado a representar entre los hombres al Espíritu Maligno y a soportar las consecuencias. Sobre esa pobre bestia el sacerdote depositaba todos los pecados del pueblo. Después de lo cual arrojaban el macho cabrío a páramos donde moría lastimosamente. Con esta misma intención,

en tiempos prehistóricos se quemaban animales considerados impuros en hogueras que después y no sin razón, se llamaron de San Juan. Y esas hogueras, al quemar los animales impuros, quemaban y se llevaban nuestras impurezas. Y ved cómo los símbolos, mediante una magia y una poesía de que muy pocas veces son capaces los hombres, van transformándose al purificarlos el fuego del Espíritu: el antiguo chivo negro se convierte en el Cordero blanco y Dios reemplaza al Diablo. Y ya tenemos el Cordero de Dios que, como el chivo emisario, toma sobre sí los pecados del mundo. Los asume mediante el bautismo del agua y se libera de ellos mediante el bautismo de la sangre, al cabo de tres años de pruebas. Y después de la muerte los lava y los borra definitivamente mediante el glorioso bautismo del Espíritu, el de la Resurrección.

UNA COMPAÑERA: ¿De modo que el segundo bautismo se recibe al margen de todo sacramento visible?

RESPUESTA: El segundo bautismo, si por ello te refieres al bautismo de la sangre, no es una figura. Es el sacrificio. Ahora bien, todo rito es sacrificio figurado; y todo sacrificio real, todo martirio es a su vez rito, puesto que se colma de significaciones simbólicas. La palabra sacrificio, como todas las demás palabras que hoy empleamos, es una moneda cuya efigie se ha borrado con el uso. La empleamos en cualquier ocasión: todo el que se priva de algo por algún motivo confunde su pesar con un "sacrificio" y quien ha sufrido suele hablar de sí mismo como de un "mártir". Pero *mártir* no significa en modo alguno *alguien que ha sufrido*. *Mártir* es la palabra que san Juan emplea en la primera página que hemos leído, y significa: "testigo". "Éste vino en testimonio, para dar testimonio de la luz", dice san Juan empleando dos veces la palabra *mártir*. *Mártir* significa "sufrimiento del que testimonia". Pero el sufrimiento padecido no es en absoluto martirio, y el sufrimiento del que sufre sin testimoniar, del que sufre porque le ha acaecido una desgracia y sólo una desgracia, no es sacrificio; y los que mueren o son atormentados por causas únicamente humanas o accidentales no son mártires. Por lo demás, nadie puede ser mártir a pesar de sí mismo. Sólo podemos ser mártires cuando nos hacemos cargo de algo porque así lo hemos querido, según dice el texto de Isaías que acabo de leerlos. El mártir es consciente de lo que representa, sabe adónde va, adónde quiere ir. Toma su vida íntegra y la arroja en una dirección determinada; la arroja como una afirmación y se convierte así en una palabra. *El mártir es aquel que se expresa mediante su muerte*.

Y pensad qué hermosa es la palabra *expresar*: precipitarse hacia fuera, arrojarse hacia delante. Y qué bien armoniza con la expresión *morir como mártir*.

VIII

DE LA TENTACIÓN DE JESÚS

22 de noviembre de 1946 Calle Sajnt-Paul.

Mateo, IV, 1: *Entonces Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu, para ser tentado por el diablo.*

Y habiendo ayunado cuarenta días y cuarenta noches, después tuvo hambre.

Y llegándose a él el tentador, le dijo: Si eres hijo de Dios, di que estas piedras se hagan panes.

El cual le respondió y dijo: Escrito está: no de solo pan vive el hombre, mas de toda palabra, que sale de la boca de Dios.

Y entonces le tomó el diablo, y le llevó a la santa ciudad, y le puso sobre la almena del templo.

Y le dijo: Si eres hijo de Dios, échate de aquí abajo, porque escrito está: Que mandó a sus ángeles cerca de ti, y te tomarán en palmas, para que no tropieces en piedra con tu pie.

Y Jesús le dijo: También está escrito: No tentarás al Señor tu Dios.

De nuevo le subió el diablo a un monte muy alto; y le mostró todos los reinos del mundo, y la gloria de ellos.

Y le dijo: Todo esto te daré, si cayendo me adorares.

Entonces le dijo Jesús: Vete, Satanás: porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás.

Entonces le dejó el diablo: y he aquí los ángeles llegaron y le servían.

Marcos, 1, 12, es más breve. Pero no dice menos en su brevedad:

Y luego el Espíritu le impelió al desierto.

Y estuvo en el desierto cuarenta días, y cuarenta noches; y le tentó Satanás y moraba con las fieras, y los ángeles le servían.

Lucas, IV, 1: *Mas Jesús lleno del Espíritu Santo, se volvió del Jordán, y fue llevado por el Espíritu al desierto.*

Estuvo allí cuarenta días, y le tentaba el diablo. Y no comió nada en aquellos días; y pasados éstos, tuvo hambre.

Y le dijo el diablo: Si Hijo de Dios eres, di a esta piedra que se vuelva pan.

Y Jesús le respondió: Escrito está: Que no vive el hombre de solo pan, mas de toda palabra de Dios.

Y le llevó el diablo a un monte elevado, y le mostró todos los reinos de la redondez de la tierra en un momento de tiempo.

Y le dijo: Te daré todo este poder, y la gloria de ellos, porque a mí se me han dado, y a quien quiero, los doy.

Por tanto, si postrado me adorares, serán todos tuyos.

Y respondiendo Jesús, le dijo: Escrito está: A tu Señor Dios adorarás, y a él sólo servirás.

Y le llevó a Jerusalén, y lo puso sobre la almena del templo, y le dijo: Si eres el Hijo de Dios, échate de aquí abajo.

Porque escrito está, que a sus ángeles mandó de ti, que te guarden;

Y que te sostengan en sus manos, para que no hieras tu pie en alguna piedra.

Y respondiendo Jesús, le dijo: No tentarás al Señor tu Dios.

Y acabada toda tentación, se retiró de él el diablo hasta el tiempo.

Acerca de este relato debemos hacer una primera observación. Casi todos los demás relatos del Evangelio son obras de testigos oculares: los discípulos cuentan o repiten lo que han visto, lo que han oído. Pero esta escena ocurre entre Jesús y Satanás. ¿Quién la presencié? ¿Quién asistió a ella? ¿Quién puede contarla?

Los críticos liberales nos declararán que esta historia se parece singularmente a los cuentos de hadas; que es un encantador episodio del folklore; que trasunta una ingenuidad primitiva. Nosotros, los muy-intelectualizados, los perfectamente civilizados, no creemos en el Diablo. Ésas son patrañas para las nodrizas y los curas aldeanos. Algunos de entre nosotros no se avergüenzan de creer en Dios. Pero la mayoría -aun entre los que ahora me rodean- enrojecerían al confesar que creen en el Diablo. Todos o casi todos nosotros, los muy-civilizados, cedemos al influjo de la civilización en que estamos atrapados y recluidos, y nos hacemos del mundo la imagen que esta civilización se ofrece a sí misma. No creemos en el Diablo, no creemos en las hadas, no creemos en los espíritus como los primitivos, los niños y las mujeres simples. Vemos el mundo como un desarrollo de leyes mecánicas: el sol es una máquina y todos los astros engranan sus ruedas en esa rueda central, trabada a su vez con otras ruedas desconocidas. Y todas las cosas siguen sus leyes, se encadenan unas a otras sin que podamos distinguir el comienzo o el fin, la meta o la dirección. Y no sólo somos incapaces de oír la voz de Dios en el trueno, o de ver las raíces de los árboles en que los enanos custodian

tesoros y construyen maravillas, o de escuchar en los arroyos a las ninfas que discurren y cantan; más aún, suele ocurrir que vemos a los hombres, contemporáneos y prójimos nuestros, como máquinas que funcionan y que en ocasiones chirrían y se descomponen. Y de este modo, a fuerza de inteligencia, a fuerza de resistir a toda creencia, a fuerza de librarnos de lo que nuestros abuelos creyeron y de lo que creyeron y creen todos los pueblos del mundo, llegamos a creer ciegamente en algo absurdo y negamos la realidad más tangible y observable (observable en el único punto en que el universo es enteramente observable, por fuera y por dentro a la vez) en nosotros. En nosotros, en nuestro cuerpo, en nuestro espíritu, en nuestro corazón, en la intimidad de lo más íntimo, en ese punto donde nuestra retina no registra ninguna imagen, donde nada puede engañarnos. Allí no nos sentimos como una máquina: allí sabemos que vivimos. Y si hemos olvidado que todo vive es porque hemos rehusado penetrar hasta ese punto en que estamos vivos para nosotros mismos.

Reprocho a los muy-inteligentes de nuestro tiempo que no sean bastante intelectuales y, en todo caso, sistemáticamente superficiales. Lo que depende del intelecto, del puro intelecto, es superficial. La inteligencia sólo aprehende las superficies y la extensión infinita de las superficies no le da ninguna sensación de hondura. Bergson hizo una observación digna de un gran filósofo: "La inteligencia humana se distingue por una incompreensión nativa de la vida". Si nuestra ciencia es exclusivamente intelectual, ignoraremos por fuerza la sustancia y la realidad de las cosas y, sobre todo, la vida, la simple vida que nos revela la experiencia cotidiana, el contacto directo. Con nosotros mismos y con todos los seres que llamamos vivos. Y éste es el motivo por el cual los niños, las nodrizas, los curas aldeanos —o sea el idiota de la aldea— son los llamados a conocer lo que es inasible para los doctores y los sabios. Como este Evangelio habla del Diablo, los Muy inteligentes deducen que es ingenuo. Ingenuo es más bien el que cree ingenuo al evangelista. No hay una sola palabra en estos textos que sea vacua, superflua, insignificante, redundante o ingenua (en el sentido de estúpida). Si el evangelista habla del Diablo con tanta sencillez, me parece que quien se avergüenza de creer en el Diablo debería avergonzarse de su propia falta de sencillez.

Cuando hablamos de existir, de ser, muy pocas veces nos tomamos el trabajo de explicar, o siquiera de comprender qué estamos diciendo. Muchos filósofos nos demuestran la existencia de Dios a partir de Aristóteles, hasta Descartes y aún después de él. En tales demostraciones nos definen abundantemente a Dios y la concepción que de él se han formado. Pero todos olvidan decirnos qué entienden por existir. Y al preguntarnos qué significa etimológicamente esa palabra, ya comprobamos que la demostración misma cae en el absurdo. Existir quiere decir mantenerse, establecerse (sistere o stare); ex: hacia afuera. En suma: ser un objeto. Ahora bien, una concepción correcta de Dios nos enseña precisamente que no es un objeto, que no está en lo exterior, sino "en el interior de lo interior", como dice el Libro de Verdad de Palabra de los egipcios. No es objeto para nadie, es el sujeto del sujeto, el ser del ser, lo oculto de lo oculto, es aquel que nadie ha visto, pues sólo vemos lo que está fuera, y no podemos ver lo que está detrás de los ojos, y sólo vemos lo que tenemos ante los ojos. Por consiguiente, Dios no existe: es, cosa absolutamente diferente. Y cuando decimos ser aludimos a lo que es uno, eterno, indiviso, y por lo tanto interior y por lo tanto no-existente.

En cuanto al Diablo, es aún más fácil demostrar metafísicamente que no existe, o más bien, a la inversa de Dios, que existe aunque sin ser. Porque el Diablo es el pecado, es el mal, es la sombra, es la destrucción, o sea la vuelta a la nada. Es la nada. La nada, en efecto, no existe en el absoluto. La nada no existe en el nivel de Dios, pero como nosotros no estamos en ese nivel no podemos decir o creer que no existe. Para nosotros existe tanto como nosotros mismos. Y pronto comprobaréis hasta qué punto es exacto el tanto.

¿Y nosotros? ¿Es que nosotros somos? Nosotros, que hoy estamos aquí y muy pronto estaremos en otra parte, que hoy estamos vivos y mañana estaremos muertos... Nuestras palabras resuenan en el aire, y en el instante mismo en que las percibimos ya no son. Lo que es no puede dejar de ser. Lo que es subsiste tal cual es. Dios dice de sí mismo a Moisés: “Soy el que es, el que soy” (para que conserve la primera persona el Verbo que expresa la Primera Persona). Pero nosotros no somos, apenas transcurrimos en el ser y lo que llamamos nosotros no es nosotros, así como eso que los demás consideran “nosotros” no es nosotros. Eso que los demás ven de nosotros es nuestro cuerpo; eso que nosotros mismos vemos de nosotros mismos es nuestra persona. Pero sabemos que no somos nuestro cuerpo ni nuestra persona. Y aun quienes saben que no son su cuerpo ni su persona, ignoran lo que son. El común de los hombres (y la mayoría de nosotros en la mayoría de nuestros instantes) se considera a sí mismo lo que en verdad no es. Llamamos yo a todo lo que nos limita y nos niega; llamamos yo a lo que nos excluye de todo, a lo que nos recluye en un círculo estrecho y nos reduce a una forma tangible o sensible, y, por ende, pasajera: nuestra sombra, nuestra nada, nuestro demonio, el diablo familiar ligado a cada uno de nosotros. Nuestra voluntad propia, como diría san Bernardo; nuestro amor propio, fuente de todo mal. Bajo el sol de Dios, como bajo el sol del cielo, nuestra sombra está ligada a nuestro cuerpo, sin que podamos arrancárnosla y saltar por encima de ella. Y como sólo tenemos nuestra sombra ante los ojos, llegamos a creer que esa sombra es nuestro cuerpo y que el diablo es nosotros mismos. De suerte que al fin nuestro propio diablo, nuestro demonio, nuestro tentador es nosotros mismos. ¡Oh! Quien se observe sabrá que el diablo existe, que esa nada, esa sombra vive y puede matar, que ese fantasma puede atraernos hacia sí.

Si Jesús es hombre, además de ser Hijo de Dios, también tendrá un diablo ligado a sí: no sería hombre sin ello, apenas fingiría serlo. Ahora bien, varios pasajes de los Evangelios -y entre otros el que esta tarde comentamos- prueban que Jesús no fingió al nacer, ni al morir, ni al sufrir, ni siquiera al ser tentado. Pero Cristo no es un hombre cualquiera. Es el Hijo del Hombre, o sea el Hombre integro. El demonio ligado a él no será, pues, un diablo familiar, pero sí el Príncipe de los diablos: el propio Satanás. Y el Hijo de Dios es tentado. Es tentado Aquel (lo cual no significa que haya en Cristo esa complicidad del deseo que siempre acompaña la tentación en nosotros) que pudo decir: “¿Quién de vosotros puede convencerme de pecado?” Él, imagen de la perfección, impecable, es tentado. Y en verdad, si no hubiera sido tentado no habría sido perfecto, no habría sido impecable, puesto que entonces su perfección carecería de todo sentido. Si no hubiese existido para Él la posibilidad de pecar, su perfección habría tenido un carácter mecánico y su humanidad viviente habría sido comprometida y falsificada.

¿Cuáles son las tres tentaciones enumeradas por los Evangelistas, y qué significan? Y ante todo, ¿por qué la Tentación sucede inmediatamente al Bautismo, o sea a la purificación? Ya hemos dicho qué es el bautismo de Cristo: no la purificación de un pecado que no tenía, sino la entrada en el pecado, la asunción de los pecados ajenos. Es natural, pues, que la Tentación suceda inmediatamente al Bautismo. Pero esta tentación aparece extrañamente combinada con un ayuno de cuarenta días en el desierto. Después del bautismo del agua, Cristo se someterá al bautismo del fuego de que ya hemos hablado con respecto a Juan Bautista. La purificación de la carne y del Espíritu, después de la purificación ritual. Y Jesús se retira para entregarse a lo que se llama la ascesis, o sea el ejercicio (única traducción correcta de esa palabra).

Durante cuarenta días... ¿Por qué durante cuarenta días? Nunca, sabedlo bien, emplean un número los evangelistas sin que a él vaya unida la significación correspondiente en el lenguaje

simbólico de los nombres. Imagino que todos sabéis que el número Cuatro representa la Naturaleza. El número Cuarenta, compuesto de cuatro decenas, significa los cuatro ciclos o etapas de la naturaleza. Si se nos dice, pues, que Cristo ayunó durante cuarenta días, que se ejercitó en el desierto durante cuarenta días colmado por el Espíritu Santo, es porque atravesó los cuatro ciclos de la naturaleza toda, resumida en su cuerpo como está resumida en todos los cuerpos humanos. Debéis saber que la ascesis no es únicamente penitencia, como suele creerse, sino también método de conocimiento; que la privación a que se entregan los ascetas tiene por objeto el conocimiento de sí mismos. ¿Cómo puede lograrse esa ciencia? También los sabios, para saber cuál es la causa de un fenómeno, suprimen la presunta causa del fenómeno para comprobar si desaparece: si el fenómeno, en efecto, desaparece, el sabio declara que ha descubierto su causa. Si queremos conocer los recursos de nuestra naturaleza sólo tenemos que emplear el mismo método. Si queremos saber qué es el hombre, qué es el alimento, ayunemos y estudiemos los resultados de esa experiencia. Si queremos saber qué es el sueño, velemos y estudiemos los resultados de esta experiencia. Si queremos saber qué es respirar, regulemos nuestra respiración, suspendámosla o apresurémosla voluntariamente, y estudiemos los resultados de esta experiencia. Así el Ayunador que está en el desierto, mediante el ayuno considerado como el conjunto de las privaciones explora todas sus funciones y todos sus recursos, conoce, penetra, profundiza todos los reinos que existen en la naturaleza y que se encuentran en el hombre: el reino mineral, el reino vegetal, el reino humano y por fin el reino espiritual, o sea las cuatro formas de la realidad. Por eso necesita cuarenta días para ese viaje, para ese descenso a los infiernos y para esa ascensión.

El Espíritu lo impulsa, el Diablo lo tienta. Y se nos dice que los ángeles lo servían, y se nos dice que estaba con los animales salvajes. ¿Os parece sin sentido todo ello? ¿No habéis observado nada mientras os leía?

Ved cómo el Espíritu Santo, el Espíritu y el Diablo se aproximan en la frase de Lucas: *Mas Jesús lleno del Espíritu Santo, se volvió del Jordán, y fue llevado por el Espíritu al desierto. Estuvo allí cuarenta días y le tentaba el diablo.* El Diablo recibió de Dios no sólo el permiso de tentar a los hombres, sino también de tentar a su Hijo mismo: tened la certeza de que recibió *la orden*, tened la certeza de que representa (quizá a pesar de sí mismo, aunque no a pesar de Dios) el designio de Dios.

Y moraba con las fieras, y los ángeles le servían, dice Marcos. No lo dudéis: las fieras y asimismo los ángeles estaban en Cristo y estaban junto a Cristo y eran Cristo. Quien haya intentado la experiencia de una ascesis de cualquier índole comprenderá lo que quiere decir el Evangelio. La fiera y el ángel están junto a nosotros y en torno de nosotros después de ese incendio que nos ha agostado. Y el Espíritu Santo nos entrega al Diablo, y el Diablo y el Espíritu Santo están con nosotros, y nosotros estamos entre ellos, y ellos están en nosotros. Y la Tentación sucede al bautismo del agua y al del fuego. Y cuanto más avanza el asceta, mayor es la tentación. ¿Cómo podría no serlo? Sabéis por experiencia que cuanto más os priváis, más exasperáis el deseo. Y si ese método de conocimiento que es la ascesis consiste en privarse de todo, es preciso que el deseo crezca desmesuradamente. Y por lo tanto la pureza se hace más ardiente, y aumenta el riesgo de caer en el fuego, y el hombre sigue superando su propia naturaleza y corre el peligro de caer desde más alto. Y sus dos naturalezas, la angélica y la bestial, se revelan mutuamente, se separan y se miran.

La experiencia de las terribles tentaciones del asceta se popularizó en la leyenda de san Antonio del Desierto, representado junto a un cerdo. Innumerables imágenes, cultas o populares, y a veces poseedoras de gran belleza, nos muestran a san Antonio rodeado de

diablos, de fieras diversas, de fantasmas horrendos, de formas seductoras, en medio de piedras y espinos. Pero cuando comparamos las Tentaciones de san Antonio de Brueghel el Viejo o de Jerónimo Bosco -y aun la alambicada y excesiva Tentación de Flaubert- con el sobrio texto que acabamos de leer, podréis medir la grosería de quienes hablan de una muestra de folklore. Pues en las representaciones populares y aun las cultas hay tantas trivialidades como misterios en la nuestra. ¿Qué tienta al santo en el desierto? Sólo el recuerdo de los grandes y hermosos festines, de las mujeres seductoras. O bien el temor de las fieras o de los fantasmas que su imaginación alucinada le hace ver para borrarlos en el instante mismo en que tiende las manos para asirlos. ¿Cuáles son las tentaciones de Jesús en el desierto? *Y habiendo ayunado cuarenta días y cuarenta noches, después tuvo hambre. Y llegando a él el tentador, le dijo: si eres hijo de Dios, di que estas piedras se hagan panes.*

Qué simple es. ¿Tienes hambre? Come. ¿Tienes poder absoluto? Haz un milagro y come. La respuesta de Jesús es menos simple; es, en verdad, muy extraña: *No sólo de pan vive el hombre, mas de toda palabra que sale de la boca de Dios.* Este folklore es difícil de descifrar, ¿no os parece? "Haz un milagro que te aproveche", dice el Demonio al Hijo de Dios, el cual demostrará después que es capaz de hacer cuanto se le antoje, aunque nunca querrá hacer nada que le sea útil. La palabra latina empleada para *milagro* es *signum*: signo. Un signo es algo que *significa*. Hacer pan con las piedras cuando se tiene hambre nada significa; pero todos los milagros de Jesús significan, expresan, enseñan, como hemos de verlo en seguida, al menos en la medida en que somos capaces de descifrar tales signos.

En todo caso, el milagro provechoso es cosa que el todopoderoso Jesús desdeñó. Y si alguna vez rehusó hacer un milagro, sólo fue cuando ese milagro podía serle útil. Cuando los saduceos acuden a tentarlos y se burlan de Él y lo desafían a que haga "un signo en el aire", o sea que haga restallar un trueno que los confundiría, Jesús les responde con una imprecación y les niega cualquier otro rayo. Y cuando Herodes, "el zorro", le pide un milagro como pediría brincos a un saltimbanqui, Jesús permanece inmóvil, mudo. Sin embargo, su muerte o su liberación dependen del capricho del rey. Y cuando, clavado en la cruz, está expuesto a las pullas de quienes pasan y le gritan: "Si eres el Hijo de Dios, bájate de allí", ni siquiera los mira y persiste hasta el último instante en su deber, que es sufrir y morir.

Jesucristo no cae en la gran tentación en que el mundo actual sucumbe, y que consiste en hacer milagros útiles, en hacer presente la voz de los ausentes, en hacer que podamos volar por los aires, en hacer manteca con el aire y salchichas con la madera y cualquier cosa con cualquier cosa. Que consiste, en suma, en falsificar, reducir, trastornar, afear, cambiarlo todo de manera provechosa. Jesús no es de aquellos que, enceguecidos por el cebo de lo útil, no ven cómo caen en la trampa del Diablo, de la cual no saldrán jamás, y no comprenden que al falsificar y mezclar y desplazar se encadenan a todas las fuerzas que liberan, de modo que serán destruidos por lo que han inventado. Y mientras aguardan su propia destrucción, son corrompidos, extraviados, enloquecidos por todos los sistemas que son ardidés del Diablo, del diablo que estaba en ellos y que era ellos mismos: su pereza, sus deseos de abusar de los demás, sus deseos de no pagar por las cosas el precio de fatiga que merecen. Así han caído en la tentación de hacer pan con las piedras; pero cuando se hayan tragado ese pan, la piedra se les quedará en el estómago.

No es éste el sentido de un milagro: muy otro es su sentido, y esto es lo que nos explicará la respuesta de Jesús. De esta piedra no he de hacer pan, no he de extraer fuerzas que me alimenten y aprovechen; si quisiera comer pan no necesitaría marcharme al desierto, y si tengo

el poder de hacer milagros no lo demostraré porque tú me lo pidas, ¡oh Diablo! Está escrito: el hombre se alimentará de toda palabra que sale de la boca de Dios. Pero ya sabemos nosotros qué es la *palabra que sale de la boca de Dios*. La Palabra que sale de la boca de Dios es Él, el Verbo; y el pan que alimentará a los hombres es Él. Jesús no acudirá a las piedras para alimentarse: se dará Él mismo como alimento a los hombres. Y éste es un milagro, éste es el sentido en que ha de acudir al Espíritu: suscitando las fuerzas superiores, no las inferiores; sirviendo al Espíritu por medio del sacrificio y del don, y no sirviéndonos del Espíritu para lograr provecho. Los sabios y técnicos de nuestros días son los instrumentos del diablo, puesto que no sirven al Espíritu, sino que se sirven de él y lo someten a las necesidades del cuerpo. Y las consecuencias no han tardado en revelarse; ya las sentimos. Es el castigo de esa monstruosa subversión de las cosas, de este uso invertido de la inteligencia que los altos espíritus del mundo rechazaron siempre. No nos maravillemos de las invenciones actuales, puesto que, sin duda alguna, los sabios de otros tiempos sabían o podían saber lo que los nuestros saben. Pero es seguro -y tenemos de ello pruebas irrefutables- que nunca publicaron o divulgaron semejante ciencia, porque también sabían adónde podía llevarnos tal saber en manos y en poder de las naciones y las multitudes. Y como estas conversaciones nuestras no son alardes de elocuencia, sino ocasiones para la reflexión, retened lo que voy a deciros: seremos tomados en la medida en que tomamos, nos será dado en la medida en que nos damos y donde nos damos. Tal es la enseñanza de esta tentación de Jesús, la del pan.

Segunda tentación: la de los Reinos. Jesús, el Cristo (Cristo significa Rey): el rey, término antiguo, venerable, divino. El rey es el hombre que representa el Espíritu, la Fuerza de la Ley, del Juicio y de la Gracia, la majestad terrible y dulce, la paternidad. El rey es el representante de Dios ante los pueblos, "rey por la gracia de Dios". Los emperadores de la China se decían "Hijos del Cielo", y a cada uno de sus gestos se asignaba la virtud de distribuir el sol y la lluvia sobre el país. Los faraones se identificaban con el propio Dios y tenían las llaves de la vida. Y hasta los emperadores romanos eran divinizados. Representaban como podían ese papel terriblemente difícil; pero el papel existía, y también un ritual particular que era al mismo tiempo un sostén y un medio de controlar que llegaba a borrar los defectos de la humanidad del rey, o a disimularlos ante los ojos de todos, de modo que el rey podía considerarse un Rey. Es que los hombres pensaron al principio que la salvación podía venirles desde lo alto por medio de la fuerza de la ley. Al propio Mesías aguardaban los judíos como a su rey, como a su liberador. Los judíos, pueblo desdichado entre todos, esclavo entre todos, aplastado por la fuerza romana, odiaban esa fuerza más que ningún otro pueblo y esperaban durante años y años la liberación como el que se ahoga busca el aire. En tiempos de Jesús, toda la región estaba assolada por revueltas; toda clase de bandoleros se arrebatában el cetro y la espada de la rebelión, y se declaraban el Mesías aullando: ¡Que Dios sea nuestro único Señor!" Las legiones romanas hacían incursiones, mataban a esos infelices y pendían de cruces a los sobrevivientes.

Jesús es el primero, o uno de los primeros, en enseñar que la salvación no puede llegar bajo las especies de la fuerza, el poder y la riqueza. Y la segunda tentación está inmediatamente ligada a la primera. Ni el provecho ni el poder: eso es lo que ambas tentaciones dicen. Sabemos que, extendida la fama de sus milagros, Jesús debió ocultarse con frecuencia para que no le ensalzaran como rey. Rechazó ese papel y todos aquellos que lo aceptaron en su nombre demostraron que no creían en ese nombre o que no habían comprendido una de sus primeras enseñanzas: no es con la fuerza de las armas ni con la riqueza como se obtiene el Reino de los Cielos, el verdadero reino.

¿Sabéis vosotros qué es un rey bajo sus gloriosas apariencias? La Biblia nos lo enseña por

boca de Samuel: "... tomará vuestros hijos, y pondrálos en sus carros, y en su gente de a caballo, para que corran delante de su carro; y se elegirá capitanes de mil, y capitanes de cincuenta: pondrálos asimismo a que aren sus campos, y sieguen sus mieses, y a que hagan sus armas de guerra, y los pertrechos de sus carros; tomará también vuestras hijas para que sean perfumadoras, cocineras y amansadoras". Todo príncipe participa del poder del Príncipe de este Mundo, que es Satanás: suyo es el dominio de todos los reinos, y lo concede a quienes se prosternan ante él, aceptando el compromiso de violencia y de mentira en que ningún régimen político se sostiene.

Ésta es la respuesta de Jesús: "... escrito está: Al Señor tu Dios adorarás y a él solo servirás". A cualquier otro señor y príncipe negarás no sólo adoración y la prosternación, sino también servicio; y sólo has de obedecer, ¡oh justo!, a Aquel cuya fuerza es amor, cuya ley es libertad. Y Jesús, hijo de carpintero, nació pobre, permaneció pobre y murió como el más pobre de los hombres. Él, que hacía milagros y curaba a los enfermos, huyó cuando quisieron exaltarlo y recomendaba callar a los que su poder sanaba. Sólo acepta una corona, la de espinas, que la fuerza deposita en su cabeza; sólo acepta una púrpura de irrisión y de sangre; sólo acepta una caña por cetro.

¿Y la tercera tentación? El Diablo lo lleva a la techumbre del templo y le dice: "Si eres hijo de Dios, échate de aquí abajo, porque escrito está: Que mandó a sus ángeles acerca de ti, y te tomarán en palmas, para que no tropieces en piedra con tu pie". ¿Qué significa caer desde la almena del templo, arrojarse desde allí? La tentación de las tentaciones, la tentación que las resume todas, la tentación de la caída. Piensa, le dice el Diablo; puedes caer, puedes pecar. Piensa. Qué agradable es esto. Y puesto que eres Dios, puedes hacer que el mal no sea mal, ya que si caes tú, que eres Dios, ¿dónde está el mal, dónde está el bien? Y los ángeles te sostendrán por temor de que tu pie dé contra una piedra. ¿Quién podrá reprocharte tus pecados, puesto que tú mismo eres la medida del pecado y de la salvación? Puedes anular el mal y trastrocarlo todo. Hoy se te ofrece la ocasión única. ¡Piénsalo, piénsalo! Si yo fuera el Hijo de Dios, no perdería semejante oportunidad, dice el Diablo

[El *Diablo*.- ¡Ea!, Hijo de Dios, Dios tú mismo en persona, arrójate en el pecado, hacia abajo. ¡Salta! No puedes cometer el mal ni hacerte mal. Que tu caída, oh Dios, haga que el mal sea bien, y alto lo bajo, y verdadero lo falso, y que de ese modo todo el daño se borre. *La Pasión*, acto 1.]

IX

FIN DE LA TENTACIÓN LOS DOS DISCÍPULOS DE JUAN

29 de noviembre de 1946 Calle Saint-Paul.

Tengo que hacer aún dos observaciones acerca de la tentación de Jesús.

Y Jesús respondió: *También está escrito: No tentarás al Señor tu Dios.* ¿Qué significa esto? ¿Qué significa tentar a Dios? No es posible tentar a Dios en el sentido de inducirlo al pecado; pero es posible "intentarlo", atraerlo a una trampa: es posible tenderle una trampa divina.

Tentar a Dios es emplear con Él un procedimiento que -en virtud de una gracia del propio Dios- obra poderosamente sobre Dios. Toda religión, todo acto religioso y ritual, comporta

por ambas partes cierto grado de compromiso: por parte de Dios y por parte del Hombre. Y constituye, por así decirlo, un pacto. En la Historia Santa tenemos un ejemplo explícito y manifiesto de semejante pacto. Por ejemplo: el pueblo de Israel era el pueblo elegido porque había un pacto entre él y Dios, y ese pacto se conservaba, debidamente sellado, en el Arca de la Alianza. Pero entre Dios y toda criatura religiosa hay un pacto, un mutuo compromiso: el propio Dios inspira a aquel con quien sella un pacto las condiciones y las cláusulas, los actos y los gestos y las palabras que tienen el poder de recordarle su promesa y obran sobre Él. Ahora bien, debemos observar una cosa en este pacto entre Dios y el hombre: el inmenso abismo que separa a los dos contratantes y la diferencia que media entre ellos. Porque el pacto es unilateral en cuanto a las ventajas (es siempre el hombre quien saca provecho) y también en cuanto a la posibilidad de violarlo, pues sólo el hombre, únicamente el hombre, puede traicionar, flaquear y hacer de este modo nulo el trato o *eficaz al revés*. Debemos insistir sobre este último punto: *eficaz al revés*, puesto que el pacto en que Dios se ha comprometido no puede no ser eficaz. Lo ha sellado Aquel que nunca flaquea. La promesa es válida y sigue siéndolo por siempre; bien lo saben los hindúes, que enseñan que una plegaria mal dicha cae sobre quien la dice mal y atrae así la gracia en sentido inverso, a tal punto que la fórmula hace daño cuando se esperaba de ella el bien. ¿Y no es éste el secreto de nuestros fracasos en el ámbito de la plegaria, ya que nos ha sido prometido que si pedimos se nos dará?

Pero si Jesús es el Hijo de Dios hay, sin duda, un pacto aún más firme, más indiscutible, entre Dios Padre y Él. Existe, pues, un poder más grande que en cualquier hombre de utilizar ese vínculo con Dios en el buen sentido o en cualquier otro sentido. Esta respuesta de Jesús al Diablo tiene doble sentido y doble sesgo. Por una parte significa: "Yo, el Hombre Jesús, no tentaré al Señor mi Dios"; por la otra: "Tú, el Diablo, poseedor de fuerza sobre este mundo, no tentarás al Cristo, Hijo de Dios, Dios tuyo". Así esta respuesta acaba con la entrevista. Y Lucas agrega: "Y acabada toda tentación, se retiró de él el diablo hasta el tiempo".

"Hasta el tiempo": hasta que llegue una ocasión favorable. ¿Tuvo el Diablo otra oportunidad en la vida de Jesús? ¿Se presentó alguna vez esa ocasión favorable? Y si nunca se presentó: ¿por qué habría agregado esa frase Lucas, que no dice nada en vano?

La sabiduría de la Iglesia nos da una respuesta para este problema: ¿sabéis que los cuarenta días de la Cuaresma son una evocación de los cuarenta días pasados por Jesús en el desierto y, por lo tanto, un recuerdo de la tentación? ¿Y cuándo sitúa este recuerdo la liturgia? Precisamente antes de Pascua, antes del memorial de la Pasión. Así como los cuarenta días de ayuno que señalan el comienzo de la vida pública de Cristo concluyen con la tentación, la infinita purificación que es la Agonía precedente al Sacrificio concluye con una nueva y última tentación marcada con letras de fuego y de sangre en el relato de los cuatro evangelistas. Es el sudor de sangre en el Huerto de los Olivos, es la súplica: *Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz*, es la angustia y las tinieblas que preceden al desgarramiento. Es la realización de todos los males, de todos los pecados, de todos los sufrimientos que el Hijo del Hombre ha tomado sobre sí. Es, acaso, y en última instancia, el temor de que todo ello sea vano: la certeza de que para algunos habrá de ser vano durante largo tiempo. ¿Y no vemos en todo esto las formas de la tentación?

Podemos vislumbrar así que el Evangelio -a primera vista un montón de anécdotas, de discursos reunidos al azar que en un Evangelista tiene un sentido y otro diferente en el que sigue es por el contrario un gran poema, una sinfonía en que cada acorde está perfectamente calculado, una composición sabia y llena de sentido en sí misma. El Evangelio está construido como un *vitrail*, con sus partes que se corresponden. Durante nuestro comentario hemos de ver cómo se dibuja esta arquitectura secreta. Y veremos, sobre todo, cómo están equilibrados

el comienzo y el fin. Las enseñanzas y los acontecimientos, las parábolas y los milagros sólo en el sacrificio final adquieren su plena significación.

Retomemos la narración de Juan donde la habíamos dejado. Suele oponerse el Evangelio de Juan a los otros tres, aduciéndose que es el Evangelio espiritual. Pero Juan obra exactamente como los otros tres: emplea palabras sencillas, habla de cosas sencillas. Hemos dado precisamente con uno de los pasajes más sencillos y más vivos y también más conmovedores:

*Al día siguiente otra vez estaba Juan, y dos de sus discípulos.
Y mirando a Jesús que pasaba, dijo: He aquí el Cordero de Dios.
Y lo oyeron hablar dos de sus discípulos, y siguieron a Jesús.*

Tenemos aquí un excelente ejemplo de nuestro santo Patrono [San Juan Bautista es el patrono de los compañeros del Arca]; cosa buena será que mediten acerca de él y aprendan su lección quienes formen parte de un grupo espiritual. Juan es quien dice: "He aquí el Cordero de Dios", a fin de que sus discípulos lo dejen para seguir al recién llegado. Lo cual debe enseñarnos que la verdad no es un partido ni una empresa provechosa, y que quienes sigan nuestro método no son clientes a los cuales debemos seducir y retener y sustraer a otras enseñanzas. Debemos saber que no somos los únicos depositarios de la verdad; que si existen muchos caminos, muchos maestros, es porque así lo ha querido Dios: pues si la Verdad es Una, los hombres son muchos. Y como son diversos, sólo pueden acercarse a ella por un camino, un camino determinado hecho para ellos o al cual pueden amoldarse. Por consiguiente, es preciso no guardar rencor a quienes se apartan de nosotros.

*Y lo oyeron hablar dos de sus discípulos, y siguieron a Jesús.
Y volviéndose Jesús, y viendo que le seguían, les dijo: ¿Qué buscáis?*

Ambos discípulos ven la espalda de aquel a quien Juan ha señalado. Esos discípulos han buscado la verdad, la han buscado por los caminos más arduos, por el camino de Juan a través del desierto y de todas las austeridades: y de pronto Juan les señala a un desconocido y les dice "Aquél es". Y los discípulos lo siguen. Súbitamente ocurre algo asombroso: Jesús se vuelve y les dice: *¿Qué buscáis?* Aquí es el estupor, el tumulto interior... Hay tantas cosas que no pueden formularse: *¿Qué buscáis?* Buscamos la luz, buscamos la verdad, buscamos al Maestro, buscamos al Salvador de Israel, buscamos. *Ellos le dijeron: Rabbi (que quiere decir maestro), ¿en dónde moras?* Respuesta de quien no sabe qué decir, de quien no se atreve, de quien ya no sabe dónde está. Si lo siguen, si le preguntan: *¿Dónde moras?*, es para saber otra cosa. Y aquí sentimos que Jesús parpadea apenas y sonrío ante su confusión, puesto que *Les dijo: Venid, y vedlo. Ellos fueron, y vieron en donde moraba.*

¡Oh!, qué poesía sublime, suprema, si la poesía consiste en mostrar las cosas encubriéndolas y en decir cosas simples que resuenan infinitamente en el alma. "Ellos fueron, y vieron en donde moraba". Sí, y el evangelista nada nos dice de lo que vieron. A tal punto que nosotros vemos dónde moraba Jesús sin ver nada, así como los discípulos nada pudieron ver en medio de su turbación y de su asombro, pues no era eso lo que buscaban... *y se quedaron con él aquel día; era entonces como la hora de las diez.* Y el evangelista se cuida muy bien de decir qué ocurrió, qué palabras se cambiaron. Acaso no cambiaron una sola palabra. Fue ésa una de esas visitas como se estilan en Oriente, donde prescinden de las palabras vanas y de las zalemas que disipan todo el contenido del contacto: el visitante entra en la cámara y se sienta frente a la persona a quien visita, a quien desea ver. La ve, "toma su vista", y calla.

X

LAS BODAS DE CANÁ

6 de diciembre de 1946. Calle Sajnt-Paul

Hemos llegado a la página de Juan que podemos llamar con propiedad el Evangelio, puesto que evangelio significa el anuncio de la buena nueva. Ésta es la buena nueva que se difunde, que chisporrotea y avanza como el fuego en las zarzas secas: Juan ha dado su testimonio después del bautismo, y dos discípulos siguen a Aquel por quien Juan ha dado su testimonio.

Y Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos, que habían oído decir esto a Juan, y que habían seguido a Jesús.

Éste halló primero a su hermano Simón, y le dijo: Hemos hallado al Mesías (que quiere decir el Cristo).

Y le llevó a Jesús. Y Jesús le miró, y le dijo: Tú eres Simón, hijo de Jonás: Tú serás llamado Cefas, que se interpreta Pedro.

Es facultad de Jesús ver a través de los hombres como si fueran de vidrio, y reconocer sus cualidades fundamentales, y percibir su sustancia. Jesús nombra a Simón y al nombrarlo lo conoce, lo ve. Esa palabra tan simple demuestra que Jesús conoce a Simón aún antes de su nacimiento. Y no es una apariencia visible a todos esa firmeza de Pedro que se manifiesta en el nombre dado; pues durante mucho tiempo Pedro vacila. Pedro teme y Pedro es quien renegará, Pedro es quien huirá con los demás en el momento de peligro. Pedro no está al pie de la cruz: allí sólo han quedado Juan y la Madre de Jesús. Pedro se ha escondido, temeroso de los servidores y de lo que dicen los servidores. Y aún después, en los Actos de los Apóstoles, lo vemos dudar, temer a los judíos, esconderse. Mucho tiempo pasará antes de que se convierta en la roca sobre la cual se asentará la Iglesia. Por lo tanto la denominación es menos la expresión de un hecho que la visión de un destino; y sin duda contribuyó a formar ese destino. El conocimiento del Hijo del Hombre es un conocimiento divino, o sea creador: al mismo tiempo que nombra conoce, al mismo tiempo que conoce hace. Y la naturaleza de Simón, que vacila durante tanto tiempo, se fijará gracias al nombre recibido.

El día siguiente quiso ir a Galilea, y halló a Felipe. Y Jesús le dijo: Sígueme.

Es innecesario aclarar que Felipe lo siguió y que le bastó con ello. El fruto estaba ya maduro, a punto de caer. Y Jesús siente que sólo debe tender la mano para recogerlo: Felipe lo sigue. No sólo va tras Jesús, sino que además corre a difundir la nueva: *Felipe encontró a Nathanael, y le dijo: Hallado hemos a aquel de quien escribió Moisés en la ley y los profetas, a Jesús, el hijo de José, el de Nazareth.* Nathanael, un verdadero judío, frunce el ceño, se enfada y dice: *¿De Nazareth puede haber cosa buena?* Nazareth es de Galilea y Galilea es provincia apartada, medio pagana: una provincia limítrofe y turbia. En, ella los propios judíos se han unido con las hijas de la región y de las regiones vecinas, con mujeres paganas; y los ídolos han entrado en las casas, y en los rincones, a escondidas, reciben adoración alguna diosa, algún dios sanguinario o lujurioso. *¿Qué puede venir de bueno de Nazareth?* Y Nathanael se muestra lleno de recelo para con el nuevo profeta. *Felipe le dijo: Ven y velo.* Es cierto, Felipe: con verle basta. Pero también es necesario ir en su busca. *Vio Jesús a Nathanael, que venía a buscarlo, y dijo de él: He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño.* Y Nathanael, ya desarmado: *¿De dónde me conoces?* Ciertamente es, más, *¿cómo lo sabes?*, pregunta el hombre de bien, maravillado al comprobar que han reconocido el metal

con que está hecho: la lealtad. Pero es la suya una lealtad que se defiende, que no se deja malear. Ciertamente es, mas, ¿cómo lo sabes? *Respondió Jesús, y le dijo: Antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi. Te vi:* con ello basta. Esta vez, como otras tantas veces, no se nos dice qué ha visto Jesús. No se nos dice qué hacía Nathanael bajo la higuera: si meditaba, si oraba, si robaba higos. Pero lo cierto es que su naturaleza se mostró claramente ante los ojos del Hijo del Hombre. Y Nathanael, sintiéndose visto, exclama súbitamente:

*Maestro, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el rey de Israel, Jesús respondió, y le dijo: Porque te dije: Te vi debajo de la higuera, crees; mayores cosas que éstas verás.
Y le dijo: En verdad, en verdad os digo, que veréis el cielo abierto, y los ángeles de Dios subir, y descender sobre el Hijo del Hombre.*

La revelación de Cristo no es sencillamente psicológica y personal, sino también universal y metafísica. Y obra en el corazón del hombre: verdadera o no, crea cambios enormes en el corazón, arrebatando y uniendo los corazones y cambiando así la faz de las cosas. Pero hay más aún: es verdadera, o sea fundada en Dios y manifestada al mundo. Y ésta es la explicación de esta respuesta: "Te vi". ¿Sólo por eso me crees? Pero en verdad *-en verdad, en verdad,* repite Jesús- has de ver cosas mayores. Yo te he visto bajo la higuera; tú eres quien me verá ahora y quien verá mi naturaleza. Tú has de ver el cielo abierto y los ángeles subir y descender sobre el Hijo del Hombre.

*Y de allí a tres días se celebraron unas bodas en Caná de Galilea; y estaba allí la madre de Jesús.
Y fue también convidado Jesús, y sus discípulos a las bodas.
Y llegando a faltar vino, la madre de Jesús le dice: No tienen vino.
Y Jesús le dijo: Mujer, ¿qué nos va a mí y a ti? Aún no es llegada mi hora.
Dijo la madre de él a los que servían: Haced cuanto él os dijere.
Y había allí seis hidrias de piedra conforme a la purificación de los judíos, y cabían en cada una dos o tres cántaros.
Y Jesús les dijo: Llenad las hidrias de agua. Y las llenaron hasta arriba.
Y Jesús les dijo: Sacad ahora, y llevad al maestresala. Y lo llevaron.
Y luego que gustó el maestresala el agua hecha vino, y no sabía de qué era (aunque los que servían lo sabían), porque habían sacado el agua, llamó al esposo el maestresala.
Y les dijo: Todo hombre sirve primero el buen vino; y después que han bebido bien, entonces da el que no es tan bueno; mas tú guardaste el buen vino hasta ahora.
Éste fue el primer milagro que hizo Jesús en Caná de Galilea; y manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos.*

Éste es el primer milagro relatado por Juan, aunque no por los demás evangelistas. Hemos dicho que milagro se dice *signum* en latín y *semeíon* en griego, es decir, *signo*. Este milagro es, entre todos, un signo cuyo significado es preciso descubrir. Ante todo os pido que reparéis en el escenario de este milagro en los comienzos de la vida pública de Cristo. Os pido que reparéis en esa fiesta, esa fiesta de bodas en una casa rica, puesto que hay en ella un maestresala, o sea un jefe de servidores. Las bodas ocurren poco tiempo después del bautismo y de la estadía de Jesús en el desierto. Esta proximidad no carece de importancia. Jesús es el mismo en el desierto y en la fiesta: la primera conclusión que debemos sacar. Es tan asceta como Juan Bautista, pero está libre, inclusive de la ascesis: no está aprisionado en un personaje, sabe permanecer invariable, manifestarse y ocultarse dondequiera que esté. Ésta no es una descripción de sus perfecciones, sino un ejemplo que debéis seguir. Debéis saber que la virtud, la fuerza, la presencia de la verdad no residen en las apariencias. Y no es posible decir a un hombre: si quieres ser santo asume tal o cual actitud, haz tal o cual obra, sigue tal o cual regla.

El santo puede hacer cualquier cosa; san Agustín lo dice: "Ama y haz lo que quieras". Jesús no es un profesor de moral; es un maestro de vida espiritual, de vida interior. Y continúa siendo un santo sentado a la mesa entre borrachos.

Ésta es la ocasión en que aparece por primera vez la madre de Jesús en este Evangelio en que no se habla del nacimiento, de la anunciación, de la milagrosa natividad, de la infancia. Como siempre, su figura es muy borrosa. Pero algo se dice de ella que es muy preciso: está entre los discípulos y conoce el poder de su hijo. Falta el vino, y la Madre dice: *No tienen vino*. La apena la confusión que en medio de la fiesta tendrán sus huéspedes. Pero a la postre esta fiesta no es más que una fiesta y este gran pesar no es más que un gran pesar de amor propio. Es un pesar que no merece la piedad. Lo cual explica la resistencia de Jesús para hacer el milagro. Si me fiara de la traducción que tengo ante los ojos, os leería sin pestañear la conocida respuesta de Jesús a su Santísima Madre: *Mujer, ¿qué nos va a mí y a ti?* Respuesta extraña y extrañamente brutal. Hay muchas otras del mismo tono, por cierto, en el Evangelio. Quien se proponga hacer de Jesús un Dios bonachón para familias, desaprovecha su enseñanza y falsifica su doctrina. Pero aquí, en verdad, no hay problema; sólo tenemos que recurrir a los textos. Leamos: *Quid tibi et mihi?* Y en el griego: *Ti émoi kai soi?* Es decir (si traducimos sencillamente y correctamente): "¿Qué, a ti y a mí?" La frase ha de traducirse palabra por palabra. ¿Qué, a ti y a mí? O sea: ¿Qué puede importarnos? Falta vino. . . Pues deja que falte, eso no tiene importancia.

[En su traducción francesa del Evangelio, la frase de Jesús resulta en verdad confusa: *Femine, qu'y a-t-il entre toi et moi?* [Mujer: ¿qué hay entre tú y yo?] (*N. de! T.*)]

Muy claro hasta aquí. *Aún no es llegada mi hora*, es mucho menos claro, pero el propio texto lo aclara a continuación. ¿Cómo es posible que la Madre tome semejante respuesta por un consentimiento? Sin duda por la expresión del rostro, siempre visible en el Evangelio, aunque nunca se la describe. La Madre dice a los servidores: *Haced cuanto él os dijere*. Ahora bien, había allí seis vasos de piedra "para la purificación de los judíos". Ya empezamos a penetrar en el significado del milagro: nunca se dice en vano una frase de esa índole. Recordad que estamos cerca del bautismo. Y tenemos aquí el agua de la purificación: no es un agua cualquiera la que se ha transformado en vino, y no se ha transformado para el placer de tal o cual persona o para acceder a la súplica de un enfermo o de un hombre de fe (puesto que ninguna súplica llega hasta Jesús, salvo la observación de su Madre). Y este milagro previene la desdicha, antes de repararla. El milagro se hace, como Jesús lo ha dicho, aunque el asunto no nos interese. Pero el milagro se hace porque es válido por sí mismo, por su significación, y porque la historia que hemos empezado a descifrar continúa. El agua de la purificación, o sea el agua del bautismo, es transformada en vino. Y ya empezamos a entrever el encadenamiento de los símbolos que se desarrolla a través de las enseñanzas y de los acontecimientos, a través de los milagros y de las parábolas. El agua se hace vino, el vino se hace sangre, la sangre se hace fuego y espíritu: cinco motivos que se suceden a través del Libro. La tierra se hace pan, el pan se hace carne, la carne se hace sustancia, la sustancia se hace verdad: otros cinco motivos que se suceden. Y ahora estamos en condiciones de comprender esta frase misteriosa: «*Aún no es llegada mi hora*». No ha llegado mi hora, pero ha llegado la hora de anunciar que la hora llegará. Si indagamos qué acontecimientos correspondientes a esta época narran los otros evangelistas, comprobamos que Cristo anuncia el Reino. También aquí, sin predicar ni hablar, anuncia el Reino: o sea el sacrificio y la alegría. Que el vino significa la sangre, que el vino bebido significa la sangre dada y el sacrificio consumado, el texto mismo nos lo dirá más adelante. Las mismas palabras: "Aún no es llegada mi hora", se repiten dos o tres veces en

este Evangelio hasta el momento en que, ya en la cruz, Jesús prueba el vinagre, el vino agrio del sacrificio, y dice sacudiendo la cabeza: *Consumado es*. Esta vez ha llegado su hora. Y durante la última cena, cuando ofrece a sus discípulos el cáliz y les dice: En adelante beberéis este vino como recuerdo del sacrificio que ha de consumarse, cuando les dice: Bebed, ésta es mi sangre, comprendemos qué significa el vino. El agua de las purificaciones, el agua de los ejercicios ascéticos, el agua de los sufrimientos, el agua de la naturaleza fugitiva, viviente y perecedera, es transformada en vino, o sea en algo que se asemeja a su contrario, como un agua penetrada de fuego: tal es el vino y tal es la sangre. Y si los hombres gustan del vino y lo celebran, es porque el vino es alegría, embriaguez, huida, y nada complace tanto al hombre como huir de sí mismo, con placer o sin él. ¿Cómo se explica, entonces, que en todas las religiones, a través de todos los siglos, el vino simbolice un hecho místico: el gran Vino vertido en los misterios griegos y ya bajo la forma del Soma celebrado en los himnos védicos?

En este símbolo de doble faz, Jesús sabe señalar el límite y discernir ambas partes. No hay en él ninguna confusión entre la exaltación de la embriaguez y la exaltación santa. Cosa que subraya la reiteración de la frase: “Aún no es llegada mi hora” y el eco que esta imagen del vino encuentra en la del vinagre de la pasión. La hora del gozo celestial es la hora del sacrificio, y el vino es al propio tiempo la uva pisada. Mi hora no se ha consumado en las bodas o los festines; mi hora llegará en la última cena, en la cruz. La embriaguez, sí... Pero no la embriaguez sin el sacrificio, más lejos, más hondo que los dolores. Huida de sí mismo, sí...

Pero una huida que en nada se parece a las otras que conocemos nosotros, los que escapamos de nosotros mismos en todo momento, en toda circunstancia, en todos nuestros gestos, en todas nuestras palabras, en todos nuestros deseos, en todos nuestros fines. Y todas estas huidas, alegres o tristes, son pérdidas, sin una manera de morir, son lo que debemos combatir, son el pecado mismo. El que permanece en el interior de sí mismo, el que remonta la pendiente, el que se vuelve no puede pecar, entra en sí mismo, se recoge (como se dice tan bien), se arranca desde el exterior para recluirse en el interior, y en esa paz se condensa y puede encontrar un remedio para los males exteriores, para las tinieblas exteriores donde hay lamentos y crujir de dientes, como está escrito, pero donde hay también risas y cantos.

Sin embargo, esta condensación, esta entrada en sí mismo no es la meta. Es sólo un pasaje; anuncia una salida de sí mismo, una salida por la puerta estrecha y en la única forma lícita, una salida en el interior mismo y hacia lo alto, mas no una salida hacia afuera, o hacia abajo, con el placer del abandono. Esta salida, este surgimiento, sólo se alcanza al precio de una sublimación de todo el ser; esta salida es un salto en la luz y es una alegría, pero rara y difícil, que acaso sólo se alcanza en el instante de la muerte, o en el límite de la mortificación.

¿Habéis observado que nadie repara en este milagro? El maestra sala felicita al esposo por que ha guardado el buen vino hasta el fin, contrariamente a las costumbres de la época, en que cuando todo el mundo estaba ebrio se distribuía vino aguado. Únicamente los servidores, que han asistido al milagro y callan, saben lo que ha sucedido; y también los discípulos de Jesús, y su Madre. Esto es, asimismo, una enseñanza: que en el ruido del festín pase inadvertido el milagro; que nada ocurra para las gentes que se divierten; que la fiesta continúe sin que nadie la interrumpa; que sólo oigan los que tienen oídos para oír y sólo vean los que tienen ojos para ver las transformaciones que se producen en la sustancia y para comprender los signos que anuncian las grandes nuevas del espíritu.

Y como hemos hablado del vino, es ésta una buena ocasión para leer un poema célebre y hermoso:

“Hemos bebido a la memoria del Bienamado un vino que nos ha embriagado antes de la creación de la viña.

"Nuestro vaso era la luna llena, y ese vino es un sol, y una media luna lo hace circular; cuántas estrellas resplandecen cuando es vertido.

"Sin su perfume, yo nunca habría encontrado el camino de sus bodegas; sin su resplandor, la imaginación no podría concebirlo.

"Tampoco lo ha conservado el tiempo, que es como un secreto escondido en el fondo de los pechos.

"Si su nombre es citado en la tribu, el pueblo se embriaga sin deshonor, sin pecado.

"Poco a poco fue alzándose desde el fondo de las ánforas y en verdad ya no queda de él sino el nombre.

"Preséntase un día al corazón de un hombre: de él se apodera la alegría y el pesar huye.

"La sola vista del sello sobre las ánforas hace que los convidados caigan en la embriaguez.

"Si con tal vino se regara la tierra de una tumba, volvería el alma al muerto y se animaría su cuerpo.

"Tendido a la sombra del muro de su vida, el enfermo ya agonizante recobraría de súbito su fuerza.

"Cerca de sus bodegas anda el paralítico y los mudos se echan a hablar cuando recuerdan su gusto.

"Si las ondas de su aroma se difunden en Oriente, un hombre privado de olfato se vuelve capaz de percibirlo en Occidente.

"El que alza, la copa con la palma enrojecida por ese vino, no ha de extraviarse nunca en la noche: tiene un astro en su mano.

Un hombre nacido ciego que lo recibiera en su corazón adquiriría la vista de inmediato. El zumbido de su filtro hace oír a los sordos.

"Aquel cuya mano nunca conoció la generosidad se hace espléndido; aquel que ignoraba la grandeza de alma aprende a moderarse en la cólera misma.

"Si el más estúpido de los hombres pudiera besar la tapadera de su ánfora, llegaría a comprender el sentido de sus perfecciones.

"Me dicen: descríbelo, tú que tan bien conoces sus virtudes. Sí, en verdad sé cómo describirlo. Es una limpidez, y no es el agua; es una fluidez, y no es el aire; es una luz sin fuego y un espíritu "sin cuerpo."

Este poema, que parece esbozar la vida del Hijo del Hombre y sus milagros, se llama *Elogio del Vino*. Es de Omar ibn el Farid, musulmán (bebedor de agua pura) [Émile Dermaghen hizo una traducción y un comentario].

XI

EL TEMOR DE DIOS

13 de diciembre de 1946. Calle Saint-Paul.

Hemos llegado así a las últimas semanas del Adviento. Adviento es palabra situada entre *advenimiento* y *venida*. Es la venida del Señor, el advenimiento de Cristo. Hay, además, una palabra que se parece a ésta por su origen: la palabra *aventura*. Y ésta es la gran aventura en la historia eterna, en la historia histórica y en la historia interior. Se dice que cuando los pastores recibieron la nueva en la montaña, un gran temor se apoderó de ellos al oír la voz de los ángeles: un gran temor primero, y en seguida una gran alegría. En nuestro comentario de hoy nos detendremos en la palabra temor. Recuerdo la confusión que esa palabra ha suscitado en mis oyentes cada vez que he hablado del temor de Dios, y las discusiones que ha provocado entre vosotros y de las cuales he sido informado. Más aún, varias almas piadosas, varias gentes de bien han llegado a separarse de mí, indignadas ante la idea de que intento restablecer esa negra costumbre que es temer a Dios. Y hasta se nos ha acusado de no ser cristianos, o al menos de serlo al modo de la oscura Edad Media (pues esa época, intensa de colores y llena de luz, es *oscura* para nosotros, los grises). Se nos ha objetado que si el temor es el sentimiento fundamental que inspira el Antiguo Testamento, el Nuevo Testamento es la revelación del Cristo, de un Dios que es todo amor y que hace desaparecer el temor. Pero han olvidado oponernos al único texto cristiano que, según creo, pudieron citarnos para defender su tesis. Es nada menos que la *Primera Epístola Católica de san Juan*, donde se dice: *En la caridad no hay temor, mas la caridad perfecta echa fuera el temor, por que el temor tiene pena; y así e! que teme, no es Perfecto en la caridad. Pues, amemos nosotros a Dios, porque Dios nos amó primero,*

Cuando nos muestran tan dulce al dulce Jesús, olvidan la mitad o las tres cuartas partes del Evangelio; olvidan que el dulce Jesús fustigó a los hipócritas y a los poderosos de este mundo casi tanto como cualquiera de los Profetas de Israel; olvidan que el dulce Jesús no sintió aversión ni remordimiento al armarse de un látigo para azotar a los mercaderes que habían invadido el templo y al derribarles las mesas. Y que está lleno de palabras duras, ásperas, punzantes, desgarradoras. ¡Para no ver el fuego hay que escuchar y leer el Evangelio con los oídos y los ojos tapados! ¿Es posible que los cristianos hayan vaciado de sentido su propia tradición al punto de ignorar el sentimiento fundamental de su religión y de todas las religiones? ¿Que hayan perdido toda su sal? ¿Que ignoren el carozo del fruto y olviden que en el centro y al final de toda cosa está la cruz, la cruz, los clavos, la esponja embebida de vinagre, la lanza, la flagelación, la coronación de espinas, el “Señor, señor, por qué me has abandonado”? ¿Todo ello es tan dulce, tan delicado, tan delicioso y amable? Sí, Cristo es todo amor; sí, es todo el amor. Pero no sería todo el amor si fuera tan dulce. Pues el amor, el amor que enseña Cristo, es el amor de que se muere. Ese amor es un abismo, un fuego devorador, como dice san Pablo. "Nuestro Dios es un fuego devorador, una espada de doble filo que separa el hueso del meollo, que penetra todos los pensamientos y el corazón, y cada uno está desnudo ante el ojo de Dios". ¿Tan dulce es esto?

Y además, ¿cómo acaba el Evangelio? ¿El Nuevo Testamento? Acaba como todo ha de acabar. Después de nuestras obras, buenas o malas, ¿qué debe ocurrir? ¿Cuál es el fin del libro de Dios y del libro del Mundo? El Apocalipsis, con sus pestes, sus flagelos, sus animales que

salen del mar, su sol como un saco de crin y sus estrellas que caen como higos verdes, ¿es, acaso, tan dulce?

Cada vez que Dios se revela directamente en el Evangelio o en otra parte, cada vez que los discípulos o los asistentes tienen la sensación inmediata de la presencia de Dios, el temor surge inevitablemente. Después de la pesca milagrosa, cuando Pedro siente a Dios en Jesús, le grita que se aleje, ya que se considera un hombre culpable. Y cuando Jesús reúne a Pedro, a Juan y a Santiago en el monte y se transfigura ante ellos, ¿qué ocurre? ¿Acaso alegra tanto a esos discípulos la presencia de ese Dios que es todo amor, de ese Dios a tal punto amable? Caen con el rostro vuelto hacia tierra; y ésta es la actitud que conviene, la única posible cuando Dios se revela de verdad, cuando se revela en algo más que en palabras o en desvaídas imaginaciones.

Leeré algunos textos de los Padres griegos. Clemente de Alejandría dice: El primer paso hacia la salvación es la fe. Le siguen el temor, la esperanza, la penitencia, el dominio de sí mismo y la paciencia, que desarrollándose nos conducen a la caridad y al conocimiento.

Evagro dice: *La fe, hijos míos, se basa en el temor de Dios. El temor, a su vez, en dominio de nosotros mismos. Afirman este dominio la paciencia y la esperanza, de las cuales nace la libertad interior, que engendra la caridad.*

Máximo el Confesor dice: *Llegar a la posesión habitual de esa caridad es cosa imposible mientras guardemos apego a un objeto terrestre. La caridad nace de la libertad interior, la libertad interior de la esperanza en Dios, la esperanza de la paciencia, la paciencia de un alerta dominio sobre nosotros mismos, este dominio del temor de Dios y el temor de la fe en Cristo. Cuando el conocimiento de Dios arrebatara el espíritu por medio de la caridad y ese espíritu percibe la infinitud divina, herido de estupor como Isaías adquiere conciencia de su propia bajeza y repite con convicción las palabras del Profeta: "¡Ay de mí, perdido estoy, pues soy hombre de labios mancillados! ¡Vivo en medio de un pueblo de labios mancillados y he visto con mis ojos al Rey, Señor de los ejércitos!"*

Otro Padre dice: *Quien cree en el Señor teme el castigo; quien teme el castigo domina sus pasiones; quien domina sus pasiones soporta pacientemente las aflicciones; quien soporta pacientemente las aflicciones alcanzará la esperanza de Dios y la esperanza de Dios separa el espíritu de todo apego terrestre. Y el espíritu así desapegado poseerá el amor de Dios.*

Observaréis que en estos textos, admirablemente precisos y reveladores de una vida espiritual profunda y disciplinada, hay algunas diferencias en el encadenamiento de las virtudes. Pero qué importan las diferencias: vaya el temor antes o después de la esperanza, lo cierto es que la serie es redonda, que el último eslabón se une con el primero. No hay antes ni después, cosa tan clara como esta otra: el eslabón del temor no falta nunca.

Oíd ahora una observación importante de Máximo el Confesor: *Hay dos temores de Dios: uno que nace en nosotros bajo la amenaza del castigo y engendra sucesivamente el dominio sobre nosotros mismos, la confianza en Dios, la libertad interior, madre de la caridad. El otro, compañero inseparable de la caridad misma, mantiene incesantemente el alma en el respeto, por miedo de que la familiaridad inherente al amor degenere en subestimación de Dios. Y ésta es la respuesta a la frase de Juan: La primera clase de temor, la caridad perfecta, lo expulsa del alma, que al poseerla no teme ya el castigo. Mas la segunda, como acabo de decirlo, se une a ella y no la deja nunca. A la primera se aplican estas frases: "El temor del*

Señor aleja siempre el mal; el temor del Señor es el comienzo de la sabiduría". A la segunda: "El temor del Señor es puro y subsiste por siempre. Nada falta a quienes le temen".

Evagro dice: *Por eso la Escritura dice unas veces: Teman al Señor los que están consagrados, y otras: Amen al Señor los que son sus santos. A fin de que sepamos bien que al justo en vías de purificación el temor, como ha sido dicho, acompaña a un amor mediocre. Mientras que a los purificados corresponde el amor perfecto. En ellos ya no existe el pensamiento de un temor cualquiera, mas sí un abrazo incesante, una continua unión del alma con Dios por obra del Espíritu Santo, según ha sido dicho: "Mi alma está unida a ti y tu mano me ha tomado".*

Sí, estas distinciones entre temor y temor deben profundizarse. Por mi parte, creo que pueden señalarse tres especies de temor:

Existe un primer temor que podríamos llamar sencillamente *miedo*. Y ese temor no es inoportuno cuando se trata de la contemplación de Dios. Es fundamental e inevitable, es natural, proviene de una simple conciencia de nuestra fragilidad, de la muerte que nos aguarda indudablemente y que nos lleva a la presencia de Dios, de tal modo que la presencia de Dios evoca la muerte cuando se hace sentir en nuestra vida. Pues toda cosa limitada ha de pasar, y sabemos así que nosotros hemos de pasar: es ley divina que todo lo que no es divino ha de pasar. Llamamos a Dios el Creador, pero Dios es también el Destructor, puesto que destruye todo lo que ha sido creado, puesto que el hombre pasa como la flor de la hierba cuando el soplo de Dios cae sobre ella como la hoz sobre la hierba. Es natural que todo contacto viviente y real con Dios nos evoque el sentimiento de nuestra desaparición y que nuestro amor hacia Dios vaya inmediatamente acompañado por el temor de la muerte. Y si no ocurre así es porque no se ha producido el contacto. A menos que estemos a tal punto purificados, a tal punto desapegados de nuestra persona y de nuestra vida, a menos que nos sintamos tan superiores a todo sufrimiento que la pérdida de un miembro de nuestro cuerpo no nos haga pestañear. Si hemos llegado a tal perfección, no tenemos en verdad ninguna razón para sentir miedo, un miedo cobarde y corporal, ante la presencia de Dios. "Ámalo con todas tus fuerzas, con todo tu espíritu, con toda tu alma. Témelo con todo tu cuerpo".

Hay otra clase de temor, que destacan enérgicamente todos los padres de la Iglesia y todos los textos sagrados. Un temor superior aún al del sufrimiento y la muerte: el temor de sufrir después de la muerte, el temor del juicio y de la condena. A ese temor alude la epístola de Juan: *Porque el temor tiene pena*. Dicho temor se borra en la caridad perfecta o sea en la unión consumada, y nunca antes de esa unión. Dicho temor no es un mero sentimiento natural, es un deber. Sirvamos a Dios con el temor que le debemos, dice san Pablo. La frase está dicha en el sentido de la deuda y el deber. Soy un hombre de labios mancillados que vive en medio de un pueblo mancillado y he aquí que veo al Señor Dios de los ejércitos, dice el profeta Isaías. Y releed las muchas páginas de la *Imitación de Jesucristo* que comentan los Salmos de la penitencia y en las cuales se habla del temor.

Dios ha de ser temido. Es justo temer a Dios porque Dios es justo, porque Dios es un Dios de justicia, porque la cólera de Dios es una ley justa, que sabemos justa y que no podemos dejar de temer, a menos que seamos absolutamente inconscientes o absolutamente puros. Sin duda recordáis que todos los textos citados hablan del temor como de la base del dominio sobre nosotros mismos. El temor es el comienzo de la sabiduría. El temor es el medio principal de la Ley y Jesús dice de sí mismo: "He venido a cumplir la Ley, mas no a abolirla". ¿Cómo y dónde se nos dice que no hemos de temer la justicia de Dios? Todo el Evangelio enseña lo

contrario con palabras claras y estremecedoras.

La decadencia religiosa de Occidente se debe en gran parte al olvido del temor, a la familiaridad degenerada en menosprecio de Dios. Por eso insisto particularmente en este punto. Todos los falsos profetas, todos los falsos místicos abundan en palabras melosas. Hay que decir, ¡ay!, que las iglesias cristianas han olvidado el sonido de las prédicas que estremecen. A decir verdad, ya sabemos qué es la Ley. Nuestra posición religiosa es falsa y peligrosa porque el Evangelio se predica entre nosotros a gentes que no conocen la Ley. Y el Evangelio está lleno de enseñanzas que suponen el conocimiento de la Ley, la obediencia de la Ley y los sentimientos apropiados a la obediencia de la Ley. Hablo de una ley única, como la Ley de Moisés o la Ley de Manú. Y Occidente no la ha conocido nunca. ¿Cuál es el fin, cuál el sentido de la Ley de Moisés o de Manú? El fin es la pureza; su instrumento, el temor de ser mancillado. El pecado es una inmundicia, una mácula, un obstáculo para la vida. La Ley trae la luz y el agua y el fuego, instrumentos indispensables para la desinfección. Todos los pueblos que la conocen y practican, la exaltan como un bien. La Ley de Moisés tiene tal horror de la mezcla que dice al hombre: "No mezcles el hilo de algodón con el hilo de lana". Sé puro en tu vestidura, puro en tu alimento, puro en tus contactos con hombres y mujeres, puro y límpido en tu cuerpo (rasgos comunes de la Ley mosaica y de la Ley de Manú). Si no eres puro, si tu desdicha es de esta índole, has de lavarte de este modo: haz esto o aquello y serás purificado. ¿Dónde tenemos nosotros una ley semejante? ¿Qué ley conocemos nosotros? La ley civil y la ley moral. ¿Cuál es el fin de esas leyes? La utilidad. La utilidad personal o la utilidad social o una mezcla de ambas. Y una vez admitido este fin y este principio, sólo tenemos que deducir racionalmente y seguir el hilo hasta dar con la ley de Kant, donde no se habla en modo alguno del pecado, ni de la purificación, ni de la redención, ni de la salvación.

Pero no hemos hablado de la ley sino en cuanto a su faz exterior. El fundamento de la religión no es social, ni natural. Sus cimientos están en la vida interior. Y la entrada en la vida interior es el temor, una tercera forma del temor que llamaré vértigo. Después del temor-miedo, el temor del castigo, el temor que es respeto, viene el temor que es vértigo. El contacto interior del Dios interior, espiritual, es al mismo tiempo contraste y sentimiento de ese contraste, la revelación abrumadora de nuestra propia pequeñez, de nuestra propia miseria e indignidad. Y esto nada tiene que ver con la lógica o la moral. La experiencia interior de la revelación divina es ese contraste desgarrador, puesto que constituye la unión inverosímil de dos seres totalmente desiguales y opuestos. Y entre ambos, entre Él y yo, media un abismo. ¿Cómo no ha de ser vertiginoso y lleno de espanto ese abismo? Éste es el abismo de que habla con palabras de fuego el *Apocalipsis*, que no significa *fin*, fin del mundo, destrucción, sino sencillamente *revelación*.

Ahora bien, tened presente que las personas que deben temerlo todo son precisamente las que nada temen. ¡Ah, inquietaos por vosotros mismos si no teméis! El temor-vértigo de la unión es semejante al pudor en cualquier amor: quien ignora el pudor ignora el amor. Me objetaréis que en el amor perfecto, en el entendimiento total, ya no hay pudor. Os responderé que el pudor subsiste o debe subsistir; de lo contrario, el amor deriva hacia una familiaridad que engendra el "menosprecio" de que habla Máximo el Confesor, hacia un hábito, una vulgaridad, un olvido de lo que existe de más valioso en el amor: su novedad, su extrañeza. Si se borra ese sentimiento de extrañeza, el amor está perdido. Sea como fuere, el amor de Dios es inseparable de esa virginidad perpetua. El contacto con Dios es siempre primer contacto, puesto que es el contacto con el principio. Si no es primero, no es amor de Dios.

Quienes más deben temer, decía poco antes, son los que nada temen, los que no sienten vergüenza. ¿Cuáles son las personas que ignoran el pudor y la vergüenza en el amor? La prostituta que acecha en una esquina y a la cual acuden los demás en pos de la vida vergonzosa, ésa no tiene vergüenza: y grita a cada transeúnte su falta de vergüenza. Y nosotros, que desconocemos el temor, que charlamos con tanta facilidad sobre las cosas de Dios sin que el Santo Nombre nos queme la boca, ¿qué estamos revelando sino que las dulzuras místicas y los éxtasis que profesamos se parecen a las delicias amorosas que la prostituta promete al que pasa?

Y Jehová dijo más: *No podrás ver mi rostro: porque no me verá hombre, y vivirá.*
 Y dijo aún Jehová: *He aquí lugar junto a mí, y tú estarás sobre la peña.*
Y será que, cuando pasare mi gloria, yo te pondré en una hendidura de la peña, y te cubriré con mi manto hasta que haya pasado:
Después apartaré mi mano, y verás mis espaldas; mas no se verá mi rostro.
 (Éxodo, XXXIII, 20-23.)

Y Jehová le dijo: *Sal fuera, y ponte en el monte delante de Jehová. Y he aquí Jehová que pasaba, y un grande y poderoso viento que rompía los montes, y quebraba las peñas delante de Jehová: mas Jehová no estaba en el viento. Y tras el viento un terremoto: mas Jehová no estaba en el terremoto. Y tras el terremoto un fuego: mas Jehová no estaba en el fuego. Y tras el fuego un silbo apacible y delicado.*
Y cuando lo oyó Elías, cubrió su rostro con su manto, y salió, y paróse a la puerta de la cueva. Y he aquí llegó una voz a él, diciendo:
¿Qué haces aquí, Elías? (1 Reyes, XIX, 11-13.)

XII

LA NATIVIDAD LOS MAGOS Y LOS PASTORES

3 de enero de 1947. Calle Saint-Paul.

Hemos empezado nuestro comentario en el mes de octubre y desde entonces no hemos girado en torno de este acontecimiento -que es, sin embargo, el inicial- a fin de hacerlo coincidir con la época del año en que lo celebramos...

Mateo, II, 1-12: *Pues cuando hubo nacido Jesús en Bethlehem de Judá en tiempo de Herodes el rey, he aquí unos Magos vinieron de Oriente a Jerusalén, Diciendo: ¿dónde está el rey de los judíos, que ha nacido? Porque vimos su estrella en el Oriente, y venimos a adorarle.*
Y el rey Herodes, cuando lo oyó, se turbó, y toda Jerusalén con él.
Y convocando todos los príncipes de los sacerdotes, y los escribas ¿el pueblo, les preguntaba dónde había de nacer el Cristo.
Y ellos le dijeron: en Bethlehem de Judá: porque así está escrito por el profeta:
Y tú, Bethlehem, tierra de Judá, no eres la mejor entre las principales de Judá;

porque de ti saldrá el caudillo, que gobernará a mi pueblo de Israel.
 Entonces Herodes, llamando en secreto a los Magos, se informó de ellos cuidadosamente del tiempo en que les apareció la estrella.
 Y encaminándolos a Bethlehem, les dijo: *Id e informaos bien del niño; y cuando le hubiereis hallado, hacédmelo saber, para que yo también vaya a adorarle.*
 Ellos, luego que esto oyeron del rey, se fueron. Y he aquí la estrella, que habían visto en el Oriente, iba delante de ellos, hasta que llegando se paró sobre donde estaba el niño.
 Y cuando vieron la estrella, se regocijaron en gran manera.
 Y entrando en la casa, hallaron al niño con María su madre, y postrándole le adoraron; y abiertos sus tesoros, le ofrecieron dones, oro, incienso y mirra.
 Y habida respuesta en sueños, que no volviesen a Herodes, se volvieron a su tierra por otro camino.

Lucas, II, 1-20: *Y aconteció en aquellos días que salió un edicto de César Augusto, para que fuese empadronado todo el mundo.*
Este primer empadronamiento fue hecho por Cirino, gobernador de la Siria.
E iban todos a empadronarse cada uno a su ciudad.
Y subió también José de Galilea de la ciudad de Nazareth, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Bethlehem; porque era de la casa y familia de David.
Para empadronarse con su esposa María, que estaba preñada.
Y estando allí aconteció que se cumplieron los días en que había de parir.
Y parió a su Hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo recostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón.
Y había unos pastores en aquella comarca, que estaban velando, y guardando las velas de la noche sobre su ganado.
Y he aquí se puso junto a ellos un ángel del Señor, y la claridad de Dios los cercó de resplandor, y tuvieron grande temor.
Y les dijo el ángel: No temáis; porque he aquí os anuncio un grande gozo, que será a todo el pueblo:
Que hoy es nacido el Salvador, que es el Cristo Señor, en la ciudad de David.
Y ésta os será la señal: Hallaréis un niño envuelto en pañales, y echado en un pesebre.
Y súbitamente apareció con el ángel una tropa numerosa de la milicia celestial, que alababan a Dios, y decían:
Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad.
Y aconteció, que luego que los ángeles se retiraron de ellos al cielo, los pastores se decían los unos a los otros: Pasemos hasta Bethlehem, y veamos esto, que ha acontecido, lo cual el Señor nos ha mostrado.
Y fueron apresurados, y hallaron a María, y a José, y al niño echado en el pesebre.
Y cuando esto vieron, entendieron lo que se les había dicho acerca de aquel niño.
Y todos los que lo oyeron, se maravillaron, y también de lo que les habían referido los pastores.
Pero María guardaba todas estas cosas, confiriéndolas en su corazón.
Y se volvieron los pastores glorificando, y loando a Dios por todas las cosas, que había oído y visto, así como les había sido dicho.

La tradición y las imágenes nos muestran a los pastores y a los reyes en un mismo cuadro, pero como habéis comprobado el Evangelio los presenta en cuadros diferentes. Ya al comienzo se plantean dos problemas: ¿Quiénes eran los Magos? ¿Quiénes eran los pastores? ¿Por qué reyes y pastores fueron advertidos del nacimiento del niño? Es obvio que no sabremos quiénes son los pastores ni quiénes son los reyes si ignoramos quién es el Niño.

Lo que nos impresiona en este relato es que un acontecimiento que conmoverá la historia y trastornará el mundo ocurra en semejante silencio. Casi nadie lo advierte; tiene lugar en el fondo de una gruta y el protagonista es un niño pobre, tendido sobre la paja. A la hora en que

están cerradas las casas, cuando ya no hay sitio en las posadas. Los hombres corrientes, los hombres que trabajan, los hombres del provecho, los poderosos, los ricos, los saciados, los dormidos, la ciudad entera ignora el acontecimiento. Cada uno está acostado en su cama, con las ventanas cerradas, con el cerrojo echado en las puertas. Y la noche, fuera, es fría y hermosa. Y en las posadas, en los lugares de paso, en esos lugares tan semejantes a ese lugar que es el hombre corriente, nadie sabe que el Niño ha nacido. A nadie ha sido anunciado, salvo a los Magos y a los pastores.

¿Quiénes son los Magos? ¿Qué significa magia? *La magia es el poder de la autoridad.* Creo que ésta es una definición correcta. Es el poder del saber de vida: autoridad es palabra que proviene de *auctor*, de *augere*, que significa *aumentar*, hacer crecer. Tiene autoridad el que hace crecer lo que custodia. Tiene autoridad el que hace germinar las simientes a su alrededor. Todos los hombres poseen una semilla de vida espiritual muy escondida; casi siempre se pudre o se seca porque quien la lleva la ignora, porque quien la lleva se ocupa de todo, salvo de esa semilla: y con todo lo que hace, con todo lo que desea, con toda codicia logra sofocar esa semilla. Tiene autoridad el que consigue revelar esa simiente a quien la lleva, y de tal modo le ayuda a fecundarla, a hacerla crecer. Mago, maestro de Magia es el sabio poderoso.

El concepto mismo de Magia es difícil de admitir en este siglo, que es el siglo de la separación. La magia es el *poder espiritual no separado*. En ella, poder y saber son una sola cosa; pensar y obrar son una sola cosa; conocer y vivir son una sola cosa: para nosotros, todas esas cosas son distintas y opuestas, se desarrollan en personas diferentes, se manifiestan en corrientes contrarias. Tenemos una ciencia que ignora la vida, que rechaza y niega el espíritu. La magia es una ciencia que conoce y favorece la vida y afirma el poder del espíritu. Nuestra ciencia es un conocimiento de la superficie y de la forma de las cosas, y de las relaciones exteriores de los cuerpos y de los objetos separados y sometidos a la ley de la oposición. Lo que está separado puede reunirse en el ámbito abstracto por medio de leyes, las leyes mecánicas. Las únicas leyes que conoce el intelecto son las leyes de las cosas que, empujándose unas a otras, se definen por oposición. Dondequiera que las cosas se presentan como unidas y fundidas, el intelecto y la ciencia no penetran. Sólo penetra en ellas por medio del análisis, o sea desintegrando, disociando, separando: en suma, matando. Por eso nuestra ciencia puede definirse como una ciencia de muerte y una ciencia que lleva a la muerte; desarrolla un poder considerable de disyunción y destrucción. Y todas las obras de paz y de intensa producción se encaminan directamente a la guerra y prolongan la guerra en la paz y la destrucción de la vida, la vida natural y animal, y la destrucción aún más encarnizada de la secreta y espiritual. Pero no es ésta la ciencia que los antiguos sabios conocieron. La ciencia interior que empieza por el conocimiento del hombre, por el conocimiento de lo que existe de esencial en el hombre: no su máquina visible, pero sí la escondida simiente.

Ciencia acompañada de poderes, o sea de la capacidad de hacer germinar la simiente. Pero como lo que es esencial, central y oculto en el hombre es asimismo esencial, central y oculto en todas las cosas, el Mago va extendiendo su poder sobre los animales y los elementos. Por eso se dice que Orfeo calmaba las fieras con su canto; por eso nos enseña la historia que los alquimistas eran capaces de transmutar los elementos, o sea que en vez de analizar, descomponer, matar los cuerpos minerales, penetraban su esencia íntima y su oculta vitalidad, y las hacían pasar rápidamente por una evolución que, en la naturaleza y según la corriente ordinaria de las cosas, duraba siglos enteros. Así se definen, en grandes líneas, los Magos que la tradición de los imagineros nos presenta como reyes. Pero sin duda habéis advertido que el texto no habla de reyes; podemos creer muy bien que los Magos eran filósofos errantes de

mantos raídos. La transmutación del oro nunca enriqueció a los sabios que poseían el secreto, puesto que no buscaban la posesión del *oro muerto*. Los alquimistas llaman oro *muerto* o *vulgar* al oro que nosotros conocemos, el oro que se acuña. Pero el oro de que ellos hablan es el oro vivo, el oro viviente, el oro de la vida, la simiente fija, la simiente de la luz. Y su manera de transmutar es un arte de jardinero, pues la simiente del oro se planta como una semilla que, una vez plantada, crece y multiplica, crece y se multiplica sólo para el sabio, por obra del sabio y en presencia del sabio. El que sin saberlo quisiera entregarse a la misma operación, únicamente podría cocer y recocer una materia muerta. Todo Mago es rey y las imágenes no se equivocan. Rey en el sentido en que la palabra se emplea cuando se habla del “yog real”. El yog real consiste en dominar los sentidos, los poderes del hombre. Y cualquier realeza tiene sólo un prestigio mágico. Si la realeza ha desaparecido casi por completo de la tierra en nuestros días, es porque la realidad mágica ha desaparecido de nuestro mundo: y con ella esa fusión del saber, el poder y la vida (el poder de aumentar la vida mediante el saber y no de disociarla y desecarla y dispersarla y mecanizarla). Ahora bien, los Reyes Magos que se representan justamente como ancianos venerables, presentan su ofrenda al Niño: es el homenaje de toda la sabiduría antigua al Príncipe de la nueva sabiduría. ¿Y en qué consiste esa ofrenda, ese tesoro? En el Oro, el Incienso y la Mirra. Los tres principios empleados por los alquimistas, a saber: la Sal, el Azufre y el Mercurio. El Azufre es el poder transfigurador del Fuego, es el principio del Fuego. Para sublimarse, o sea para cambiar de naturaleza, las cosas deben pasar por el Fuego, pero antes (el paso por el Fuego, como lo habéis advertido, está representado por el Incienso), las cosas han sido lavadas con agua, con el Agua de Vida, como decían los alquimistas: con el Mercurio. Puesto que no se trata sólo de transmutar los elementos minerales, sino principalmente (si no únicamente) los elementos interiores, ya tenemos aquí figurados los dos bautismos de que hemos hablado: el bautismo del Agua, el del Fuego, la Sangre y el Espíritu. En cuanto al Oro, representa la Sal filosofal. La sal es lo que condensa; por eso se asocia a ella la idea de la sabiduría, a la vez *principio concreto* y *principio sabroso*. El Oro, el oro vivo, es el resultado de todas las operaciones de la Sal, del Azufre y del Mercurio. Es la sublimación de la materia. El oro es una gota de luz obtenida del fondo de la materia, y la sal blanca es el principio que subsiste al desechar la materia en bruto, negra. El oro luminoso o rojo, metal o piedra (metal, o sea materia que devuelve la luz; piedra, o sea materia que se penetra de luz y no da sombra) es la materia que ha llegado al límite último de su purificación, densa y clara. Los principios que logran la transmutación son, pues, uno fluido (la Mirra, que representa el mercurio y el agua) y otro volátil (el Incienso, que representa el fuego y el humo, y también el perfume de este humo sutil entre todos: el humo de la transfiguración interior). Pero el objeto es la condensación, la simiente es una simiente densa y de ella brotarán poderes que después de dispersarse en el aire y en la luz confluirán hacia un punto. Y para representar mejor la verdad de lo que acabo de decir, quien lleva el oro es un Mago de color negro, que representa la materia primera y la tierra madre.

Pero miremos más de cerca el triple tesoro de los Magos como elementos de la vida interior.

La Mirra es el bautismo del agua, el bautismo de Juan, la penitencia y la purificación ascética. Es el Ejercicio.

El Incienso es la Plegaria y el sacrificio, la consumación de la caridad y del fervor, el bautismo de fuego de Cristo.

El Oro es el fruto del trabajo espiritual: la concentración, el principio del ser nuevo, la condensación y la fijación de la Luz.

Y los Magos ofrecen ese tesoro a quien será Rey de los Reyes, Pastor de los Pastores, Mago de los Magos, simiente viva entre todas. Todos los milagros de magia no están destinados sino a desarrollar, a reconocer y a glorificar, a presentir y acercar el retoño verde, la simiente viva

de la vida interior, el Niño misterioso nacido en el fondo de la tierra, en la gruta, en medio de la noche, en el momento más oscuro y más frío del año. El Evangelio tampoco da este detalle: la sabiduría de la Iglesia y de la tradición precisó y fijó la fecha del nacimiento haciéndola coincidir con el solsticio hiemal, la puerta fría del año. Es el instante en que los días del sol comienzan a crecer y la simiente de la primavera se hunde en la tierra y ya existe en secreto lo que al cabo de meses verán todos los ojos. Los acontecimientos más profundos ocurren en secreto, y en secreto se condensan los poderes más grandes. Laotzé ya enseña que el tierno retoño es más poderoso que el árbol de tronco macizo y ramas retorcidas, y el niño es más poderoso que el hombre formado. En efecto, todo árbol está ya en la simiente, y todo hombre en el niño. Pero cuánto más existe en el niño y en la simiente, que poseen de todos los dones el más precioso: la fusión de las partes, que irá perdiéndose en el desarrollo a través del tiempo y el espacio. Cuántos poderes existen en el punto secreto que no llegarán a conocer la luz: en el punto secreto existe todo. El centro de cada cosa es el centro de todo: y quien llega al centro de sí mismo alcanza el poder de todo, toca el punto del Poder absoluto.

¿Y por qué, después de los Sabios o Reyes o Magos, los Pastores? Los Pastores representaron en la historia humana un papel único. Pensad en el papel legendario y poético que representa el pastor en la tradición griega. ¡Y en la tradición hebraica! La Historia Santa parece desde el principio hasta el fin obra de pastores que eran al mismo tiempo reyes. El Patriarca es pastor, rey y sacerdote; reina sobre el rebaño de los hombres como sobre el rebaño de animales, sobre unos y otros igualmente. El pastor es independiente, vive en las soledades, vive de su rebaño y no necesita de nadie. Está solo bajo el cielo, durante el día y la noche; se guía por las estrellas -como en alta mar- a través de las grandes llanuras. Debe conocer las estrellas y las hierbas. Y los pastores fueron mágicos rústicos hasta los comienzos de nuestros tiempos. Hasta el siglo XVII los calendarios de los pastores son breves tratados de ciencia oculta. Sin duda hay en ellos viles brujerías, pero lo que es bajo fluye siempre desde lo que es alto, y cuando ya no son brujos tampoco son magos.

La breve homilía de san Ambrosio que se lee durante la misa de Navidad desarrolla en pocas palabras el símbolo de los pastores. Los pastores son los que velan en mitad de la noche y preservan el rebaño de las fieras. A ellos hablan los ángeles, a los que velan en la noche y cuidan de sus rebaños y los protegen contra los lobos nocturnos. Los rebaños del pastor son cada hombre, su propio cuerpo, sus propios deseos; y los monstruos nocturnos sus pecados y sus insensatas imaginaciones. Y a los pastores hablan los ángeles, o sea las voces sobrenaturales. Pero los Magos acuden guiados por la estrella, la estrella que la Tradición llama *milagrosa* y cuyo milagro, sin duda, es un milagro de conocimiento.

Al estudiar el estado del cielo, Copérnico señala que unos siete o seis años alrededor del comienzo de nuestra era el sol entraba en Piscis. Lo que ignoraba Copérnico es que, en efecto, el comienzo de nuestra era no coincide exactamente con el nacimiento de Cristo. Sólo en nuestros tiempos hemos reparado en ese error y así hemos advertido que la entrada del sol en ese signo -que anuncia en efecto la llegada de un Salvador para el mundo- coincide exactamente con el nacimiento de Jesús en Bethlehem. Por eso conocieron los Magos, merced a su ciencia astrológica, el lugar del nacimiento y la calidad de quien había de nacer. Y así fue como la estrella los guió gracias a un milagro del saber luminoso.

Los Magos representan la sabiduría, las vías del saber. Los Pastores representan, en su simplicidad, las vías de la santidad, de la humildad, de la ternura piadosa. Los Pastores representan la realeza sobre nosotros mismos que proviene de la Fe. Los Magos, la realeza sobre nosotros mismos y sobre el mundo que proviene del conocimiento. Por ese motivo, esas

dos clases de hombres fueron las primeras escogidas, entre todos los hombres, para conocer el Gran Acontecimiento.

XIII

EL MISTERIO DE LA NAVIDAD

15 de diciembre de 1947. Calle Saint-Paul.

Nos apercebimos a celebrar la Navidad, queridos amigos míos, pero contentarnos con festejos aderezados con chocolate no sería una buena manera de celebrarla. Las fiestas son esos grandes momentos de suspensión que nos aguardan en las encrucijadas, en los puntos cardinales del año. Las fiestas son misterios. Los misterios no son algo que no debamos intentar comprender: por el contrario, tenemos el deber de reflexionar y meditar acerca de ellos.

La Navidad es la fiesta de la Encarnación, o sea el descendimiento de lo más alto a lo más bajo. El signo de un trastrocamiento eterno y secreto.

Ya hemos hablado de los Pastores y de los Magos; ya hemos dicho por qué, únicos entre los humanos, conocieron el gran misterio, el misterio oculto a los hombres de dinero, oculto a los hombres de saber, oculto a los hombres del deber, oculto a los hombres de poder, oculto en el lugar más oculto, oculto en el hueco del invierno, oculto en el fondo de la noche, oculto en el fondo de la tierra, en una gruta.

No hemos hablado de la gruta, no hemos hablado del pesebre y de la paja, no hemos hablado de la Virgen, no hemos hablado del Niño, no hemos hablado del buey y del asno, testigos inconscientes, pero no insignificantes, iniciados en el corazón del hecho. Empecemos por ellos, por esas dos bestias que los imagineros nunca olvidan, aunque no las cite el Evangelio.

El asno y el buey son la humanidad ignorante y laboriosa, la que prepara el gran acontecimiento; es la fatiga y el dolor en la gran masa humana, en la masa sin rostro. Por eso esta humanidad no se presenta con figura de hombre, sino con hocico de bestia. Y con su aliento humeante da calor al niño desnudo.

La gruta, la entrada de la gruta, es la introducción al Misterio. La gruta está en el interior del monte y el monte es el impulso de la tierra hacía el cielo. La gruta es el reverso del monte, el alma de ese cuerpo. Y si el monte es la altura, la gruta es la profundidad. Los santuarios más antiguos de la humanidad son, en verdad, grutas. Los lugares más santos de la India son, aún hoy, las Cuevas del Himalaya. Los templos hindúes son imágenes geométricas del monte. La gruta de Lourdes es la última consagrada, pero tiene tras sí una larga ascendencia. Las grutas eran los lugares escogidos para los misterios antiguos, que se desarrollaban en torno del grano de trigo y del fruto de la vid. Los laberintos de Egipto eran grutas geometrizadas. La gruta es el vientre y la vulva de la tierra, el lugar de las concepciones. La gruta es, pues, una introducción al misterio de la Virgen Madre. La importancia cada vez mayor de este culto en la Iglesia desagradó a algunos cristianos, que vieron en él una reminiscencia pagana. La crítica profana ha reabierto en nuestros días ese proceso y, según parece, ha dado con la identidad del personaje: la joven de Nazareth llamada María creció para después borrarse al punto de confundirse con la Gran Madre adorada en Creta, con la Afrodita de Chipre, con Ceres, con Isis, con la Kali de los hindúes. Y ha vuelto a encontrársela en el fondo de los Hipogeos egipcios, con su divino hijo en el regazo, y ha vuelto a encontrársela en

la China y el Japón... Más aún, se ha descubierto que las vírgenes negras de los santuarios más frecuentados por la cristiandad podrían ser muy bien estatuas drúidicas bautizadas. El color negro, de acuerdo con la simbología tradicional, evidentemente representa en ellas la tierra, así como el verde de las túnicas que las cubre es imagen de la vegetación.

¿Habrá que repudiar esas analogías con horror puritano o, por el contrario, aceptarlas con poética indulgencia? Creo que lo fundamental es mostrarnos rigurosos en cuanto a las distinciones esenciales.

Por lo demás, la Santísima Virgen no es en modo alguno una diosa: no la adoramos sino que adoramos a Dios en ella. Por alto que sea su lugar en la jerarquía celeste, no está incluida en la Trinidad, que es la suprema intimidad divina. Y no pierde su condición de mujer. Como mujer es simbólicamente mucho menos que una diosa. Pero concretamente es mucho más, puesto que es, mientras que las diosas no son. Y asimismo es la puerta por la cual entró Dios en este mundo. No es posible decir que se trata de un mero objeto propuesto a un movimiento de piedad milenarista y por lo general humano. Es preciso admitir que la realidad de este objeto, y sin duda la vida y la santa voluntad que en él residen, transmutaron activamente la índole de esa piedad y mudaron su dirección.

La Virgen no es, como las diosas, una personificación del Amor, del Poder y de la Gloria, sino la encarnación de la pureza en el Amor, de la delicadeza en el Poder y de la humildad en la Gloria. Es, por lo tanto, un filtro y la plegaria se purifica al pasar por él. La Virgen es el espejo de justicia que no podemos contemplar sin que nos lleve hasta nosotros mismos. Pues no hemos de encontrarla en el cielo exterior y remoto, pero sí en la sombra del corazón, en el secreto de nuestra humanidad, Arca de la Alianza, torre de marfil, morada de oro, causa de nuestras delicias, ánfora espiritual, alma nuestra.

En cuanto al Niño, no es tan sólo niño y santo, sino también Dios. Es, sin embargo, un niño desnudo, un niño pobre, un niño nacido fuera de su casa, un niño que no tiene siquiera lo que tiene el hijo del campesino el día de su nacimiento: una cuna. Está tendido en el pesebre, entre el oro pobre de la paja. Y qué pobre es, en verdad, el oro de la paja; es la materia más seca, más muerta, más común, y a pesar de ello tiene el aspecto de la cosa más preciosa. El pesebre, con el Niño en el centro, es una reducción, una imagen, un trastocamiento del sol escondido en el hueco de la tierra helada. El niño irradia entre la paja... Oh, no brilla con luz deslumbrante, sino con una luz filtrada, trémula como la de una bujía. Y la bujía debe protegerse entre las manos para que no la apague una corriente de aire. Tal es la nueva imagen de Dios, la imagen absolutamente nueva del Todopoderoso; tal es la inversión y el escándalo, la locura para los paganos de antaño y los paganos de hoy. Porque está inerme y necesitado; porque está desnudo y escondido; porque podríamos aplastarlo de un puñetazo, acudimos y nos arrodillamos frente a Él. Y por eso nos atrae con seducción tan intensa; por eso nos arrebatada desde dentro como el anzuelo en la boca del pez.

No fue así como Dios se presentó por vez primera a los hombres. Al comienzo se presentó con la imagen ruidosa del Trueno, con la imagen brillante del Sol. Terrible, y destructor, y hasta incomprensiblemente cruel en ocasiones, mas poderoso. Era el Dios Viviente, el Señor de los Ejércitos. Y así permanece: es el Todopoderoso, el Padre Eterno, el Rey del Cielo, el creador del Cielo y de la Tierra, el creador del Cielo y del Infierno, el que viene de la Muerte y acude en el Juicio, el que pasa en el fuego y las plagas, el que destrozará a los reyes como vasos, el que golpeará a los fuertes con su vara de hierro, el que romperá los cuellos erguidos, el que sondea los corazones, el que nadie consigue rehuír., el que hace su voluntad sin dignarse explicárnosla. Aún permanece en la eternidad el Dios terrible y celoso, el Dios que nos quiere enteramente y nos ama hasta la muerte, el Dios que es como un fuego devorador. Pero

súbitamente se nos muestra con otra forma, y de exterior, celeste y solar, tórnase terrestre, interior, tierno, hasta débil. De modo que nos arrebatada desde lo alto y nos toma desde abajo. Para adorarlo tendremos, pues, que trastocar el orden de nuestros sentimientos, invertir la escala de los valores y el sentido de nuestro amor. La Navidad abre nuevas perspectivas, crea nuevas dimensiones para que, según dice san Pablo, "Conozcamos la altura, la anchura, la longitud y la profundidad del nuestro amor". Es un amor nuevo que ignoran los paganos este amor revelado en el Ministerio de este Nacimiento. Un amor que nos llama a un segundo nacimiento, a un nacimiento celeste en la carne, en el tiempo, en el siglo, en este mismo corazón nuestro y en este cuerpo de siempre: nos llama a nacer, a renacer nosotros mismos. El Misterio de la Pascua es el de la resurrección en el otro mundo, pero el Misterio de la Navidad es el de nuestro segundo nacimiento en este mundo, el de la entrada al Reino de los Cielos que está en nuestros corazones, el de la introducción al conocimiento del Cristo que está en nosotros y que es nosotros mismos:

“Ese Otro que es, en nosotros, más nosotros mismos que nosotros”... (PAUL CLAUDEL).

XIV
EL NIÑO
LA DEGOLLACIÓN DE LOS INOCENTES

10 de enero de 1947. Calle Saint-Paul.

A la entrada de la caverna, Elías sintió levantarse un gran viento que desgarró el monte y rompió las rocas, y Dios no estaba en el viento; hubo después un temblor de tierra, y Dios no estaba en el temblor de tierra; atravesó después un fuego y el Señor no estaba en el fuego; oyóse al cabo un silbo dulce y sutil, y el Profeta se cubrió la cabeza con el manto, pues Dios estaba en el silbo dulce y sutil. Tal es el Niño: un silbo dulce y sutil en el cual está Dios.

Es natural que la adoración humana acuda a lo que es fuerte y brillante. Pero hay algo más fuerte que la fuerza: pues toda fuerza encuentra otra que la limita y anula, mientras que lo infinito ignora la fuerza y la flaqueza. Así, la fuerza que es más fuerte se muestra a los ojos del mundo como una flaqueza y una dulzura. Para los ojos del mundo, es desdeñable: por eso el Niño nace en lugar oculto, entre la paja, de padres humildes y oscuros. Ninguna casa lo recibe, ni siquiera una posada; y nace durante un viaje, sin que nadie, salvo algunos extranjeros, conozca su nacimiento. Ésta es la gran enseñanza que Cristo ha venido a traernos. Pero Cristo dice de sí mismo que no ha venido a trastocar la ley, sino a cumplirla. La verdad es que encontramos esa enseñanza en todas las religiones, en todos los climas, y expresada de otras mil maneras. Que la vida espiritual sea cosa íntima y secreta, que incite al despojo y a la pobreza, que no halague los ojos mediante una apariencia deslumbrante, es cosa que los monjes de todos los tiempos y todos los países enseñaron siempre. Que Dios no sea únicamente un juez terrible, sino también un padre, es cosa que todas las religiones enseñan. El Dios principal de los paganos se llamaba Júpiter, es decir Jov Pater, “el padre de los dioses y de los hombres”, según Homero. Llamarlo *Padre Nuestro* no es, por lo tanto, una novedad. Pero las cosas eternas nunca son nuevas y siempre son nuevas: siempre tienen el gusto de la fuente, siempre provocan la perplejidad de la novedad. Pero esta perplejidad no pasa como pasa el asombro que sentimos ante lo nuevo, pues una novedad repetida dos veces ya no es novedad, mientras que una verdad repetida mil y mil veces es cada vez más nueva y cierta.

Nuestro propósito no es dar una enseñanza religiosa particular, sino insistir en lo que tienen de común todas las enseñanzas religiosas a partir de estos puntos.

Dice san Agustín: "La que hoy llamamos religión cristiana ya era conocida desde el comienzo de los tiempos; pero la llamamos Cristiana desde que Cristo se encarnó". Cuando una religión se convierte en sociedad -o sea en templo, casta, secta- entabla transacciones con el Príncipe de este Mundo y el sentido íntimo, sin perderse del todo, se encubre bajo un manto de hierro más o menos incrustado de joyas. Y la fuente secreta de toda religión se seca. Por eso quienes aspiran intensamente a ella se muestran como asombrosos revolucionarios. Y en efecto son reveladores, aunque no digan nada que no sepamos desde siempre, nada que no sepamos por nosotros mismos. Sus revelaciones consisten en auxiliarnos a conocer lo que ya sabíamos. "Existe una verdad que no conocerás por los demás", decía Marpa. Esta verdad es la que enseñan los grandes maestros. No la enseñan directamente. Nos enseñan a aprenderla por nosotros mismos, nos enseñan a concentrarnos en nosotros, a descender en esa gruta escondida, a buscar en ella una fuente de vida cuando hayamos habituado nuestros ojos a la oscuridad del lugar. Ocurre, asimismo, que la religión degenera en otro sentido y su enseñanza, en vez de secarse, se pudre y en vez de hacerse cada vez más distante y terrible, la figura divina se hace en nosotros cada vez más vacua y blanda. Al cabo de ese proceso acabamos reemplazando a Dios por eso que las gentes de hoy llaman Ideal. El Ideal es el dios absolutamente despojado de toda vida, de toda realidad, de todo valor. Es el dios que no permite esperar gracia, el dios cuyo juicio no puede temerse, el dios muerto, el dios de los muertos. A este vacío se dirige una piedad sin dirección, una especie de residuo de todas nuestras ternuras sin destino y de todos nuestros instintos mal guiados. Esta piedad desvaída admirablemente por medio de la estatuaría de yeso, la oleografía devota y los himnos que nos abrevan so pretexto de satisfacer nuestra sed de perfección y de hacernos adorar al Perfecto. Entonces es cuando debemos recordar que ese Niño inocente, pobre, pequeño, no es un motivo de indulgencia sentimental y familiar. Ese Niño está destinado a un fin trágico; asimismo, cuando el profeta Elías oye el silbo dulce y sutil siente la necesidad de cubrirse la cabeza con el manto, pues no lo aterra el viento, ni el temblor de tierra, ni el fuego, sino precisamente el silbo dulce y sutil.

Y en efecto, Mateo (II, 16) completa el relato de la Navidad con lo que sigue:

Entonces Herodes, cuando vio que había sido burlado por los Magos, se irritó mucho. Y enviando hizo matar a todos los niños que había en Bethlehem y en toda su comarca, de dos años y abajo, conforme al tiempo, que había averiguado de los Magos.

*Entonces fue cumplido lo que se había dicho por Jeremías el profeta, que dice:
Voz fue oída en Ramá, lloro y mucho lamento: Rachel llorando sus hijos, y no quiso ser consolada, porque no son.*

Las crónicas de la época no registran ninguna matanza de niños por parte de Herodes. Por lo demás, de los cuatro Evangelios sólo uno habla de tal matanza. Ciertamente que Judea es una provincia perdida y Bethlehem una ciudad sin importancia. No es imposible que haya ocurrido una matanza. Pero cierta o no, su valor es simbólico, como todo lo que relata este libro.

¿Os acordáis del nacimiento de Krishna? Habían anunciado al rey Kansa que de la descendencia de los Yadú nacería un niño que lo mataría, y el rey Kansa hizo matar a los siete hijos primeros de Devaki, su nieta. Cuando supo que había conseguido huir con su octavo

hijo, Kansa hizo degollar a todos los niños de la raza de los Yadú. Un monje recitaba este pasaje del Prem Sagan a un rey penitente, que le preguntó: ¿Por qué debía acumular Kansa crimen sobre crimen? Y el monje respondió: Para que Dios se encarnara más pronto.

Por una economía de la naturaleza difícil de comprender, por una justicia de Dios difícil de admitir, la Matanza de los inocentes es en cierto modo el precio de la Navidad.

En el texto que os he leído veo un ligero error de traducción. El profeta no dice que Rachel llore a sus hijos y no quiera ser consolada porque ya no existen. Dice: *no quiere ser consolada porque no son, quía non sunt*. Puesto que toda la historia, real y verídica, es al propio tiempo una alegoría de la vida interior, preguntémosnos:

¿Quiénes son los inocentes que han de perecer para que nazca en nosotros el Niño divino, para que ingrese en nosotros la inocencia absoluta, la inocencia consciente? ¿Quiénes son los que deben perecer sin haber siquiera vivido? ¡En todos nosotros hay inocentes! Astutos conversadores, diestros cantores, hábiles seductores, personajes apreciados en el mundo, personajes llenos de saber y de gracia. Personajes que, unos después de otros o todos a la vez, se llaman *yo* y no son *yo* ni nada, que *no son*, como dice el Profeta. Pues son las máscaras y los disfraces con que me presento ante el mundo y en los cuales, ciego dormido que sueña, creo reconocermé. Todos ellos, con sus risas, sus palabras, sus actos, su prestigio y sus dones, deben morir o reservarse para el sacrificio. Ésta es la verdad trágica acerca de la condición humana que expone este breve relato. Pues los ignorantes asesinados han caído en lugar de un inocente que se salvará, aunque sólo para ser a su vez sacrificado. ¿Quién mata a los inocentes? Herodes, el avaro, el celoso, el tiránico, el estúpido, el cobarde. Herodes es el tirano que los pérfidos entronizan en sí mismos y que se encarga de matar en sí mismo y en los demás. La palabra *matanza* y la palabra *sacrificio* son dos facies de la misma palabra y de la misma cosa. Los inocentes están consagrados a una o a otra cosa; y el que no ha sido sacrificado no rehúye la muerte. El mal es la muerte de lo que no quiere morir. El bien, el bien absoluto, es la muerte de lo que quiere, de lo que debe morir.

En la Matanza de los Inocentes hay como una figuración del Sacrificio del Inocente. Es como la sombra que proyecta un cuerpo situado en la luz. Pero entre ambos extremos se presenta a nuestra memoria un símbolo no menos intenso que los une: es el Sacrificio de Abrahán. Lo que Herodes hace movido por los celos, la cólera, el miedo, la ambición y la indiferencia hacia el objeto sobre el cual han de caer sus golpes, Abrahán está dispuesto a hacerlo con su hijo bienamado, con su primogénito único.

Os leeré ese relato que todos conocéis. Es una de las páginas más conmovedoras del Libro Sagrado. Tratad de escucharla como si nunca la hubierais oído hasta hoy, cosa que dependerá de vosotros mismos. Os leeré lentamente, porque tengo entre manos una edición vieja y casi ilegible, una Vulgata en latín que iré traduciendo:

Tentó Dios a Abrahán y le dijo: Abrahán. Y él respondió: Heme aquí. Y dijo: Toma ahora a tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré. Y Abrahán se levantó muy de mañana y enalbardó su asno, y tomó consigo dos mozos suyos, y a Isaac su hijo: y cortó leña para el holocausto, y levantóse, y fue al lugar que Dios le dijo. Al tercer día alzó Abrahán sus ojos y vio el lugar de lejos. Entonces dijo Abrahán a sus mozos: Esperaos aquí con el asno, y yo y el muchacho iremos hasta allí, y adoraremos, y volveremos a vosotros. Y tomó Abrahán la leña del holocausto, y púsola sobre Isaac, su hijo: él tomó en su mano el fuego y el

cuchillo; y fueron ambos juntos. Entonces habló Isaac a Abrahán su padre, y dijo: Padre mio. Y él respondió: Heme aquí, mi hijo. Y él dijo: He aquí el fuego y la leña, más, ¿dónde está el cordero para el holocausto? Y respondió Abrahán: Dios se proveerá de cordero para el holocausto, hijo mío. E iban juntos. Y como llegaron al lugar que Dios le había dicho, edificó allí Abrahán un altar, y compuso la leña, y ató a Isaac su hijo, y púsole en el altar sobre la leña, y extendió Abrahán su mano, y tomó el cuchillo, para degollar a su hijo. Entonces el ángel de Jehová le dio voces del cielo, y dijo: Abrahán, Abrahán. Y él respondió: Heme aquí. Y dijo: No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada, que ya conozco que temes a Dios, pues no me rehusaste tu hijo, tu único.

La intención del sacrificio basta, pues la renunciación es total, ya que el sacrificio está cumplido: el Eterno lo recibe en secreto porque el hombre lo han cumplido en secreto. Y esto nos demuestra que si queremos ver admitida nuestra plegaria y si queremos que el ojo de Dios penetre en nuestro interior, debemos sacrificar desde el fondo del corazón aquello que más amamos: eso y no otra cosa.

Y si pensamos que Dios es un maestro muy duro, recordemos a fuer de cristianos que Dios Padre no encontró un ángel que apartara su brazo cuando Él mismo dio al mundo y sacrificó a su Primogénito.

XV

LAS BIENAVENTURANZAS

17 de enero de 1947. Calle Saint-Paul.

El Evangelio encierra tres clases de enseñanzas. La primera es la que podríamos llamar *enseñanza de vida*: que se imparte mediante los hechos y los gestos, porque la historia misma del Señor es íntegramente simbólica y significativa. La segunda es la *enseñanza velada*, que se imparte por medio de parábolas, imágenes, historias. Era la enseñanza reservada a las multitudes. La tercera clase de enseñanza es la *enseñanza descubierta*, la afirmación pura y simple de los fundamentos de la ley espiritual, sin explicación ni comentario.

Hasta ahora hemos comentado el bautismo, la navidad, la aparición de san Juan Bautista, la tentación en el desierto. En todo ello no podía haber sino enseñanza de vida. Hoy entramos en el corazón de la enseñanza descubierta, pues leeremos juntos el V capítulo de Mateo y el VI de Lucas, que son lo que se llama el Sermón de la Montaña.

Mateo: Y viendo Jesús a las gentes, subió a un monte, y después de haberse sentado, se llegaron a él sus discípulos.

Y abriendo la boca, les enseñaba, diciendo:

Bienaventurados los pobres de espíritu; porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los mansos; porque ellos poseerán la tierra.

Bienaventurados los que lloran; porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia; porque ellos serán hartos.

Bienaventurados los misericordiosos; porque ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los de limpio corazón; por que ellos verán a Dios.

Bienaventurados los pacíficos; porque hijos de Dios serán llamados.

Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia; porque de ellos es el reino de los cielos.

Y Lucas: *Y aconteció en aquellos días, que salió al monte a hacer oración, y pasó toda la noche orando a Dios.*
Y cuando fue de día, llamó a sus discípulos; y escogió a doce de ellos (que nombró Apóstoles). [Salteo el pasaje en que enumera a los doce.]
Y descendiendo con ellos, se paró en un llano. [Salteo otro pasaje en que se habla de la multitud que allí encontró.]
Y él, alzando los ojos hacia sus discípulos, decía: Bienaventurados los pobres por que vuestro es el reino de Dios.
Bienaventurados los que ahora tenéis hambre; porque hartos seréis.
Bienaventurados los que ahora lloráis; por que reiréis.
Bienaventurados seréis, cuando os aborrecieren los hombres, y os apartaren de sí, y os ultrajaren, y desecharen vuestro nombre, como malo, por el Hijo del Hombre.
Gozaos en aquel día, y regocijaos, porque vuestro galardón grande es en el cielo; porque de esta manera trataban a los profetas los padres de ellos.
Mas, ¡ay de vosotros, los ricos; porque tenéis vuestro consuelo!
¡Ay de vosotros, los que estáis hartos; porque tendréis hambre! ¡Ay de vosotros, los que ahora reís; porque gemiréis y lloraréis!
¡Ay de vosotros, cuando os bendijeren los hombres; porque así hacían a los falsos profetas los padres de ellos!

Cuando Jesús hablaba así en el monte, ese monte se reflejaba en el mar de Galilea, que bañaba sus pies. Y la imagen invertida de la montaña en el lago terso se parecía a la montaña. En su enseñanza, asimismo, en la enseñanza descubierta, hay una inversión parecida. La primera afirmación revelada, la primera enseñanza directa es que todos los que quieren iniciarse en los misterios del espíritu deben aprender a invertir todas sus maneras de ver, sus maneras de hacer, la dirección de sus deseos, el diseño de su vida. Acaso seguirán las mismas leyes y mostrarán en la nueva vida un carácter semejante al que ya habían revelado en la vida natural, pero al mismo tiempo hay similitud e inversión.

¿Qué desean los hombres en la vida? Ser ricos, ser felices, ser prósperos, ser sabios, ser admirados, ser rodeados. Y en los portales del espíritu se les dice: bienaventurados seréis si nada de eso os ocurre, y aún si os ocurre lo contrario: bienaventurados seréis si os mantenéis pobres, si estáis afligidos, si sois denigrados, si la injusticia os hiera y os persigue. Precisemos exactamente el plano en que es preciso situar esta enseñanza. Ambos evangelistas lo definen claramente cuando hablan del monte y la meseta. El primero dice: *Y viendo Jesús a las gentes, subió a un monte, y después de haberse sentado, se llegaron a él sus discípulos. Y abriendo la boca, les enseñaba.* Es evidente que Jesús se aleja de la multitud, sube a un monte, que es lugar inaccesible, y se dirige a sus discípulos, solamente a ellos. De lo contrario hubiese hablado por medio de parábolas y de manera velada, de modo que no entendieran los que no deben entender y que no vieran los que no tienen ojos para ver. Esta enseñanza se revela en secreto: es una primera enseñanza de los misterios.

El segundo Evangelio no es menos explícito: *Y aconteció en aquellos días, que salió al monte a hacer oración, y pasó toda la noche orando a Dios.* Cuando fue de día, llamó a sus discípulos; y escogió a doce de ellos. Vemos así que esta enseñanza es la primera, fundamental y preparatoria, que Jesús da a los Doce escogidos entre todos. Sigue la enumeración de los Doce. Después dice Jesús: *Y descendiendo con ellos, se paró en un llano, en la compañía de sus discípulos, y de un grande gentío de toda la Judea, y de Jerusalén, y de la costa de Tiro y de Sidón, que habían venido a oírle, y a que los sanase de sus enfermedades. Y los que eran atormentados de espíritus inmundos, eran sanos. Y toda la gente procuraba tocarle, porque salía de él virtud, y los sanaba a todos.* Pero a continuación: *Y él, alzando los ojos hacia sus discípulos, decía. . .* Esta enseñanza no se dirige, pues a la multitud, que en efecto había acudido para otra cosa: para verlo, para oírlo, para ser curada. Y esta cura se cumplía mediante

el solo contacto: *porque salía de él virtud y los curaba a todos*.

Pero, a quienes da enseñanza, es a los Doce, y en la meseta. Así traduzco yo la expresión más vaga de Lucas, que dice: *se paró en un llano - stetit in loco campestri*. La meseta es el plano intermedio entre la cima de la montaña y el llano: el *lugar campestre* entre el monte salvaje y las ciudades.

En la meseta, Jesús está a mitad de camino. Allí se dirige a quienes le sirven de puente con la multitud. Se dirige a sus Doce, a sus discípulos. Y los previene desde el principio. Jesús no es de esos que atraen a los hombres con palabras dulces y promesas seductoras; en seguida les dice qué les espera, insiste en el dolor del desapego, en el sacrificio absoluto sin el cual -ardua prueba de fuego - no es posible entrar en el Reino de los Cielos.

El texto de Mateo es más completo, ya que desarrolla las ocho

Bienaventuranzas. El de Lucas enumera sólo cuatro en orden ligeramente diferente, pero ofrece una compensación: a los “bienaventurados, bienaventurados”, siguen los “¡ay de vosotros...! ¡Ay de vosotros!”, de suerte que la misma verdad se muestra por el lado oscuro. Y además asocia la palabra *spiritu* a *beati* y no *pauperi*: *Bienaventurados en espíritu los pobres*.

1. *Bienaventurados los pobres de espíritu*, dice Mateo; *porque de ellos es el reino de los cielos*. Es la primera de las Bienaventuranzas. La traducción corriente es “los pobres de espíritu”, pero el texto latino dice *spiritu* y el texto griego *pneumati*. En ambos casos, el sentido puede variar entre «pobre por espíritu, pobre en espíritu, pobre para el espíritu, pobre a causa del espíritu”. Y Lucas dice sencillamente:

Bienaventurados los pobres. La frase está dirigida a los discípulos, que sin duda han elegido el estado de pobreza por amor al espíritu. Por lo tanto, se trata de una pobreza como la entendemos corrientemente: como despojo y carencia. Bienaventurados los menesterosos, los discípulos que están necesitados. Eso en Lucas. Y el otro Evangelista: “Bienaventurados los pobres de espíritu”. De modo que Lucas parece aclarar el sentido: pobres por el espíritu o a causa del espíritu aquellos que se han despojado conscientemente y voluntariamente, puesto que tienen en sí el espíritu y no necesitan de las riquezas que buscan y veneran los demás hombres. En cuanto al sentido de “pobres de espíritu”, es un desarrollo de los mismos principios. No basta despojarse de las riquezas vulgares; es preciso además despojarse de las riquezas raras, de las riquezas del intelecto, de las riquezas de la cultura: todo ello debe repudiarse. Un pobre, un menesteroso a causa del espíritu puede ser rico por la satisfacción de su propio saber: es rico, está contento, saciado con los goces que su espíritu se procura a sí mismo. Pero el hombre del espíritu -y no el hombre de *espíritu* debe saber (o al menos querer) renunciar a esas riquezas para hacerse simple. Debe buscar la simplicidad que es signo y símbolo de la unidad. Pues las riquezas del intelecto producen el mismo efecto que las demás riquezas; una satisfacción inmediata y fácil. La riqueza es mala porque procura satisfacciones artificiales y fáciles e inmediatas; la pobreza es buena porque todo lo hace valioso haciéndolo difícil y enseñando al que quiere vencer su propia pobreza -*vencerla*, y no huir de ella- a despojarse del deseo y del objeto de deseo, para retomarlos después ya dirigido hacia un objeto eterno. El conocimiento del intelecto llena el alma de una multitud de objetos, divide el alma, multiplica las ocasiones en que el alma puede distraerse. ¿Por qué es mala la riqueza? Porque es una distracción inmensa o al menos una distracción tan fuerte que es casi irresistible. ¿Y de qué podemos distraernos? De nosotros mismos. Y la tentación no es menor, sino por el contrario más secreta y penetrante, cuando las riquezas son imágenes, talentos, conocimientos; cuando son riquezas del espíritu. Así la traducción corriente: “bienaventurados los pobres de espíritu”, que nos da la idea de hombres ingenuos, estúpidos y poco instruidos, no debe desecharse por completo. Recordemos con qué rigor excluía y rechazaba los libros san

Francisco, que se había consagrado a la pobreza; recordemos cómo maldijo, sin perdón y con temible dureza, al discípulo que se hizo profesor de la Universidad de Bolonia. Esto nos indica cuántos sentidos diferentes existen en *pobres en espíritu y pobres de espíritu*.

Por consiguiente, la pobreza que es objeto de la primera enseñanza de las Bienaventuranzas es una pobreza total: pobreza del cuerpo, del corazón y del espíritu. Pobreza real y pobreza simbólica. Los menesterosos tienen hambre, tienen sed, piden, tienden la mano. Para tender la mano se sitúan en el peldaño más bajo de la escala humana, bajan la cabeza, afirman su propia indignidad, olvidan su orgullo, renuncian al espíritu de lucha que insta a cada hombre a buscarse un sitio al sol. Semejante a la actitud del menesteroso es la del discípulo que quiere entrar en el Reino de los Cielos: se sitúa en lo más bajo y tiende la mano. Sed menesterosos del espíritu, sed mendigos del espíritu, mendigad el pan del espíritu a quien puede darlo sin temor de humillaros ante Él, como hace el mendigo con el primer hombre que pasa. Ésa es la condición: y cuando la hayáis cumplido, habréis adquirido el espíritu mismo, pues ambos textos no dicen “de vosotros *será* el Reino de los Cielos” sino “de vosotros *es* el Reino de los Cielos”. Por el solo hecho del despojamiento total, habréis entrado por completo en el Reino de los Cielos. Si no estáis en él, es porque vuestro renunciamiento es defectuoso y porque de algún modo estáis ligados a alguien o a algo. Es porque en lo más hondo de vosotros mismos hay alguna riqueza que os retiene. Si el renunciamiento fuera absoluto, la victoria no sería una promesa sino un hecho que comprobaríais por vosotros mismos.

2. *Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.*

La palabra “manso” traduce la palabra latina *mitis* y la griega *hoi praeis*. *Mitis* es dulce y al mismo tiempo *calmo*: bienaventurados los dulces, humildes y calmos. Humilde es palabra que proviene de *humus*; y *humus* quiere decir la tierra, la tierra nutridora, la tierra de donde salen las plantas. El humilde es semejante a la tierra que alimenta las simientes y produce el fruto. Como la tierra, el humilde está en lo bajo; como ella, es indiviso, es el punto de la no-separación, ya que todo acaba volviendo a la tierra, y el pájaro que vuela o el hombre que se enorgullece vuelven a la tierra y casi con igual rapidez. Bienaventurados los humildes, porque ellos heredarán la tierra. Es justo, pues lo semejante se dirige siempre hacia lo semejante. El manso es el lado pasivo y negativo de la sabiduría y al propio tiempo su solidez fundamental: es la tierra de la sabiduría. Por eso la herencia de la tierra ha sido prometida a los mansos, así como el Reino de los Cielos es patrimonio de los ardientes de la sabiduría, que renuncian a todo y por ella sufren persecución (1ª y 8ª Bienaventuranza). Los que se enorgullecen volverán a la tierra, caerán en la tierra, se aplastarán contra la tierra, perecerán en la tierra. Pero los dulces, los mansos, los que no se elevan, heredarán la tierra cuando la voluntad de Dios se haga así en la tierra como en el cielo. Todas las ambiciones de los demás caerán sobre sí mismas y se destrozarán mutuamente. Los mansos acabarán siendo mis fuertes que los fuertes; tal es la promesa de esta Bienaventuranza.

3. *Bienaventurados los que lloran; por que ellos serán consolados.*

¿Qué es llorar? Es el primer grito, la primera expresión del hombre, algo común al hombre y el animal joven. El llanto es el grito del niño cuya madre se aleja. Nacer es alejarnos de nuestra madre. Todos los que lloran evocan la sombra de una madre o de la Gran Madre Tierra, o de la Gran Madre Espíritu. Y al llorar expresan el sentimiento de la separación, el dolor de la separación, el deseo de volver al ámbito cálido, cerrado, profundo, al ámbito original. Los que lloran son los que se saben separados y desean retornar al vientre de la unidad. Y el texto no dice “porque sois consolados”, sino “porque seréis consolados” (y en Lucas: “porque reiréis”). Los que lloran no son, como los pobres, establecidos en el Reino de

los Cielos; pero son dichosos porque hay para ellos una promesa. Al cabo del camino de las lágrimas, de la pendiente del espíritu que se inclina hacia la ternura y el regreso a la unidad, está el paraíso primero y el Reino de los Cielos. "Porque serán consolados". . . La palabra consolados es hermosa porque contiene la palabra solo, *solus*, y la palabra *cum*, que significa *con*. Ser consolado: dejar de ser separados, encontrarse a solas con el Único (etimología imaginaria).

Bienaventurados los que ahora lloráis; porque reiréis.

¿Qué es reír? Es bailar la danza en torno del pilar en que está expuesto aquel que, por inconsciencia o torpeza, ha violado la costumbre de nuestro clan; es demostrar que nos apartamos de él ostentadamente, mirándolo desde fuera y desde arriba, y que nos resistimos triunfalmente a la tentación de ceder al suplicante; es confesar que, con irreprochable ligereza, placer sin sombra, nos situamos en el círculo de los danzarines justicieros, en esa fiesta fraternal de la venganza. La risa nada tiene de natural, puesto que ningún animal padece de esa ligera demencia artificial y contagiosa; tampoco tiene nada de razonable o de espiritual. Y desdichados los que ríen, pues están segregados de la naturaleza y apartados de toda inspiración o gracia superior, están arraigados en un estado de ceguera salvaje, fuera de sí mismos; como en la ira. La cordialidad de la risa es resultado del espíritu de cuerpo, es un abandono vulgar y no una fuente de caridad, un don de sí. La alegría que proviene de la risa es un placer horrisono, pero no una dicha perdurable.

¿Por qué se ha prometido, entonces, *bienaventurados los que ahora lloráis; porque reiréis?*
¿Cuándo reiréis vosotros, hijos míos, si no el día de vuestra muerte, el día en que llorarán los que sólo creen en la carne? Ese día dejaréis que los muertos entierren a los muertos, dejaréis que las gentes se ocupen de vuestro cadáver y embalsamen la carroña y la entierren con pompa. Pero vosotros huiréis bailando una danza salvaje, os apartaréis con ímpetu de ese cuerpo que durante toda la vida pretendió ser vosotros mismos y ligaros a su destino, que es pudrirse, y que pretendió sumiros en la inconsciencia y haceros tropezar. Y lo miraréis desde fuera y desde arriba. Resistiréis a la tentación de ceder a la ternura y el pesar; y con ligereza adquirida a fuerza de saber luminoso y de virtud franca tomaréis parte -con alegría sin reverso y sin cambio- en la fiesta de la Iglesia triunfante y de la Jerusalén celestial.

4. Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia; porque ellos serán hartos.

Si tenéis hambre y sed, salís en busca de alimento y de agua sin daros tregua hasta que los encontráis. Las necesidades de vuestro cuerpo son el móvil de vuestros actos, los dolores del cuerpo os agitan, os hacen gritar y desfallecer. Pero os sentís menos acuciados por cumplir la voluntad de Dios que para correr a almorzar si tenéis hambre. Y la injusticia más grande del mundo -a menos que hiera vuestros intereses o el de los vuestros- os hace menos daño que un forúnculo. ¿Qué significa esto, sino que estáis en vuestros cuerpos y sentís las necesidades, los deseos, los dolores y las fallas de vuestros cuerpos, pero ignoráis los del alma, porque no estáis en vuestra alma? Pero la *justicia* es el alimento del alma, y la *virtud* es la fuerza que da este alimento: y si sentís que faltan en vosotros como sentís el hambre y la sed, cumpliréis todo lo que debéis cumplir, pero no lo haréis por deber. Lo haréis porque entonces tendréis que alimentar un cuerpo espiritual cuya hambre y cuya sed exigirán satisfacción. Bienaventurados, pues, los que tienen hambre y sed de justicia porque serán hartos. Pues la justicia siempre existe, igual a sí misma, asentada en los fundamentos de la creación, oculta en la naturaleza de las cosas, y no puede apartarse de quien la busca. Somos nosotros quienes nos apartamos de ella e ignoramos el placer de encontrarla.

5. Bienaventurados los misericordiosos; porque ellos alcanzarán misericordia.

¿De quién obtendrán misericordia? No lo dice el texto, mas es evidente. Obtendrán misericordia de Dios, y todos sienten necesidad de misericordia. Pues si observara las iniquidades, como dice el rey David, ¿quién de nosotros se sostendría? Pero todo el Evangelio nos enseña que seremos medidos con la misma medida que empleamos para medir a los demás. Y si queremos una medida llena de misericordia, *una medida bien colmada y que desborde*, es preciso que demos una medida plena de misericordia.

6. Bienaventurados los de limpio corazón; porque ellos verán a Dios,

Como si el corazón fuera el vidrio, el agua en que Dios se refleja cuando son puros. Cuando el vidrio está limpio puede verse a través de él. Cuando el agua es calma, las imágenes se forman en ella y se vislumbra el fondo. Lo que os impide ver a Dios es un corazón sucio y agitado. Si queréis ver a Dios, ocupaos de vuestro corazón, no os estudiéis sino a vosotros mismos, volved los ojos hacia vuestro interior. El Reino de los Cielos está en vuestro corazón. Si queréis ver al Rey de ese Reino y estableceros en el eje de ese mundo, buscadlo en vuestro eje, en vuestro centro, que es el centro de toda cosa.

7. Bienaventurados los pacíficos; porque hijos de Dios serán llamados.

Pacífico quiere decir apacible. Los pacíficos no son quienes permanecen tranquilos, al abrigo de los golpes. El propio Cristo dijo: *No penséis que vine a meter paz sobre la tierra; no vine a meter paz, sino la espada...* La palabra pacífico está compuesta de un sustantivo que significa *paz* y de un verbo que significa *hacer*. Los pacíficos son quienes *hacen la paz*, quienes la hacen de la nada, quienes la componen a partir del desorden, quienes la crean como Dios creó el Mundo de la nada y lo moldeó en la masa del caos. Y cuando Dios creó el Mundo, *vio que su obra era buena*, o sea que vio en ella la paz. Y la paz es el sello de Dios. *Paz* contiene la misma raíz que *pacto*, la misma raíz que *compacto*: alcanza la paz lo que está armoniosamente unido en la justicia; la paz es la plenitud en la unidad. Y lo que trastorna la paz es el pecado de la separación: el orgullo, la curiosidad, la ambición, la avaricia. Es pacífico el que en sí y en torno de sí extingue el orgullo, la curiosidad, la ambición, la avaricia y también la pereza y el miedo. El que "pone amor donde hay odio, el que pone perdón donde hay ofensa, el que pone unión donde hay discordia", según la plegaria de san Francisco que repetimos a diario. Aquel que con trabajo infatigable se consagra a restaurar la obra de Dios en la tierra merece el título más alto que pueda aplicarse a una criatura humana, el título propio del mismo Cristo, el título de *Hijo de Dios*. Porque su acción prolonga la del Creador y de tal modo lo asemeja a Dios.

8. Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia; porque de ellos es el Reino de los Cielos.

La octava Bienaventuranza termina como la primera: *porque de ellos es el Reino de los Cielos*. No basta con desapeñarse, con aceptar o buscar la pobreza voluntaria, el dolor y el sufrimiento, con recibirlo como una esperanza de consuelo, con purificarse para comprender la absoluta pureza del cielo. Es preciso, además, que los mansos, los que desean el bien, los que dicen verdad, los que tienen hambre y sed de justicia, los que han encontrado la paz, los que han creado la paz (la paz que no puede dar el mundo), es preciso que todos ellos sufran por la injusticia de los demás, que la padezcan en su cuerpo. Pues entonces podrán regocijarse, ya que esa injusticia no puede dañarlos y sólo puede destruir en ellos lo que debe ser destruido, lo que ellos mismos desean destruir. De suerte que quienes los persiguen obran con el permiso de Dios, y creyendo hacerles mal los liberan de los bienes inútiles, entre ellos del aliento vital, ya que según ha sido dicho, sólo encontrarán el aliento de la vida quienes lo hayan perdido.

XVI

LA SAL DE LA TIERRA

24 de enero de 1947. Calle Saint-Paul.

El Sermón de la Montaña es el núcleo, la alhaja de la doctrina. Por eso debemos leer, releer, meditar y penetrar en las palabras de este texto, sagrado entre todos. En la lectura de hoy no hemos de avanzar mucho. Leeremos la frase que sigue a la parte comentada en nuestra última reunión:

Mateo, V, 13: *Vosotros sois la sal de la tierra. Y si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? No vale ya para nada, sino para ser echada fuera, y pisada por los hombres.*

"Sal de la tierra", "sal que se desvanece" . . . ¿No habla de eso en otra parte del Evangelio? Sí, en Marcos, IX, 48-49: *Porque todos serán salados con fuego, y toda víctima será salada con sal. Buena es la sal: mas si la sal perdiese su sabor, ¿con qué la sazonaréis? Tened sal en vosotros y tened paz entre vosotros.*

Y en Lucas, XIV, 34-35: *Buena es la sal. Pero si la sal perdiese su sabor, ¿con qué será sazonada? No es buena, ni para la tierra, ni para el muladar, mas la echarán fuera. Quien tiene orejas para oír, oiga.*

Y vosotros, ¿habéis oído? ¿Os parece cosa difícil de oír y entender? Es preciso confesar que al principio somos duros de oído y no comprendemos nada. Busquemos el origen de esas tres frases acerca de la sal. La primera, la de Mateo, proviene de la 8ª Bienaventuranza: *Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia; porque de ellos es el reino de los cielos.* Tema desarrollado a continuación: *Bienaventurados sois, cuando os maldijeren, y os persiguieren, y dijeren todo mal contra vosotros, mintiendo por mi causa. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón muy grande es en los cielos; pues así también persiguieron a los profetas, que fueron antes de vosotros.*

¿Comprendéis la relación que media entre lo que acabo de leer y la frase sobre la sal? No. Veamos si en Marcos, IX, os resulta más clara: *Y llegaron a Cafarnaum y cuando estaban en la casa, les preguntaba: ¿Qué ibais hablando por el camino? Jesús habla en tono tranquilo, sin subrayar sus palabras, pero los discípulos están muy turbados. Mas ellos callaban; porque en el camino habían altercado entre sí sobre cuál de ellos sería el mayor. En verdad, no vale la pena ser santos y mártires en perspectiva para reñir como los mundanos y los cortesanos acerca de una rivalidad de primacía. Basta que Cristo los interroge para que ellos mismos se avergüencen y callen.*

Entonces: *Y sentándose, llamó a los doce, y les dijo: Si alguno quiere ser el primero, será el postrero de todos y el siervo de todos. Y tomando a un niño, le puso en medio de ellos; y después de haberlo abrazado, les dijo: Cualquiera que recibiere a uno de estos niños en mi nombre, a mí recibe; y todo el que a mí recibiere, no recibe a mí, sino a aquel que me envió. Y le respondió Juan, diciendo: Maestro, hemos visto a uno que lanzaba demonios en tu nombre, que no nos sigue, y se lo vedamos. Y dijo Jesús: No se lo vedéis. Porque no hay ninguno, que haga milagro en mi nombre, y que pueda luego decir mal de mí.*

Porque el que no es contra vosotros, por vosotros es. y cualquiera que os diere a beber un vaso de agua en mi nombre, porque sois de Cristo, en verdad os digo, que no perderá su galardón. Y todo aquel que escandalizare a uno de estos pequeñitos que creen en mí, más le valdría que se le atase al cuello una piedra de las que mueve un asno, y que se le echara al mar. Y si tu mano te escandalizare, córtala; más te vale entrar manco en la vida, que tener dos manos, e ir al infierno, al fuego que nunca se puede apagar. En donde el gusano de aquéllos no muere, y el fuego nunca se apaga. Y si tu ojo te escandaliza échale fuera; más te vale entrar tuerto en el reino de Dios, que tener dos ojos y ser arrojado en el fuego del infierno.

En donde no muere el gusano de aquéllos, y el fuego nunca se apaga. Porque todos serán salados con fuego, y toda víctima será salada con sal. Buena es la sal: mas si la sal perdiere su sabor, ¿con qué la sazonaréis? Tened sal en vosotros y tened paz entre vosotros.

¿Habéis comprendido ahora? Veo que no.

A decir verdad, esta serie de proposiciones presenta un aspecto incoherente. Resumamos: Se nos enseña que si queremos mandar, debemos servir. Hasta ahora comprendemos y el precepto es claro. Pero de inmediato se nos habla de recibir a un niño como se recibiría a Cristo y al propio Dios. Y súbitamente se nos habla de uno que lanzaba demonios y no seguía a los apóstoles. Y después se nos habla de un vaso de agua. A continuación, otra vez los niños: y se nos enseña que no debemos escandalizarlos. Tras ellos se nos dice que más vale cortarse la mano y el pie y arrancarse un ojo que caer íntegros en el infierno. Y después, para terminar, que la sal es cosa buena

Papias, contemporáneo de los evangelistas, nos informa que Marcos, discípulo de san Pedro, había recogido los hechos y dichos de Jesús y los redactó "sin orden". La página que acabamos de leer es, acaso, resultado de tal desorden.

Volvamos a Lucas, el más cultivado de los evangelistas, el de estilo más elegante, y veamos cómo trata este asunto (XIV, 25-35):

*Y muchas gentes iban con él; y volviéndose, les dijo:
Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su vida, no puede ser mi discípulo.
Y el que no lleva su cruz a cuestras, y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo.
Porque, ¿quién de vosotros queriendo edificar una torre, no cuenta primero de asiento los gastos que son necesarios, viendo si tiene para acabarla,
No sea que después que hubiere puesto el cimiento, y no la pudiese acabar, todos los que lo vean, comiencen a hacer burla de él,
Diciendo: Este hombre comenzó a edificar, y no ha podido acabar?
O, ¿qué rey queriendo salir a pelear contra otro rey, no considera antes de asiento, si podrá salir con diez mil hombres a hacer frente al que viene contra él con veinte mil?
De otra manera, aun cuando el otro está lejos, envía su embajada, pidiéndole tratados de paz.
Pues así cualquiera de vosotros que no renuncie a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.
Buena es la sal. Mas si la sal perdiere su sabor, ¿con qué será sazonada?
No es buena, ni para la tierra, ni para el muladar, mas la echarán fuera. Quien tiene oídos para oír, que oiga.*

¡Oh, hijos míos, hijos míos! ¡Qué difícil es esto! Resumamos. Se nos dice: odiarás a tu padre, a tu madre, a tus hermanos, a tus hermanas, tomarás tu cruz. Después se nos habla de una torre, después de un rey que lucha; después se nos dice que es preciso renunciar a todo; y por fin se nos dice que la sal es cosa buena. Y al cabo este desafío: *Quien tiene oídos para oír, que oiga.*

Hemos hablado ya de las tres enseñanzas de Cristo: la enseñanza que obra con palabras veladas, o sea con parábolas; la enseñanza de vida, o sea la enseñanza que obra por medio de

los actos y hechos; y por fin la enseñanza que obra con palabras descubiertas. Tenemos aquí un ejemplo de la pura enunciación de la verdad: pura y simple. Simple para quienes tienen oídos para oír. Si Cristo no se toma el trabajo de explicar llanamente lo que quiere decir, tiene sin duda un motivo. Y el motivo es claro: ya lo ha explicado en otra parte. Es que "las perlas no son para los puercos" y la comprensión de la verdad no ha de ser cosa fácil, sobre todo cuando se formula en palabras descubiertas.

No estoy aquí para instruiros, para alimentar vuestra curiosidad; al cabo de un año de comentarios no tendréis que aprobar ningún examen. Estoy aquí para agujonearos, o sea para daros elementos de trabajo, de trabajo interior. Si queréis comprender el Evangelio no esperéis de mí que os lo haga comprender (admitiendo que yo mismo lo comprendo). Si queréis de veras seguir mi enseñanza, es preciso que seáis actores y no espectadores. Es preciso que busquéis esa verdad que sólo uno mismo encuentra, por medio de la iluminación interior. El Evangelio no es una ciencia universitaria, no es una lección que debamos estudiar. Si se expresa mediante enigmas, es para que el espíritu nunca permanezca pasivo frente a él, aguardando que la Verdad se le ofrezca ya digerida.

Si queréis tener oídos para oír, si queréis leer el Evangelio provechosamente, abrid el libro después del ejercicio y cuando hayáis logrado una profunda concentración. Y abridlo de preferencia en la página que hemos comentado durante la semana. Cuando los nervios están distendidos, el intelecto apaciguado, el corazón clarificado, estaréis en condiciones de leer. Y las palabras resonarán en vosotros, y seréis penetrados por su sentido, sobre todo si habéis rogado que se os conceda la inteligencia, gracia inmensa y siempre inmerecida.

Entonces tendréis el único conocimiento valadero del texto. Estos comentarios no os servirán sino como aproximaciones. Pero indagemos si no hay una pendiente por la cual podamos deslizarnos hacia el sentido. "Pues así, cualquiera de vosotros, que no renuncie a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo". Ese *pues así* es un vínculo lógico con lo anterior. Y lo que precede es la historia de la batalla, la batalla de quien debería sentarse a gestionar la paz; y antes de la historia de la batalla está la historia de la torre, del hombre que debería sentarse y calcular antes de lanzarse en gastos inútiles por temor de que el mundo se burle de él. Volvamos a la fórmula e invirtamos la ecuación; quizá comprendamos mejor el pensamiento tomándolo por el otro extremo. Digamos, pues: quien no renuncia a lo que posee y quiere ser mi discípulo, es como el rey que con diez mil hombres marcha al encuentro de otro rey que acude a atacarlo con veinte mil, sin tomarse el trabajo de sentarse y reflexionar y enviar a un embajador para concertar la paz, mientras el otro rey todavía está lejos. Y es como el hombre que desea construir una torre sin darse el trabajo de pensar si tiene los medios de terminarla...

En efecto, el que posee debe ocuparse de lo que posee y debe defender lo que posee; mas para ser mi discípulo debería también ocuparse de las cosas espirituales y defenderse de los compromisos. Pero esto no es posible, es algo insensato, ridículo, digno de hacer reír a las gentes. El que posee se mostrará en vano como el más apacible de los hombres, dirá en vano que no se propone hacer daño a nadie, que, por el contrario, desea ser generoso. Su fortuna trabaja contra los demás en su provecho. Su fortuna -en tierras o en negocios- dirigida por los administradores, explota a las gentes. Y si él mismo no defiende su fortuna, la defenderá el Estado; por consiguiente, la adquisición o la gestión de su fortuna lo envuelven en una empresa semejante a la construcción de una torre. Y para defender lo que tiene -o para que lo que tiene se defienda por sí solo- se mezclará en la marcha de los asuntos públicos. Mejor haría si reflexionara y adquiriera un poco de sal, o sea un poco de sabiduría, a fin de comprender que es inútil tratar de poseer su casa, su comercio y su tierra, y al mismo tiempo

ser discípulo de Cristo. Si cree que lo conseguirá es un insensato, y si pretende que sólo conserva sus bienes para emplearlos al servicio de Cristo es dos veces insensato; a menos que sea un hipócrita. La relación de los parágrafos queda así explicada y podemos leer sin tropiezos todo el desarrollo, a partir de: Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aún también su vida, no puede ser mi discípulo. En otras palabras: para ser discípulos míos debéis renunciar a vuestros afectos y a vuestros apegos humanos [En efecto, así ha de traducirse, sin traicionarlo, el pensamiento oculto tras el duro precepto: Odiarás. No puede tratarse de odio, pero sí de desapego. Tal distinción, total y profunda, no podía señalarse en la lengua que hablaba Jesús y tampoco en la de los Evangelios, traducidos palabra por palabra del arameo o escritos en griego por judíos que seguían pensando en su propia lengua, falta de términos abstractos y vocablos psicológicos.], a vuestros vínculos domésticos y a vuestros asuntos. Y si queréis conservarlo todo al mismo tiempo, si queréis tenerme y al mismo tiempo a Dios y a Mammon, sois insensatos y no hay sal en vosotros.

Hay en vosotros una sal, una sabiduría que ha perdido su sabor, o sea su razón de ser: acaso seáis muy inteligentes en vuestros asuntos, pero habéis olvidado lo esencial; sois astutos y trapaceros, pero eso no os salvará del desastre, de un desastre ridículo. Siempre encontraréis a alguien dos veces más fuerte que vosotros que os aplastará. Ay de vosotros los reyes, si vuestro objeto es extender vuestros dominios hasta los confines de la tierra... Estáis haciendo un agujero en el agua. Mejor haríais sentándoos y reflexionando. Esto es para las multitudes que marchaban junto a Jesús: por eso el discurso concluye con las palabras *Quienes tienen oídos para oír, que oigan*. Porque es evidente que la multitud no ha comprendido nada de este discurso. Cuántos de entre nosotros formamos parte de esa multitud y seguiremos formándola hasta el fin.

Las multitudes siguen a Jesús porque Jesús es un personaje prestigioso, porque Jesús hace milagros asombrosos, porque seguirlo les parece interesante, curioso, divertido, acaso provechoso. Y Jesús, volviéndose, les dice: Si queréis seguirme, no será con vuestros pies; si queréis oírme, no es con los oídos que aguzáis. Si alguien quiere venir a mí, puede hacerlo, ninguna barrera le opongo. No alardeo de inaccesible, no me protejo con falsos misterios, no oculto mis verdades en los subterráneos de un templo. Digo la verdad abiertamente, pero es preciso que sepáis entenderme. Doy la beatitud, prometo la salvación y doy la salvación. Y en cambio no pido sino un óbolo. Sólo pido esto: renunciad a vuestro padre, a vuestra madre, a vuestro hijo, a vuestro hermano, a vuestra hermana. Renunciad a vuestras fortunas, a vuestras empresas, a vuestras ambiciones políticas, a vuestras esperanzas de mando. Renunciad a todo lo que poseéis y venid. Entonces estaréis en condiciones de recibir la dicha que ofrezco, que prometo y doy: que no sólo prometo sino además doy, que ya es vuestra cuando habéis renunciado a todo. *Bienaventurados* los pobres, porque el Reino de los Cielos *es* de ellos.

Y ahora retornemos a Marcos. En Marcos (no sé si lo mismo os ocurre a vosotros) lo que más me ha impresionado es una frase asombrosa: *...porque todos serán salados con fuego*. "Serán salados con fuego." ¿Dónde está situada esta frase? ¿Entre qué otros pensamientos se ha insertado éste? ¡Córtate la mano! ¡Córtate el pie! ¡Arráncate el ojo! Pues más vale todo eso que ser precipitado en el infierno donde no muere el gusano, donde el fuego no se extingue.

Y en seguida, después de este fuego infernal: "Porque todo hombre será salado con fuego".

Y en seguida, después de esta sal de fuego: "Buena es la sal: mas si la sal perdiera su sabor, ¿con qué la sazonaréis? Tened sal en vosotros y tened paz en vosotros". ¡Cuántos fuegos para llegar a la paz!

Y *toda víctima será salada con sal*. La sal no es únicamente la sabiduría. Recordemos el

capítulo II del Levítico, párrafos 11 y 13, donde se enuncian las condiciones del sacrificio: *“Ningún presente que ofrecieres a Jehová, será con levadura: Porque de ninguna cosa leuda, ni de ninguna miel, se ha de quemar ofrenda a Jehová. Y sazonarás toda ofrenda de tu presente con sal; y no harás que falte jamás de tu presente la sal de la alianza de tu Dios: en toda ofrenda tuya ofrecerás sal.*

La sal es lo que preserva de la podredumbre; es, con el agua y el fuego, uno de los medios de purificación. Por eso se la imparte, en el Bautismo, con el agua. Está escrito: *Ningún presente. . . será con levadura*, pues la levadura es una especie de corrupción. Los hindúes rechazan todo lo que está fermentado y todo lo que se parece a las cosas fermentadas: tanto el alcohol como el queso o los hongos. La miel está asimismo excluida del sacrificio, aunque se trate de un azúcar solar: pues la miel es símbolo de dulzura y facilidad. Pero la sal es *cosa buena*, es cosa que preserva de la corrupción. Es cosa amarga en sí, pero da gusto a todo lo que comemos y sólo es menester una cantidad ínfima para dar gusto a todo el alimento. Su gusto es irremplazable. Nada existe, salvo la sal, que tenga su gusto. Y si la sal pierde su sabor, nada existe en el mundo que pueda reemplazarlo, que pueda dar a la sal el gusto salado.

Porque todos serán salados con fuego. Este fuego es doloroso: está situado muy cerca del fuego del infierno para que no sea un fuego doloroso. Todo hombre será salado con fuego, todo hombre bueno o malo, sabio o necio, piadoso o criminal. Todo hombre será salado con fuego, todo hombre pasará por la purificación del dolor y de la muerte, pero esta purificación será su destrucción o su salvación. Y eso dependerá de su *ser*, de si está situado en el lado *purificable* de su naturaleza o en el lado *corruptible*. Todo hombre pasará por el dolor y por la muerte, pero este dolor, esta muerte, este mismo dolor y esta misma muerte lo matarán o lo harán vivir. Lo matarán o lo lavarán. Por eso es sabio y prudente y sensato preferir la purificación. Puesto que no escaparéis al dolor y a la muerte, servíos del dolor y de la muerte, sabed cuánto valen, sabed adónde pueden llevaros, convertidlos en algo saludable y no esperéis que ellos hagan de vosotros una carroña, un condenado. Qué sal tan llena de sabor es este conocimiento: y todo otro conocimiento, toda otra sabiduría es sal insípida. Observad que en los tres textos la frase acerca de la sal sigue a la idea del despojamiento, del dolor y de la purificación, tanto en Mateo (donde figura después de *Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia; porque de ellos es el Reino de los Cielos*) como en Marcos (donde figura después de *Y si tu mano te escandalizara, córtala*) y en Lucas (donde figura después de *Pues así cualquiera de vosotros, que no renuncie a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo*).

La sal de fuego es, por lo tanto, la *purificación del sacrificio*. Sois la sal de la tierra significa: sois esa pizca de sustancia que purifica a la masa inerte de la humanidad ordinaria y que da a su sacrificio un gusto agradable al Señor, pues esa masa está destinada a morir. Pero no quiere perecer, no sabe por qué ha de padecer. Vosotros lo sabéis. Vosotros, dichosos en la pobreza, en las lágrimas, en la persecución. Porque sabéis a qué esplendor, a qué goce, a qué paz os conduce esa filtración, esa transmutación, esa sublimación. Ésta es la única sal sabrosa, la única sabiduría saludable. No la perdáis: de lo contrario todo se perdería, inclusive el dolor y la muerte. ¿Qué es, pues, la sal sin sabor? Es el cristiano que no querría morir y no sabe por qué sufre, es el que no querría perder a su padre, ni a su madre, ni a sus hijos, ni a su mujer, ni a su hermano, ni su cuerpo, ni sus bienes, ni sus prerrogativas, ni sus esperanzas de adquirirlas algún día, ni sus privilegios. Ese falso puro atiborrado de vana filosofía y de saber abstracto, es indigno de la tierra y del muladar (según la vigorosa frase de san Lucas): de la tierra, puesto que se siembra la sal como signo de esterilidad; del muladar, puesto que la sal impide esa cálida fermentación que fecunda la tierra. En otros términos, ese cristiano es indigno del

espíritu y de la naturaleza: *y se lo echa afuera.*

Pero volvamos a Marcos, donde todavía nos queda por resolver más de un enigma. Habíamos quedado en la discusión de los discípulos: ¿Quién será el mayor? Para demostrarles enérgicamente que su discusión carece de sentido y, más aún, que es la negación de su razón de ser, *la destrucción del sabor de su sal*, Jesús les imparte la enseñanza que hemos leído. Los gestos interrumpen en ella las palabras, pero sin duda gestos y palabras deben vincularse secretamente. *Y sentándose llamó a los doce, y les dijo: Si alguno quiere ser el primero, será el postrero de todos, y el siervo de todos.* Si no os resulta bastante claro, no tenéis más que proseguir hasta el capítulo siguiente (X, 35-45), donde se reproduce la misma situación, o poco más o menos: *Entonces se llegaron a él Santiago, y Juan, hijos del Zebedeo, y le dijeron: Maestro, queremos que nos concedas todo lo que te pediremos. Y Él les dijo: ¿Qué queréis que os haga? Y dijeron: Concédenos que nos sentemos en tu gloria, el uno a tu diestra, y el otro a tu siniestra. Mas Jesús les dijo: No sabéis lo que os pedís: ¿podéis beber el cáliz que yo bebo; o ser bautizados por el bautismo, con que yo soy bautizado? Y ellos le dijeron: Podemos. Y Jesús les dijo: Vosotros en verdad beberéis el cáliz que yo bebo; y seréis bautizados con el bautismo, con que yo soy bautizado; mas sentarse a mi diestra, o a mi siniestra, no es mío darlo a vosotros, sino a aquellos para quienes está aparejado. Y cuando los diez lo oyeron, comenzaron a indignarse contra Santiago y Juan. Mas Jesús los llamó, y les dijo: Sabéis que aquellos que se ven mandar a las gentes, se enseñorean de ellas, y los príncipes de ellas tienen potestad sobre ellas. Mas no es así entre vosotros; antes el que quisiere ser el mayor, será vuestro criado; y el que quisiere ser el primero entre vosotros, será siervo de todos. Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y dar su vida en rescate por muchos.* La misma disputa, insensata y detestable, surge entre los discípulos la víspera de la Pasión. Y la misma respuesta les es dada, de modo aún más sobrecogedor e intenso, mediante el lavado de los pies. Observad, pues, cómo volvemos siempre al sacrificio, a la preeminencia del sacrificio; de donde resulta que la autoridad, la grandeza, la gloria y el lugar principal corresponden a quien es, a quien desea y debe ser el más sacrificado. Al revés de cuanto ocurre en el mundo, donde el más grande es quien sacrifica a los demás, donde el más grande es servido por todo el mundo y a nadie sirve, donde el más rico es quien aprovecha sin dar.

Esta inversión de la autoridad es, por lo tanto, la primera ley del Reino anunciado por el Evangelio. Y al cabo de mil años durante los cuales el Evangelio predica y predice esta inversión, la cristiandad se obstina en fingir que nada de ello ha sido prescrito o precisado: ya siga el quepis de un dictador o el gorro frigio de la república, continúa gobernando o dejándose manejar como en los tiempos de Tiberio o de Herodes. Como entonces, da al César lo que es del César. Pero no de acuerdo a lo que Cristo enseña, sino de acuerdo a lo que exige el César; no sólo el oro, sino también la ofrenda de la sangre y los honores divinos. Como entonces, los grandes siguen oprimiendo a los pueblos y los pequeños, por la promesa de su magro salario o por miedo, los llaman *benefactores*. Las revoluciones, es cierto, han conmovido el mundo, pero sin lograr la inversión total ordenada por el Evangelio: han cambiado la persona de los dominadores, pero en modo alguno el carácter de su dominación y su complemento de servidumbre; y nunca dieron el poder al jefe que el Mesías señala como único legítimo. Ha sido preciso que al fin surgiera un hindú para mostrar al mundo incrédulo el ejemplo de un Señor que reina sobre un gran pueblo por Derecho Divino de Santidad y Sabiduría, que posee el Derecho de Paz, de Gracia y Justicia, que posee el Reino -puesto que es pobre *a causa* del espíritu-, que sufre persecución por la Justicia, que ejerce el poder por deber y manda para servir, que es puro hasta el extremo de tomar sobre sí las faltas ajenas y de

castigarse por quienes le desobedecen, que es el liberador y el conquistador de la sangre de sus hermanos, que opone el amor a sus enemigos y la verdad a sus maniobras, que es el primero porque está más dispuesto que nadie al sacrificio [El autor se refiere a Gandhi].

Volvamos ahora a Marcos, IX. Después de decir una frase que es clara, Jesús hace algo que no lo es tanto:

Y tomando a un niño, le puso en medio de ellos; y después de haberlo abrazado, les dijo: Cualquiera que recibiere a uno de estos niños en mi nombre, a mí recibe; y todo el que a mí recibiere, no recibe a mí, sino a aquel que me envió.

El nexo lógico parece romperse. Aún más extraña es quizá la interrupción de Juan acerca del hombre que hace milagros en nombre de Jesús y a quienes los discípulos quieren impedir que les siga. Jesús les ordena que no se lo veden, subrayando así que no desea que sus discípulos formen una especie de escuela cerrada o de secta que pretenda monopolizar la verdad. Jesús enseña que su verdad pertenece a todos los que trabajan por la verdad y no trabajan en contra de Él, que es la verdad: la verdad no es una propiedad, no debe defenderse como se defienden las riquezas o las tierras. En suma: la verdad no ha de convertirse en el objeto del apego, en fuente de provecho.

Pero de pronto aparece otro escollo lógico que nos detiene:

Y cualquiera que os diere a beber un vaso de agua en mi nombre, porque sois de Cristo, en verdad os digo, que no perderá su galardón.

¿Qué relación tiene ese vaso de agua con la aspiración de cada uno de los, discípulos a ser el más grande, el que ordene? ¿Qué relación tiene el niño que Jesús toma en sus brazos con esa discusión entre los discípulos? La relación se explica en otra parte: si no sois semejantes a este niño no entraréis en el reino de los cielos.

El niño representa lo contrario de quien se considera maestro: es quien debe aprenderlo todo, quien está forzado a obedecer, quien es puro e inocente. Y Jesús lo toma en sus brazos como para decir -y en efecto lo dice- que ese niño está en Él y que ese niño es Él. Y todo lo que recibe a ese niño, o sea esa inocencia, esa sumisión, esa humildad, esa simplicidad, y "cualquiera que recibiere a uno de estos niños en mi nombre, a mí recibe; y todo el que a mí recibiere, no recibe a mí, sino a Aquel que me envió". Es decir, al propio Dios. Vosotros reñís acerca de quién es el más grande: el más grande será semejante a este niño; ése tendrá el mando entre vosotros, y no el que juega al rey, el que juega al capitán, el que juega al dictador, el que juega, al hombre importante. Y cualquiera que os diere a beber un vaso de agua porque pertenecéis a Cristo (y Cristo quiere decir rey)... De autoridad hablaba, ¿no es cierto? De autoridad sigue hablando. No hay faltas de lógica en el Evangelio, no hay distracción en el Evangelio, pero sí en quienes leen el Evangelio. Jesús sigue hablando de autoridad: si queréis mandar, *mandad* como si pidierais, y los que os obedezcan os obedecerán como si dieran un vaso de agua al sediento: a vosotros, que necesitáis que se cumpla la ley, a vosotros, que tenéis *sed de justicia*, os darán el vaso de agua de su obediencia. Nadie rehúsa un vaso de agua y nadie rehusará obedeceros si pedís, si mandáis como pidiendo. Y el que os diere un vaso de agua en mi nombre, o sea porque tenéis la autoridad de Cristo y no porque sois los más inteligentes o los más fuertes, sino porque tenéis sed de justicia, ése os obedecerá porque lo conquistará vuestra caridad y el amor de vosotros: y yo lo tomaré bajo mi protección, lo guiaré por mis caminos y no habrá desperdiciado su esfuerzo.

Como veis, el discurso es muy lógico y sigue desarrollándose:

Y todo aquel que escandalizare a uno de estos pequeñitos que creen en mí, más le valdría que

se le atase al cuello una piedra de las que mueve un asno, y que se le echare en el mar.

Pero si vosotros, los Doce, los Discípulos, los Cristianos, los que debéis tener autoridad, los que debéis tener esa autoridad que consiste en hacer observar la ley, la ley de Cristo, si vosotros escandalizáis al Niño, si violáis la pureza interior (y si la violáis y pretendéis ser grandes y dominar como dominan los tiranos), más os valdría ser arrojados al mar. Reñís por la grandeza; pero no tratéis de ser grandes, tratad de ser puros. Más bien temed ser grandes, temed ser ya demasiado grandes. El mundo juzga a las gentes por la grandeza de sus medios: éste es grande porque es hijo de rey, aquél es grande porque es rico; y aquel otro es grande porque tiene gran talento, gran inteligencia, vasta cultura. Pero no es así como Dios juzga a los hombres. La grandeza de un hombre nada tiene que ver con la grandeza de sus medios. El que ha recibido grandes dotes tiene una deuda enorme: en vez de alegrarse por los medios que ha recibido, debería temblar y temer que esos grandes medios sean para él una ocasión de caída. Muy lejos de procurar aumentar su grandeza, debería considerar que cuanto le pertenece, cuando le ha sido dado, todo eso de lo cual no puede prescindir, es superfluo... Por eso está escrito: Si tu mano te sirve de escándalo, si tu pie, si tu ojo...

Arráncalos. ¡Pobres, pobres necios! Queréis ser grandes, queréis tener grandes medios y no sabéis a qué os liga todo eso y en qué riesgos os pone. ¡Hasta el pie, la mano, el ojo!... El pie, o sea las bases, los fundamentos de vuestra vida; la mano, o sea vuestros medios de acción; el ojo, o sea vuestros conocimientos y vuestras luces.

Todo eso se os ha concedido en préstamo. Y de todo eso debéis obtener fruto. Si no os lleva adonde debéis ir, renunciad a lo que es vuestro, a lo que llamáis yo. Y si no odiáis a vuestro padre, a vuestra madre, a vuestros hijos, a vuestra hermana, inclusive a vuestra propia vida . . . El discurso sigue hasta la sal, hasta la sal de fuego, hasta la sal del sacrificio, de la sabiduría, de la alianza, hasta la sal de irremplazable sabor.

Este sabor "irremplazable" me hace pensar en un verso de Valéry:

L'inimitable saveur que l'on ne trouve qu'à soi même.

¿Sabía el poeta lo que decía? Lo dudo. Sin duda, hay algo de complacencia y algo de ironía en este verso. Pero lo que tal vez no quiso decir el poeta está dicho, de todos modos: es la fortuna de los poetas, que dicen más de lo que saben.

Sentimos en nosotros mismos un sabor inimitable porque nos amamos, porque no amamos sino a nosotros mismos. Ese inimitable sabor que sólo encontramos plenamente en nosotros lo reencontramos hasta cierto punto en todo lo que amamos: es el saber, la sal irremplazable que encontramos inexplicablemente en la criatura que queremos. Ese gusto de nosotros mismos reencontrado en otra persona es lo que llamamos amor. Y si por *nosotros mismos* entendiéramos de veras lo que esa palabra significa, si no entendiéramos falsamente nuestro cuerpo o nuestra persona o nuestra inteligencia, sino *nosotros mismos-nosotros*, el *mismos* tras el *nosotros*, el meollo del yo en el hueso del yo, entonces podríamos percibir ese gusto inimitable en toda cosa. Porque toda cosa encierra ese meollo, esa médula sabrosa. Y amar es paladear esa sal, esa sal de fuego, esa sal que debe destruir en nosotros todo lo que es podredumbre, o sea todo lo que ahora llamamos "nosotros mismos": el cuerpo corruptible y la inteligencia vacua, el sabor vano, las pretensiones y las glorias que deben caer como viejos desechos, como las vestiduras de un fantasma. Ese gusto nos enseñaría así el sentido del sacrificio. Y entonces no cumpliríamos con nuestro deber por deber, sino que iríamos al sacrificio por amor, por hambre, por sed. Y ése sería el sabor sabroso, la sabiduría saludable que tiene gusto, que tiene el gusto de la sustancia. La Sal es el gusto de la Sustancia.

XVII

LA LAMPARA BAJO EL CELEMÍN Y LAS PERLAS A LOS PUERCOS

Retomemos el texto de Mateo, V, 14:

Vosotros sois la luz del mundo. Una ciudad, que está puesta sobre un monte, no se puede esconder.

Ni encienden una antorcha, y la ponen debajo del celemín, sino sobre el candelero, para que alumbre a todos los que están en la casa.

A este modo ha de brillar vuestra luz delante de los hombres para que vean vuestras buenas obras, y den gloria a vuestro Padre, que está en los cielos.

Y al cabo de la aventura de Nicodemos:

la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz; porque sus obras eran malas.

Porque todo hombre, que obra mal, aborrece la luz, y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas;

Mas el que obra de verdad, viene a la luz, para que crezcan sus obras, porque son hechas en Dios (Juan, III, 19-21).

Todo esto es manifiesto y claro. Sin embargo, al mismo tiempo nos recuerda mandamientos semejantes, mandamientos contrarios. Por ejemplo, un poco más lejos, en el propio Sermón de la Montaña (VI, 1-6):

Mirad, que no hagáis vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos; de otra manera, no tendréis galardón de vuestro Padre, que está en los cielos.

Y así cuando haces limosna, no hagas tocar la trompeta delante de ti, como los hipócritas hacen en las sinagogas y en las calles, para ser honrados de los hombres.

En verdad os digo, recibieron su galardón.

Mas tú, cuando haces limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha.

Para que tu limosna sea en oculto, y tu Padre, que ve en lo oculto, te premiará.

Y cuando oráis, no seréis como los hipócritas, que aman el orar en pie en las sinagogas y en los cantones de las plazas, para ser vistos de los hombres. En verdad os digo, recibieron su galardón.

Mas tú cuando orares, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará.

Hay otros pasajes, demasiado abundantes para ser citados, que se resumen en esta frase de fuerza tan grande: *Ni echéis vuestras perlas delante de los puercos, no sea que las huellen con sus pies, y revolviéndose contra vosotros os despedacen.* Y las advertencias que se reiteran casi en cada página: *Si alguno tiene oídos para oír, que oiga...* "Yo os digo cosas, pero a las gentes de fuera no las digo en parábolas a fin de que, teniendo orejas, no oigan, y teniendo ojos, no vean".

Esta invitación a manifestarse claramente, este mandamiento que exige mostrar las propias obras y predicar la verdad y toda la verdad sin embozos, con palabras descubiertas y a todo el mundo, esta orden no es en modo alguna unívoca. Tratemos de explicarnos esta doble actitud. ¡Pero si es evidente! Existen muy buenas razones para mostrarse y muy buenas razones para ocultarse. Y mostrarse, y mostrar las buenas obras, y hacerlas resplandecer como la antorcha sobre el candelero, y decir a gritos las verdades más profundas, todo eso puede tener consecuencias malas y hasta desastrosas.

Veamos ante todo cuáles son las buenas razones para mostrarse y hablar. Están formuladas al final de los dos pasajes en que se presenta el mandamiento: "...para que vean vuestras buenas obras, y den gloria a vuestro Padre, que está en los cielos". "...para que parezcan sus obras, porque son hechas en Dios". Éste es el motivo, ésta la condición para que las buenas obras y la verdad sean vistas; y ésta es, asimismo, la medida para comprobar si es conveniente o no que la verdad y la bondad se manifiesten públicamente. Esa manifestación, ¿se inspira en el deseo de glorificar a Dios o en el afán de glorificarnos a nosotros mismos, en nuestra persona, como hacen los hipócritas que hacen tocar la trompeta en las plazas públicas para anunciar que distribuirán la limosna y rezarán en voz alta (cosa que ya no se hace, pero que tiene sus equivalentes)? ¿A quién corresponde la gloria? Eso es lo que debe preguntarse el que se muestra y habla. ¿Y quién es el que habla? ¿Es mi persona o es mi Yo, y Dios es mi Yo? Si es mi persona, que calle y desaparezca, que haga lo único por lo cual es tolerada: servir, servir y significar algo que no es ella _misma, servir a la Suprema Cosa.

Pero basta el escrúpulo más delicado para invitarnos a escondernos y callar si no es la verdad la que habla en nosotros. Y aun cuando es la verdad la que habla en nosotros, es preciso que en ocasiones sepamos callar. Los sabios de todos los tiempos, y el primero Jesucristo, nos aconsejaron callar y ocultarnos, callar y ocultar lo mejor de nosotros mismos para no buscar nuestra recompensa al mostrarlo. Pero también por temor de riesgos mayores. Los sabios de otros tiempos extremaron el secreto, y no sin motivo; por cuatro razones principales, a las que añadiría yo una quinta.

La primera: saber es poder. Y no es conveniente entregar ese poder a los indignos, cosa que Jesús expresa con estas palabras: "...no sea que los puercos las huellen con sus pies, y revolviéndose contra vosotros os despedacen". Si tenéis un revólver, no convendrá que lo pongáis en manos de un loco furioso; si tenéis una navaja, no convendrá que la pongáis en manos de un chimpancé que corre por una casa llena de niños, porque el chimpancé -como sus colegas, los demás civilizados- podría degollar a todos los habitantes de la casa, e inclusive a él mismo. Éste es, sin duda, el motivo por el cual los grandes secretos de la ciencia permanecieron ocultos con el mayor sigilo hasta nuestros días. Ocultos por los sacerdotes egipcios que los habían estudiado y los conocían, ocultos por los sabios de la China y por los sagaces emperadores que los gobernaban, ocultos hasta en imperios tan pervertidos, tan podridos de vicios como el Imperio Romano. Ha sido precisa nuestra locura para permitir -y con qué satisfacción, con qué inconsciencia, con qué criminal imbecilidad- que la ciencia extienda sus estragos y difunda sus frutos mortíferos. Y éste es el motivo por el cual los alquimistas de la Edad Media, que estaban en contacto diario con las fuerzas formidables de la naturaleza y que las conocían perfectamente -mucho mejor, sin duda, que los químicos actuales- callaron con tanto celo. Bajo pena de muerte no podía revelarse un secreto de técnica que se transmitía únicamente a discípulos de largo aprendizaje. Y el resultado de las experiencias no se inscribía sino en un lenguaje cifrado incomprensible para los no iniciados; aún hoy nos encontramos con textos que nos llenan de estupor. Los sabios comprendían que el saber no es un bien sino cuando está armonizado con todas las virtudes del que sabe; que un saber desbordante, desproporcionado, infiltrado en una naturaleza baja, no solamente deja de ser bien sino que es además un mal absoluto. Para transmitir al adepto una verdad (y sólo hablo aquí de verdades exteriores y naturales), era necesario que el carácter del hombre fuera templado, iluminado, y la dirección de su vida asegurada, y la buena intención de sus indagaciones demostrada, y su absoluto desinterés probado por completo. Entonces, una a una, con infinita lentitud, podían confiársele las perlas del saber, la simiente fija, el oro vivo, la piedra filosofal, la piedra de la transmutación, el principio del cambio interior, a fin de que la luz se

hiciera en su espíritu, a fin de que el corazón diera las gracias a Dios. Y no para entregarlas a las fábricas y los ejércitos, en pos de ganancias materiales, condecoraciones y títulos honoríficos.

La segunda razón para callar y ocultar lo que sabemos reside en que *conocer* es un modo de nacer, una operación de vida, y toda vida se oculta. No existe criatura viviente, siquiera sea una mosca, que no oculte y mantenga en secreto el principio que la hace vivir. Si abris una semilla, ha de secarse; si abris un lagarto, ha de morir; si exhibís una verdad, ha de extinguirse. Para que la verdad sea una verdad viviente es preciso que su centro sea profundo, escondido, contenido en una forma que se muestra ocultando su secreto. Por consiguiente; toda verdad, y en la medida en que la verdad es preciosa y profunda, exige el pudor. Por eso las religiones no explicaron nunca el objeto de la adoración ni lo demostraron: lo revelaron, o sea que lo mostraron bajo un velo luminoso. Por eso lo que existe de más brillante, la Luz misma, Dios mismo, es al propio tiempo lo más tenebroso, lo más espantosamente secreto; por eso ningún profano podía pronunciar en una ocasión cualquiera las cuatro letras del Nombre del Señor. Más allá de este pudor espiritual no hay sino vulgaridad y blasfemia.

La tercera razón para callar es el respeto hacia la dignidad del saber, puesto que el saber está hecho para la admiración de la naturaleza, para la adoración del Creador. Tal es el motivo por el cual el hombre ha sido dotado de razón: y cualquier malversación de ese poder divino, de esa luz divina, no es un simple pecado entre otros: es el Pecado, es el hecho de morder, de morder el fruto, el Fruto del Conocimiento. El respeto hacia la dignidad del conocimiento indica que es sacrílego permitir que el conocimiento sea adulterado, que el objeto del conocimiento sea opuesto al conocimiento mismo. Es criminal y es monstruoso; y todos aquellos que, conscientemente o no, se consagran a ese fin serán castigados. Es monstruoso que el conocimiento se emplee con fines utilitarios. Es repugnante que el hombre lo emplee para tratar de eludir las leyes de la condición humana, puesto que debe ganarse el pan con el sudor de su frente y lejos de hacer trampas debería emplear ese esfuerzo para redimirse, al menos en parte, o al menos para preparar su redención. Es repugnante y monstruoso que se emplee el saber para fabricar máquinas cuando el saber nos ha sido concedido para adquirir lo contrario de la máquina: la conciencia. Y todos los que se consagran a esa tarea infernal serán destruidos, serán castigados, como ya empiezan a serlo.

Es monstruoso que el hombre emplee el conocimiento, el divino conocimiento, para hacer que triunfe su bestia, para servir a sus apetitos. Y si al menos se tratara únicamente de apetitos... Pero también existen las ambiciones artificiales. Es monstruoso que la bestia humana triunfe por medio de la inteligencia hasta convertirse en una plaga para todas las criaturas. Para los antiguos, las Matemáticas, tal como las practicamos nosotros, y la Física, tal como la practicamos nosotros, eran una abominación. Matemáticas significa para Platón la contemplación de los Números; y la especulación matemática era un ejercicio espiritual como lo es para los hindúes –que la practican mediante la contemplación del yantra o forma geométrica que resume los atributos de la divinidad y expone las facetas de la unidad suprema-: no es, como entre nosotros, una ciencia del cálculo, no es un cálculo de mercader, de técnico, de artillero.

Otra razón para ocultarse y callar la verdad es la siguiente: el que busca la verdad ama la verdad. Y el que ama se abstiene de publicar, de exhibir el objeto de su amor. Se abstiene de fragmentarlo, de descomponerlo y recomponerlo por diversión o con la esperanza de ganar. Por el contrario, quiere que el objeto de su amor esté revestido de belleza: por eso la ciencia de los antiguos sabios y la sabiduría profunda de las religiones se expresaron siempre

en poemas y cantos de belleza absolutamente incomparable a la de los cantos que sólo están hechos para ser hermosos. Si tenéis un poco de piedad por la naturaleza humana no podéis comparar la Biblia o los Upanishad o el Libro de los Muertos de los egipcios o el Evangelio con la obra maestra más importante que un gran artista haya escrito para expresarse, para agradarnos, para distraernos o para conmovernos. Esa belleza sobrecogedora sólo pertenece a los Libros Sagrados, porque únicamente de ellos puede decirse que "la belleza es el resplandor de la verdad".

La quinta razón para callar y ocultar la verdad, o al menos para callarla durante largo tiempo y haciendo sentir que podríamos y querríamos mostrarla, reside en que la verdad es la cosa más preciosa que existe: y quien la adquiere debe sufrir para saber, para sentir, para gustar todo su valor. Es preciso que luche para conseguirlo, que supere todas las etapas, que sude sangre y agua, que esté dispuesto a darlo todo, a abandonarlo todo. Por lo tanto es piadoso que si tenéis una verdad para enseñar a alguien no se la arrojéis a la cara el primer día. Por lo demás, nadie la comprendería. podéis poner la antorcha sobre el candelero: no dará luz al ciego, y todos nosotros hemos nacido ciegos y vivimos ciegos. Ciegos para la luz invisible. Y nuestra ceguera para la luz invisible no es una injusta invalidez que nos impone el cielo. Porque si no es siempre una ceguera voluntaria, hasta cierto punto es siempre una falta de voluntad de ver claro. La adquisición de esa voluntad de ver claro y el desarrollo de esa voluntad en el hombre natural, es decir ciego, son los dones que otorga la claridad. Y esos dones pueden suscitarse mostrando o escondiendo la verdad, según los casos.

He expuesto las razones que los sabios tienen para callar; he dado las buenas razones para callar. Hay además otras razones: las malas. También las formula el texto: "Porque todo hombre, que obra mal, aborrece la luz, y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas". Lo mismo puede decirse de la mentira o la ignorancia y también del mal, que no son en el fondo más que una sola cosa. La ignorancia se esconde, y el ignorante hábil, el idiota ingenioso emplean para ocultar su ignorancia los mismos métodos que los sabios empleaban para ocultar su saber. Así el charlatán y el falso profeta se rodean de un misterio espectacular y conocen el arte de decir y no decir. Y unas veces se muestran y otras se ocultan y calculan sus entradas, sus salidas, sus muecas.

Eso no es todo: guardar entre varios un secreto es una posibilidad real de unión, y de esta unión nace una fuerza que puede ser provechosa al dueño del secreto. Por eso puede ser ventajoso para el taimado fingir un secreto que no existe con el fin de reunir a su alrededor a los cándidos y a los cómplices, a los semicándidos y a los semicómplices que guardan el secreto y el juramento del secreto, la fraternidad del secreto, y amparados por esta fraternidad desarrollan un poder equívoco. Así se difundieron y perpetuaron (si es que no se fundaron de este modo) las sociedades secretas que aún hoy infestan nuestra civilización. Por lo demás, ocurre a veces que a fuerza de guardar el secreto, a fuerza de evitar huellas que puedan seguirse fácilmente, los supuestos guardianes del secreto acaban olvidándolo. Si es cierto que los francmasones descienden en línea directa de los constructores de catedrales (cosa que no está probada ni puede estarlo), habrán tenido secretos, y secretos venerables, y tales secretos explican sin duda el origen de su poder, que no podría explicar una mera superchería. Pero sabe Dios cómo -y acaso sencillamente por "exceso de secreto"- su secreto fue perdiéndose poco a poco. Cuando pensamos que el "filósofo" Voltaire estaba iniciado y recibió el delantal de manos de Helvecio, cuando pensamos en los politiqueros que poseen altas dignidades en esas asociaciones misteriosas y han pasado por no sé que iniciaciones más o menos egipcias, lo menos que podemos creer de ellos es que no están en el secreto de las cosas.

El problema, por lo tanto, se planteará siempre de este modo: ¿Hasta qué punto hay que guardar el secreto? ¿Hasta qué punto debemos mostrarnos? ¿Hasta qué punto la prédica es una vulgarización y una vulgaridad, hasta qué punto es un martirio, es decir, un testimonio? ¿En qué forma es necesario enseñar la verdad, y a quién, y en qué momento? ¿Habrá que enseñarla de un modo a algunas personas y de otro modo a las restantes? ¿Será preciso que unos enseñen de una manera determinada y los demás de otra manera? Y unos y otros, ¿afirman, acaso, la misma verdad en planos distintos, aunque las formas difieran y hasta sean opuestas?

Creo que para este problema los textos que comentamos en este momento dan una solución, y la Iglesia un ejemplo. Estos textos, como sabéis, se han difundido por todo el mundo, podemos leerlos y oírlos todos los días y a cualquier hora del día; tienen un aire de sencillez, de claridad infantil y, en efecto, son infantiles. Pero, ¿quién de nosotros es bastante niño para comprenderlos? Están abiertos a todos, son una antorcha sobre el candelero y sólo pueden verlos quienes tienen ojos. Podemos declamarlos y mimarlos de mil maneras distintas: frente a quienes no tienen orejas, su verdad -como la verdad de todo lo que vive- se defiende por sí sola. La Iglesia, como todas las grandes escuelas de la sabiduría, enseña a todos un catecismo y una moral de valor universal y posee a la vez una teología con su lenguaje secreto: el latín. Y con el mejor de los criterios prohíbe que se lea la Biblia en romance sin comentarios y ofrece a todos los hombres sus ceremonias, con sus símbolos asombrosos y admirables, insondables, mil veces milenarios, sin explicarlos a nadie. "Quien tiene ojos para ver, que vea, quien tiene oídos para oír, que oiga". Muchos serán llamados, pocos serán elegidos. Porque existe una barrera infranqueable para los profanos. Una barrera que Jesús anuncia muy claramente a las multitudes que le siguen: sí no odias a tu padre, a tu madre, a tus hijos, tu vida misma; si no tomas tu cruz, no puedes ser mi discípulo. Pero si tienes la dicha de ser perseguido, si tienes la dicha de derramar lágrimas, si tienes la dicha de ser pobre *en espíritu y a causa del espíritu* y menesteroso del espíritu, si tienes el corazón puro, o sea purificado por la larga busca de la luz; por los largos desgarramientos y desapegos que te son exigidos antes de cubrirte con las vestiduras de fiesta, entonces has de ver a Dios y podrás mostrar tus obras sin orgullo, puesto que no te ensalzarán a ti, mas glorificarán a Dios. Y tú has de entrar en la gloria al morir: has de entrar vivo en la gloria.

XVIII

ABROGAR O CUMPLIR LA LEY

No penséis que he venido a abrogar la ley, o los profetas: no he venido a abrogarlos, sino a darles cumplimiento.

Porque en verdad os digo, que hasta que pase el cielo y la tierra, no pasará de la ley ni un punto, ni una tilde, sin que todo sea cumplido.

Por lo cual quien quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y enseñare así a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas quien hiciere y enseñare, éste será llamado grande en el reino de los cielos (Mateo, V, 17-19).

No es innecesario indagar de qué Ley se trata. Si hojearnos la Biblia, buscamos el Levítico y lo leemos cuidadosamente, desde el principio hasta el fin comprobaremos forzosamente que ni

un solo punto, ni una sola tilde de la letra subsistió para quienes siguieron a Cristo. La Ley dada por Moisés a su pueblo se divide en tres partes:

La primera es la *Ley Sagrada*, la Ley del Sacrificio, las prescripciones rituales para el sacrificio de los animales, de la harina, del aceite y de la sal.

La segunda parte es lo que podríamos llamar la *Ley de Pureza*, es la serie de rigurosas prescripciones relativas a la pureza personal, a la manera de lavarse de las máculas a la vez corporales e invisibles, puesto que no se trata en absoluto de limpiarse de lo que hoy llamamos suciedad. No está sucio quien está cubierto de polvo o de pringue; está sucio quien ha tenido contacto con un animal o una persona declarados impuros, está sucio quien ha cometido una acción -quiera involuntariamente declarada impura. Lavarse de esta clase de impurezas impone abundantes abluciones, retiros y sacrificios en el templo.

La tercera parte se refiere a los *Mandamientos morales* y trata de los diferentes crímenes: incesto, adulterio, robo, mentira, sodomía, bestialidad, hasta alguna indelicadeza o dureza de corazón. Esta Ley, tajante y feroz, ordena al hombre de bien no cosechar enteramente su campo ni recoger los frutos caídos en el huerto, a fin de que el pobre y el extranjero tengan algo que espigar.

De todo este imponente edificio que un pueblo mantuvo en pie durante siglos a fuerza de privaciones y fatigas, no queda más que el templo de Jerusalén. Sin duda todas las abominaciones enumeradas en la tercera parte de la Ley son reprobadas y castigadas entre los cristianos, pero éste es rasgo común a todos los pueblos del mundo y no hay ningún motivo para creer que tales interdicciones -sin las cuales ninguna sociedad podría subsistir- nos vienen de Moisés.

Las otras dos partes de la Ley han perdido todo vigor en otros pueblos que el israelita de pura observancia (del que no quedan muchos sobrevivientes). Es preciso decir que el primero en dar la señal de la gran demolición fue el propio Cristo. Buena parte de su enseñanza es una negación, en palabras y actos, de los mandamientos, pequeños y grandes, de la ley de Moisés. No es por casualidad como multiplica los milagros en el día del Sabbath, cuando la Ley ordena que en ese día todo hombre permanezca en su casa sin hacer nada. No es sin intención como permite a sus discípulos sentarse a la mesa sin lavarse las manos, cosa que sería un sacrificio para los judíos y para los hindúes actuales. No es por casualidad como sus imprecaciones caen siempre sobre los fariseos y los escribas, es decir sobre los sabios y los puros, los puros observadores de la Ley. Entre todos los profetas hebreos, Jesús se distingue porque no fulmina contra los pecadores, sino contra los *puros* o quienes se dicen puros. No es que permita el pecado ni que demuestre indulgencia, porque no deja de amenazar con la justicia divina a quienes faltan a sus deberes. Pero insiste poco en esa amenaza, y más en el perdón. ¿Cómo entender, entonces el pasaje que acabamos de leer?

Otro pasaje nos dice que no conviene tomar la ley ni la enseñanza “según la letra, mas según el espíritu”. Esta frase, por lo demás, tiene doble filo, pues traducimos “según la letra” en el sentido latino: al pie de la letra significa para todos los latinos *en sentido bruto*, o sea falto de interpretación. No creo que para cualquier israelita el sentido de la frase fuera el mismo. En efecto, ya en tiempos de Jesús existía la tradición filosófica que recibe el nombre de Cábala. Y la Cábala podría llamarse *Interpretación de los textos al pie de la letra*.

Cada letra del lenguaje sagrado tendría una correspondencia numérica, una correspondencia

astral, una correspondencia mágica, una correspondencia metafísica, y las palabras de un texto, por el solo hecho de estar compuestas de letras, comportarían muchas significaciones que la lectura pura y simple de la frase no puede dar. Así, un doctor cabalista puede jactarse de extraer toda una metafísica de un párrafo cualquiera de la Biblia, por ejemplo de una enumeración de nombres propios. Os daré un ejemplo de esta suerte de especulación: Sabéis que en el Génesis, el Creador recibe el nombre de Eloim. Eloim es sencillamente el plural de la palabra Elí, que significa *Señor*, plural de respeto. El sutil rabino divide en dos esa palabra y encuentra así en ella la palabra *elé*, que significa *eso*, y la palabra *im* que, según él, es inversión de *Mi*, que significa *Quien*. Al principio, dice el doctor, *Quien* era el único existente (Aquel que es por sí solo, el Ser, como dirían los hindúes). *Quien* existía y se llamaba *Mi*, pues ninguna otra cosa existía entonces. Pero hoy, que el mundo ha sido creado y nosotros, las criaturas, vemos a *Quien* desde el fondo del mundo, lo vemos desde abajo y como a la inversa: por eso su nombre es *Im* y no *Mi*. De esta lectura de letras se deduce toda una descripción de la creación del mundo y una serie de imágenes, por lo demás admirables y luminosas, a las que sólo podemos hacer un reproche: su absoluta falta de relación con el Génesis.

Cuando Jesús dice que no debemos tomar los textos y las leyendas *al pie de la letra*, mas según el espíritu, quiere decir sin duda que conviene tomarlos de acuerdo al espíritu con que los dictó el Legislador, sin añadir interpretaciones fantásticas, por hermosas que puedan ser. Pero esto no impide que el error de traducción (si así puede llamarse) contenga en sí una verdad. Ésta es la única interpretación que la Iglesia y toda la tradición cristiana conservaron. Y esta interpretación, aunque sea falsa, enuncia una gran verdad y contiene un precepto muy útil, sobre todo para nosotros, los occidentales de hoy, que sentimos la tentación de tomarlo todo al pie de la letra y nos jactamos de nuestra innata incapacidad para la simbología. En otros términos: "tomad los textos según el espíritu" sólo admite una interpretación; "no los toméis según la letra" admite dos interpretaciones opuestas e igualmente válidas. Si no hemos entendido claramente el sentido del precepto y de esta profecía acerca de la Ley, no tenemos más que seguir la lectura para ver mejor de qué se trata:

Porque os digo, que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y de los fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.

Oísteis lo que fue dicho a los antiguos: No matarás; y a quien matare, obligado quedará a juicio.

Y quien dijere a su hermano: Raca, obligado quedará a concilio. Y quien dijere: Insensato, quedará obligado a la gehenna del fuego.

Por lo tanto, si fueres a ofrecer tu ofrenda al altar, y allí te acordares, de que tu hermano tiene alguna cosa contra ti,

Deja allí tu ofrenda delante del altar, y ve primeramente a reconciliarte con tu hermano, y entonces ven a ofrecer tu ofrenda.

Éste es, pues, el sentido del "mandamiento más pequeño" observado en sus menores detalles. *No ensucia al hombre lo que entra en la boca; mas lo que sale de la boca, eso ensucia al hombre.* O sea los malos pensamientos que colman el corazón, o sea las maledicencias, o sea las frases vanas...: todo eso ensucia al hombre. No son los contactos con las cosas declaradas sucias las que manchan al hombre: es la perturbación del corazón la que ensucia al hombre, es la avidez, la avaricia. Allí está el Complemento de la Ley: *Oísteis lo que fue dicho a los antiguos... Mas yo os digo...* Toda la continuación, o buena parte de ella, del Sermón de la Montaña será una enunciación de ese Complemento de la Ley. Las observancias exteriores no son válidas por sí solas. Purificaos desde dentro, obrad bien, con pureza y secreto, puesto que vuestro Padre os ve en secreto, y lo que es glorioso ante los hombres de nada vale ante Dios.

Las obras importantes y útiles para los ojos ajenos no tienen ningún valor entre las cosas invisibles.

El Complemento de la Ley no es otra cosa que el cumplimiento de la Ley "en profundidad": es su aplicación "por dentro", en espíritu y en verdad. El Complemento de la Ley no es la promulgación de una nueva lista de acciones lícitas y defendidas, pues las mismas acciones que ayer estaban prohibidas en nombre del Eterno lo estarán siempre, y todas las acciones lícitas y obligatorias desde el principio continuarán siéndolo hasta que llegue el Reino en que ya no será necesaria la Ley, pues todo se hará en él por amor y por gracia. El Complemento de la Ley no es una nueva lista de prescripciones, un ritual más escrupuloso y minucioso que el de los antiguos: es una vuelta a nosotros mismos, y ésta es la esencia de la Ley. El Complemento de la Ley de Purificación será un dominio absoluto de nosotros mismos, de la concupiscencia de los sentidos, de las curiosidades del intelecto, del desenfreno de la imaginación y la lengua (timón que puede llevar la nave entera a la perdición); será el repudio de lo impuro, de las mentiras y los compromisos. El Complemento de la Ley Sagrada será una íntima efusión en el seno del Divino Padre y en secreto.

Así interpreta esta parte del Sermón la tradición occidental; pero va demasiado lejos, porque la interpretación no puede ser exclusiva de la letra. Y no sólo ha desechado el punto y el tilde de la letra, sino además la letra, y la frase toda, y los párrafos, uno tras otro, con su sentido, y con ellos el espíritu del Legislador.

Porque si Cristo levantó su voz contra los abusos paralizadores y adormecedores de las observancias, contra el orgullo y la astucia de quienes buscan amparo en la Ley y se creen justificados por ella, nunca renegó de esta Ley ni del Espíritu de esta Ley. Su historia demuestra que se sometía a los ritos tradicionales como todo buen hijo de Israel, y que todos los años subía al templo de Jerusalén para celebrar la Pascua y aun con riesgo de su vida.

El mundo occidental ha llegado a considerar que nada es impuro, que nada está sucio, que nada es indigno de ser tocado, que nada es indigno de ser dicho, que nada es indigno de ser pensado. Hemos olvidado que la condición de la purificación del espíritu es cierta purificación del cuerpo, que no es lícito tocarlo todo, decirlo todo, complacerse en la impureza, presentarse frente a Dios de cualquier manera sin lavarse previamente. Hemos olvidado asimismo el sacrificio sangriento. No echo de menos esas carnicerías sacras, pero Cristo no abolió el Sacrificio, sino que él mismo lo cumplió. Cristo quiso ser el cordero de los sacrificios, degollado en el Templo por el pecado de quien lo presentaba. Y Cristo nos enseña que no hay víctima propiciatoria para nuestra propia purificación, que somos nosotros mismos quienes debemos ofrecernos en holocausto. Yo agrego lo que falta a los sufrimientos de Cristo: *Adimpleo quae desunt passionibus Christi*, dice san Pablo.

Cuando hacemos de la religión cristiana una efusión sentimental, la falseamos por completo, la desnaturalizamos y la ensuciamos. Considero que entre nosotros la misión de un reformador actual consistiría en restablecer de algún modo la Ley de Purificación. ¿Por qué todo el siglo es blasfemia, impureza, fealdad? Por olvido de la Ley de Purificación. A causa de esta abrogación el cuerpo está escindido del espíritu, y la vida cotidiana de toda significación religiosa y la apariencia de la realidad.

Sería una misión muy alta restablecer con formas nuevas, para nosotros mismos y para nuestras familias, las dos partes primeras y principales de la Ley, hoy caídas en desuso: la Ley del Sacrificio y la Ley de Pureza, a fin de que el hombre se disponga íntegramente (en cuerpo

y alma) a entrar en la vida espiritual, y para que una vez llegado a esa vida espiritual se exprese con plenitud en todos los planos. Todo discípulo de Gandhi sabe qué quiero decir: para él, las tres partes de la Ley son válidas en espíritu y en verdad.

Asimismo, quien enseñe a los hombres a observar los mandamientos más pequeños (o sea los mandamientos que se refieren a las observancias exteriores), a observarlos según su espíritu, *ése será llamado grande en el Reino de los Cielos*.

XIX

AMAD A VUESTROS ENEMIGOS O DE LA CARIDAD

28 de febrero de 1947

La coherencia del Sermón de la Montaña, según Mateo, no se descubre a primera vista: ese texto parece, en efecto, una acumulación de discursos diversos. Refuerza esta impresión el hecho de que en los otros evangelistas encontramos algunos pasajes dichos en circunstancias diferentes. El Sermón, según Mateo, parece reunir lo mejor de toda la prédica del Señor. Tal vez sea así, pero es indudable que el Evangelista no reunió esas espigas al azar. Por el contrario, seguía un plan determinado y si creemos ver soluciones de continuidad entre una imagen y otra es porque no penetramos en esas imágenes ni captamos su significación. Las significaciones se suceden perfectamente. Para resumir, podemos seguir el camino trazado desde las Bienaventuranzas hasta el punto a que hemos llegado: las Bienaventuranzas expresan la transfiguración de nuestra naturaleza toda para entrar en el camino nuevo: Bienaventurados los pobres, bienaventurados los que lloran, bienaventurados los perseguidos, bienaventurados los que el mundo cree desdichados. Después, a partir de este pensamiento, las frases acerca de la sal de la tierra, la sal del dolor, el sacrificio necesario para entrar en el camino. Después, el anuncio de la luz: este camino es el camino de la luz y esta luz debe brillar. No está hecha para ser puesta bajo el celemín, sino para iluminar a los hombres y glorificar a Dios. Y esta luz proviene de la Ley nueva. Ahora bien, esta nueva Ley no es nueva. ¿Cómo podría ser nuevo lo eterno? Cada vez que se afirma una cosa eterna, se presenta con el fulgor de la novedad absoluta y nos produce la impresión de las grandes sorpresas. Pero al revés de las sorpresas corrientes -que dejan de serlo y de impresionarnos en cuanto nos habituamos a ellas- las novedades eternas nos impresionan con fuerza cada vez más profunda, a medida que penetramos en ellas y ellas nos penetran. Y Cristo dijo: *No he venido a abrogar la Ley, sino a darle cumplimiento*. Y sigue la enunciación de la Ley nueva, de la eterna Ley nueva: *Oísteis que fue dicho a los antiguos: no harás esto, no harás aquello. Mas yo os digo...*

Así se formula el *Complemento*. El Complemento de la Ley no es sino un ahondamiento en la Ley. Dijeron los antiguos: No matarás, y yo te digo que si te encolerizas con tu hermano ya eres pasible de condena, como si lo hubieras matado. Dijeron los antiguos: No cometerás adulterio, y yo te digo que si miras a la mujer de otro con avidez ya has cometido adulterio. Dijeron los antiguos: No perjures, y yo te digo que no debes jurar, porque el que jura siempre puede exponerse al perjurio; el que jura por su cabeza sólo debe abstenerse de jurar, porque ningún poder tiene sobre su cabeza. Que diga tan sólo: "Sí, sí. No, no". Basta con ello, y que no evoque el Nombre de Dios en vano, como ya lo prescribió la Ley Antigua.

Hemos así llegado a un punto culminante, si no al punto culminante de esta Ley Nueva:

*Habéis oído que fue dicho: Ojo por ojo, y diente por diente.
 Mas yo os digo, que no resistáis el mal; antes si alguno te hiriere en la mejilla derecha, párale también la otra.
 Y a aquel que quiere ponerte a pleito, y tomarte la túnica, déjale también la capa.
 Y al que te precisare a ir cargado mil pasos, ve con él dos mil más. Da a! que te pidiere; y al que te quiera pedir prestado no le vuelvas la espalda.
 Habéis oído que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo...
 Mas yo os digo: amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian,
 Para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos, el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos y pecadores.
 Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos?
 Y si saludareis tan solamente a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen esto mismo los gentiles?
 Sed, pues, vosotros perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto
 (Mateo, V, 39-48).*

Cuando digo que éste es el punto culminante y principal, encuentro confirmación en el hecho de que en Lucas, el mismo pasaje figura inmediatamente después de las Bienaventuranzas, como su complemento. Oigámoslo:

*Mas dígoos a vosotros, que lo oís: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os quieren mal.
 Bendecid a los que os maldicen, y orad por los que os calumnian.
 Y al que te hiriere en una mejilla, preséntale también la otra. Y al que te quite la capa, no le impidas llevar también la túnica.
 Da a todos los que te pidieren; y al que tomare lo que es tuyo, no se lo vuelvas a pedir.
 Y lo que queréis que hagan a vosotros los hombres, eso mismo haced vosotros a ellos.
 Y si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tendréis?, porque los pecadores también aman a los que los aman a ellos.
 Y si hicieréis bien a los que os hacen bien, ¿qué mérito tendréis?, porque los pecadores también hacen esto.
 Y si prestareis a aquellos, de quienes esperáis recibir, ¿qué mérito tendréis?, porque también los pecadores prestan unos a otros, para recibir otro tanto.
 Amad, pues, a vuestros enemigos; haced bien, y dad prestado, sin esperar por eso nada; y vuestro galardón será grande, y seréis hijos del Altísimo, porque Él es bueno aun para los ingratos y malos.
 Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso
 (Lucas, VI, 27-36).*

E inmediatamente después: *No juzguéis...*

Hemos llegado así al meollo de la Ley Nueva, tan nueva para nosotros que, después de promulgada, no hemos vuelto a oírla en dos mil años. Y no es ésta la primera vez que es promulgada, pues dice Isaías: He ofrecido la espalda a quien me golpeó, he tendido el rostro a quienes me arrancaban las barbas. Tono muy raro en el Antiguo Testamento, acento perdido en el fragor de las voces opuestas. Pero acento claramente percibido en otros climas, ya que es uno de los puntos principales de la enseñanza de Buda. Por lo demás, interrogado por el fariseo que trata de pescarlo en falta: *Maestro, ¿cuál es el grande mandamiento de la ley?*, Jesús responde: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todo tu entendimiento. Éste es el mayor, y el primer mandamiento. Y el segundo semejante es a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo* (Mateo, XXII; Marcos, XII; Lucas, X). Y el fariseo, reconociendo la autoridad del texto, no encuentra qué responder.

Pero, ¿qué amor es éste, que no es la unión de los esposos, ni el ardor de los amantes, ni el acuerdo de los amigos, ni la predilección de los prójimos, sino el amor del prójimo, o sea de cualquiera, del que está allí? ¿Qué amor es éste, que no es una dulce y confortante efusión del corazón, y no es intercambio de beneficio, sino don y abandono total, sin cálculos?

Y ante todo: ¿es que tiene nombre? Sí, y un nombre divinamente hermoso, pues se llama *Caridad*. Y si este nombre, que significa *Gracia* [La relación entre *caritas* o *charitas* con el griego *charis* es objetable: tanto peor. (*Nota del autor.*), ha perdido su sal, ¿con qué lo sazonaremos, con qué sal de fuego?

Hoy solemos hablar de "hacer caridad", cosa que con frecuencia no tiene más relación con la caridad que "hacer el amor" con el Amor y "hacer gracias" con la Gracia. No. La caridad es algo que no puede *hacerse*, es increada, es el soplo mismo de Dios.

La Caridad es la sobreabundancia de la Justicia y la Ley de Libertad, es la ruptura de todos los lazos, la liberación absoluta, el reverso del amor propio y de la concupiscencia, la dicha en el sufrimiento y el sacrificio espiritual, la comunicación con la Gracia, el don y el descubrimiento de la esencia, el conocimiento perfecto de la verdad viviente; siete puntos que procuraremos aclarar sucesivamente.

Ante todo es importante saber que la Caridad no es un afecto. Si lo fuera, no podría ser objeto de un mandamiento, ya que podemos obedecer cuando tenemos afectos, pero no podemos contraer ninguna clase de afecto por obediencia. El amor que es objeto del "mayor mandamiento" no pertenece, pues, a la sensibilidad, sino a la voluntad. No es un sentimiento, pero sí una virtud. Este amor no roza ningún aspecto de nuestro ser, pero nos consagra íntegramente a la obra: Amarás con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu entendimiento. Del corazón pasa a la cabeza y del alma al cuerpo para traducirse en obras. Esta virtud es, por lo tanto, el complemento, la realización, la plenitud de toda nuestra naturaleza.

Por lo demás, todo amor llena nuestra medida y desborda de ella. Todo lo que odio me aísla, me endurece dentro de mis límites, me restringe, mientras que si me engrandezco es gracias a lo que amo. ¿Cuál es el límite de lo que es "yo" y "mío", sino los demás, sus derechos y sus fuerzas? Pero si amo a los demás, ¿dónde está mi límite? Al oponer nuestras fuerzas las anulamos, al conjugarlas las multiplicamos. Al participar de las fatigas ajenas las disminuyo; al participar de sus alegrías, las multiplico. Saco provecho de lo que recibo, y esto es más de lo que doy. Sí, pero como dice Valéry:

*...rendre la lumière,
Suppose d'ombre une morne moitié.*

Si recibís el sol en la cara, la espalda os queda en la sombra y todo vuestro cuerpo proyecta una sombra sobre la tierra; lo mismo ocurre con el Amor. Todo amor del corazón o de la carne tiene su reverso de odio y con frecuencia el reverso es mayor que el anverso. Si quiero con pasión a una mujer, odio a todos aquellos que podían hacerle o desearle mal, así como a quienes tienen la poca consideración de no admirarla. Pero con ello no me basta: odio también a quienes la quieren demasiado y procuran atraerse sus favores. Pero esto no es nada. Porque si esa mujer se enamorara de otro y me infligiera la suprema injuria de encontrar su bien fuera de mí mismo, mi gran amor me llevaría a odiarla a muerte.

Qué decir del apego avaro y celoso de las familias, hundidas en su satisfacción y sus riñas.

Qué decir de su *afecto*, sino que la palabra se parece a *infecto* y se aplica también con respecto a las enfermedades. En esta tibieza se agrian los humores y se pudre el corazón, mientras la indiferencia con respecto al mundo entero se espesa...

Por eso Cristo gritó a las grandes multitudes que lo seguían: El que no odia a su padre, y a su madre, y a su mujer, y a sus hermanos, y a sus hermanas... Y por eso pregunta: ¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?

Pero qué decir de esos ardores que pueden abrasar a millares, a millones de hombres: el amor de la Patria, la pasión del Partido, tan impetuosos que en muchos hombres hacen las veces de la religión. Juzgad el árbol por sus frutos, que son: guerra, sedición, matanza, cautiverio, opresión, ruina. Este amor no es sino una contra-odio: ¿queréis la prueba? Dejad que los partidarios y los compatriotas se las entiendan entre sí, y veréis cómo se destrozan mutuamente. Lo único que une a la horda es el odio común contra cualquier otra horda. Y, sin embargo, con todas sus manchas, con todas las plagas y crímenes que acarrea, el amor es la fuente de toda vida y sin él nada vale nada.

Pero si la Caridad se distingue de cualquier otro amor, ¿qué señal permite reconocerla? La siguiente: es un amor ilimitado. Pues si el amor que nos permite superar nuestros límites es en sí limitado, nos hace salir de nosotros para meternos en un callejón sin salida.

El límite del amor es la indiferencia, la enemistad, la reprobación. Pero frente a la Caridad no hay indiferencia, no hay enemistad. ¿Dónde está, pues, su límite? La Caridad es infinita, infinitamente buena como Dios mismo, lo cual prueba que es de Dios, que es el Espíritu de Dios. Recae igualmente sobre todos sin las consideraciones propias de la justicia. Y cuánto mejor es que la justicia, porque la justicia es el “menor mal”, mientras que la Caridad es el bien supremo; porque la justicia devuelve ojo por ojo y diente por diente y mal por mal, a fin de obtener un equilibrio en el mal e impedir que el desorden lo arrolle todo, mientras que la Caridad paga el bien con el bien y el mal con el bien, y cuando la malicia se le opone, aumenta su ardor para compensar y, si es posible, romper y quemar esa barrera. Por consiguiente, es exacto decir que la Caridad es la *sobreabundancia de la justicia y el complemento de la ley*. Y no soy yo quien habla, sino el propio Cristo, que dice: Si vuestra justicia no abunda más que la de los fariseos, si amáis a los que os aman y hacéis el bien por la recompensa, qué habréis hecho *de más; quid faceritis amplius?* La Caridad es lo que Santiago llama la *Ley de Libertad* (II, 25). Quién es libre, si no el que hace lo que desea. Pero si yo deseo pecar ejerciendo el libre albedrío que me ha sido concedido desde mi nacimiento, no seré libre: mas habré elegido libremente la esclavitud del pecado. *Todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado* (Juan, VIII, 34). No, no soy *libre* para pecar: es una libertad que *me tomo*, lo cual significa *que no la tengo*. Y así es tomado el que cree tomar.

Por otra parte, si quiero someterme a la Ley, pero lo hago de mal grado, ¿soy libre? Sí, porque hago lo que quiero; no, porque me fuerzo a ello. Por consiguiente, no alcanzo la libertad por la Ley ni en contra de ella, pues la Ley limita mi libre albedrío y el pecado impide mi liberación.

Pero si amo, ¿es acaso la Ley la que me impide matar, robar, engañar, insultar al que amo? ¿Es la Ley la que me fuerza a darle lo que le debo? Ignoro la Ley y sus imposiciones, pero no la violo ni la abrogo: por el contrario, la cumplo, colmo su medida y la hago desbordar. Pero no me conduzco *al azar* (*Caritas non agit perperam*, 1 Cor., 13), y, por ende, no me precipito en el desorden: sigo libremente la Ley Nueva; por eso dice san Agustín: “Ama y haz lo que quieres”, *ama et quod vis fac*.

El carácter infinito de este amor hace que en vez de cautivarme me libere, porque mientras el Amor es limitado, es un lazo, un apego y, por consiguiente, un estorbo para la libertad.

Un amor irresistible y más fuerte que yo no puede liberarme en modo alguno, ni guiarme hacia la superación; por el contrario, me arrastra y me empuja hacia donde no quiero. Su causa no está en mí; por él estoy encadenado a lo que ignoro y destinado a las tinieblas.

Para que la fuerza del gran amor me haga crecer verdaderamente, debe surgir del fondo y del medio de mí mismo; por eso la caridad es voluntaria en su germen. Es una *buena voluntad*, más que un *buen sentimiento*... Y hasta es una voluntad que se opone a todos mis sentimientos: a mis repugnancias irrazonables, a mis preferencias injustas, a mis deseos y a placeres, a mis intereses y admiraciones. Ésta es la conversión o inversión de todas las cosas anunciada y predicada en cada página del Evangelio: “Quemarás lo que has adorado, adorarás lo que has quemado” podemos decir a todo converso. Odiarás lo que has amado, amarás lo que odiabas y a quienes te odian, tus enemigos. Considerarás a tus prójimos como a extraños y al que pasa como a tu hermano.

Todo el amor humano se ordena en torno de dos polos que son el amor propio y la concupiscencia. El amor propio [Esta designación, vaciada de su sustancia, ha llegado a significar *vanidad ridícula*. Su sentido verdadero es *amor de sí*. En la jerga habitual se la reemplaza por la palabra *egoísmo*.], es la violenta preferencia que cada uno siente por lo que llama yo. Es la raíz contumaz de todo amor. De esta raíz nace un tronco que se llama apego, mediante el cual el amor de nosotros mismos se prolonga y extiende hasta nuestros prójimos, hasta quienes consideramos los nuestros. El ramaje del árbol es la concupiscencia o deseo. Por ello nuestro amor se dirige a los demás, a fin de recibir en cambio deleite, provecho, protección o glorificación.

La Caridad trastorna este orden. Es un amor sin apego ni atracción. Y mientras el apego me retiene en el círculo de los prójimos y los semejantes, mientras la atracción me lleva hacia las personas brillantes, nobles, generosas, refinadas u honorables, la caridad me impulsa hacia el pobre, el leproso, el forzado, y me hace atravesar el mar para correr en auxilio del huérfano chino, del esclavo negro o del salvaje.

Pero existe un hombre más difícil de amar que el pobre y el extranjero: es el enemigo, el que me ataca y me escarnece, pues el amarlo me expone a la ruina, al ridículo y quizá a la muerte. El hombre que es capaz de este amor rompe su último lazo y se acerca a la perfección del Padre Celestial, que da su lluvia y su sol tanto a los ingratos como a los justos.

Este amor no sigue la pendiente de mi naturaleza, no me deja en reposo de día ni de noche, arruina todos mis placeres, pues mis placeres me repugnan en medio de un mundo que sufre, y mis privilegios me horrorizan, y mi bien se convierte en un abuso intolerable, y siento los pesares ajenos en mi propia carne, se acuestan en mi cama y me acosan de todas partes.

Es, en verdad, un amor difícil y peligroso. Para desarrollarse necesita del sufrimiento tanto como el otro amor necesita de la dicha. Exige un dominio de los sentidos más severo que cualquier ascetismo; es un fuego purificador y un sacrificio perpetuo. "Prefiero la Caridad al Sacrificio", dijo el Señor. Pues la Caridad es el más genuino y valioso de los sacrificios.

Pero es un sacrificio que deja viva a su víctima y hasta le insufla una vida nueva. ¿Cómo sabemos que la vida nueva ha nacido?: porque en lo más hondo del sufrimiento y de las fatigas impuestas por el servicio existe la alegría y, vaciada de toda emoción espontánea, existe la abundancia del corazón. De suerte que la Caridad es su propia recompensa. Si hacemos el bien a los demás para hacernos el bien a nosotros mismos, no somos caritativos.

Pero basta ser caritativos, o sea hacer el bien a los demás olvidándonos, para unirnos a quienes hemos hecho el bien hasta el punto de sentir como bien nuestro el bien que les hacemos, pero mucho más que ese bien importa la unión que hemos creado; y es justo decir que todo lo que hemos abandonado es "centuplicado" después de esta vida. La Gracia es la que da su nombre a la Caridad. La Caridad no es un sentimiento, es una voluntad de bien que acaba por crear un sentimiento que brota de nosotros y de lo Alto y merece el nombre de Gracia. La Caridad es, pues, la transposición del amor al plano del Espíritu: y transporta al que ama al Reino de los Cielos.

He hablado muchas veces del paso de un plano al otro como de una inversión de las mismas leyes. Encontramos en el plano superior (lo que está arriba es como lo que está abajo) la misma cosa y su contrario, formando una sola y misma cosa. Hemos visto que el amor humano oscila entre dos polos, que son el Amor Propio y la Concupiscencia. Ahora bien: la Caridad es el bien contrario al Amor Propio, puesto que es el olvido de nosotros mismos por el bien ajeno, puesto que es el Amor Común de que habla san Bernardo, dando a la palabra *común* no el sentido de vulgaridad, sino el de comunión. La Caridad es asimismo lo contrario de la Concupiscencia o Deseo, que es la busca en los demás de nuestro goce y nuestro provecho, puesto que es un amor desinteresado, casto y sufriente. Pero ese deseo que lleva a todo hombre hacia el que es más hermoso, más fuerte, más glorioso que él, para que en ese otro ser encuentre su bien y su exaltación, ¿se ha extinguido en el santo, constantemente inclinado por la Caridad hacia los más despojados? No extinguido, pero si consumido. Porque el deseo del santo se ha elevado directamente hasta más hermoso, el más fuerte, el más glorioso: el Señor mismo, a quien su alma, revestida de pureza y de justicia, ha escogido como esposo y en honor del cual entona el Cantar de los Cantares. Después de semejante deleite, el transporte de los amantes no es más que un juego de niños que chapalean en el fango. Y el amor de sí, ¿se habrá extinguido? Tampoco: se ha consumido. Si el Amor Propio es odioso es porque es un amor de sí insuficiente, así como la Concupiscencia es un deseo insuficiente de bien y dicha. El Amor de sí está comprendido en el enunciado del Mayor Mandamiento, y es la base misma de la Caridad, puesto que se ha dicho: "Amarás a tu prójimo como *a ti mismo*". Si no me amara a mí mismo, ¿cómo podría amarlo como a mí mismo? Si quisiera mi propio mal y mi destrucción, ¿cómo podría hacerle el bien? No son los santos quienes quieren su propia muerte, su propia destrucción, sino los viciosos, los apasionados, los desenfrenados, que buscan su propio mal. Amarnos a nosotros mismos y querer el propio bien es vivir sanamente, sabiamente, santamente. Pero ante todo es preciso conocer el propio bien, que es la salvación y la beatitud, y conocernos a nosotros mismos. Aquí es cuando surge la falta esencial del Amor Propio, que es la ignorancia y el desconocimiento de nosotros mismos. En verdad, lo que cada uno de nosotros llama "yo", lo que ensalzamos con detrimento de los demás, lo que procuramos hacer triunfar sobre todo el mundo es lo que todo el mundo ve y conoce: nuestro cuerpo, nuestra persona y nuestro nombre. Pero lo que cada uno podría conocer de sí mismo por medio de sí mismo y solamente en sí mismo, el alma y el ser, eso le es extraño y no forma parte de sus cuidados. Si todo hombre buscara su alma, si no chocara con nadie, si se apartara de todos para encontrar esa alma suya, encontraría a todos los demás, porque en ello encontraría el ser que es común a todos. Y de ese modo su amor propio se convertiría en "amor común". La Caridad brota de una fuente profunda, de lo que existe de más profundo, más secreto, más íntimo en el hombre: él mismo. Pero, ¿cómo puede el hombre dar lo que no posee? ¿Lo que ignora? ¿Lo que está fuera de su alcance? "¿Como puede un pobre dar a un pobre? -pregunta santa Catalina-. ¿Cómo puede un muerto enterrar a un muerto?" Es preciso llegar a la fuente de donde brota la Caridad. "Cuando distribuyere todos mis bienes en dar de comer a los pobres, y si entregare mi cuerpo para ser quemado, de nada

me valdrá si no tengo Caridad". Ahora bien, yo puedo darlo todo y no tener Caridad: puedo dar el cuerpo como la amada entrega el cuerpo a su amante, y dar dinero como el príncipe da dinero al súbdito para sujetarlo aún más, mas no puedo tener la Caridad si no tengo acceso a la fuente de la Caridad, que es el Conocimiento de mí mismo y de Dios. ¿Cómo logra el santo amar al pobre más de lo que se aman esposos y amigos? ¿No ve, acaso, que ese hombre en quien gasta tanto amor es indigno de él? ¿Que es viejo, feo, enfermo, ingrato, borracho, culpable? El santo lo ve muy claramente, lo ve demasiado, pero no cree en lo que ve, *Cree en lo que sabe*. "Hay en éste lo que hay en mí, lo que hay en Dios. Este hombre es yo mismo, este que pasa es Dios." ¿He blasfemado al decir: "este que pasa es Dios"? No, no he blasfemado ni he hablado por mi cuenta, pues ha hablado el Señor: "Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; o sediento, y te dimos de beber?... O ¿cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y te fuimos a ver?... en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos pequeñitos, a mí lo hicisteis" (Mateo, XXV, 37-40). Mediante la purificación y la vuelta sobre nosotros mismos, y la busca de la esencia podemos llegar a la Caridad, puesto que ser caritativo es conocer -y no por medio del intelecto, sino con la prueba de fuego del ser íntegro- que nuestro yo es el mismo en todas partes. El hombre caritativo puede mirar al más desdichado y culpable de los hombres diciendo: Esos pecados, esos sufrimientos son los míos; puede mirar al más puro, al más grande, a Cristo, y decir: Yo sería Él si supiera ser yo mismo.

La Caridad es el reconocimiento de nosotros mismos en los demás, el conocimiento concreto y viviente del ser: es el ingreso en lo vivo de la Verdad.

Esto explica la extraña conclusión de la célebre página de san Pablo sobre la Caridad, donde dice que todas las ciencias tendrán fin, porque lo que es perfecto reemplazará lo que es imperfecto: "Cuando yo era niño, hablaba como niño, sentía como niño, pensaba como niño; mas cuando fui ya hombre hecho, di de mano a las cosas de niño" (1 Cor., XIII, 11). De modo que, contrariamente a lo que piensa un pueblo vano, la ciencia no es más que una puerilidad, un "don incompleto" que habrá de borrarse cuando "el don sea completo". Mientras tanto, agrega el Apóstol, "vemos como por espejo en oscuridad; mas entonces cara a cara. Ahora conozco en parte; mas entonces conoceré, como soy conocido".

Ahora bien, hemos de admitir que el conocimiento perfecto, según la acepción tradicional de las palabras, es únicamente, pero plenamente la distinción entre *lo que es* y *lo que no es* , entre lo que es interior y lo que es exterior, entre lo que es *Yo* y lo que es *Otro* . Tanto en mí como en los demás. Puesto que hay una parte en que yo soy otro para mí y hay una parte en que el otro es yo mismo, tanto como yo y quizás más. Si es yo mismo más que yo, es mi Señor. Si yo soy otro en mí más que yo mismo, estoy en la ignorancia, en la impureza, en el pecado, soy para mí mismo el enemigo y el demonio, estoy en las "tinieblas exteriores". Pero si me establezco en el interior de mí mismo ya no encuentro rastros del cuerpo ni "mitad de triste sombra", porque la luz penetra allí como en el corazón del diamante y se multiplica sin interrumpirse. Allí estoy en la fuente de la vida; mi alma es una sola con el ser, con la vida, con el amor, con ese amor que me permite ingresar en el ser de todos los seres. Éste es el motivo por el cual el precepto que hemos leído termina con estas palabras: "Sed, pues, vosotros perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto".

Pero lo que he dicho presenta aún muchos puntos oscuros. ¿Queréis hacerme observaciones y preguntas?

UNA DAMA: Me asombra la desdeñosa severidad con que se refiere usted al amor familiar.

El hogar cristiano, ¿no es el lugar natural de los sentimientos más nobles y delicados?

RESPUESTA: Tiene usted razón, señora, al obligarme a poner cada cosa en su lugar. Nada más conmovedor, en efecto, que la devoción de la madre inclinada sobre su hijo; la vigilante bondad paternal, la piedad filial, la fidelidad fraternal. Todo eso es bueno y hermoso en el plano natural. "Los animales salvajes también quieren a sus crías y no hay razón para tratar severamente lo que es ornamento y honor de la naturaleza. Pero lo que es preciso tratar con severidad es esa confusión de los planos en que hoy nos complacemos. Lo que nos disgusta justamente es que tengamos por divinas cosas que son perfectamente naturales; mejor dicho, que confundamos la fachada convencional y la parte noble de la naturaleza con su totalidad. Por severo que me muestre con respecto al apego familiar, lo soy menos que el Evangelio: "Por mí el hijo odiará al padre, la hija a la madre". Sigue la enumeración de los grados de parentesco más diversos; sin hablar ya de la respuesta del niño Jesús a sus padres, que lo habían buscado durante tres días con afecto trémulo y desesperado por los caminos y en la ciudad, hasta encontrarlo al fin discurriendo con los doctores: "¿Para qué me buscabais? ¿No sabíais que en las cosas, que son de mi Padre, me conviene estar?" Dureza de diamante, ¡oh, sabia y santa inhumanidad! La santificación del apego familiar (hoy sobreestimada en la medida en que se torna rara) proviene de una confusión que es apenas menos grosera que la de los paganos, divinizadores de las voluptuosidades eróticas. Pero tampoco quiero hablar con severidad de la voluptuosidad, a la cual debemos tantos cantos sublimes y sin duda la vida misma.

UNA COMPAÑERA: Nuestros padres y parientes, ¿estarían por lo tanto naturalmente excluidos de nuestra caridad?

RESPUESTA: Si he definido la Caridad como un amor sin límite es porque nadie en el mundo debe estar excluido de ella. El amor a nuestros parientes puede transformarse en caridad (con la condición de que no se mezclen los planos). Es la razón principal del sacramento del matrimonio, en que se basa la familia. Más de un santo, más de un gran hombre aprendieron en su propia casa y durante su niñez la santidad y la grandeza que después les hicieron abandonar esa misma casa. Pero la facilidad del sentimiento natural y las grandes probabilidades que todos tenemos de contentarnos con él, explican el llamado del Evangelio y el abandono de los elegidos, con frecuencia revestido de una aparente ingratitud. Es frente al desconocido, el pobre, el enemigo, como la caridad se revela en estado puro. Por lo demás suele ocurrir que encontremos entre nuestros parientes al enemigo más íntimo, tan mortal que después perdonar a los demás se convierte en un juego de niños. A causa de esa inversión de que hemos hablado, el primer acto de caridad pura con relación a un pariente nos hará mirarlo como a un desconocido y por otra parte nos reserva muchas sorpresas y descubrimientos maravillosos.

UN VISITANTE: ¿Qué diferencia existe entre la caridad y la piedad?

RESPUESTA: Rothschild era un faro, un puerto para todos sus correligionarios desdichados. Un pobre judío acudió a él y en el tono apropiado para leer la página de Jeremías ante el Muro de las Lamentaciones, se despachó acerca de sus penurias, las de su padre y su madre y su hermano y su hermana. El relato conmovió al sensible barón, que llamó a su *valet* y le ordenó: "José, échalo afuera: me destroza el corazón".

UN COMPAÑERO: Si la caridad es, como dices, "un amor que desciende", qué derecho

tenemos para mostrarnos caritativos con nuestros hermanos y nuestros iguales. ¿No será ésa una arrogancia? ¿Nuestra caridad no implica la pretensión de ser superior a ellos?

RESPUESTA: Observación justa y pregunta oportuna. Sí, la caridad es incompatible con la bajeza. El alma caritativa es elevada y profunda, está en lugar seguro y su sentimiento desciende hasta aquel que sostiene y auxilia. La ofensa más común a la caridad es, en efecto, esa satisfacción íntima del que da, esa piedad en que tanto se complacen los piadosos, ese don que en el pecho del socorrido pesa tanto como la rodilla del vencedor. Tal es la odiosa parodia que enturbia la beneficencia mundana y a quienes en ella buscan su recompensa. La Caridad es una virtud *teologal* y proviene, por lo tanto, del conocimiento de Dios.

Pero del conocimiento de Dios y de una confrontación asidua con el Altísimo surge necesariamente la más profunda humildad. El orgullo, que es la exaltación del espíritu de segregación, destruye toda caridad. La humildad del hombre caritativo normaliza la situación y devuelve su propia estima al que es socorrido. La Caridad empieza por el necesitado, pero se extiende a los iguales y hasta los superiores. Porque el hombre más eminente, el más poderoso y rico, el más célebre, el más seductor es también un mortal: ha sido niño, envejecerá, es vulnerable y frágil, está sujeto al error y a la perdición. Ahora bien, al admirarlo no hemos de amarlo por su aspecto brillante sino por su debilidad, o sea por sus faltas. Puede llegar un momento en que necesitará de nosotros. Y nos reservamos para ese día. Esa inversión de todas las cosas según la cual los últimos serán los primeros hace que nos consagremos a la estimación del mísero y a la conmiseración de los grandes.

UNA COMPAÑERA ANCIANA: Has dicho que debemos evitar la emoción. Creo que la emoción es lo que me sostiene y me ayuda.

RESPUESTA: Pero si la emoción te sostiene, ¿quién sostendrá la emoción? Pues sabes que la *emoción* es por naturaleza algo *que se mueve* (la palabra misma lo dice) y que por lo tanto se va. Y cuando se haya marchado la emoción, caerás en tierra. No he dicho que debas evitar la emoción, pero sí que debes *crearla*. No es la emoción la que ha de hacerte a ti: tú debes hacerla. Si *Amar* es un mandamiento, es porque el Amor es una *Obra* y no una *emoción*, porque nadie puede emocionarse por obediencia. Y ante todo, cada hombre debe hacer lo que es justo y bueno, aun sin sentirlo: ése es el deber y la justicia. Pero la caridad exige un trabajo doble: debemos hacer la obra caritativa y también *hacer el sentimiento* que le corresponde, hacerlo brotar de nosotros mismos: entonces la caridad produce su fruto sabroso. No está prohibido, no es malo hacer el bien a nuestros amigos. Es cosa muy buena, pero sobre todo muy placentera, y, por consiguiente, poco meritoria. Lo que se exige de nosotros es que hagamos el mismo bien a quienes no pueden gustarnos y nada pueden devolvernos: al pobre, a nuestro enemigo, a los muertos. Cosa ya muy meritoria, aunque cada vez menos fácil. Hay una tercera salida: que a fuerza de obrar con el corazón seco, a fuerza de obrar con perseverancia sobre nuestros sentimientos, acabemos por sentir lo que nos proponemos y lo que debemos sentir, y amemos así al más alejado de los hombres. Entonces tendremos a la vez el mérito y el placer, un placer inmenso y transparente, sin reverso de falta y sin límite de pesar: el placer celestial, *el estado de gracia* que se llama Caridad.

UN JOVEN: Quizá sea un monstruo, pero no estoy seguro de amar ese amor que me presentas como divino. No estoy seguro de si me gustaría ser amado con ese amor, que consiste en buscar lo mismo en todo el mundo y en amar a todo el mundo de la misma manera.

RESPUESTA: Tu resistencia proviene de dos desdenes: uno hacia *lo mismo*, otro hacia *todo el*

mundo. Esos desdenes provienen de que me he expresado mal y de manera incompleta. Cuando digo que amar es encontrar *lo mismo* en los demás, no quiero decir que todas las almas sean indiferentes, como piezas de un mismo metal impresas con el mismo sello. Ese *mismo* no debe en modo alguno asimilarse a un espacio homogéneo hecho con puntos vacíos de cualidades propias que serían las almas. *Mismo* no quiere decir *uniforme* y no quiere decir *idéntico*. De lo contrario, cada vez que por gracia del amor llegara al fondo de un ser me decepcionaría y exclamaría impaciente:

¡Otra vez la misma cosa! Cuando digo *mismo* pienso que en cada alma reside la misma maravilla y el mismo misterio, porque encuentro en ella el mismo sabor, el mismo valor que en mí mismo, porque las veo por dentro como me veo a mí mismo por dentro, porque son únicas como yo soy único. La Caridad es una compenetración de las esencias, un reconocimiento, un conocimiento, pero nada es menos abstracto y general que este conocimiento. La Caridad se dirige de manera absolutamente personal y particular a seres concretos, vivientes y conscientes. La Caridad los asiste en sus cuerpos y en sus necesidades. En cuanto al amor de la Humanidad entera, se resuelve en palabras y sólo llena los poemas y los discursos políticos. La Ley religiosa nunca dijo: Amarás a todo el mundo. Sagaz y precisa, dice: Amarás a tu prójimo. La Caridad es un amor infinito por su intención y por su cualidad, no por la extensión y por la cantidad. Me es espiritualmente y materialmente imposible amar a multitudes de personas que no conozco y a las que ningún bien puedo hacer. Mi deber es amar al que se encuentra a mi alcance, mi deber es servirlo, conocerlo, alegrarlo, salvarlo, amar *en él* a la humanidad toda, puesto que la representa y la contiene.

UN COMPAÑERO: ¿Querrías leernos la página de san Pablo que todos conocíamos, aunque sin comprenderla del todo? Ahora sabremos hasta qué punto nos la has aclarado.

LECTURA: “Si yo hablare lenguas de hombres y de ángeles, y no tuviere caridad, soy como metal que suena, o campana que retiñe. Y si tuviere profecía, y supiere todos los misterios, y cuanto se puede saber; y si tuviese toda la fe, de manera que traspasase los montes, y no tuviere caridad, nada soy. Y si distribuyere todos mis bienes en dar de comer a los pobres, y si entregare mi cuerpo para ser quemado, y no tuviere caridad, nada me aprovecha. La caridad es paciente, es benigna. La caridad no es envidiosa, no obra precipitadamente, no se ensoberbece. No es ambiciosa, no busca provechos, no se mueve a ira, no piensa mal; no se goza de la iniquidad, mas se goza de la verdad; todo lo sobrelleva, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. La caridad nunca fenece, aunque se hayan de acabar las profecías, y cesar las lenguas, y ser destruida la ciencia; porque en parte conocemos, y en parte profetizamos. Mas cuando viniere lo que es perfecto, abolido será lo que es en parte. Cuando yo era niño, hablaba como niño, sentía como niño, pensaba como niño; mas cuando fui ya hombre hecho, di de mano a las cosas de niño. Ahora vemos como por espejo en oscuridad; mas entonces cara a cara. Ahora conozco en parte; mas entonces conoceré, como soy conocido. Y ahora permanecen estas tres cosas, la fe, la esperanza, y la caridad; mas de éstas, la mayor es la caridad”.

¿Han quedado aclarados todos los puntos?

EL COMPAÑERO: Sí, salvo el último: ¿cómo situar en relación a la caridad las otras dos virtudes teologales?

RESPUESTA: Encontrarás la clave de esa pregunta en el enunciado del Primer Mandamiento: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu inteligencia..., y del segundo: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Lo cual, como hemos visto, comporta tres

mandamientos correlativos:

Amarás a Dios,
Amarás a tu prójimo,
Amarás a ti mismo.

Y esos tres amores no serán más que uno. Amarás a tu prójimo por amor a Dios y a ti mismo, te amarás a ti mismo por amor al prójimo y a Dios.

La Fe corresponde al amor de Dios,
La Caridad, al amor del prójimo,
La Esperanza, al amor de nosotros mismos.

Y estas tres virtudes determinan un triángulo equilátero enclavado en Dios. Cada una de estas virtudes requiere al hombre todo y ocupa todas las fuerzas que existen en él; sin embargo, cada una corresponde más particularmente a una de las tres "naturalezas" o "almas" constitutivas del Hombre, según la tradición.

La Fe es el amor y la virtud del alma de la cabeza o inteligencia.

La Caridad, del alma del corazón o coraje, sensibilidad y voluntad.

La Esperanza, del alma de las entrañas o instinto.

La Fe es el amor de lo más elevado que existe en el Ser, por medio de lo más elevado que existe en el Hombre: la inteligencia. Gracias a la Fe, la inteligencia, que es una fuerza rapaz y devoradora, ama y se da: libre y rauda como el águila, se ata; soberana y dictaminadora, se somete; luminosa y luciferina, se renuncia y testimonia por lo que la rehúye, pero no rehúye lo que la supera y de tal modo, en lugar de comprender las cosas, ella misma es comprendida por la verdad: tal es la Fe.

La inteligencia avanza a brincos. El corazón se aproxima lentamente. El brinco supremo de la inteligencia es la Fe, el brinco hacia el infinito. La Inteligencia se lleva consigo todo lo que en el amor es Deseo, exaltación, arrebató de los sentidos. Mientras que hacia el Prójimo, el corazón vuelve un amor descendiente.

"La luz interior -dice santa Catalina de Siena- hace ver al alma que el amor que siente por su Creador no puede ser de ninguna utilidad a Dios; entonces lo que no puede hacer por Él, lo hace por el Prójimo, y por amor a Dios."

Y ve otra cosa, agregaría yo: ve en cada criatura la marca del Creador y ama en ella la imagen del que ama. Por eso el vínculo lógico entre el Primer Mandamiento y el Segundo está señalado por estas palabras: "El Segundo *semejante* es a éste". Lo cual significa: Amarás a tu prójimo porque está hecho a imagen y semejanza de Dios y lo amarás con amor semejante al de Dios mismo hacia todas las criaturas, y así llegarás a ser semejante a Dios y perfecto como Él es perfecto.

Otra vez hemos vuelto al amor de sí. Porque es deber y virtud amarnos a nosotros mismos -ya que Dios se ama a sí mismo, amarnos como unidad interior, como espíritu y alma y conciencia. Así es cómo el hombre se sitúa en el eje y la perspectiva divina. Así es cómo aprehende la imagen divina y reconstituye la semejanza, imagen y semejanza que no podría reconocer en los demás por medio de la Caridad si no la hubiera reconocido en sí por medio de la Conciencia. Pero no sería conocernos cabalmente el tomarnos por una pura unidad interior, puesto que el alma permanece ligada al cuerpo, que le pesa, y maculada por el pecado, que la amenaza y estorba. Por eso, este amor de la unidad propia es en el hombre un deseo que se llama Esperanza.

EL COMPAÑERO: ¿Hay alguna relación entre las tres virtudes teologales y las Tres Personas de la Trinidad?

RESPUESTA: Sí, sin duda. Aunque cada una de las personas posee las tres virtudes en grado supremo, la tradición atribuye "por modo de apropiación" la Caridad al Espíritu Santo. La *apropiación* se hace por analogía y el papel que desempeña la Persona divina en la economía de la Trinidad es su razón. Ahora bien, el Espíritu Santo es el vínculo entre el Padre y el Hijo, y ese vínculo es Amor. Se atribuye, pues, particularmente al Espíritu Santo la inspiración de todo amor santo. El Espíritu Santo concede además el don de Sabiduría y ciencia, aunque no es sabiduría y ciencia, puesto que es el Verbo, la Sabiduría y la Ciencia de Dios. Pero con el vehículo del Amor, el Espíritu Santo destaca el gusto del saber, y tal es el don de la Sabiduría. Pienso que debe atribuirse la Fe al Padre. ¿Por qué? Porque "nadie ha visto a Dios". El Padre se revela mediante el Verbo y el Espíritu. En sí es el Oculto de los Ocultos, y por lo tanto sólo puede ser objeto de ese conocimiento oscuro y voluntario que es la Fe.

Al Verbo, que es Jesucristo, debe atribuirse por fin la Esperanza, ya que Él se hizo semejante a nosotros para que nos hiciéramos semejantes a Dios por Él, y su encarnación, su revelación, su sacrificio y su resurrección gloriosa abrieron el camino a nuestra inteligencia, a nuestra alma y por fin a nuestro propio cuerpo.

EL COMPAÑERO: ¿Por qué se ha dicho que de las tres virtudes, la Caridad es la mayor?

RESPUESTA: El propio san Pablo lo explica. Porque la Caridad no morirá nunca. La Fe pasará "entonces": "cuando conoceré como soy conocido", cuando veré "cara a cara". La Fe desaparecerá para convertirse en conocimiento y visión. Y la Esperanza pasará "entonces", para volverse posesión y beatitud. A causa del estado de imperfección de ambas virtudes (la condición humana las hace necesariamente imperfectas) no pueden ser *apropiadas* a una de las Personas de la Trinidad, sino tan sólo *relacionadas* a una de ellas. Pero la Caridad o Amor seguirá siendo Caridad y Amor, puesto que "donde hay Caridad y Amor, allí está Dios". Y ahora pongámonos de pie y cantemos juntos este himno:

Ubi caritas et amor

Deus ibi est...

1

XX

FIN DEL SERMÓN SEGÚN LUCAS: NO JUZGUÉIS
CIMENTAR SOBRE LA PIEDRA

7 de marzo de 1947. Calle Saint-Paul.

A partir de las últimas palabras citadas en nuestra reunión anterior, a partir del precepto *No juzguéis* podemos pasar del Sermón de la Montaña, según Mateo, al Sermón de la Montaña, según Lucas. Vamos a ocuparnos del Sermón según Lucas. En conjunto, es más breve que el de Mateo: casi la mitad. Falta en él gran número de motivos que por lo demás aparecerán en otra parte. El Sermón, según Lucas, es de unidad más evidente. Tras las Bienaventuranzas,

pasamos al primer precepto: Amad a vuestros enemigos. Ya lo hemos comentado, de modo que seguiremos leyendo:

No juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados. Perdonad, y seréis perdonados.

Dad, y se os dará: buena medida, y apretada, y remecida, y colmada darán en vuestro seno. Porque con la misma medida con que midiereis, se os volverá a medir.

Y les decía también una semejanza: ¿Acaso podrá un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán ambos en el hoyo?

No es el discípulo sobre el maestro; más será perfecto todo aquel que fuere como su maestro...

Y ¿por qué miras la mota en el ojo de tu hermano, y no reparas en la viga, que tienes en tu ojo?

O ¿cómo puedes decir a tu hermano: Déjame, hermano, sacarte la mota de tu ojo, no viendo tú la viga, que hay en tu ojo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y después verás, para sacar la mota del ojo de tu hermano.

Porque no es buen árbol, el que cría frutos malos; ni mal árbol, el que lleva buenos frutos.

Pues cada árbol es conocido por su fruto. Porque ni cogen higos de espinos, ni vendimian uvas de zarzas.

El hombre bueno del buen tesoro de su corazón saca bien, y el hombre malo del mal tesoro saca mal. Porque de la abundancia del corazón habla la boca.

¿Por qué, pues, me llamáis: Señor, Señor, y no hacéis lo que digo?

Todo el que viene a mí, y oye mis palabras, y las cumplé, os mostraré a quién es semejante.

Semejante es a un hombre, que edifica una casa, el cual cavó y ahondó y cimentó sobre la piedra; y cuando vino una avenida de aguas, dio impetuosamente la inundación sobre aquella casa, y no pudo moverlo; porque estaba fundada sobre la piedra.

Mas el que oye, y no hace, semejante es a un hombre, que fabrica su casa sobre tierra sin cimiento, y contra la cual dio impetuosamente la corriente, y luego cayó; y fue grande la ruina de aquella casa.

No juzguéis. ¿Por qué figura ese precepto inmediatamente después de *Amad a vuestros enemigos* y *Sed misericordiosos*? ¿Y qué significa exactamente "juzgar"? juzgar es desapegarse y ponerse por encima de las cosas. No es posible juzgar las cosas desde abajo. El que juzga se considera, por lo tanto, superior al juzgado. Y al juzgar da por sentado que posee el conocimiento de la Ley y dispone de los rayos del justiciero. Supone, además, que conoce a fondo al ser a quien hace pasible de su juicio. Cuando juzgamos a nuestro semejante, es decir, a nuestro igual, nos ponemos en una posición falsa y afrontamos inconscientemente riesgos tremendos. Ante todo, por el mero hecho de pretender que conocemos a fondo la Ley, corremos el albur de encallar en ese estado ilusorio, sin avanzar en el conocimiento. Juzgamos y, es obvio, agregarlo, condenamos a quien sometemos a la Ley. Pero, ¿qué podemos juzgar en él? Su apariencia. Como los magistrados a quienes los hombres confieren esa peligrosa función, podemos hacer una lista de acciones buenas y una lista de acciones malas, y aplicar la Ley mecánicamente. Lo cual nos condena a juzgar falsamente, puesto que no existe ninguna acción buena de por sí, como no existe ninguna acción mala de por sí: existen acciones más o menos útiles, más o menos agradables para nuestros ojos. La acción sólo puede ser buena con relación a la actitud interior de quien se expresa mediante ella; y nosotros nunca conocemos esa actitud interior: apenas la suponemos. Y suponiendo mala la actitud escondida tras la acción que se nos muestra, aplicamos la Ley del modo más arbitrario y con severidad tanto mayor cuanto más oscuro es para nosotros el objeto que juzgamos.

Pero eso no es todo. Para aplicar la Ley, aun cuando la conocemos cabalmente, aun cuando

conocemos cabalmente a la persona pasible de nuestro juicio, necesitamos algo más. Es preciso que nosotros mismos no caigamos bajo esa Ley, es preciso que nosotros mismos seamos puros. Si consideramos que un castigo es necesario para vengar una afrenta infligida a la Ley, antes de erigirnos en ejecutores de la Ley es preciso que hayamos reconocido nuestras faltas con respecto a la Ley y vengado esa Ley con nuestro propio castigo.

De modo que al juzgar y condenar, cometemos o corremos el riesgo de cometer tres pecados: el primero contra Dios, el segundo contra nuestro prójimo, el tercero contra nosotros mismos.

Contra Dios: porque con la mayor llaneza, con la más absoluta inocencia, no hacemos más que ponernos en su lugar. Juzgar quiere decir ponerse en lugar de Dios, porque sería preciso estar en su lugar para juzgar con justicia, o sea con pleno conocimiento de causa. Y nosotros nos instalamos tranquilamente, instalamos nuestro rotundo trasero humano en el trono de fuego del Todopoderoso.

Contra nuestros hermanos cometemos el pecado de apartarnos. Pues juzgar es sobre todo condenar, es separar. Es olvidar el vínculo que nos une a todos. Si algo tiene de bueno el mal, es que nos permite comprobar que todos estamos unidos y englobados en el mal y la vergüenza y en la misma condena, de modo que a favor de nuestra oscuridad nos confundimos con nuestros semejantes y nos enriquecemos gracias a todo el que peca y sufre. Mas si condenamos sin tomarnos el trabajo de apartarnos del pecado, destruimos hasta el bien que existe en el mal. A decir verdad, olvidamos que estamos vinculados en una trama donde el hilo blanco y el hilo negro se entrecruzan. Olvidamos que si alguien peca, todos pecamos por él. Por cierto que no habría tantos males si los buenos tuvieran la virtud de los pérfidos. Si los buenos pusieran en su bondad la energía, la voluntad, la clarividencia, la destreza, el tacto, la atención que un ladrón, por ejemplo, pone al robar. No habría tantos descreídos si los creyentes poseyeran más fe y mostraran virtudes más admirables. Si los predicadores de la verdad condujeran a sus pueblos hacia Dios con la gracia y el calor con que un seductor persuade a su placer a una joven.

Al juzgar cometemos, por fin, el pecado supremo contra nosotros mismos, el pecado de olvidarnos. El juicio nos ha sido concedido para que nos guiemos en la vida. Para que de ese modo podamos alcanzar la salvación. Al ocuparnos de los demás nos olvidamos de nosotros mismos, pero no como nos olvidamos en la caridad, como es justo que nos olvidemos. No olvidamos nuestra persona, no olvidamos nuestros intereses, no olvidamos nuestras pasiones. Nos olvidamos, nos olvidamos de nosotros mismos, olvidamos al ser de quien debemos ocuparnos en primer término. La Ley y el juicio nos han sido concedidos como una gracia de Dios para que nos corriamos, para que la sigamos, y no para que nos diluyamos en observaciones y discusiones acerca de la conducta ajena.

Pero todavía hay más en ese pequeño párrafo: hay una enseñanza de alcance incalculable, pues es clara como una ecuación, es evidente, y no recordamos que ningún texto sagrado la haya expresado antes con claridad: *No juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados. Perdonad, y seréis perdonados. Dad, y se os dará: buena medida, y apretada, y remecida, y colmada darán en vuestro seno. Porque con la misma medida con que midiereis, se os volverá a medir.*

Prestad atención, prestad atención a ese “dad”. Dad, es decir, esforzaos por *justificar* a los demás, esforzaos por *corregiros* a vosotros mismos y por justificar a los demás: es lo contrario de lo que hacéis. Vosotros tratáis de corregir a los demás y de justificaros, y el solo hecho de juzgar quiere decir que os justificáis, que os sentís justificados. Un nuevo riesgo que afrontáis a causa de vuestra precipitada severidad. Además de todas las iniquidades que el

juicio acarrea, de todos los errores y confusiones que lo acompañan, existe esa imprudencia de que hablan varias parábolas, entre otras la del Mayordomo injusto, que no hace más que desarrollar este parágrafo.

¿Cómo pasamos al parágrafo siguiente?: *Y les decía también una semejanza: ¿Acaso podrá un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán ambos en el hoyo? ¿Qué nexo tienen estas frases con las anteriores? Es muy sencillo. Deduzcámoslo.*

No juzguéis a vuestro semejante, mas emplead vuestro juicio para descubrir vuestra dirección. Ahora bien, si seguís a un guía para encontrar esa dirección, tenéis el derecho de juzgar si la dirección es buena y si el guía ve con claridad. ¿Cómo lo conseguiréis? Si tomáis un maestro, es sin duda para someteros a él. No os está vedado someteros a alguien, no os está vedado juzgar a alguien superior a vosotros. Mas si el juicio os está vedado, es precisamente porque el juicio supone que os consideráis superiores. En cierto modo, estáis forzados a juzgar al que os guía, ya que debéis juzgaros a vosotros mismos y el que os guía es, provisionalmente al menos, vosotros mismos: lo situáis en vosotros por encima de vosotros para que os guíe. Porque lo juzgáis más iluminado que vosotros. Y es muy difícil, para quien ve poco, juzgar cómo ven -según creemos- quienes más ven. Pero asimismo el que pretende la difícil tarea de guiar a otros debe tener el valor de exponerse al juicio legítimo, al juicio profundo de aquellos a quienes guía.

Y la continuación del discurso viene a confirmar que no hemos equivocado el sentido del parágrafo anterior: *No es el discípulo sobre el maestro; mas será perfecto todo aquel que fuere como su maestro.* Después volvemos al juicio de nuestros iguales: *Y ¿por qué miras la mota en el ojo de tu hermano, y no reparas en la viga, que tienes en tu ojo? Y esta conmovedora delicadeza: Déjame, hermano, sacarle la mota de tu ojo.* Dulce ímpetu de caridad... Qué dispuestos nos mostramos para auxiliar a nuestro semejante cuando nosotros mismos somos los menesterosos de auxilio. *Hipócrita*, dice Cristo, *saca primero la viga de tu ojo.* ¿Por qué hipócrita? Porque en esa obra buena y caritativa, en ese interés tan vivo por el prójimo se ocultan todas las pretensiones y todos los olvidos de que hemos hablado.

Porque no es un buen árbol, el que cría frutos malos; ni mal árbol, el que lleva buenos frutos.

¿Cómo juzgáis a las gentes? Nunca juzguéis el árbol, el ser. Nunca digáis de alguien: es eso, es aquello. Juzgad el fruto, juzgad según lo que os da el árbol, con juicio que os concierna directamente y no de manera absoluta, rechazando y condenando el ser. Juzgad de acuerdo a lo que os dan. Y sobre todo juzgad de este modo al que os guía en alguna disciplina, pues son éstos los casos en que os faltan más datos y conocimientos sobre el ser. Pero, ¿cómo juzgaréis que es bueno vuestro maestro? Mediante el fruto, mediante el alimento que tomáis de él o desecháis. Desde que lo conozco, ¿me siento iluminado, depurado, he corregido mi vida, me ha ayudado en ese sentido o en el contrario? Sobre esto fundaréis vuestro juicio.

¿Por qué, pues, me llamáis: Señor, Señor, y no hacéis lo que os digo? Y la conclusión del discurso: Todo el que viene a mí y oye mis palabras y las cumple... semejante es a un hombre... que cimentó sobre la piedra. Pero citando de memoria he olvidado lo esencial: ...el cual cavó, y ahondó, y cimentó, sobre la piedra. ¿Qué debéis hacer para obrar rectamente, para seguir la ley, para encontrar al maestro? Cavar, cavar, descender en vosotros, porque vuestras obras buenas y malas os llevan más allá de vosotros y también vuestros pensamientos, vuestros estudios, vuestros juicios sobre los demás, y todo no es más que olvido, y todo eso carece de fundamento... Sin embargo, podemos hacer todo eso: mas no antes de encontrar el fundamento, de llegar a la roca, a la piedra. La lengua hebrea, poética entre todas, carece de palabras abstractas, y la palabra *piedra* quiere decir *principio*. Este lenguaje, por lo demás, fue transmitido a los alquimistas: la piedra filosofal es el principio de la transformación. Cavad, cavad y encontraréis la piedra, encontraréis el principio, el fundamento. Cuando hayáis

encontrado la piedra podréis levantar la casa, y la lluvia de los acontecimientos cotidianos y los torrentes de vuestras propias pasiones no podrán derruirla.

XXI EL MAYORDOMO INJUSTO

Y decía también a sus discípulos: Había un hombre rico, que tenía un mayordomo; y éste fue acusado delante de él, como disipador de sus bienes.

Y le llamó y le dijo: ¿Qué es esto, que oigo decir de ti? Da cuenta de tu mayordomía, porque ya no podrás ser mi mayordomo.

Entonces el mayordomo dijo entre sí: ¿Qué haré, porque mi señor me quita la mayordomía? Cavar no puedo, de mendigar tengo vergüenza.

Yo sé lo que he de hacer, para que, cuando fuere removido de la mayordomía, me reciban en sus casas.

Llamó pues a cada uno de los deudores de su señor, y dijo al primero: ¿Cuánto debes a mi señor?

Y éste le respondió: Cien barriles de aceite. Y le dijo: Toma tu escritura, y siéntate; luego escribe cincuenta.

Después dijo a otro: y tú, ¿cuánto debes? Y él respondió: Cien coros de trigo. Y le dijo: Toma tu vale, y escribe ochenta.

Y loó el señor al mayordomo infiel, porque lo hizo cuerdamente; porque los hijos de este siglo más sabios son en su generación que los hijos de la luz.

Y yo os digo: Que os ganéis amigos con las inícuas riquezas; para que, cuando falleciereis, os reciban en las eternas moradas (Lucas, XVI, 1-9).

El octavo domingo después de Pentecostés, a la lectura de este divino precepto, de esta sencilla historia que encierra una verdad mística, sucede una prédica que debería comentar el texto. *Nunca* he tenido la suerte de escuchar una que no me haya decepcionado. Y cada vez me he llevado la molesta impresión de que el texto y el predicador hablaban de cosas diferentes.

En primer término, los predicadores se apresuran a advertirnos y enseñarnos que no se trata de una apología del robo, o siquiera del abuso de confianza (cosa que en ningún momento se nos ocurrió pensar). Después la emprenden contra nuestras posesiones terrenales para demostrarnos cuán frágiles y arbitrarios son nuestros derechos sobre ellas. Y discuten nuestros diferentes medios de adquirirlas y conservarlas y transmitir las. Y nos prueban que, consideradas a la luz de la justicia absoluta, pueden clasificarse bajo el rubro de las "riquezas de iniquidad". ¿Qué recurso nos queda, en tal caso, para justificarlas? Si es cierto que frente a nuestro Señor, que nos las confió en depósito, podemos ser acusados, como el mayordomo injusto, de haberlas usurpado, al menos podremos aspirar a la benevolencia ajena y al perdón. Y cierra la prédica esta frase célebre: "Pues la limosna y la caridad cubren muchos pecados", introducción elegante y natural a la colecta inminente...

Los propios exegetas parecen encontrar en este relato un enigma indescifrable y se pierden en explicaciones embarazosas y opuestas.

Pero el Evangelio prueba que no hay en todo ello ningún enigma. En efecto, cada vez que los discípulos de Cristo (que no eran doctores ni escribas, sino predicadores incultos) encuentran un obstáculo en la enseñanza, no dejan de murmurar entre sí: "¿Qué ha querido decir con esas palabras?" E interrogan al Maestro para recibir de Él respuestas sustanciales y palabras de vida. Mas en esta ocasión no demuestran la menor sorpresa: debemos concluir, pues, que esos simples de espíritu y corazón puro, como tenían orejas para oír oyeron de inmediato la verdad que el Señor les exponía en el lenguaje, ya familiar, de las parábolas.

Olvidémonos de argucias y hagamos como ellos. Abordemos el texto con espíritu simple y así

lo entenderemos sin esfuerzo. Asegurémonos antes de que el Maestro no quiere confundirnos con un lenguaje diferente del que estamos habituados a escucharle.

Una parábola es una historia que se desarrolla en el ámbito de la vida cotidiana; para extraer de ella el jugo de la verdad es necesario trasladarla al plano de la vida interior. Cuando el Señor nos habla del grano de mostaza, que es el grano más pequeño, pero que plantado en la tierra se convierte en el árbol más grande del jardín, no tomaremos sus palabras como un consejo para sembrar especias: buscaremos su significación fuera de los límites de la horticultura. Asimismo, cuando nos habla de un mayordomo injusto, no tenemos ningún motivo para sacar conclusiones de índole económica. Es evidente que el relato no trata de posesiones terrenas, ni de fraudes financieros, ni de limosnas.

Observemos ante todo que la historia no dice que el mayordomo injusto, sorprendido en medio de sus cuentas adulteradas y seguro de perder su empleo, haya distribuido el fruto de sus ganancias ilícitas con la intención de hacerse de amigos. Su manera de favorecer a las gentes cuya buena voluntad procura atraerse está descrita con absoluta precisión: no les da nada, aligera en parte la deuda que tienen con su amo. Si de esto queremos sacar la conclusión de que las limosnas cubren muchos pecados, o que es posible adquirir méritos disponiendo caritativamente de bienes mal adquiridos, quizá formulamos una verdad edificante, pero caemos en el error de responder a la pregunta hablando de otra cosa. Aligera una deuda y dar son cosas completamente diferentes. Los términos del razonamiento no son los mismos en las premisas y en la conclusión. En esta interpretación de la parábola cometemos dos faltas de método que nos llevan a un dilema que ningún alarde de ingenio podrá resolver. Ambas faltas son correlativas: en lugar de trascender el plano de la vida cotidiana en que la parábola formula el problema, cambiamos los términos del problema sin cambiar de plano.

Volvamos la espalda al orden económico y busquemos el plano en que todo se aclara. No es éste, en verdad, un consejo de prudencia financiera, ni una invitación a la limosna, pero sí una severa advertencia acerca del pecado y el juicio.

¿Cuál es esa deuda de que siempre habla el Evangelio? ¿Esa deuda invocada en las palabras del Pater: "Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores"? ¿Cuáles son las cuentas que hemos de rendir a nuestro Señor? ¿Cómo, y cuándo, pagaremos la deuda del pecado?

En el Juicio.

¿Y de qué modo nos erigimos, en este mundo, en los mayordomos del Señor de todas las cosas? Mediante el juicio, que sólo a él pertenece, pero que administramos en todo momento y sin que esa misión nos haya sido encomendada. Con qué seguridad y autoridad juzgamos los actos ajenos, con qué vigilancia y perspicacia descubrimos sus móviles, con qué firmeza exigimos la humillación del orgulloso y la condena del que miente. Es que estamos imbuidos de la Ley y ponemos todo nuestro empeño en la justicia. Y si volvemos hacia el criminal un rostro de piedra, no es por maldad; y si tratamos de atrapar al ladrón, no es por interés.

Pero llegados a este punto, el Señor nos detiene y nos recomienda prudencia: Los hijos del siglo más sabios son en su generación que los hijos de la luz. Porque los hijos del siglo llevan sus cuentas, saben la fecha del vencimiento, previenen y obran. Mas vosotros no lleváis vuestras cuentas interiores e ignoráis vuestros futuros riesgos. Cuando exigís con intransigencia que se haga justicia, no os mostráis malignos cuanto imbéciles.

Pues si se hace justicia con los demás, también se hará justicia con vosotros. Y con la misma medida con que habréis juzgado a los demás, se os volverá a juzgar.

Ahora bien, desde los abismos podéis clamar: Señor, si observaras las iniquidades, ¿quién de nosotros se sostendría?

Si esperáis obtener gracia para vosotros mismos, demostrad gracia hacia vuestros hermanos.

Y oigamos una parábola semejante a la anterior por su contenido:

Por esto el reino de los cielos es comparado a un hombre rey, que quiso entrar en cuentas con sus siervos.

Y habiendo empezado a tomar las cuentas, le fue presentado uno, que le debía diez mil talentos.

Y como no tuviese con qué pagarlos, mandó su señor que fuese vendido él, y su mujer, y sus hijos, y cuanto tenía, y que le pagase.

Entonces el siervo, arrojándose a sus pies, le rogaba, diciendo:

Señor, espérame, que todo te lo pagaré.

Y compadecido el señor de aquel siervo, le dejó libre, y le perdonó la deuda.

Mas luego que salió aquel siervo, halló a uno de sus consiervos, que le debía cien denarios, y trabando de él le quería ahogar, diciendo: Paga lo que me debes.

Y arrojándose a sus pies su compañero, le rogaba, diciendo: Ten un poco de paciencia, y todo te lo pagaré.

Mas él no quiso; sino que fue, y le hizo poner en la cárcel, hasta que pagase lo que le debía.

Y viendo los otros siervos sus compañeros lo que pasaba, se entristecieron mucho; y fueron a contar a su señor todo lo que había pasado.

Entonces le llamó su señor, y le dijo: Siervo malo, toda la deuda te perdoné, porque me lo rogaste;

Pues, ¿no debías tú también tener compasión de tu compañero, así como yo la tuve de ti?

Y enojado su señor le hizo entregar a los atormentadores, hasta que pagase todo lo que debía.

Del mismo modo hará también con vosotros mi Padre celestial, si no perdonareis de vuestros corazones cada uno a su hermano (Mateo, XVIII, 23-35).

Historia que ilumina las palabras del *Pater* citadas poco antes:

Et dimitte nobis debita nostra et nos dimittimus debitoribus nostris. Cuando hayamos meditado sobre los términos de esta parábola, ya no podemos tener la menor duda sobre los términos de la otra, que son los mismos. Pero la segunda no es la réplica de la primera, ni insiste en los mismos puntos.

La segunda nos muestra el encarnizamiento del hombre que reclama su derecho cuando él mismo no ha cumplido con su deber. Así obtiene lo que exige, pero al mismo tiempo pierde todo derecho a la indulgencia de quien tiene poder sobre él, pierde a su mujer, a sus hijos, y todo lo que posee queda fuera de su alcance hasta que pague. Esta parábola nos invita a perdonar las ofensas de quienes nos han ofendido.

La primera enseña al pecador la oportunidad de no exigir *todo el pago de la deuda al Señor*. Nos aconseja suspender nuestra reprobación, refrenar nuestra ira vengadora y nuestros juicios sobre las obras ajenas *que no nos conciernen*. Esta parábola insiste en el mandamiento: *No juzguéis*. Y esto no es justicia, pero sí prudencia y sabio recogimiento en nosotros mismos.

Sin duda valdría más que fuéramos mayordomos justos, exactos al rendir cuentas a nuestro Señor, en lugar de obligar a los demás a rendirlas en nombre del Señor. Es justo gritar a esos hombres vestidos con largas túnicas que se hacen saludar en las asambleas y se ciernen sobre las casas de las viudas, es justo gritar a los escribas y los fariseos que son unos hipócritas; es justo declarar a los hombres de noble apariencia y llenos de podredumbre que son sepulcros blanqueados; es justo afirmar del rey Herodes que es un viejo zorro. Pero además es preciso que podamos declarar sin temor de que nos desmientan: ¿Quién de vosotros puede

convencerme de pecado?

Para nosotros, lo justo sería decir que una cosa *sería justa*. Sería justa si tuviéramos la justicia en nosotros y el derecho de juzgar. Pero sabemos, por lo demás, que sólo debemos conducirnos con prudencia.

Quien esté sin pecado, que arroje la primera piedra. Y los asistentes abren la mano uno tras otro, bajan la cabeza y se marchan. Mujer, ¿dónde están tus acusadores?

La parábola del Mayordomo injusto utiliza, pues, uno de esos temas que recorren todo el Evangelio como motivos musicales, y se revela como uno de los pilares del edificio.

Una parábola no es válida únicamente por su sentido general. Cada uno de los toques que le dan color y animación de vida tienen un contenido simbólico y un complemento de doctrina.

Ante todo fijemos la atención en esta frase que el Mayordomo, lleno de inquietud, se dice a sí mismo: *Cavar no puedo, de mendigar tengo vergüenza*. En otros términos: habituado a aprovecharme del trabajo de mis subalternos y las riquezas de mis superiores, me sería imposible consagrarme al trabajo honrado y útil, y ganarme el pan con el sudor de mi frente. Sería incapaz de merecer mi bien y de sostenerme por mí mismo.

Si trasladamos esta comprobación al plano de la vida interior: Sería incapaz de reformar mi conducta y hacerme justo, fuerte... Y *de mendigar tengo vergüenza*: Tampoco sabría adoptar la actitud humilde de quien, reconociéndose vencido, se resigna a suplicar la ayuda de los demás en vez de procurar sacarles ventaja.

De haber disipado el bien de mí señor no me avergüenzo, eso no. Tampoco me avergonzaré de recurrir a un ardid para salir del mal paso que mis otros ardidés me han hecho dar. Pero yo, el ladrón, me avergonzaría de mendigar.

En suma: sería incapaz de mostrarme bastante irreprochable para prescindir de perdón y bastante piadoso para suplicar perdón. Todo lo cual precisa la clase de hombre a quien está dirigida la parábola: al hombre corriente, al que no puede ni quiere vivir como sabio ni como santo. Y el consejo dado será un consejo de prudencia: Mide el rigor de tu juicio según el rigor de tu propia conducta.

Yo sé lo que he de hacer, para que, cuando fuere removido de la mayordomía, me reciban en sus casas. Y yo os digo: Que os ganéis amigos...

Al condenar al culpable, al exigir al deudor que pague al señor toda su deuda de dolor, lo arrojáis de entre vosotros, como decía el Antiguo Testamento, le volvéis la cara, os apartáis de su humanidad. Pero en cuanto suspendéis el juicio (aunque sólo sea por prudencia), en cuanto acordáis al inculpado una tregua y en lugar de aprovecharos de su falta para abrumarlo, os afligís por esa falta a causa del amor que os une a él; si resistís al arrebato de una cólera impensada y consideráis que cualquier hombre cae en el error tarde o temprano y que vosotros mismos no estáis exentos de culpa, el vínculo fraternal subsiste y así evitáis la falta de no ver en el pecador lo que es digno de compasión, la falta de injuriar la imagen y semejanza de Dios escondida en todo hombre, por bajo que haya caído. Queda entonces una oportunidad para que la iniquidad de la indulgencia se convierta en riqueza de caridad.

Y así podemos dar con la razón última de esta prudencia que se nos encomienda. Es una prudencia que ha de abrirnos las vías de la caridad.

De esa caridad que resume toda la Ley y los profetas, esa caridad que san Pablo opone

invariablemente a la ley del pecado y a la justificación por la ley. Basta una pizca de esta levadura para levantar toda la masa del mundo, basta una chispa de este fuego para inflamar y reducir a cenizas todo el edificio justiciero. Y en este sentido se vuelca la enseñanza íntegra del Hijo del Hombre.

Pero en este discurso se insinúa con discreción extrema y por medio de una sola palabra: *Amigos*, término cuya gama de sentidos abarca toda la extensión del alma, desde el contacto cordial de los camaradas hasta el hecho sublime de la unión espiritual.

El mayordomo injusto compromete a las personas sólo para que lo reciban en sus casas. Pero los hijos de la luz son invitados a hacerse de amigos por medio de la indulgencia.

...para que cuando falleciereis, os reciban en las eternas moradas.

Qué palabras asombrosas, en especial cuando parecen no exigir ninguna explicación. Tratemos de entenderlas. *Las eternas moradas*, ¿no son, acaso, el paraíso? En efecto: no es posible dar otro sentido a esas palabras.

¿Y quién debe admitirnos en el seno del paraíso? ¿El Señor, el Padre? No, o todavía no. ¿Cristo, humano y misericordioso? Tampoco. ¿El ejército centelleante de los ángeles, la familia solemne de los santos? No. Son aquellos en que menos pensábamos, son los que debían al Señor, son los pecadores perdonados.

Perdonados gracias a nosotros, quizá. Y gracias a ellos podemos participar de la gracia. Y esto de dos maneras: porque habiéndoles mostrado indulgencia, nos hemos atraído la indulgencia de Dios; y habiendo suplicado su perdón, habremos obtenido el nuestro por añadidura.

Pero aquí se oculta una temible amenaza para el acusador inexorable: Cuidado, vosotros los que condenáis como si pudierais sondear hasta el fondo el alma de los demás hombres, como si poseyeráis por completo el conocimiento de la Ley, como si fuerais dueños de la perfecta equidad que es propia del Juez. Porque ese mismo pecador alcanzará quizá más pronto que vosotros el perdón, y quizá ocupará en las eternas moradas un sitio que os será negado.

Porque Dios, el único que sabe, juzga como quiere, y no como juzgáis vosotros. Dios paga, si ésa es su voluntad, el salario de la jornada íntegra al obrero de la oncenaria hora, y llama a su reino al ladrón que expira en la cruz, y borra todos sus crímenes por una sola palabra susurrada en el arrepentimiento y en una súbita purificación del corazón en los umbrales de la muerte. Dios perdona a la mujer adúltera y a la prostituta. Dios perdona mucho a los hombres y mujeres que lo aman mucho.

Queda por aclarar por qué motivo el Señor nos imparte esta vez su enseñanza por medio de una historia escandalosa e inmoral. ¿No podía elegir otra imagen? Si quería disponernos a la indulgencia, al respeto del prójimo, ¿por qué comparar esas virtudes con un fraude interesado, con una treta repugnante?

Es que hemos dado con uno de los puntos en que Cristo era escándalo para los judíos (y todavía lo es para el judío que esta en nosotros, los cristianos).

¿Cómo es posible?, se pregunta el hombre de pura observancia. Mientras que la Ley exige ojo por ojo y diente por diente, ¿os atrevéis a mostrar indulgencia y consideración por las gentes? Eso es para nosotros relajamiento y complicidad. Desdichado el que mezcla la compasión con las cosas de la justicia. Si alguien transigiera, ¿cómo podría subsistir esa institución divina que es la Ley de Moisés, y qué sería del Templo, del Sacrificio, de las Escrituras y del Arca de la Alianza?

Todo judío es un justiciero nato. En Israel el juez entrega al condenado al pueblo para que lo lapide. El pueblo elegido es justiciero, o sea que es al propio tiempo juez y verdugo. Decirle

no juzguéis es negarle su razón de Ser. Si nos negáis el juicio, ¿qué nos queda? Os queda el recurso de juzgaros a vosotros mismos y de arrepentiros, podría decirles Jesús; os queda el recurso de atraer a los demás con vuestro ejemplo, en vez de precipitarlos al suplicio.

Sin embargo, ni un punto ni una tilde de la letra será cambiada. El propio Cristo es el gran justiciero. El único legítimo. (Que no tengamos la desdicha de ver su rostro iracundo vuelto contra nosotros, que no se abata sobre nosotros su brazo vengador cuando aparezca entre la gloria de las nubes, tal como lo muestra el Apocalipsis...). No he venido a abrogar la Ley, sino a cumplirla.

San Pablo, fariseo convertido, anunció con más intensidad que nadie cómo ha de ser ese cumplimiento de la Ley, esa Ley de caridad, de libertad y de gracia, fundamento de la nueva tierra y los nuevos cielos prometidos para el fin de los tiempos.

Pero es obvio aclarar que tal cumplimiento no puede consumarse sin trastocar todas las actitudes, todos los hábitos, todos los apegos de los súbditos de la Ley Antigua, para quienes la Ley es una posesión y un privilegio en que se instalan orgullosamente: los escribas, los fariseos y también nosotros, que nos llamamos cristianos y en verdad no somos otra cosa que escribas y fariseos hipócritas.

Todo el drama cristiano es el choque de ambos aspectos de la Ley: toda la vida cristiana no es más que el sufrimiento del parto de la Ley Última. Es necesario que paulatinamente la Ley Nueva reemplace la Antigua, que se insinúe y le arrebathe su lugar: por eso la Ley Nueva no es el reposo, mas la espada; no es la indulgencia, mas el fuego.

Sin embargo, para el anciano continuará siendo iniquidad y escándalo. Por eso Cristo, al hablar a los hombres en su lenguaje, no teme representar el perdón como el *Mammona iniquitatis*, el Mammón de la Iniquidad.

XXII

PADRE NUESTRO

Y cuando orareis -dice Jesús (Mateo, VI, 7-8)-, no habléis mucho, como los gentiles; pues piensan que por mucho hablar serán oídos. Pues no queráis asemejaros a ellos; porque vuestro Padre sabe lo que habéis menester, antes que se lo pidáis.

Si lo sabe de antemano, ¿no es inútil rezar, aun empleando pocas palabras? Para Dios sí, porque ve en el secreto y oye en el silencio; para nosotros no, porque necesitamos de las palabras a fin de que nuestro pensamiento se haga inteligible y nuestro sentimiento adquiera consistencia y nuestro ímpetu encuentre su dirección. Y la plegaria es ya su propia respuesta favorable, puesto que la primera gracia que nos hace Dios es dirigirnos a Él, ligarnos a Él, comunicarnos con Él interiormente. Por virtud de las palabras, el deseo se eleva a la conciencia; por virtud de la conciencia es aclarado, vivificado, fortificado, expuesto a la luz de la verdad divina. De modo que nada oscuro o impuro puede subsistir en él. Entonces es ofrecido, o sea trasmutado: en efecto, lo propio del deseo es arrebatarse, pero por virtud de la plegaria se abre y se entrega como una flor, como una flor cortada. Así nuestra plegaria nos lleva de la súplica al desapego. Pues basta que a favor del deseo la plegaria nos haya conducido a presencia de Dios, que es el bien supremo, para que el bien particular que procurábamos obtener nos parezca inútil y vano. Por eso la plegaria perfecta reduce la súplica

a pocas cosas, si no a nada. Tal es la plegaria dominical, la que Dios mismo nos enseñó a rezar.

Padre Nuestro que estás en los cielos. La primera palabra en que debemos hacer hincapié es *nosotros*. No soy yo quien reza, somos nosotros. Aislados o juntos, somos nosotros los que suplicamos. Suplicamos al Dios y al Padre de todos los hombres. Hay una frase del Evangelio que dice: Allí donde haya dos o tres reunidos en mi nombre, estoy yo. ¿Por qué motivo? Porque la unidad de Dios, no es abstracta, no es singular. Tal unidad es en sí Relación, tal unidad no es sencillamente unidad, mas unión. Allí donde haya dos o tres reunidos en mi nombre...: planteados dos o tres términos, la relación se establece por sí sola. Tal relación es el *Nombre* en nombre del cual los dos o tres se vinculan. Cuando decimos *Padre Nuestro que estás en los cielos*, la palabra *Nuestro* debe reunir en nosotros la humanidad toda. Y hemos de rezar en nombre de todos nuestros hermanos, presentes o ausentes, vivos o muertos.

Padre Nuestro... Jesús introduce una gran revolución mística en la tradición de Israel al enseñar a los suyos a llamar *Padre Nuestro* a Dios, el Señor, el Altísimo, el Señor de los Ejércitos. Y esa revolución es un retorno a los orígenes.

Porque todos los pueblos primitivos adoran el alma de sus antecesores mezclada con las fuerzas de la naturaleza y elevada después al cielo, desde el cual vigila y protege a la tribu... Quizá sea éste el origen de los dioses paganos, ya que el de ellos tiene el nombre de Júpiter, o sea Jov: Padre o Dios padre.

Pero una cosa es divinizar falsamente el alma de los antecesores y otra llamar *Padre Nuestro* al Dios verdadero, a aquel que es *El-Que-Es*, aquel cuyo nombre es *Yo-soy*, aquel rodeado de relámpagos y terror, aquel cuya Gloria hizo volver la espalda a Moisés, porque el hombre no puede enfrentarla sin morir. Jesús abatió las murallas de ese respeto convertido en espanto, de esa grandeza convertida en alejamiento. Jesús recordó que el amor salva las distancias y franquea los abismos, y que el Rey del Cielo, invisible y vertiginosamente alto, es sensible y está presente en la sombra del corazón.

Que estás en los cielos. ¿Por qué ha de ser el Cielo el lugar divino? ¿No es cierto, acaso, que Dios está en todas partes? Sí, pero el cielo manifiesta su presencia, porque el cielo es abierto, inmenso, circular, elevado y puro. En el cielo se alzan las montañas, y las montañas representan el Principio, la Roca de la Estabilidad. En el cielo o firmamento brillan las estrellas, y la palabra *firmamento* significa *lo que es firme*, lo que no cambia. Aunque las nubes lo crispan, la turban, lo velan, sabemos que el cielo conserva tras ellas su limpidez y lucidez inalterables. Del cielo proviene la luz, y la luz es el bien y la realidad primordial. Es la realidad material que no está sujeta a todas las leyes de la materia y reina sobre todos. Y por esa difusión uniforme sobre todas las cosas, por esa vibración eterna, por los beneficios que concede, por la alegría que da a los ojos y el corazón, es la primera imagen, la imagen sin imagen, la imagen deslumbrante de la Divinidad.

Padre Nuestro que estás en los Cielos, santificado sea tu Nombre.

¿Por qué esta insistencia en el Nombre? ¿Por qué es tan importante que el Nombre de Dios sea respetado y santificado? ¿Por qué ese Nombre ha de ser en nuestra boca tan santo como lo es en la realidad? Ese Nombre está asentado en la realidad, ese nombre no es una abstracción, no es una convención. ¿Cuál es la importancia primordial del Nombre en materia religiosa? ¿Cuál es la importancia de la fórmula exacta, bien pronunciada, si llega a los labios, y bien pensada, si no hacemos oír nuestra voz? Es que sin el Nombre no hay condensación ni concentración posibles ni puede haber entendimiento entre los que rezan juntos. Las palabras

"tu Nombre" vienen a recordarnos el sentido de la palabra "Nuestro". Sin ese nombre que nos une, ya no habría "nosotros", ya no habría vínculo. Y sabéis que somos múltiples, no solamente entre nosotros sino también *en* nosotros; que somos una multitud vaga y contradictoria, brutal y estúpida cuando no tenemos leyes, reglas, signos, nombres que nos guíen, que nos fijen en nosotros mismos y entre nosotros. Por su poder de concentración, la palabra tiene fuerza y no sólo sentido. En ese poder de concentración reside el secreto de la materia. ¿Cómo explicar que un mago sea poderoso sobre el bien y el mal? Porque tiene el poder de condensar su pensamiento, de dominarlo, de guiarlo en determinado sentido. Y la experiencia prueba que el pensamiento condensado, la voluntad concentrada y proyectada sin acción hacia su blanco tiene eficacia sobre las cosas. Este es el principio común de la magia y de la religión, pero el uso y la intención distinguen al mago del devoto o del sacerdote. El hombre que reza puede y debe ser un gran mago blanco, sin voluntad de poder, pero poderoso por su buena voluntad; y si no es poderoso no es bueno, pues la buena voluntad de nada vale sin la voluntad, y la plegaria en estado de ausencia es una mentira que decimos a solas y sin engañar a nadie.

Santificado sea tu Nombre. ¿Por qué es un crimen la blasfemia, cuando sabemos que el hombre que blasfema no sabe lo que dice? Ése es el crimen, ése es todo el crimen: nadie tiene derecho a pronunciar semejante Nombre sin pensar en lo que dice. *No pronunciarás el Nombre de Dios en vano:* mandamiento tan intenso, tan absoluto como *No matarás.* Pues casi es preferible matar a un hombre, que tarde o temprano morirá, a matar el Nombre pronunciándolo impensadamente. El Nombre eterno: el Nombre de que viven los hombres, el Nombre que crea todas las cosas, el Nombre que da valor a todo el resto, el Nombre que concita las voluntades, ordena los poderes, justifica las leyes, ilumina toda verdad.

Santificado sea el tu Nombre, venga a nos el tu Reino. Tu Reino, el Reino de Dios ha sido prometido para el fin de los tiempos. ¿A qué hemos de pedirlo, entonces? Dios es quien hace el Reino de Dios, mas no sus criaturas. ¿Pero habéis observado que desde el comienzo de esta plegaria nada hemos pedido para nosotros? No hemos pedido: hemos dispuesto nuestro deseo a la aceptación: *Venga a nos el tu Reino.* Vendrá, pero lo importante es que lo deseemos para que no venga a confundirnos. La lluvia cae sobre buenos y malos, y las desdichas caen sobre sabios y necios. El sabio y el necio van al mismo lugar, pero el sabio tiene ojos en la frente y el necio anda en la noche, dice el Eclesiastés. Las mismas cosas ocurren a unos y a otros, desdichas y venturas. El Reino de Dios vino a nos desde el principio y abierto está a todos, pero pocos son los que entran en él. En la vida espiritual, como decíamos hace poco, lo primero es la actitud, la actitud de aceptación, de sinceridad, de coraje. Todo lo que ocurre es en sí indiferente. Quiero decir que todo, lo bueno y la malo, puede llevarnos al bien cuando la actitud es buena. y al mal cuando la actitud es mala. El propio advenimiento del Reino de Dios es una desdicha para quien se niega a entrar en él.

Venga a nos el tu Reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. En el cielo se ha hecho tu voluntad, pero en la tierra, hija del cielo, no se ha hecho todavía. Comprobación profundamente misteriosa: la voluntad del Todopoderoso no se ha hecho aún en la tierra... ¿Dónde está, entonces, su Poder absoluto? ¿Lo limitarán, acaso, las astucias y miserias, el mal y la muerte? Debemos pensar que el Poder absoluto no es lo que imaginamos, mas en verdad supera en mucho lo que imaginamos, puesto que ese Poder absoluto tiene sobre sí el poder de limitarse voluntariamente. Es preciso saber que Dios, que todo lo puede y no quiere poderlo todo, no quiere ejercer todo su poder. ¿Por qué? Para que nosotros, para que todos los seres espirituales (y quizá todos los seres son espirituales hasta cierto punto) podamos ejercer a

nuestro antojo un poder divino. Éste es el don de vida, el don de libertad merced al cual no hemos sido arrojados como fichas en la mesa de juego, gracias al cual no caemos como piedras en el vacío, gracias al cual hay algo que depende de nosotros, aun cuando nuestro destino está trazado de antemano, y nuestro patrimonio de felicidad y desdicha, nuestras diferentes aventuras y accidentes están escritos desde siempre. Pero hay algo que no nos ha sido dado: el modo en que aceptaremos ese patrimonio, el grado de conciencia que adquiriremos y nuestra libertad, la libertad que dependerá de esa conciencia. ¿Está el hombre determinado o tiene libre albedrío? Lo tiene, pero está más o menos determinado en la medida en que ignora que lo tiene. La libertad verdadera no es un don: hay que lograrla. Por eso debemos saber que somos responsables también de nuestras ignorancias, de nuestros olvidos y de lo que sirve de excusa a la mayoría: el obrar impensadamente.

Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo: con esta frase termina la primera parte de la plegaria, que es de aceptación y glorificación, y empieza la segunda parte, que es de súplica. La súplica es sobria: *Danos hoy el pan nuestro de cada día* (Lucas, XI) Es como si pidiéramos: no nos des nada más que el pan, danos lo necesario para subsistir, niéganos lo superfluo, que nos arrastrará y pervertirá. Escrito está: no sólo de pan vive el hombre. Y en verdad, el texto de Mateo dice: *nuestro pan sobresustancial* (Mateo, VI). Danos el pan natural y danos también nuestro pan espiritual, o sea Tú mismo.

Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores, según Mateo, y según Lucas: *Y perdónanos nuestros pecados, así como nosotros perdonamos al que nos debe.* La traducción francesa que suele recitarse es, sin duda, exacta en el fondo, pero es una paráfrasis y no una traducción. Es gran audacia alterar las palabras que el propio Señor pone en nuestros labios. No en vano habla Cristo del pecado como de una deuda y recuerda con qué tasa habrá de ser pesada, ya que seremos medidos con la misma medida que empleamos para medir a los demás, y si damos nos darán, y si no juzgamos no seremos juzgados, y si absolvemos seremos absueltos. ¿Pero cómo atreverme a hablar de tal modo como si desde el fondo de mi corazón hubiera perdonado todas las malas obras de los demás? ¿Puedo rezar y a la vez mentir? Más vale abstenerme de rezar mientras no esté en condiciones, según me advierte el Libro: *Por lo tanto, si fueres a ofrecer tu ofrenda al altar, y allí te acordares, que tu hermano tiene alguna cosa contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y ve primeramente a reconciliarte con tu hermano, y entonces ven a ofrecer tu ofrenda* (Mateo, V, 23-24) La súplica tiene, pues, doble filo: al mismo tiempo pedimos a Dios y exigimos el perdón de nosotros mismos. Así es cómo se desarrolla la plegaria y crea a veces las disposiciones que la hacen válida.

Y no nos dejes caer en la tentación. Ne nos inducas in tentationem, es la frase original: frase difícil de entender y que nos llena de confusión. Para resolver esta confusión los traductores encontraron lógico cambiar las palabras que el propio Señor quiso poner en nuestra boca y dijeron: *No nos dejes caer en la tentación.* Lo cual no es traducción, sino paráfrasis. Objetaréis que es decir la misma cosa de manera más clara (y menos chocante), pero os respondo que son dos cosas absolutamente diferentes por el plano en que se sitúan y por el alcance que tienen.

Lo que nos confunde y alarma es que la súplica *Ne nos inducas in tentationem* implica lógicamente que Dios puede ser tentador, cuando en verdad sabemos que ésa es la misión del diablo. Y la epístola de Santiago nos lo confirma: *Non est tentator Deus,* Dios no es tentador. La única respuesta es la siguiente: ante las palabras de Jesucristo debemos esforzarnos por comprenderlas y hacerlas nuestras comprendiéndolas, en vez de discutir las y menos aún de

alterarlas porque no las comprendemos.

En verdad, Dios no nos induce en tentación como un mal amigo nos induce en tentación con sus malos consejos, como el demonio nos insufla el mal deseo y nos empuja al pecado por los hombros, como nosotros mismos nos inducimos en tentación cuando nos divertimos, cuando abusamos de nosotros mismos (ya que somos nuestro peor enemigo, nuestro propio demonio). Si estamos tentados es porque nos ha arrebatado el mundo exterior y nos hemos desgarrado en la lucha de la vida. Pero Dios creó este mundo y nada se hace en él sin que el Todopoderoso no lo quiera o permita. Por eso no suplicamos al diablo que no nos induzca en tentación, mas rogamos a Dios que no nos envíe el Diablo ni nos arroje entre sus garras.

El Diablo aparece dos veces, personalmente, en las Escrituras: durante la tentación de Cristo en el desierto y en el Libro de Job. En el desierto, asistimos a la lucha entre el Hijo del Hombre y el Diablo, que discurren y dialogan. En el Libro de Job, Satanás se presenta familiarmente ante el trono de Dios, como un bufón cortesano. Y Dios le pregunta de dónde viene y le da el permiso, si no la orden, de tentar al Justo, su servidor. Estos ejemplos nos demuestran que el Diablo tiene una misión en la economía de la creación, y Jesús hace que nos dirijamos lisa y llanamente a Dios, prescindiendo del indigno intermediario, para suplicarle: *Ne nos inducas in tentationem*,

O sea: presérvanos en tu seno, que es nuestro refugio, contra la tentación y no nos arrojes al mundo. Presérvanos en la vida interior y en el amor hacia ti, en que la tentación se hace imposible, porque la vacilación dolorosa, el desgarramiento trágico entre lo que nos complace y lo que complace a Él no puede subsistir en el amor de Él, ya que no puedo amar a alguien sin repudiar de inmediato cuanto le desagrada. Jesús no nos enseña a pedir fuerzas para triunfar en la lucha del bien y el mal, pero sí a liberarnos de esa escisión entre el bien y el mal que es ya un mal con relación a la unidad y la paz divinas. No es éste un pedido de ayuda en el ámbito práctico y moral, sino un llamado al amor en el ámbito místico. Por lo mismo los profanos han de encontrarlo alarmante, incomprensible y perturbador.

Como las otras súplicas de la oración, *Ne nos inducas in tentationem* más que expresar la aspiración común figura un estado que debemos tratar de alcanzar. La aspiración común es correr hacia la tentación como corremos a la feria y a la fiesta. ¿Por qué el niño protegido en el seno de su familia sueña con poder correr el mundo?

¿Por qué el campesino deja su terruño para precipitarse en la ciudad y el burgués sus asuntos para marchar a la guerra? ¿Por qué, sino porque la Tentación los tienta? En verdad nada nos complace tanto como ser tentados, pues la naturaleza humana saca astutamente su ganancia en cualquier caso: el placer del pecado si sucumbe, la exultación del orgullo si se muestra virtuosa. Pero quién dirá desde el fondo de su corazón:

Líbranos del mal y de la lucha, que es un mal, y del deseo, que es un mal, y del mundo y del Príncipe de este mundo y de las tinieblas exteriores. La plegaria no se detiene aquí, sino que vuelve a la glorificación (al menos en la versión protestante, cuyos autores no debieron inventar el texto):

Pues a ti pertenecen el Poder y el Reino y la Gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Cuando recéis, y en especial cuando recéis el Padre Nuestro, dad a las palabras el tiempo de nacer, de crecer y profundizarse. Afincaos en ellas, aprehended su sentido, haced que el sentido os penetre. Y después, con un esfuerzo del ser todo, lanzad la palabra, impulsadla hacia lo alto. Por lo tanto, debéis rezar en dos tiempos: un primer tiempo que es toma de

conciencia, de penetración; y un segundo tiempo que es de don. Pronunciad cada frase y repetidla sólo cuando no estáis del todo penetrados, porque con las plegarias aprendidas es muy grande la tentación de transformar las palabras en ejercicios de respiración y restablecer el régimen tibetano del molino de rezos.

Pronunciad la frase y aguardad un momento para que adquiriera en vosotros su pleno sentido. Si algunas partes de la frase se os escapan, repetidlas, no para "hablar mucho", sino para comprender las pocas palabras que habéis dicho. Sabed que, en todo caso, un don es un presente, y la plegaria es un don, y es imposible hacer un presente cuando estamos ausentes. Sabed que vuestra plegaria de nada valdrá si no estáis en ella y que vuestros ejercicios nada os habrán enseñado si no os han enseñado a estar en la plegaria. Estad presentes, pues, en la plegaria y presentes ante Dios en la plegaria, presentes ante vosotros mismos en la plegaria, presentes vosotros mismos en Dios por la plegaria.

XXIII

EL OJO ES LA ANTORCHA DEL CUERPO

En nuestra última conversación hemos terminado el comentario del Sermón de la Montaña, según Lucas. Volveremos al de Mateo para detallar, aquí y allá, los párrafos que no hemos comentado, ya directamente, ya indirectamente, por comparación con otros textos.

Volvamos, pues, al capítulo VI, 23-24:

La antorcha de tu cuerpo es tu ojo. Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo será hermoso. Mas si tu ojo fuere malo, todo tu cuerpo será tenebroso. Pues si la lumbre, que hay en ti, son tinieblas, ¡cuán grandes serán las mismas tinieblas!

Qué revelación capital sobre el bien y el mal, y sobre el deber del hombre. ¿Cuál es el deber indicado en este párrafo? El deber de iluminarnos a nosotros mismos: encended vuestra lámpara, sabed adónde vais, no tropecéis en las tinieblas. Vuestro deber primero es ver claro. Ignorar no es excusa para todos los pecados. "No sabía lo que hacía -decimos de un criminal-; obraba inconscientemente." Y eso lo excusa todo. Mas para los sabios y religiosos de todos los tiempos y todos los climas, ésa no es excusa para ningún pecado: es el pecado mismo. Los hindúes sólo conocen un pecado, que llaman ignorancia. Y Sócrates, como los hindúes, afirmaba que no hay más pecado que la ignorancia, pues quien sabe no puede pecar.

Encontramos la misma tesis, aunque encarada de otro modo, en quien considerábamos padre del racionalismo, en Descartes. Como el buen sentido es la cosa más asequible en el mundo, afirma el filósofo, la inteligencia que se consagra en la búsqueda de la verdad no puede equivocarse. Si el hombre se engaña, peca "por presunción", dice Descartes: puesto que afirma saber una cosa que ignora. Su voluntad de afirmar se precipita imprudentemente antes, de poseer las pruebas de su afirmación. Es ésta una de las verdades del reflejo en un hombre que no entendía la verdad como la entiende el texto del Evangelio y que no entendía la verdad como la entienden los hindúes, o siquiera como la entendía Sócrates. Descartes habla de una verdad exterior, de una verdad científica, de una verdad de superficie y lo que dice es una afirmación de superficie. Más profunda es la exclamación de Pascal: "Error, punición de los

que pecan". No, subintendiendo, no pecamos al engañarnos, mas nos engañamos porque somos pecadores. En efecto, si Dios es el Dios de Verdad, cómo es posible que se engañe quien vive en Dios, quien obra en Dios, quien piensa en la luz de Dios. ¿Cómo es posible entrar en la gracia de Dios y seguir engañándose?

Estas verdades tradicionales pueden parecer chocantes porque nuestro lenguaje ha degenerado, porque no entendemos las mismas cosas mediante las mismas palabras. No creáis que afirmo que para salvarse es necesario convertirse en sabios. Todo este Libro (el Evangelio) es una prueba de lo contrario. Si contra alguien la emprende este Libro es precisamente contra los sabios. Y uno de los primeros párrafos de este Sermón de la Montaña que nos ocupa: *Bienaventurados los pobres de espíritu*. San Francisco odiaba los libros con la misma intensidad y por el mismo motivo con que odiaba el dinero. Conviene despojarse de las riquezas de la inteligencia como de cualquier otra riqueza para alcanzar la verdad. Lo cual tampoco significa que quienes estudian e investigan estén necesariamente condenados. Pero están necesariamente condenados quienes ponen toda su fe en creer que saben y en creer que su saber ha de salvarlos.

Juana de Arco decía de sí misma: "No sé ni A ni B". Y no poco esfuerzo le costó al cura de Ars hacerse ordenar, pues no podía aprender el latín. Y el sabio más grande de la India actual, uno de los que llaman Yogui del Conocimiento, frecuentó apenas la escuela durante su infancia e hizo en ella muy triste figura.

El verdadero conocimiento no es función de la inteligencia, no es noción del intelecto. El verdadero conocimiento puede estar vedado a los doctores y revelarse a los niños. En otra ocasión afirmamos un algo semejante, cosa que sobresaltó a varios de entre vosotros. Dijimos que *el amor no es un sentimiento*. Asimismo, hoy os pido que consideréis esto: *el conocimiento no es un saber*. El amor no es un sentimiento, el amor es un acto total que comprende al hombre todo: Amarás a tu Dios con todo tu corazón y toda tu inteligencia, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Estas palabras son redundantes; estas palabras destacan los tres elementos de que está compuesto el hombre: corazón, inteligencia y voluntad. Y estas palabras oponen, además, los dos aspectos: el *alma*, que comprende corazón e inteligencia, y el *cuervo*, que concentra las fuerzas y las traduce en actos. El amor no es un sentimiento, pero es *también* un sentimiento; y el conocimiento, asimismo, no es un saber, pero es *también* un saber: Conocerás con toda tu inteligencia y con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Se dice de Dios que Dios es verdad; se dice de Dios que Dios es amor. Y todo ello bien dicho está. Conocemos el amor y el conocimiento como dos cosas que rara vez coinciden en nosotros o que no coinciden nunca. Pero en Dios, donde todo es uno, coinciden y son una sola cosa, y lo son todo, son el anverso y el reverso de la misma medalla, pero de una medalla sin espesor; son los dos caminos hacia misma meta, que es la unión. Cuando la unión se ha logrado, ¡qué importa el camino! Ambos caminos tiene el mismo nombre en el punto donde se reúnen, y si no están destinados a encontrarse, extravían a quien los emprende.

El conocimiento que no lleva al amor es un conocimiento abstracto, práctico, espiritualmente vacuo, prácticamente nefasto: un conocimiento que lleva a la muerte a la destrucción, a la división, y crea maravillosamente los instrumentos del odio. El amor que no lleva al conocimiento se llama pasión, se llama extravío, se llama tiniebla, se llama pecado.

El deber primordial del hombre es encender su lámpara es buscar una doctrina recta y seguirla, es iluminarse y después obrar en la luz. Creer que conocemos en lugar de creer en la verdad es condenarnos a las luces engañosas que impiden a las tinieblas recibir la luz. Precipitarse en la

acción con toda suerte de virtudes, con valor y abnegación, mas sin conocer las causas por las cuales combatimos, es consagrarse a la perdición, es cometer un mal peor que el de los cobardes y los pérfidos. Todos nuestros grandes desórdenes y nuestros grandes desastres no provienen tanto de nuestros malos instintos cuanto de nuestros grandes conocimientos, de nuestras virtudes que, mal dirigidas, trabajan para el mal. No hay inocencia en estos extravíos que arrebatan a pueblos enteros y no hay excusa para quienes se abandonan a ellos. Porque no reflexionan y ése es su crimen. El mal sólo puede hacerse con virtudes y talento. No puede hacerse con defectos. Porque con los defectos, que son incapacidades, nada puede hacerse. El que se engaña en la doctrina que sigue, el que difunde el error, el que sirve al error peca, al menos por omisión o por precipitación. Y nuestro Evangelio nos da otro motivo para su falta, ya que el parágrafo que acabamos de leer sucede inmediatamente a éste: *No queráis atesorar para vosotros tesoros en la tierra, donde orín y polilla los consumen, y en donde los ladrones los desentierran y roban.* Y el parágrafo siguiente dice: *Ninguno puede servir a dos señores: Porque aborrecerá al uno, y amará al otro; o al uno sufrirá, y al otro despreciará. No podéis servir a Dios y a las riquezas.* Y en seguida: *Por tanto os digo, no andéis afanados para vuestra alma, qué comeréis.* Si el parágrafo sobre el ojo y la verdad está situado entre esas dos afirmaciones, no es por casualidad. El que se preocupa por saber qué comerá mañana, el que se consagra a reunir un tesoro que los ladrones pueden arrebatarse, ése no puede servir a dos señores, a Dios y a Mammón, ése no puede servir a la verdad y a su vientre. El que desea encender su lámpara, ocúpese primero de su lámpara y no olvide nunca tenerla encendida y verter en ella el aceite y pegarle la llama y protegerla contra el viento. Para arder, esta lámpara no ha menester de grandes estudios, ni ha menester de un genio excepcional. Sólo necesita una atención constante: arde por la fuerza de la atención. Si la atención se desvía, extingüese la llama. Y no es posible prestar atención a dos cosas al mismo tiempo. Error, ignorancia: pecado de los encadenados.

El comienzo del Sermón de la Montaña nos decía: *Bienaventurados los de limpio corazón; porque ellos verán a Dios.* En ese comienzo, como en el parágrafo que comentamos, encontramos la palabra ver, y en el mismo sentido. ¿Queréis ver, queréis ver la verdad? Purificad vuestro corazón. ¿Queréis saber la verdad? No ejercitéis vuestro intelecto, no llenéis vuestra cabeza. Vaciadla, más bien: vaciadla de todas esas nociones distintas, de todas esas verdades claras y distintas de que nos habla el filósofo. Más que distintas llamémoslas separadas, o mecánicamente estructuradas en sistema: hermosas máquinas que os mandarán muy lejos de la meta. Encended vuestra lámpara, despojaos de lo superfluo: que vuestro corazón sea como un espejo, que la luz brille en él sin interferencia de objeto y de noción. Todo lo que es separado está muerto o es falso: y es dos veces falso si lo creemos viviente y verdadero, si nos encadenamos a ello.

Si ya las luces que hay en ti son tinieblas, ¿cómo habrán de ser tus tinieblas? Si tu conciencia ya se hunde en lo negro, ¿cómo serán tus yerros? Si tus virtudes son imaginarias, ¿a qué vicios te llevará tu imaginación? Pero si tu visión de las cosas es justa, por débil y vacilante que seas, acabará llevándote a la justicia. Pues allí donde la serpiente ha puesto su cabeza pasará el resto del cuerpo.

Y ahora os leeré, casi sin comentarios -tan comentadas están por sí solas-, unas palabras que las gentes quizá se saben de memoria y que, sin embargo, olvidan a diario. Y que, más aún, procuran olvidar asiduamente: que olvidan por deber moral.

Por tanto os digo, no andéis afanados para vuestra alma, qué comeréis, ni para vuestro cuerpo, qué vestiréis. ¿No es más el alma que la comida y el cuerpo más que el vestido?

Éstos son los pensamientos concretos del Evangelio. Esta sencilla frase acerca del cuerpo, ¿no es más instructiva y persuasiva que todas las demostraciones, aunque vengan de Platón, sobre la inmortalidad del alma? Pues en ese sentido ha de aplicarse la frase: "¿No es más el alma

que la comida y el cuerpo más que el vestido?" Ya que el cuerpo mismo es un vestido. *¿Es más el alma que la comida?*, traduce: "Nonne anima plus quam esca?"

Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni allegan en trojes; y vuestro Padre celestial las alimenta. Pues, ¿no sois vosotros mucho más que ellas?

¿Y quién de vosotros discurriendo puede añadir un codo a su estatura?

¿Y por qué andáis acongojados por el vestido? Considerad cómo crecen los lirios del campo: no trabajan, ni hilan.

Pues yo os digo, que ni Salomón en toda su gloria fue cubierto como uno de éstos. Pues si al heno del campo, que hoy es, y mañana es echado en el horno, Dios viste así; ¡cuánto más a vosotros, hombres de poca fe!

No os acongojéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o con qué nos cubriremos?

Porque los gentiles se afanan por estas cosas. Y vuestro Padre sabe que tenéis necesidad de todas ellas.

Buscad, pues, primeramente el reino de Dios, y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.

Y así no andéis cuidadosos por el día de mañana. Porque el día de mañana a sí mismo traerá su cuidado. Le basta al día su propio fin.

No sólo es pecado la ignorancia. También la preocupación es pecado. Y el encadenamiento, aunque sea al deber, es pecado. Pues vuestro deber no es sino el reverso de vuestro haber. Vuestro deber espiritual es pagar vuestras deudas para liberaros del deber. Mas no es deber vuestro hundiros en nuevos deberes por deseo o por aceptación de nuevas cargas, nuevas ventajas y nuevos honores.

Y así volvemos al *No juzguéis* de que hemos hablado a propósito de Lucas. Pero aquí aparece inmediatamente después de estas consideraciones acerca del saber y el encadenamiento. La situación misma del párrafo lo ilumina, pues, con un nuevo sentido: no juzguéis, porque no sabéis; no juzguéis, porque estáis encadenados, así como están encadenados aquellos a quienes juzgáis. Para juzgar es preciso ser libres y conocer.

XXIV

FIN DEL SERMÓN SEGÚN MATEO

Para terminar con el Sermón de la Montaña, según Mateo sólo tenemos que ocuparnos de algunos párrafos diseminados aquí y allá:

VII, 7-8: *Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá.*

Tres caminos: pedir, buscar, llamar. Pedir, o sea rezar; buscar, o sea iluminarse, ejercitarse, trabajarse; llamar, o sea obrar.

Pedid, y se os dará. Para que sea cierto que el hombre que pide recibe, ¿qué pedir, y cómo? El mismo Sermón nos lo ha enseñado: el *Pater* resume y enumera los pedidos justos. Pero más importante aún que el objeto del pedido es la actitud interior del que pide: *Bienaventurados los que han hambre y sed; porque ellos serán hartos.* Bienaventurado el que sabe pedir como quien tiene hambre y sed; el que sabe rezar como el sediento y el hambriento;

el que no pide acuciado por sus propios deseos, que tal vez son el deseo de superar y aplastar a los demás; el que pide vaciado de su propia sustancia, como clamando socorro.

Buscad, y hallaréis. Este precepto está vinculado con el tema que hemos desarrollado en nuestra reunión anterior: el pecado de la Ignorancia (*La antorcha de tu cuerpo es tu ojo...*). En cierto modo, es un comentario de ese tema y nos hace una promesa que lo justifica. En efecto, el *conocimiento* imprescindible al justo -ese conocimiento sin el cual todo lo que hacemos es pecado- nada tiene que ver con los conocimientos artificiales que sólo pueden adquirirse en determinadas circunstancias sociales, con determinadas facultades y determinadas disposiciones intelectuales. La falta de este conocimiento es el pecado *de no haber querido conocer*, porque *todo el que busca, halla*, todo el que quiere iluminarse se ilumina y nada puede cerrarle el camino ni impedirle que abra la puerta a que llama, si esa puerta es su propia alma. ¿Quién puede impedir a un hombre que se recoja en sí mismo? ¿Quién puede impedirle que se dirija a su propia alma y que busque en ella la salvación? ¿Quién puede impedirle el arrepentimiento? Y esa alma que existe en él, que es él mismo y de la cual se aparta diariamente, ¿cómo puede ignorarlo si él la busca, si se dirige a ella? ¿Si busca en ella su refugio, su paz, su fuerza, su alegría? Solamente él puede impedírselo a sí mismo con sus faltas, su distracción, su injustificable indiferencia.

Llamad, y se os abrirá. He dicho que éste es el tercer camino, el camino de la acción. Y es un precepto sobre la manera en que obra en el mundo el hombre espiritual: obra como alguien que llama a una puerta. Su acción es un interrogante discreto, pero insistente. Cada una de sus obras escudriña en las formas de las cosas, en el umbral de las verdades. Llama para que le abran, obra para comprender. Tal es el objeto de la acción: entrar en la verdad por medio del contacto con la realidad, con esa verdad menor, esa semiverdad, esa verdad para el cuerpo que es la realidad. La realidad es una verdad para el cuerpo y es una puerta, la puerta de la verdad para el espíritu.

Vemos así que la plegaria, la busca y la acción se suceden, y cada una de ellas es plegaria, busca y acción. Y este pasaje en que se nos habla de llamar nos recuerda una sabrosa parábola que se encuentra en Lucas (XI, 5-9):

Les dijo también: ¿Quién de vosotros tendrá un amigo, e irá a él a medianoche, y le dirá: Amigo, préstame tres panes.

Porque acaba de llegar de viaje un amigo mío, y no tengo qué ponerle delante.

Y el otro respondiese de dentro, diciendo: No me seas molesto: ya está cerrada la puerta, y mis criados están también como yo en la cama, no me puedo levantar a dártelos.

Y si el otro perseverare llamando a la puerta: os digo, que ya que no se levantara a dárselos por ser su amigo, cierto por su importunidad se levantaría, y le daría cuantos panes hubiese menester?

Y yo os digo a vosotros: Pedid, y se os dará: buscad, y hallaréis: llamad, y se os abrirá.

En las palabras de Cristo suele haber un filo risueño que no debemos embotar. Esta candorosa presentación de Dios como ese amigo a quien molestamos en mitad de la noche y que acaba tirándonos a la cabeza todo lo que tiene a mano para librarse de un fastidioso, es de puro estilo evangélico. Y nos enseña eficazmente a obrar, a salir de nuestra escrupulosa discreción, de nuestra delicadeza excesiva, cuando no se trata de satisfacer nuestras necesidades. En efecto, las cosas espirituales nos vuelven dulzones, débiles, abstractos. Para el Evangelio como para los hindúes lo espiritual es opuesto de lo vaporoso y lo abstracto. *No penséis que vine a meter paz sobre la tierra; no vine a meter paz, sino espada.* ¡Despertad! El Reino de los Cielos

padece fuerza, y los que se la hacen, lo arrebatan (Mateo, XI, 12). *Y todos hacen fuerza contra él* (Lucas, XVI, 16). Frases que podrían interpretarse como la promesa de una especie de Walhalla para los violentos: pero eso sería forzar el texto y violar el Evangelio, que dice *bienaventurados los mansos, bienaventurados los pacíficos*. La fuerza, sí. Pero la fuerza de la dulzura, la fuerza de la plegaria, la fuerza de la caridad que abate las puertas del Paraíso y dobla la terrible Justicia divina. Esa fuerza consigue que el brazo vengador no caiga sobre el culpable, pero lo obtiene únicamente cuando es fuerte a causa de la dulzura, cuando es más fuerte que la fuerza, cuando el violento parece junto al manso un dormido que se agita en una pesadilla.

Pero si el manso flaquea, si el pacífico se adormece, ya no existe salvación para nadie.

El día de la Navidad de 1644, Nuestro Señor dijo a Marie des Vallées:

“Todo el que quiera hacer guerra a Dios y obtener la victoria necesita tres armas que os he dado.

"Los pecadores se jactan de pisotear mis mandamientos, pero la ira de Dios no deja de vengarse por ello y de exterminarlos.

"Mas la persona armada con estas tres armas opone a la ira de Dios *mi Pasión* y le demuestra que está más que satisfecha por la satisfacción que exige, y la ira de Dios se ve como *forzada* a admitirlo.

"Entonces el Poder Absoluto de Dios se levanta para lograr lo que no ha podido la ira, mas se le opone el *conocimiento de sí mismo* para esfumarse ante él y ocultarse en su nada. De modo que el Poder Absoluto, al no encontrar contra quién combatir, se ve *obligado* a retroceder.

"Después de lo cual se presenta la Justicia para lograr lo que otros no han podido, pero se le opone *un gran odio del pecado* que arguye a la Justicia que sólo puede juzgar al pecador en razón de su pecado. Y no existiendo ya el pecado, el pecador es la criatura de Dios a quien Dios no quiere destruir.

"Con estas tres armas, Nuestro Señor *ha vencido a Dios* y ha destruido el pecado”

[EMILE DERMENGHEN: *La Vie Admirable et les Révélations de Marie des Vallées*, ed. Plon.]

Salteo un párrafo del Sermón y continúo. Señalo que a pesar de los párrafos salteados, el discurso no pierde ilación. La construcción del Sermón de la Montaña es imbricada. Los párrafos parecen entrelazados, las verdades parecen desaparecer para reaparecer un poco más lejos, como en una trenza.

VII: *Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta, y espacioso el camino, que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por él. ¡Qué angosta es la puerta, y qué estrecho el camino, que lleva a la vida, y pocos son, los que atinan con él!*

Suele traducirse, y no sin razón, “fácil es el camino que lleva a la perdición”. Pero el sentido no está completo; en ninguna parte se dice: "Tomad el camino *escabroso*". Sólo se dice: *estrecho*. Sentimos que el camino debe ser escabroso y ascendente; pero hay algo más aún: es el camino que remonta las vías ordinarias, es el camino interior, y al cabo de ese camino está la puerta estrecha. ¿Qué puede ser más estrecho que el Uno? ¿Y qué puede ser más difícil de alcanzar y penetrar que el centro de un punto? No hay espacio en un punto, no hay espacio en la vida interior, y la vida interior empieza por un estrangulamiento, una entrada difícil en el gollete de un pozo. Hay que ser lo bastante simple, pequeño, desnudo para entrar por él; hay que estar lo bastante desapegado de todo lo que nos liga, y nos estorba, y nos infla, y nos impide pasar... Por eso es difícil el camino: no por escabroso ni por ascendente. Mas sí por

estrecho y porque sólo puede tomarlo quien es estrictamente simple, quien está estrictamente desnudo. Y acaso no sea un camino ascendente, sino descendente: acaso es el camino que desciende en los pozos.

Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, y dentro son lobos robadores:

Por sus frutos los conoceréis. ¿Por ventura cogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos?

Así todo árbol bueno lleva frutos buenos; y el mal árbol lleva frutos malos.

Y algo más lejos:

Todo árbol que no lleva buen fruto, será cortado, y metido en fuego.

Desconfiemos de los falsos profetas y en especial de los que prometen victorias fáciles. Pero, ¿no se nos enseña que no hemos de juzgar? ¿Cómo diremos de un profeta que es un falso profeta? ¿Cómo juzgaremos nosotros, que no somos en modo alguno profetas, lo verdadero y lo falso en materia de profecía y enseñanza? Y en general, ¿cómo juzgaremos, ya que esa misma frase acerca del fruto sucede en el otro Evangelista al precepto *No juzgarás*? Sí, no juzgarás el árbol, porque no ves el árbol ni sabes cuál es. No trates de juzgar en tus prójimos *qué son*. No digas: son malos. Mas juzga el fruto, o sea la parte de tu prójimo que se te ofrece y que puedes comer, que puedes probar y puedes juzgar, mas juzgar en relación a ti y no en relación a la justicia absoluta que no te pertenece ni tiene que ver contigo. A todo hombre, y en especial al hombre que se erige en profeta o en maestro, has de juzgarlo por el fruto, o sea por lo que recibes de él y por los resultados que percibes. No juzgues mala a una persona: aléjate de ella si es malo su fruto. Lo que esa persona da te destruye, te daña, te disminuye. Quizá es porque tienes mal estómago, quizá el fruto sea excelente y tú seas incapaz de morder-lo... Eso no importa.

No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése entrará en el reino de los cielos. Esto para completar las frases y promesas acerca de la plegaria, esto para objetar a quienes afirman que con la fe basta, que con la gracia basta, y que una vez recibida la fe y recibida la gracia podemos obrar y hacer de cualquier modo. La gracia puede recaer sobre un indigno, porque Dios llueve tanto sobre los buenos como sobre los malos, y las leyes naturales que Dios sostiene funcionan aun cuando las empleamos torcidamente. Lo mismo ocurre con dones espirituales, como son el lanzar demonios o curar a los enfermos. Y a quien no busca más que su placer o su propia gloria, Dios concede la gracia que pide. Y aunque el pedido sea malo, el hombre recibe el placer que busca y la gloria que busca, si los busca con destreza terrena.

Mas desdichado de él, porque *habrá recibido su galardón*. Y que no suponga que puede cubrir su obra profana o mala con palabras piadosas, con justificaciones rituales. El Señor le dirá: Nunca te he conocido. *Señor, Señor, ¿pues no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre lanzamos demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces yo les diré: Nunca os conocí; apartaos de mí, los que obráis la iniquidad.*

Hemos terminado el Sermón, puesto que hemos llegado al punto, ya comentado en Lucas, que cierra ambos discursos: *El que edificó su casa sobre la peña.*

XXV

LOS MERCADERES EXPULSADOS DEL TEMPLO

18 de abril de 1947. Calle Saint-Paul

Volveremos hoy al Evangelio de Juan después de nuestro largo viaje por los otros tres. Este Evangelio, por lo demás, habrá de llevarnos de nuevo a los otros. Habíamos quedado en las Bodas de Caná, o sea en el comienzo de la prédica.

Después de lo cual, Jesús va a Cafarnaúm, donde permanece "no muchos días". Y después sube a Jerusalén, en tiempo de Pascua.

II, 14-22: Y halló en el templo vendiendo bueyes, y ovejas, y palomas, ya los cambistas sentados.

Y haciendo de cuerdas como un azote, los echó a todos del templo, y las ovejas, y los bueyes, y arrojó por tierra el dinero de los cambistas, y derribó las mesas.

Y dijo a los que vendían las palomas: Quitad esto de aquí, y la casa de mi Padre no la hagáis casa de tráfico.

Y se acordaron los discípulos que está escrito: El celo de tu casa me comió.

Y los judíos le respondieron, y dijeron: ¿Qué señal nos muestras de que haces estas cosas?

Jesús les respondió, y dijo: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré.

Los judíos le dijeron: ¿En cuarenta y seis años fue hecho este templo, y tú lo levantarás en tres días?

Mas Él hablaba del templo de su cuerpo.

Y cuando resucitó de entre los muertos, se acordaron sus discípulos, que por esto lo decía, y creyeron a la Escritura, y a la palabra que dijo Jesús.

Los otros Evangelistas relatan este mismo episodio, mas lo sitúan en otro momento de la vida de Jesús: precisamente el día de Ramos o el siguiente. Os leeré los relatos semejantes a éste.

Mateo XXXI, 12-13: Y entró Jesús en el templo de Dios, y echaba fuera todos los que vendían y compraban en el templo; y trastornó las mesas de los banqueros, y las sillas de los que vendían palomas.

Y les dice: Escrito está: Mi casa, casa de oración será llamada; mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones.

Marcos XI, 15 - 17: Vienen, pues, a Jerusalén. Y habiendo entrado en el templo, comenzó a echar fuera a los que vendían y compraban en el templo; y tras tornó las mesas de los banqueros, y las sillas de los que vendían palomas.

Y no consentía que alguno transportase mueble alguno por el templo;

Y les enseñaba, diciendo: ¿No está escrito: Mi casa, casa de oración será llamada de todas las gentes? Mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones.

Lucas XIX, 45-46: Y habiendo entrado en el templo, comenzó a echar fuera a todos los que vendían, y compraban en él.

Diciéndoles: Escrito está: Mi casa, casa de oración es. Mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones.

Y cada día enseñaba en el templo. Mas los príncipes de los sacerdotes, y los escribas, y los principales del pueblo, le querían matar;

Y no sabían qué hacerse con él. Porque todo el pueblo estaba embelesado, cuando le oía.

Lo primero que nos impresiona, lo primero que nos preguntamos al leer este episodio es: ¿Qué se ha hecho de la no violencia de Jesucristo? Pero es que nos hacíamos de la violencia y de la no violencia ideas perfectamente falsas si creíamos que la no violencia consiste únicamente en pronunciar palabras untuosas y en hacer ademanes corteses y en bendecir a derecha e

izquierda para que a nuestra vez nos bendigan. La no violencia es un arma de ataque y también un arma de defensa; y la caridad puede traducirse mediante el azote y también mediante el beso. No hay en esta actitud de Cristo ninguna forma de violencia, si violencia significa infracción a la ley por pasión, interés o ceguera. Al anudar los siete nudos en la cuerda Jesucristo estaba sereno, sin duda. Y la fuerza de su actitud está sostenida por su impasibilidad interior. ¿Habéis visto el fresco italiano que representa esta escena? Los banqueros caen de nariz en tierra, las palomas ligadas de a dos se vuelan, las mesas y los escabeles se derriban... Y Cristo avanza en medio de esta ruina de cuerpos; sus vestiduras forman hermosos pliegues, tiene un brazo alzado y su rostro es de un óvalo perfectamente liso, semejante al rostro de Buda en meditación. Creo que ese fresco está en San Geminiano, o quizá en la iglesia de los Servi, en Siena, o quizá no exista. Pero de todos modos lo he visto.

No es un arrebato de malhumor lo que mueve al Profeta; no es uno de esos arrebatos de malhumor que pueden llamarse "noble indignación" es una enseñanza, y las enseñanzas de Cristo, como hemos visto, nos llegan por medio de palabras, y mucho más por medio de gestos, y de obras, y aun de milagros. Cada uno de sus pasos, cada una de sus palabras es una enseñanza. Y este gesto es una enseñanza cuya importancia no ignora ninguno de los evangelistas, ya que uno la sitúa en el principio mismo del ministerio de Cristo y los demás en el fin. Lo cual no es sino la misma cosa, y significa: esto es importante, esto brota de lo más secreto de su doctrina.

¿Dónde está la no violencia de Cristo en esta acción? O más bien: ¿dónde está su caridad? Y mejor aún: ¿dónde está su justicia? Jesús entró en el Templo y encontró en él a los vendedores *sentados*, como dice poderosamente el texto: *sentados y bien sentados, instalados y bien instalados, gozando de todo su derecho para meterse allí dentro*. Porque si no hubiesen tenido derecho, los sacerdotes y sacrificadores los habrían expulsado. Su presencia formaba parte de todo un sistema secularmente establecido. Y al cabo esos vendedores no hacían ningún mal: ahorran a los compradores la fatiga de ir a comprar las palomas, los corderos, las víctimas del sacrificio en las tiendas situadas al otro lado del templo, más allá de los grandes patios, más allá de las empujadas escaleras. Y si Cristo dice: "Mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones" no indica que no fueran mercaderes honrados. Es muy probable que fueran mercaderes muy honrados, que no robaran a los compradores más que los tenderos de Saint-Sulpice. Lo que no era honrado, lo que era intolerable era su presencia en ese lugar. "Pero si tengo derecho..." "Pero si me han permitido..." "¡Fuera de aquí!" Es todo. Ésa no es la justicia de los hombres: es la justicia de Dios, sin disputas ni razonamientos. Es la justicia que cae como el rayo. "Salid, retirad de aquí estas inmundicias, retirad este dinero y sobre todo retiraos vosotros mismos. No transportéis nada, no aumentéis el desorden". En los templos de la India aún podemos encontrar a los mercaderes *sentados*, y también en nuestras iglesias, entre los cirios y la pila del agua bendita, frente a una modesta mesa... En todas las iglesias pueden verse muchos mercaderes; y los sacerdotes los protegen y armonizan con ellos. Y en ocasiones los reemplazan

El sacrificador se indigna al ver que Jesús se atreve a expulsar a los mercaderes. "Perdón, señor: ¿qué derecho tiene usted? Somos nosotros quienes cuidamos del templo. ¿Quién le ha dado a usted atribuciones?... ¿Qué señas nos da usted de su autoridad? Y la respuesta: Destruíd este templo y lo reconstruiré en tres días. Pero él hablaba del templo de su cuerpo, dice el evangelista. Y por eso sus discípulos, recordando sus palabras después de la resurrección, creyeron en él. Sí, habla del templo de su cuerpo, pero también habla del templo de Jerusalén. En el Evangelio, un sentido no impide que otro sentido atraviese las mismas

palabras y las mismas sílabas. Y en efecto, el templo fue destruido y reconstruido, más amplio y alto, por obra de quien había expulsado a los mercaderes. Tal es la seña de quienes tienen derecho para erigirse en jueces de una tradición religiosa; y sólo pueden hacerlo cuando dan la seña. Solamente el espíritu puede investiros de semejante autoridad, solamente el espíritu puede hacerlos jueces. El espíritu, que sopla adonde quiere, como dirá algo después este mismo Evangelio de Juan.

Éste es el momento más oportuno para recordarlo, puesto que hoy las gentes y diarios más innobles rebosan de injurias contra la Iglesia, puesto que no hay reformador social o cosa por el estilo, así sea un minúsculo autor de panfletos, que no se erija en juez y salpique las ropas de los sacerdotes. ¿Qué seña nos dan? ¿Qué han construido o reconstruido? ¿Acaso el templo de su cuerpo? ¿Acaso surgirá de ellos una nueva Iglesia? ¿Lo creen ellos mismos? ¿Qué ha surgido del racionalismo de los últimos siglos, qué surgirá, qué podrá surgir del existencialismo? Una palabra que se pega a los labios y no quiere salir. ¿Acaso sopla sobre ellos o por medio de ellos ese espíritu que sopla adonde quiere? No creo que muestren las señas, no creo que sus críticas tengan el poder de hacer que algo renazca, de enderezar algo, de aclarar a alguien. Su violencia no es impasibilidad, sus violencias calculadas o apasionadas provienen de la ceguera, provienen de la confusión de los planos, provienen de que razonan acerca de las cosas santas con argumentos profanos, provienen sobre todo de que *se justifican*. Desean justificarse porque han prescindido del culto público debido a Dios. Es fácil encontrar que ese culto no es digno de sus altos pensamientos ni de sus puros sentimientos; que la familia humana que rinde ese culto no es digna del Dios que adora, de la enseñanza que transmite; que los sacerdotes son ignorantes y mentirosos. Y asimismo, puesto que todo es agua para su molino, pueden invocar el ejemplo de lo que acabamos de leer y decir: ¿Acaso el propio Cristo no se armaría de un látigo si volviera y no arrojaría a los mercaderes sentados en medio del templo? Los mercaderes son todos aquellos que transforman la casa de oraciones en lugar de ganancias. Pueden estar frente a la mesilla, junto a la pila del agua bendita; pueden sentarse en el sillón, junto al altar, con la mitra en la cabeza. Todos los que entran en el templo en pos de riquezas o de honores o de tranquilidad o de seguridad, todos los aprovechadores son mercaderes del templo. Y a todos los expulsa o habrá de expulsarlos Jesús, vivos o muertos. Pero a él, solamente a él corresponde distinguirlos y expulsarlos. Solamente a él, o quien pruebe con seña decisiva que viene en su nombre.

Quien no es profeta sólo debe resignarse a la mediocridad de los hombres; debe evitar las actitudes más grandes que él y que recaerían sobre él; debe guardarse de formular juicios que su cabeza no puede contener. Midamos nuestras revueltas según nuestra certeza de estar en la verdad. Y aun cuando tengamos dicha certeza, pensemos si tenemos la autoridad requerida para juzgar. San Francisco, un verdadero reformador de la Iglesia, uno de esos que realmente vieron el mal y lo corrigieron en sí y a su alrededor, nunca tuvo una palabra de ira contra los escándalos de la Iglesia de su época. Durante mucho tiempo, señalado ya por la santidad, rechazó las órdenes porque se consideraba indigno del sacerdocio. Y cuando encontraba en su camino a un monje o a un cura, se arrodillaba frente a él y le pedía la bendición, suponiéndole una santidad de que carecía. Con esa arma poderosa hizo más que todas las críticas posibles: hizo que el hombre falto de santidad se llenara de vergüenza ante el homenaje y tratara de llenar el vacío que le obligaban a sentir en su interior.

No avancemos más por hoy. ¿Tenéis alguna pregunta que hacerme?

ALGUIEN: La no violencia de Gandhi, ¿es de la misma especie?

RESPUESTA: Sí, de la misma especie, y más ruinosa aún para la mesa de los banqueros y para los mercaderes sentados.

XXVI

NICODEMO

25 de abril de 1947. Calle Saint-Paul.

Reanudaré nuestra lectura donde la habíamos dejado. Estábamos en el capítulo III de san Juan. Leo el texto:

Y había un hombre de los fariseos, llamado Nicodemus, príncipe de los judíos. Éste vino a Jesús de noche, y le dijo: Rabbi, sabemos que eres maestro venido de Dios; porque ninguno puede hacer estos milagros que tú haces, si Dios no estuviere con él.

Jesús respondió, y le dijo: En verdad, en verdad te digo, que no puede ver el reino de Dios, sino aquel que renaciere de nuevo.

Nicodemus le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer, siendo viejo? ¿Por ventura puede volver al vientre de su madre, y nacer otra vez?

Y Jesús respondió: En verdad, en verdad te digo, que no puede entrar en el reino de Dios, sino aquel que fuere renacido de agua y de Espíritu Santo.

Lo que es nacido de carne, de carne es; y lo que es nacido de espíritu, espíritu es.

No te maravilles, porque te dije: Os es necesario nacer otra vez.

El espíritu donde quiere sopla; y oyes su voz, mas no sabes de dónde viene, ni adónde va; así es todo aquel que es nacido de espíritu.

Respondió Nicodemus, y le dijo: ¿Cómo puede hacerse esto?

Respondió Jesús, y le dijo: ¿Tú eres maestro en Israel, y esto ignoras?

En verdad, en verdad te digo, que lo que sabemos, eso hablamos; y lo que hemos visto, atestiguamos, y no recibís nuestro testimonio.

Si os he dicho cosas terrenas, y no las creáis, ¿cómo creeréis si os dijere las celestes?

Y ninguno subió al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del Hombre que está en el cielo.

Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así también es necesario que sea levantado el Hijo del Hombre.

Para que todo aquel que cree en él, no perezca, sino que tenga vida eterna.

Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito; para que todo aquel que cree en él, no perezca, sino que tenga vida eterna.

Porque no envió Dios su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino Para que el mundo se salve por él.

Quien en él cree, no es juzgado; mas el que no cree, ya ha sido juzgado; porque no cree en el nombre del unigénito Hijo de Dios.

Mas éste es el juicio: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz; porque sus obras eran malas.

Porque todo hombre, que obra mal, aborrece la luz, y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas;

Mas el que obra verdad, viene a la luz, para que parezcan sus obras, porque son hechas en Dios.

Éste es el drama. El drama que se prolongará durante la vida toda de Jesús: es el encuentro del Inspirado con el Autorizado. Y vosotros sabéis cómo acaba este drama. Acaba con la condena y la muerte ignominiosa del Inspirado. El que está directamente inspirado por Dios habla en

nombre de Dios y no se preocupa de los hombres. Y va a dar contra quienes custodian una tradición como si fuera un patrimonio. Estos últimos no tienen en sí la luz y toda su autoridad proviene porque otros, antes que ellos, tuvieron esa luz. Y de que su función es conservar el recuerdo, es prolongar y difundir en la medida de las posibilidades humanas los buenos resultados, los beneficios y las bendiciones de ese recuerdo. Pero de pronto surge un nuevo Inspirado que trastorna sus hábitos, y conmueve los fundamentos de su autoridad, y los inquieta y fastidia infinitamente. Y la batalla, si no es inevitable, por lo común acaba estallando. Ya sabemos, en el caso de Cristo, cómo estalló y cómo terminó.

Esta vez no es uno de esos autorizados obstinados orgullosos y pérfidos el que acude ante Jesús. Es sencillamente un débil. Este príncipe de los sacerdotes sabe muy bien que la luz está de parte del recién llegado, pero sólo de noche se atreve a abordarlo. Teme a sus colegas. Acude, pues, de noche y le dice: Sé que eres un doctor enviado de Dios, porque no podrías hacer los milagros que haces si Dios no estuviera de tu parte. Y la respuesta de Jesús es harto asombrosa, ya que le dice sin vacilar: "En verdad, en verdad te digo, que no puede entrar en el reino de Dios, sino aquel que renaciere de nuevo". Una muestra del estilo elíptico y enigmático del Evangelio. El nexa lógico es fácil de restablecer, sin duda: sólo falta una frase desagradable con respecto al príncipe de los sacerdotes. Esta frase es, poco más o menos, la siguiente: En verdad soy un doctor enviado de Dios, pero tú, pobre amigo mío, nada puedes saber de ello, ya que no tienes en ti la medida para juzgar lo que es de Dios y lo que no es de Dios. Algo te falta para ello: nacer por segunda vez.

-¿Cómo es posible nacer de nuevo? -pregunta el príncipe de los sacerdotes.

Y Jesús no le da la respuesta. Contesta con un reproche:

-¿Eres doctor en Israel e ignoras estas cosas? ¿Te consagras a la instrucción de los demás y no sabes el ABC?

Sí, renacer de agua y de espíritu, ha dicho Jesús. Y ambas palabras deben entenderse en dos sentidos. Primer sentido: renacer de agua, o sea ritualmente, mediante la purificación ritual. Y de espíritu, o sea mediante la vitalización real o espiritual. Segundo sentido: renacer de agua mediante una purificación humana, mediante un trabajo ascético y voluntario, mediante la práctica de la virtud y los ejercicios espirituales. Y renacer de espíritu, o sea renacer en la Gracia, por efecto de la misericordia del Todopoderoso, el único que puede conceder frutos infinitos con esfuerzo finito y frutos celestes con esfuerzo humano y natural.

Tres métodos existen para preparar el renacimiento y la vida nueva, una nueva vida y un ser nuevo en nosotros, un ser compuesto de alma y cuerpo, un alma nueva y un cuerpo nuevo, ese segundo cuerpo que, según está escrito, resucitara al fin de los tiempos. Existe en nosotros, existe en todos nosotros, pero en estado de simiente, de huevo, acaso de gelatina. Es preciso que nazca y adquiera forma el segundo cuerpo. Un cuerpo es una forma y un sistema de sentidos, es un instrumento del alma. Un alma nueva necesita un cuerpo nuevo. Un alma nueva puede obtenerlo por la plegaria, si Dios quiere concedérselo como el sol concede vida al grano de trigo. Pero el cuerpo se forma por obra del ejercicio. El ejercicio, o sea el esfuerzo de concentrar el espíritu, libera el corazón, despoja y supera los deseos. El ejercicio tiene por resultado la formación, en nuestro interior, de una densidad que no teníamos en estado natural: un cuerpo que ya no es gelatinoso e informe, pero sí conformado, poderoso, capaz de revelarse hasta en el mundo de los cuerpos visibles. Pero ya ha nacido cuando se revela a quien lo posee.

El que posee este cuerpo espiritual posee, asimismo, sentidos espirituales. Cuando habla de cosas espirituales, no habla de lo que ha aprendido o leído, mas da testimonio de lo que ha

visto, como dice nuestro texto. El que posee un cuerpo espiritual no juzga el bien y el mal según la doble lista que le inculcaron de niño ni de acuerdo a las normas de las gentes. Para él, el mal apesta. Para él, la verdad tiene un resplandor, una solidez de diamante. Puede tocarla. Puede palparla. Y la justicia es un objeto hermoso, pues existen ojos para ver la luz, existen oídos para escuchar las armonías de la bondad.

Este cuerpo no se forma sin esfuerzo, pero el esfuerzo no es lo único que lo forma. Este cuerpo aspira a recibir el soplo de la vida. Clama por ese soplo, por ese soplo vivificador por ese soplo que viene de lo alto. No siempre lo recibe, ni forzosamente, cuando lo pide. Pero si, ya formado, lo recibe, puede conservarlo. Mientras que si no se ha formado ese cuerpo espiritual, la gracia cae sobre el alma como el agua en un vaso roto. La gracia recae sobre la vida de casi todos los hombres un día u otro, lo cual puede ser peor que si no cayera. Porque entonces agosta nuestra vida y la llena de tristeza y hace que nuestras faltas sean dos veces culpables. Temed la Gracia que viene y no ha de volver. No os contentéis, pues, con pedir gracias, siquiera espirituales. Preparaos para un esfuerzo constante y que dure la vida entera; preparaos a convertirlos en vaso y receptáculo capaz de conservarlas y devolverlas.

Ésta es la primera verdad formulada en el comienzo del discurso de Nicodemos. Pero este discurso contiene una segunda verdad, y el paso de la una a la otra está señalado en el duodécimo versículo: "Si os he dicho cosas terrenas, y no las creáis, ¿cómo creeréis, si os dijere las celestes?" Pues cuando hablábamos del cuerpo nuevo y del alma nueva, seguíamos hablando del hombre. Y ésta es la segunda parte, puesto que hasta ahora no hemos hablado más que de las cosas terrestres, aunque hemos descrito el cuerpo y el alma espirituales. Llega ahora la revelación sobre las cosas celestes, y esta revelación es semejante a la primera. La primera revelación nos enseña que desde el fondo de sí mismo el hombre debe crearse un hijo; existe en medio del Ser un Ser hijo de Sí-Mismo, un Ser del Ser, un Corazón del Corazón, un Espíritu del Espíritu: el Nuevo Hombre. Y este Hombre es el elegido para la vida eterna, este Hombre será hecho hermano del Hijo, hijo de Dios. Ahora bien, en su reino de luz, el Dios eterno e impasible, el Dios infinitamente grande, amó tanto el mundo que le dio a su Hijo único, y su Hijo Único es Dios Mismo. Dios Mismo se dio a Sí Mismo por este mundo ínfimo: Él, que de nada ha menester. Ésta es la segunda y sublime revelación del discurso a Nicodemos: para formar y para llevar su cuerpo espiritual, para realizar su destino de hombre, el hombre debe darse, debe entregarse, debe sacrificarse, debe trabajarse lentamente o darse de una sola vez en el martirio. Pero por su parte, Dios no recibe la ofrenda como un tirano recibe el homenaje de los pueblos que desprecia. Dios no se ha instalado en lo alto sobre un trono orgulloso desde el cual arroja sobre los desdichados humanos una lluvia de desgracias, o de venturas, cuando su vanidad ha sido halagada por las alabanzas de los fieles. No. Y únicamente el que tiene ojos para ver y oídos para oír, el que toca y ve las cosas espirituales está autorizado a decirlo, pues ése lo sabe. Dios se hizo víctima del sacrificio y responde al sacrificio del hombre con su propio sacrificio. Si existe un amor del hombre hacia Dios, también existe un amor de Dios hacia el hombre, cosa que el Inspirado debe revelar, ya que la lógica no puede descubrirla, ya que nada la demuestra a quien razona, ya que nadie puede explicarla a quien vive la vida exterior, ya que es una especie de inmensa, sublime locura.

XXVII

LA MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES

2 de mayo de 1947. Calle Saint-Paul.

Hablaremos hoy de la multiplicación de los panes.

Los Evangelios nos dan no menos de cuatro versiones de este milagro. En efecto, ignoro si vosotros, ¡oh! lectores asiduos del Evangelio, habéis reparado en esto: dos Evangelistas nos hablan de dos multiplicaciones de panes, mientras que los restantes sólo nos refieren la primera.

Leeré el texto de Mateo, XIV, 14-21: *Y cuando salió, vio una grande multitud de gente, y tuvo de ellos compasión, y sanó a los enfermos de ellos.*

Y venida la tarde se llegaron a él sus discípulos, y le dijeron:

Desierto es este lugar, y la hora ya es pasada: despacha a las gentes, para que pasando a las aldeas, se compren qué comer.

Y les dijo Jesús: No tienen necesidad de irse; dadles vosotros de comer.

Le respondieron: No tenemos aquí sino cinco panes, y dos peces.

Jesús les dijo: Traédmelos acá.

Y habiendo mandado a la gente, que se recostase sobre el heno, tomó los cinco panes y los dos peces, y alzando los ojos al cielo bendijo, y partió los panes, y les dio a los discípulos y los discípulos a las gentes.

Y comieron todos, y se saciaron... Y alzaron las sobras, doce cestos llenos de pedazos.

Y el número de los que comieron fueron cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños.

Este relato se repite con términos poco más o menos idénticos en los cuatro Evangelistas (Marcos, VI, Lucas, IX, Juan, VI). No siempre tenemos la suerte de encontrar tan perfecta unanimidad en cuanto a las circunstancias y detalles de un acontecimiento. En los cuatro Evangelistas figuran cinco panes y dos peces. Después, una o dos páginas más adelante, en Mateo, XV, 32-38:

Mas Jesús, llamando a sus discípulos, dijo: Tengo compasión de estas gentes, porque ha ya tres días que perseveran conmigo, y no tienen qué comer, y no quiero despedirlas en ayunas porque no des-fallezcan en el camino.

Y le dijeron los discípulos: ¿Cómo podremos hallar en este desierto tantos panes, que hartemos tan grande multitud de gente?

Y Jesús les dijo: ¿Cuántos panes tenéis? Y ellos dijeron: Siete, y unos pocos panecillos.

Y mandó a la gente recostarse sobre la tierra.

Y tomando los siete panes, y los peces, y dando gracias, los partió, y dio a sus discípulos, y los discípulos los dieron al pueblo...

Y comieron todos, y se hartaron. Y de los pedazos que sobraron, alzaron siete espuelas llenas.

Y los que comieron fueron cuatro mil hombres, sin los niños y mujeres.

Este relato se repite aproximadamente en Marcos, VIII, donde también se habla de siete panes, algunos peces, cuatro mil hombres y siete cestos de sobras. Éste es el milagro o, como dicen los latinos y los griegos, el signo. Un milagro no tiene ninguna relación con un prodigio de prestidigitación o con los encantamientos de un hechicero. Un milagro es un signo y tiene su significado; un milagro es un hecho extraordinario cuyo objeto es difundir la enseñanza. Es además un lenguaje profético que en la vida de Jesús anuncia el signo capital y último, la

suma de todos sus milagros, de todos sus signos y todas sus enseñanzas: la Pasión, la Resurrección y la Cena, o distribución de sí mismo entre los hombres para la salvación de muchos hombres.

Que es cierto lo que os digo, puedo probarlo citándoos a Mateo, a Marcos y también a Lucas. En Mateo, por ejemplo, capítulo XVI, 5-11, leo:

Y pasando sus discípulos a la otra ribera, se habían olvidado de tomar panes. Jesús les dijo: Mirad, y guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos. Más ellos pensaban, y decían dentro de sí: Por qué no hemos tomado panes. Y Jesús conociéndolo, les dijo: Hombres de poca fe, ¿por qué estáis pensando dentro de vosotros, que no tenéis panes? ¿No comprendéis aún, ni os acordáis de los cinco panes para cinco mil hombres, y cuántos cestos alzasteis? ¿Ni de los siete panes para cuatro mil hombres? ¿Y cuantas espuestas recogisteis? ¿Cómo no comprendéis, que no por el pan os dije: Guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos?

Y vosotros, ¿os habéis quedado sin comprender? ¿O sabéis, acaso, de qué habla Jesús y podéis responder? ¿De qué habla Jesús? Lo que os he leído está en Mateo.

Y en Marcos VIII, 18-21:

¿Teniendo ojos, no veis? ¿Y teniendo orejas, no oís? Y no os acordáis. Cuando partí los cinco panes entre cinco mil, ¿cuántos cestos alzasteis llenos de pedazos? Doce, le respondieron. Y cuando los siete panes entre cuatro mil, ¿cuántas espuestas alzasteis de pedazos? Siete, le dijeron. Y les decía: Pues, ¿cómo no entendéis aún?

Y por mi parte agrego: ¿comprendemos nosotros? Ninguna explicación ulterior nos ha llegado. Pero disponemos de bastantes datos para comprender que cuando Jesús habla de la levadura de los fariseos no piensa en panes. Y asimismo, cuando Jesús hace un milagro con panes, hemos de ver otra cosa que panes en ello. Y este enigma, el último que he leído, nos indica que la clave del problema está en la consideración de los números citados aquí. Trátase de una *especulación matemática*, como las que practicaban los rabinos de la Cábala, los discípulos de Pitágoras y en general todos los sabios. Pues *matemáticas* no significa práctica y ciencia del cálculo, sino contemplación de los Números y de su significación. Para resumir, veamos cómo se plantea este problema de matemáticas. No hago más que repetir las palabras de Jesús: Cinco panes y algunos peces divididos por cinco mil dan doce cestos. Siete panes y algunos peces divididos por cuatro mil dan siete cestos. ¿Estamos sordos y ciegos, no tenemos memoria? ¿Tenemos el corazón de piedra? ¿O comprendemos?

Pero es necesario plantear un problema previo que atañe al objeto del milagro: el pan y el pescado. Procuremos aclarar primero el objeto; después procuraremos comprender por qué el milagro se repite dos veces y cuál es la significación de ambos milagros.

Con respecto al pan, poco nos costará dar con su significado. Ya hemos encontrado muchas veces este símbolo. En Juan, y no muy lejos del primer milagro de la multiplicación, leemos (capítulo VI, 26-27):

Jesús les respondió, y dijo: En verdad, en verdad os digo: Me buscáis, no por los milagros que visteis, mas porque comisteis del pan, y porque os saciasteis.

Trabajad no por la comida que perece, mas por la que permanece para vida eterna, la que os dará el Hijo del hombre. Porque a éste señaló Dios el Padre.

Poco más adelante dicen los discípulos:

Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: Pan del cielo les dio a comer.

Y Jesús les dijo: En verdad, en verdad os digo: No os dio Moisés pan del cielo, mas mi Padre os da el pan verdadero del cielo. Porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo, y da vida al mundo. Ellos, pues, le dijeron: Señor, danos siempre este pan. Y Jesús les dijo: Yo soy el pan de la vida: el que a mí viene, nunca jamás tendrá sed.

Palabras claras, proféticas, que como os decía anuncian la Pasión, la Resurrección y la Cena. El pan que proviene del trigo, especie solar de los vegetales, unión íntima de la tierra y de la luz, se convierte en verdadero alimento para el cuerpo primero y el cuerpo segundo: el cuerpo espiritual y glorioso. El pan simboliza y encierra, cuando está debidamente consagrado, esa fuerza mediante la cual todo vive y vegeta, mediante la cual todo vive en la carne y el espíritu. ¿Y los peces? Este símbolo es menos frecuente. El pez es también el signo de Cristo. Lo encontramos en todos los monumentos antiguos y era una señal de alianza secreta entre los cristianos. Se dice, exteriormente e incompletamente, que la palabra griega *ijthys* contiene las letras de Jesos Jristos Theu Uiós Sóter, o sea Jesucristo, el Hijo de Dios, el Salvador. Hay otros motivos que explican la adopción de este símbolo. El pez, en las religiones antiguas cuyas significaciones y ornamentos pasaron al cristianismo, es el signo de uno y otro sexo. Venus era simbolizada por un pez. Por eso aún hoy los cristianos comen pescado los viernes, día de Venus, costumbre que los gentiles observaban mucho antes del advenimiento de Cristo.

Y Cristo es por así decirlo la conjunción secreta del Creador y la criatura, el acto de engendrar, el paso de la simiente. Y algún texto de los Padres dice que Cristo es *Sperma Patris*. El pez significa el espíritu del agua o el espíritu que penetra en las aguas, el espíritu de las profundidades. El pez acorazado de escamas y de luz, que vive en las profundidades con su vivacidad fulgurante, representa el descendimiento del Espíritu en la Creación. Y la primera encarnación -y digo bien *encarnación*- de Vishnú, dios de los hindúes, tiene lugar en el pez. Es preciso agregar que el nacimiento de Cristo coincide con el comienzo de la era de los Peces, y por ello conocieron sin duda los Magos la natividad. Por todos estos motivos, el pez representa a Cristo. ¿Por qué dos peces? Debemos ver en ello una alusión a la dualidad masculina y femenina de toda la naturaleza creada.

El milagro, pues, representa el don de sí mismo que el Salvador del mundo se dispone a hacer dolorosamente y en su propia carne. Se expresa de antemano mediante el milagro de los panes y los peces, como mediante el milagro del vino durante las bodas de Caná. Mas, ¿por qué dos milagros? En el primero, como hemos visto, se habla de cinco panes, de cinco mil hombres y de doce cestos de sobras. Cinco es el Número del Hombre, es -como el Pez- el signo de Venus: la conjunción del masculino *tres* y del femenino *dos*. Y lo masculino y lo femenino coinciden en todo hombre y toda mujer, aunque en proporciones diferentes. Los *cinco mil* hombres representan el número *cinco* o número del hombre y los *cinco* panes significan que hay en el pan divino un elemento, una virtud para responder a cada una de las virtudes, a cada uno de los elementos del hombre. Y los doce cestos de sobras significan que cuando esas virtudes se han multiplicado en otros tantos hombres como puedan encontrarse para aprovechar plenamente del don, aún resta con qué proveer, alimentar y sostener toda la Creación, puesto que el número *doce* es el numero del círculo, del cielo, de los ciclos de la

historia. Y los cestos que al fin del milagro aparecen en número mayor que los simples panes del principio son el signo de la ofrenda. *Hay doce cestos llenos*: o sea que con las virtudes divinas que no pudo absorber quien participa del divino banquete todavía resta con qué difundir la Gracia sobre todas las criaturas.

Estudiemos ahora el segundo milagro, en que se habla de siete panes, de cuatro mil hombres y de siete cestos de sobras. Habéis observado que el relato del segundo milagro es casi idéntico al del primero; que Jesús empieza por *compadecerse* de quienes se encuentran junto a él. Pero en el segundo milagro hay un detalle que merece destacarse. En el primer milagro, o al menos en una de sus versiones, se dice: "...y tuvo compasión de ellos, porque eran como ovejas que no tienen pastor" (Marcos VI, 34). En el relato del segundo milagro encontramos: "Ha ya tres días que perseveran conmigo". Durante tres días esa multitud de hombres estuvo junto a Jesús en el desierto. Y no se había cuidado de comer y de beber. Y es Jesús quien piensa en ellos y en sus necesidades: no son ellos quienes se preocupan de satisfacerlas. Hay en todo esto algo más que en el primer milagro: no se trata sencillamente de un rebaño sin pastor, como es el común de los hombres. Trátase *ya* de un rebaño que ha encontrado a su pastor y lo ha escogido y le sigue y lo prefiere a sí mismo, para olvidar en él la persona y sus necesidades. Y los números nos muestran que debemos trasladarlo todo a un plano superior, ya que *siete* es el número de la plenitud: siete son los dones del Espíritu Santo. Dicen los maestros de la Cábala y también los chinos que si *cinco* es el número del hombre natural, *siete* es el número del hombre espiritual. El primer milagro trata de los pecadores, de los que no tienen guía, de quienes vacilan y marchan tanteando y al azar: y el Salvador de los hombres se presenta ante ellos como un remedio, como una ayuda, como un suplemento de fuerzas para que subsistan, para que no se pierdan. El segundo milagro se dirige al hombre espiritual que ya está encaminado.

Los *siete* panes representan el don del Espíritu y este don se dirige a *cuatro* mil hombres. El número *cuatro* es, por así decirlo, el cuerpo del número *siete*, en que *tres* forma la cabeza. El número *siete* es la conjunción de lo natural y lo espiritual; por ello es símbolo del hombre superior, mientras que el número *cinco* es la conjunción de lo masculino y lo femenino, o sea de dos oponentes que se encuentran en el mismo plano. Mientras que la conjunción que tiene lugar en el *siete* es vertical y existe desproporción entre ambos conjuntos, entre el *cuatro* natural y el *tres* espiritual y divino. Y cuando el *siete*, cuando los siete panes han sido distribuidos, divididos o mejor dicho multiplicados en los *cuatro* elementos naturales del hombre añadiéndoles ese suplemento que no es humano; cuando el Espíritu ha llenado todas las copas que se han presentado para la bebida, aún *subsiste tal cual*: aún quedan *siete* cestos. Tal cual, puesto que el número que indica el sobrante es el mismo, y más rico y abundante todavía, ya que el *pan* se ha convertido en *cesto*.

¿Quiere alguien hacer preguntas?

UN VISITANTE: ¿Cree usted en la realidad del milagro? ¿En la realidad del símbolo enunciado? ¿Es que hubo realmente siete panes y siete cestos de panes?

RESPUESTA: Para nosotros, los cristianos, todos los hechos que relata el Evangelio han de ser *hechos*, aunque simbólicos. Es muy importante señalar la diferencia específica entre una fe religiosa y una especulación filosófica. No existe especulación filosófica en el Evangelio, gracias a Dios. El Evangelio nos ofrece una filosofía concreta. Por eso el Evangelio es el remedio de uno de los venenos de nuestra época: el de perdernos agitando ideas vacías, ideas abstractas, mientras buscamos la verdad Únicamente con el Intelecto. Como todo texto religioso, el Evangelio no se dirige únicamente al intelecto ni a ninguna parte o función del

hombre en especial. Por lo tanto, no podemos tratar de ver en él un disfraz simbólico de alguna doctrina filosófica. La simple lectura de los textos nos disuadirá de inmediato. Tampoco es el Evangelio un ímpetu del corazón, una especie de canto poético y sentimental. No es ninguna de esas cosas superficiales, puesto que es superficial toda aprehensión de las cosas en un plano único, ya sea el del intelecto o el del corazón. Es con su ser todo como el hombre ha de abordar las cosas para que el secreto de las cosas le sea revelado. Es con su cabeza, con su corazón, con su cuerpo como ha de encararlas. Para que un conocimiento sea profundo, es necesario que baje de la cabeza al corazón y del corazón al vientre. Ver la verdad con los ojos del intelecto especulativo es muy fácil; verla y saberla con las entrañas es cosa difícil y profunda, mas también eficaz y real. Por eso la enseñanza de Cristo nos llega principalmente por medio de hechos, porque la primera de sus enseñanzas es su nacimiento, porque la última de sus enseñanzas (o más bien la penúltima) es su muerte y porque de la una a la otra, todo el resto de sus enseñanzas se imparte en obras, milagros, gestos, palabras que son gestos y obras. Por eso tal enseñanza es un alimento. Y por eso puede decir de sí misma: "Yo soy el pan de la vida", como Jesús puede decir a los puros y los sabios: Desconfiad de vuestra levadura. La levadura es lo que llena el pan de agujeros y de aire. Y Lucas agrega: De su levadura, que es la hipocresía. Aun cuando no sea la hipocresía, el gran mal de los sabios, la levadura de los sabios consiste en estar vacíos y en no saber de qué hablan cuando hablan del conocimiento. Porque conocen las leyes morales, convencionales, escritas en tablas, enumeradas en listas, y saben de oídas las cosas que han aprendido; mas no hablan *de lo que han visto*, como se dice de los discípulos de Cristo. Y sobre todo no hablan *de lo que son*, como se dice del propio Cristo, puesto que la enseñanza de Cristo consiste en *ser*. Cristo es el Ser y nos enseña a ser. Por eso es importante saber y afirmar con vehemencia que no son éstos meros símbolos fabulosos, pero sí *hechos simbólicos*.

XXVIII

LA MUJER SAMARITANA

9 de mayo de 1947. Calle Saint-Paul.

Tomaremos hoy un pasaje de Juan IV, 5-42:

Vino pues a una ciudad de Samaria, que se llamaba Sichar, cerca del campo, que dio Jacob a su hijo Joseph.

Y estaba allí la fuente de Jacob. Jesús, pues, cansado del camino, estaba así sentado sobre la fuente. Era como la hora sexta.

Vino una mujer de Samaria a sacar agua. Jesús le dijo: Dame de beber.

(Porque sus discípulos habían ido a la ciudad a comprar de comer.)

Y aquella mujer samaritana le dijo: ¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy mujer samaritana? Porque los judíos no tienen trato con los samaritanos.

Respondió Jesús y le dijo: Si supieses el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber, tú de cierto le pedirías a él, y te daría agua viva.

La mujer le dijo: Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo: ¿De dónde, pues, tienes el agua viva?

¿Por ventura eres tú mayor que nuestro padre Jacob, el cual nos dio este pozo, y bebió de él, y sus hijos, y sus ganados?

Jesús respondió, y le dijo: Todo aquel que bebe de esta agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, nunca jamás tendrá sed.

Pero el agua que yo le daré, se hará en él una fuente de agua, que saltará hasta la vida eterna.

La mujer le dijo: Señor, dame esa agua, para que no tenga sed, ni venga aquí a sacarla.

Jesús le dijo: Ve, llama a tu marido, y ven acá.

La mujer respondió, y le dijo: No tengo marido. Jesús le dijo:

Bien has dicho, no tengo marido.

Porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes no es tu marido: esto has dicho con verdad.

La mujer le dijo: Señor, veo que tú eres profeta.

Nuestros padres en este monte adoraron, y vosotros decís, que en Jerusalén está el lugar donde es menester adorar.

Jesús le dijo: Mujer, créeme, que viene la hora, en que ni en este monte, ni en Jerusalén adorareis al Padre.

Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos, porque la salud viene de los judíos.

Mas viene la hora, y ahora es, cuando los verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Porque el Padre también busca tales, que le adoren.

Dios es espíritu; y es menester que aquellos que le adoran, le adoren también en espíritu y en verdad.

La mujer le dijo: Yo sé que viene el Mesías (que se llama Cristo); y cuando viniere él, nos declarará todas las cosas.

Jesús le dijo: Yo soy, que hablo contigo.

Y al mismo tiempo llegaron sus discípulos; y se maravillaban de que hablaba con una mujer. Pero ninguno le dijo: ¿Qué preguntas, o qué hablas con ella?

La mujer, pues, dejó su cántaro, y se fue a la ciudad, y dijo a aquellos hombres:

Venid, y ved a un hombre que me ha dicho todas cuantas cosas he hecho: ¿si quizá es éste el Cristo?

Salieron entonces de la ciudad y vinieron a él.

Entretanto le rogaban sus discípulos, diciendo: Maestro, come.

Jesús les dijo: Yo tengo para comer un manjar, que vosotros no sabéis.

Decían pues los discípulos unos a otros: ¿Si le habrá traído alguno de comer?

Jesús les dijo: Mi comida es, que haga la voluntad del que me envió, y que cumpla su obra.

¿No decís vosotros que aún hay cuatro meses hasta la siega? Pues yo os digo: Alzad vuestros ojos, y mirad los campos que están ya blancos para segarse.

Y el que siega, recibe jornal, y allega fruto para la vida eterna, para que se gocen a una el que siembra, y el que siega

Porque en esto el refrán es verdadero: que uno es el que siembra, y otro el que siega.

Y os he enviado a segar lo que vosotros no labrasteis; otros lo labraron, y vosotros habéis entrado en sus labores.

Y creyeron en él muchos samaritanos de aquella ciudad por la palabra de la mujer, que atestiguaba diciendo: Que me ha dicho todo cuanto he hecho.

Mas como viniesen a él los samaritanos, le rogaron que se quedase allí. Y se

detuvo allí tres días.

Y creyeron en él muchos más por la predicación de él.

Y decían a la mujer: Ya no creemos por tu dicho; porque nosotros mismos le hemos oído, y sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo.

Como de costumbre, el texto necesita explicaciones. Hay más de un viraje de pensamiento y en el diálogo encontramos extraños recodos, extraños rebotes que no esperábamos. Jesús pasa por Samaria. La Samaria es desde la antigüedad una tierra prohibida, una tierra de descreídos, de heréticos. Los judíos ortodoxos sostienen que sólo es válido el sacrificio hecho en Jerusalén. Por eso todo el que se llamaba hijo de Israel, desde los cuatro rincones de Palestina y desde todas las tierras en que habían enjambrado los hijos de Israel acudía para celebrar la Pascua en Jerusalén, lo cual creaba un inmenso movimiento de peregrinos.

En la institución de ese centro terreno de toda piedad, reside una idea grandiosa del Legislador, que quiere señalar y afirmar en cierto modo la unidad del pueblo elegido, del pueblo que es una familia, del único pueblo entre todos los pueblos donde familia y nación son la misma cosa. Y el Legislador quiso señalar que esta reconciliación del pueblo consigo mismo debe obtenerse mediante el sacrificio solemne en la ciudad santa. Y todo otro sacrificio en cualquier otro lugar está vedado a los hijos de Israel. Por eso ya no hubo sacrificio después de la destrucción del templo. Y hoy no hay templo para los israelitas; las sinagogas esparcidas por todas partes del mundo no son templos, sino apenas lugares de reunión y escuelas.

Mientras el templo permanezca destruido no habrá sacrificio válido. Ahora bien, ya en los tiempos bíblicos ciertas tribus de israelitas, ciertos pueblos mezclados con los extranjeros pretenden erigir su propio templo o sacrificar sin templo en los Lugares Altos, o sea en la cumbre de las montañas. Cosa que los aparta de la comunidad y los condena a la maldición. Esta maldición está en ellos fuertemente impresa, como hasta hace muy poco la maldición de los intocables entre los hindúes. Un hombre de buenas costumbres y de pura observancia no quiere tener contacto alguno con esos extranjeros; sobre todo no ha de comer ni beber con ellos. Por eso a la mujer samaritana le sorprende que Jesús, un rabino judío, le diga sencillamente: "Mujer, dame de beber". Cómo es posible, pregunta la mujer, que tú, un judío, me pidas de beber. Porque los judíos no quieren tener contacto con los samaritanos. Pero ambos interlocutores son algo más que un rabino judío y una samaritana de contacto vedado. Y la explicación que seguirá no es una mera respuesta, sino un salto del sentido y un paso a otro plano. La mujer samaritana es mujer e hija de Eva. De Eva caída en el pecado, y dos veces caída, puesto que los hombres la condenan. Y la mujer se encuentra ante el Hijo del Hombre y el Hijo de Dios. Y le sorprende que le pida de beber. Todas las mujeres (y toda la humanidad es mujer) pueden preguntarse por qué el Hijo del Hombre y el Hijo de Dios pide de beber; por qué consiente en fatigarse al borde de un camino, en sentarse junto al pozo y en pedir de beber esa agua corruptible, esa agua humana. Y el Señor responde a la mujer: "Si supieses el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber, tú de cierto le pidieras a él, y te daría agua viva". La mujer, desde luego, no entiende una sola de esas palabras y se inclina sobre el pozo y dice: "Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo; ¿de dónde, pues, tienes el agua viva?"

El Hijo de Dios se presenta a la humanidad desprovisto de todos los instrumentos del don y del sacerdocio; se presenta con las manos vacías, como un peregrino extenuado, como un peregrino menesteroso, como alguien que pide cuando en verdad es él quien puede darlo todo. Es cierto que si pide es para que le pidan. Quiere ser a la vez el que pide, el que recibe y el que

da. No basta con dar, no basta con ser caritativo: el que da agiganta su grandeza mediante el don y aplasta sin quererlo a quien necesita y pide. Los grandes hombres dan y no quieren recibir, mas la grandeza de Dios es siempre más que grande: es tan humilde como generosa, es tan profunda como sublime. Por eso Dios no quiere sencillamente dar; por eso Dios pide, pide y exige, pide lo que en modo alguno necesita. No necesita de nuestros dones, de nuestras plegarias, de nuestros sacrificios, de nuestras alabanzas. Todo lo tiene, él mismo es todo. Y nosotros no somos nada y sólo podemos dar un poco de desorden, un poco de ilusión, de error y de inmundicia. Si Dios pide, si llega a exigir, si llega a exigir nuestra sangre, es por caridad, porque dar o creer que damos es cosa buena. Porque la caridad completa es una doble relación. Porque es una relación viviente y activa, es un intercambio de bienes y es una igualdad en el bien, por desiguales que sean ambos seres amantes. Eso es lo que os permitirá comprender el fin del relato, cuando explica que quien recoge no ha sembrado, que quien siembra no recogerá: mas unos y otros se regocijarán en la siega.

"Todo aquel que bebe de esta agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, nunca jamás tendrá sed; pero el agua que yo le daré, se hará en él una fuente de agua que saltará hasta la vida eterna." La respuesta nos parece clara, pero no lo es tanto para la mujer samaritana, que dice: "Señor, dame esa agua, para que no tenga sed, ni venga aquí a sacarla". Lo cual demuestra que sigue creyendo obstinadamente que se trata de agua potable. "Ve, llama a tu marido y ven acá." Jesús sabe muy bien que la mujer no tiene marido. ¿A qué ese pedido, entonces? Para suscitar una toma de conciencia: ve a buscar a tu marido, o sea tu complemento. Eres la mitad de un ser, ven a mí con la otra mitad, ¡oh, mujer! "No tengo marido", confiesa la mujer. "Bien has dicho, no tengo marido -responde Jesús-. Porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes, no es tu marido." Sí, ¡oh mujer, oh alma!, has tenido cinco maridos, cinco complementos. Por medio de tus cinco sentidos te has aferrado a lo que es. Y los cinco sentidos te han engañado y decepcionado, y el que ahora tienes, el marido del placer y del pecado, el que no es marido, el *intelecto* con que procuras aprehender la realidad total, no es un marido. Es hueco y sin sustancia, carece de vínculo legítimo con el alma, es una máscara y no puedes, no te atreves a ir en su busca para presentarlo al Hijo del Hombre. Es cierto: has visto la verdad de tu vacío. "Tú eres profeta", grita la mujer. Y la causa convencional de su reprobación vuelve a presentársele: la causa de la reprobación de todo su pueblo. Al ver que Jesús es profeta, la mujer quiere obtener de él la explicación de esa condena y le dice: "Nuestros padres en este monte adoraron, y vosotros decís, que en Jerusalén está el lugar en donde es menester orar". "Mujer, créeme -le responde Jesús-, que viene la hora en que ni en este monte, ni en Jerusalén adoraréis al Padre." Y así vuelve a mostrarse profeta en el sentido histórico de la palabra: "...cuando adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Porque el Padre también busca tales que le adoren". El Padre *pide* tales adoradores y lo pide formalmente, con palabras explícitas y formuladas, y envía su palabra, la encarna en un hombre para pedir tales adoradores, ya que Dios es espíritu y verdad y pide que lo adoren en espíritu y verdad, y el espíritu y la verdad no están ni en Jerusalén ni en la cima de una montaña, mas en el corazón del hombre, en el pozo profundo del que no se saca agua con el cubo. Pero en ese preciso instante Jesús pronuncia una frase sorprendente: "Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos, porque la salud viene de los judíos". En el instante mismo en que afirma que el lugar del culto no está en Jerusalén ni en parte alguna, en el instante en que proclama una religión de espíritu y de verdad es decir, absolutamente universal-, en ese preciso instante afirma en presencia de una samaritana que la salvación viene de los judíos, los cuales condenan a los samaritanos. Él, Cristo, que será condenado, que ya ha sido condenado por los judíos...

¿Qué significan esas palabras tuyas? Toda la discusión, como podéis verlo, ha comenzado con este encuentro entre la samaritana y el judío. Mas la respuesta de Jesús no se vincula tan estrechamente con la exaltación del pueblo elegido como parecía al principio. Aun cuando no subsistiera sobre la tierra un solo judío, la respuesta no perdería validez. Traducida a nuestro lenguaje actual, significa poco más o menos esto: la salvación no viene de quienes fundan religiones, afirmando que adoran más o de otro modo que los sacerdotes de la religión tradicional, pero ignorando cuál es el objeto de su adoración. La salvación viene de los judíos, es frase que podemos traducir de este modo a nuestro español actual: la salvación vendrá de los católicos. La salvación no vendrá de los samaritanos, o sea de los profanos, los heréticos, los fundadores de sectas, los falsos profetas, los maestros heterodoxos. Vendrá de quienes son *ortodoxos*, de quienes se inclinan ante la Tradición, pero *comprendiéndola*. Durante su vida toda el propio Jesús dio el ejemplo de esta sumisión a la Tradición. Todos los años, para la Pascua, subía a Jerusalén como lo prescribía la Ley y acudía al templo como lo hacía de niño. Y tenemos el recuerdo de su madre que sacrifica dos tórtolas para su purificación: la ofrenda de los pobres.

Si la religión cristiana se desgajó de la judía, no es por mandamiento de Jesús ni por voluntad deliberada de los discípulos de Jesús. Es porque los detentores de esa tradición los expulsaron. Y si ellos fundaron otra religión, otra religión que afirma ser la misma y se basa en los mismos libros sagrados y repite los mismos Salmos, fue contra su propia voluntad. De nada vale hacer reformas religiosas: con eso no conseguimos más que multiplicar las disensiones.

En eso llegan los discípulos, que se habían marchado en busca de víveres. El mismo asombro en los discípulos que en la mujer extranjera y de contacto vedado. “Yo tengo para comer un manjar, que vosotros no sabéis”. Señor, danos ese manjar, suplican los discípulos sin comprender, como la samaritana pedía agua. “Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que cumpla su obra”. Hacer la voluntad del que nos envió es un pan y un alimento, pues quien nos ordena hacer su voluntad nos da también las fuerzas para hacerla. Nos alimentamos con las fuerzas que consagramos a su servicio, pues las fuerzas que Dios pone en nosotros son una fuente de agua viva y un granero inagotable. Y ved cómo reaparecen en este relato los símbolos que ya conocíamos: el pan y el vino o el agua. Los dos símbolos de Cristo. “¿No decís vosotros que aún hay cuatro meses hasta la siega? Pues yo os digo: Alzad vuestros ojos y mirad los campos, que están blancos para segarse. Y el que siega recibe jornal, y allega fruto para la vida eterna, para que se gocen a una el que siembra y el que siega. Porque en esto el refrán es verdadero: que uno es el que siembra, y otro es el que siega”. ¿No veis que os hablo de una siega eterna que está pronta en cualquier hora? ¿Y no sabéis todavía de qué pan os hablo?

¿Tenéis alguna pregunta que hacerme?

UNA COMPAÑERA: ¿Por qué has dicho: Dios no necesita de nosotros?

RESPUESTA: Una necesidad es una falta. ¿Y qué puede faltar al Todopoderoso? Si quiere tener necesidad de nosotros es porque nosotros necesitamos que Él necesite de nosotros. Tal es su infinita delicadeza. Pone en nosotros la necesidad de recibir y también la necesidad de darle, a fin de que la caridad tenga dos fases libre y viviente.

XXIX

EL SERMÓN EN LA BARCA

30 de mayo de 1947. Calle Saint-Paul

Comentaremos hoy el relato de Mateo, XIII, 1-34:

*En aquel día saliendo Jesús de la casa, se sentó a la orilla del mar.
Y se llegaron a él muchas gentes, por manera que entrando en un barco se sentó;
y toda la gente estaba en pie a la ribera;
Y les habló muchas cosas por parábolas, diciendo: He aquí que salió un sembrador a sembrar.
Y cuando sembraba, algunas semillas cayeron junto al camino, y vinieron las aves del cielo, y las comieron.
Otras cayeron en lugares pedregosos, en donde no tenían mucha tierra; y nacieron luego, porque no tenían tierra profunda.
Mas en saliendo el sol, se quemaron; y se secaron, porque no tenían raíz.
Y otras cayeron en tierra buena; y rendían fruto, una a ciento, otra a sesenta, y otra a treinta.
El que tiene orejas para oír, oiga.
Y llegándose los discípulos, le dijeron: ¿Por qué les hablas por parábolas?
Y él les respondió, y dijo: Porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; más a ellos no les es dado.
Porque al que tiene, se le dará, y tendrá más; mas al que no tiene, aún lo que tiene, se le quitará.
Por eso ¡os hablo por parábolas; porque viendo no ven, y oyendo no oyen, ni entienden.
Y se cumple en ellos la profecía de Isaías, que dice: De oído oiréis, y no entenderéis y viendo veréis, y no veréis.
Porque el corazón de este pueblo se ha engrosado, y de las orejas oyeron pesadamente, y cerraron sus ojos, para que no vean de los ojos, y oigan de las orejas y del corazón entiendan, y se conviertan, y los sane.
Más bienaventurados vuestros ojos, porque ven, y vuestras orejas, porque oyen.
Porque en verdad os digo, que muchos profetas y justos codiciaron ver lo que veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron.
Vosotros, pues, oíd la parábola del que siembra:
Cualquiera que oye la palabra del reino, y no la entiende, viene el malo, y arrebató lo que se sembró en su corazón; éste es el que fue sembrado junto al camino.
Más el que fue sembrado sobre las piedras, éste es, el que oye la palabra, y por el pronto la recibe con gozo.
Pero si no tiene raíz en sí, antes es de poca duración, y cuando le sobreviene tribulación y persecución por la palabra, luego se escandaliza.
Y el que fue sembrado entre las espinas, éste es, el que oye la palabra, pero los cuidados de este siglo, y el engaño de las riquezas ahogan la palabra, y queda infructuosa.
Y el que fue sembrado en tierra buena, éste es, el que oye la palabra, y la entiende, y lleva fruto, y uno lleva a ciento, y otro a sesenta, y otro a treinta.*

Otra parábola les propuso, diciendo: Semejante es el reino de los cielos a un hombre, que sembró buena simiente en su campo.

Y mientras dormían los hombres, vino su enemigo, y sembró cizaña en medio del trigo, y se fue.

Y después que creció la hierba, e hizo fruto, apareció también entonces la cizaña.

Y llegando los siervos del padre de familias, le dijeron: Señor, ¿por ventura no sembraste buena simiente en tu campo? Pues, ¿de dónde tiene cizaña?

Y les dijo: Hombre enemigo ha hecho esto. Y le dijeron los siervos: ¿quieres que vayamos, y lo cojamos?

No, les respondió; no sea que cogiendo la cizaña, arranquéis también con ella el trigo.

Dejad crecer lo uno y lo otro hasta la siega, y en el tiempo de la siega diré a los segadores: Coged primeramente la cizaña, y atadla en manojos para quemarla; más el trigo recogedlo en mi granero.

Otra parábola les propuso, diciendo: Semejante es el reino de los cielos a un grano de mostaza que tomó un hombre, y sembró en su campo.

Éste, en verdad, es la menor de todas las simientes; pero después que crece, es mayor que todas las legumbres, y se hace árbol, de modo que las aves del cielo vienen a anidar en sus ramas.

Les dijo otra parábola: Semejante es el reino de los cielos a la levadura que toma una mujer, y la esconde en tres medidas de harina, hasta que todo queda fermentado.

Todas estas cosas habló Jesús al pueblo por parábolas; y no le hablaba sin parábolas.

Éste es el sermón que podríamos llamar de la barca, pues Jesús, sofocado por la multitud, busca refugio en una barca, es decir, que se aparta de la multitud a fin de ponerse en condiciones de hablarle. Y su palabra también elige una barca: la barca es la parábola. ¿Por qué se vale de la parábola? Los discípulos se lo preguntan y Jesús responde: para que oyendo no oigan, para que viendo no vean aquellos que no deben ver ni deben oír y no comprenden. Y, sin embargo, se dirige a la multitud, a todos y a cualquiera, mientras afirma que sus palabras no son para la multitud ni para cualquiera.

A veces se pretende presentarnos el mensaje evangélico como una vulgarización de las verdades secretas. En verdad, Jesús nunca se entrega a la vulgaridad de la vulgarización y nunca descubre su secreto. Desde que empezamos a leer juntos este Libro pudimos comprobar qué secreta y misteriosa es cada articulación de sus discursos. Y subsiste misteriosa y secreta, aunque ha pasado de boca en boca -y a veces por bocas impuras o ignorantes- a través de dos mil años. Ya hemos de ocuparnos de la injusticia de esta sentencia: *Porque al que tiene, se le dará, y tendrá más; mas al que no tiene, aun lo que tiene, se le quitará.*

Pasemos a la parábola y al comentario que el propio Jesús hace de ella. La primera habla de la semilla sembrada en tierras más o menos buenas, y el comentario de Jesús nos explica que ese grano de trigo es la palabra. Ya estamos habituados a este modo de hablar. A través del Evangelio hemos oído hablar del pan y del grano de trigo. Y ese grano de trigo que vive y crece, que se hará pan y alimento, es la palabra viva, es la palabra hecha carne, es el propio Verbo y es el don que el Verbo entrega al mundo. El don es inmenso, pero el beneficio que obtiene de él quien lo recibe es limitado. La Gracia es infinita, pero el beneficio que la gracia hace a quienes la reciben es limitado, puesto que el hombre no puede extraer de esta Gracia

inmensa más de lo que merece extraer o de lo que puede llevar. Tal es la primera enseñanza de la primera parábola. Al grano de trigo no le basta con ser grano de trigo: sólo crecerá en tierra buena, bien trabajada, y la buena tierra bien trabajada es el hombre todo, consagrado a lo que recibe trabajando por entero, trabajando hasta el fondo para recibir el don de vida.

Tres son las posibilidades consideradas, porque tres son las naturalezas del hombre. El cuarto caso, el bueno, el de la realización y la plenitud, es el caso en que se concentran las tres naturalezas del hombre. El hombre es trabajado primero por la *inteligencia*. La inteligencia está simbolizada en el borde del camino. La inteligencia es un lugar seco, es el camino que lleva a la meta y es el camino que separa de la meta: no es la meta. La simiente que cae en el borde del camino no germina, puesto que se la llevan las aves. Lo que cae en la inteligencia es destruido por las aves de la inteligencia. Y ya sabéis vosotros qué entendemos por *aves*, ¿no es cierto? Las aves de la inteligencia son la distracción, que destruye la buena simiente y la arrebatada; es el demonio de la inteligencia, el *malo*, como dice el comentario del Señor.

La simiente que cae en lugar pedregoso y polvoriento es el grano sembrado en nuestro *corazón* delicado y sensible, y en nuestras dulces ensoñaciones (polvo) o entre el pedregal de las pasiones. El que recibe la palabra con emoción y la sostiene con alegría ha de perderla, pues la palabra estará sembrada en terreno movedizo y poco profundo: en un terreno que no es el hombre mismo, que no es el Ser, porque ese hombre no tendrá raíz en sí mismo.

La palabra que cae entre los espinos es la palabra reconocida por las profundidades del hombre y, por así decirlo, *comprendida orgánicamente*. Pero nuestros órganos son también el asiento de las cóleras, los arrebatos y las preocupaciones. Y al caer entre espinos tan vivaces como esas pasiones, la semilla muere.

Para que la palabra sea entendida ha de caer en la buena tierra, ha de adueñarse del hombre todo: intelecto, cuerpo y corazón. Esta buena tierra debe ser trabajada, laborada con intención, con voluntad, con inteligencia y con emoción. Una sola faz del hombre no puede recibir la verdad total. Si alguien no recibe la verdad total, suya es la culpa y no de la verdad. Lo cual explica la injusticia de la sentencia: al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará. Pues si Dios da al hombre el *deber* de conocer la verdad, es porque también le da el *poder* de conocerla, sin lo cual sería un tirano atroz.

Indaguemos ahora la enseñanza de la segunda parábola: la del padre de familia que ha salido a sembrar el grano bueno y pocos días después ve crecer la cizaña con el buen grano, mas se abstiene de arrancar la cizaña por no arrancar también el grano bueno. Esta parábola explica, o más bien ilustra una cuestión que escandaliza a los justos: ¿por qué permite Dios la prosperidad de los malvados? Es que justos y malvados mezclan inextricablemente sus raíces, ya que brotan en el mismo suelo y se nutren con los mismos alimentos. Extirpando a los malvados no dejaréis sitio más amplio para los buenos: por el contrario, corréis el riesgo de arrancarlo todo a la vez. Reparad que en ciertos pueblos los desórdenes más extravagantes, los vicios más monstruosos se rozan con la santidad más ardiente y pura, mientras que en otros pueblos todo es honrado y razonable, pero nada más. Y tened la certeza de que si Dios espera una rica cosecha es de los primeros, mas no de los segundos, que son los desiertos del espíritu. Esto explica el poco interés de Cristo y los suyos por las reformas sociales. En verdad, una buena policía impide menos la obra del Diabolo que la de Dios. Son los pecadores y son las consecuencias del pecado, miseria y dolor, los que necesitan y suscitan el santo. Entre los que crecen juntos se entrecruzan corrientes vitales que no debemos interrumpir y Dios deja caer

sobre todos su lluvia y los rayos de sol. Es en la hora de la siega, cuando se hace el juicio y la separación.

Pero la mezcla del trigo y la cizaña es mucho más íntima en los hombres que en los campos, puesto que el tallo del uno y el tallo de la otra crecen de la misma raíz. En efecto, no existen buenos y malos separados o separables, puesto que hay malos en los buenos y buenos en los malos. Y tampoco en este caso podemos extirpar sin peligros mortales. Sin duda, debemos ejercitar en nosotros mismos, en nuestros hijos, en nuestros discípulos, esa poda del Padre viñador, que "todo sarmiento que no diere fruto en mí, lo quitará; y todo aquel que diere fruto, lo limpiará, para que dé más fruto" (Juan XV, 2). Pero hay que dominar el arte de la poda y conocer la estación. Orígenes, que se castró con sus propias manos para seguir la sentencia del Evangelio -hay hombres que se hacen eunucos por amor del Reino de los Cielos-, más digno es de menosprecio que de admiración por su coraje. Mas por una mutilación corporal, cuántas esterilizaciones espirituales han permanecido ignoradas a través de las generaciones. Los neurólogos de nuestros días denuncian los males que pueden resultar de una represión brutal o torpe de los instintos. El peligro es menor cuando obramos sobre nosotros mismos, pero aún subsiste. San Pablo parece acertar con la salida cuando habla del agujijón que está en su carne y del que pide ser liberado, pero recibe de Dios esta respuesta: mi gracia te basta. Sí, para libraros de vuestras malas inclinaciones no os ocupéis tanto de ellas, puesto que de este modo podéis darles una virulencia que no tenían. Volveos en cambio hacia Dios y su gracia. "No pienses en el bien, no pienses en el mal- dice el sabio chino-: piensa en tu rostro original, en el que tenías antes de nacer".

El primer pecado no es haber cometido el mal, sino haber conocido el fruto del conocimiento del bien y del mal: ya es un mal esta división entre el bien y el mal. Y la verdadera manera de eliminar el mal no es encarnizarse contra el mal sino volverse al conocimiento, exponerse a la luz, concentrar toda la atención, todo el fuego y toda la fuerza de la atención en la luz. Y entonces vuestro lado oscuro diluirá, se borrará, sin que necesitéis cortarlo, y caerá por sí solo. Dios se encargará de cortarlo y de quemarlo el día de la siega. Volveos hacia la esperanza de la siega por temor de arrancar vuestras virtudes junto con vuestros vicios; pues virtud no significa otra cosa que fuerza, y la fuerza está en el mal como en el bien. Y si arrancáis el mal corréis el riesgo de arrancar la mitad de vuestras fuerzas y toda la siembra.

La tercera parábola es la del grano de mostaza. La Palabra no se compara esta vez a un grano de trigo, a una simiente nutridora, sino al grano de mostaza, al grano sabroso, al grano excitante. Y de este grano se dice que es la más pequeña de todas las semillas y que se convertirá en el árbol más grande del huerto y que las aves del cielo (esta vez las aves no son los demonios, puesto que vienen del cielo) anidarán en sus ramas. Esto desarrolla la parte secreta y misteriosa de la palabra; secreta, porque si la verdad está en nosotros desde que nacemos, tiene la peculiaridad de que la ignoramos y no nos cuidamos de ella. Por eso es una semilla, una semilla casi imperceptible. Es la más valiosa y la más sabrosa y la más alegre, pero también la más pequeña. Porque estamos distraídos por todos los sabores y las formas de las cosas exteriores. Y la semilla es secreta porque está viva. Es más importante que las montañas, que son grandes, que fueron siempre grandes y lo serán hasta que, poco a poco, vientos y lluvias las allanen. Y la semilla es más importante aún que los astros a los cuales se asemeja, pero que en sus inmensas masas luminosas no tienen quizá la misteriosa esencia que se llama vida y conciencia.

La palabra, por fin, es semejante a la levadura; y ésta es la faz prestigiosa y milagrosa de la

palabra. Pues una sola pizca de levadura hace fermentar las tres medidas de harina. Y cuando la transformación se ha consumado podemos encontrar esa pizca tal como era antes y levantar con ella cuantas medidas tengamos de pasta blanda, informe, insípida.

XXX

LAS VÍRGENES FATUAS Y LAS VÍRGENES PRUDENTES

6 de junio de 1947. Calle Saint-Paul.

Mateo XXV, 1-3:

Entonces será semejante el reino de los cielos a diez vírgenes, que tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo y a la esposa.

Mas las cinco de ellas eran fatuas, y las cinco prudentes.

Y las cinco fatuas, habiendo tomado sus lámparas, no llevaron consigo aceite.

Mas las prudentes tomaron aceite en sus vasijas juntamente con las lámparas.

Y tardándose el esposo, comenzaron a cabecear, y se durmieron todas.

Cuando a la medianoche se oyó gritar: Mirad que viene el esposo, salid a recibirle.

Entonces se levantaron aquellas vírgenes, y aderezaron sus lámparas.

Y dijeron las fatuas a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan.

Respondieron las prudentes, diciendo: Porque tal vez no alcance para nosotras y para vosotras, id antes a los que lo venden, y comprad para vosotras.

Y mientras que ellas fueron a comprarlo, vino el esposo; y las que estaban apercebidas, entraron con él a las bodas, y fue cerrada la puerta.

Al fin vinieron también las otras vírgenes, diciendo: Señor, señor, ábrenos.

Mas él respondió, y dijo: En verdad os digo, que no os conozco.

Y Lucas XII, 35-48:

Tened ceñidos vuestros lomos, y antorchas encendidas en vuestras manos.

Y sed vosotros semejantes a los hombres, que esperan a su señor, cuando vuelva de las bodas, para que cuando viniere, y llamare a la puerta, luego le abran.

Bienaventurados aquellos siervos, que hallare velando el señor, cuando viniere; en verdad os digo, que se ceñirá, y los hará sentar a la mesa, y pasando los servirá.

y si viniere en la segunda vela, y si viniere en la tercera vela, y así los hallare, bienaventurados son los tales siervos.

Mas esto sabed, que si el padre de familia supiese la hora, en que vendría el ladrón, velaría sin duda, y no dejaría minar en su casa.

Vosotros, pues, estad apercebidos; porque a la hora que no pensáis, vendrá el Hijo del Hombre.

Y Pedro le dijo: Señor, ¿dices esta parábola a nosotros, o también a todos?

Y dijo el Señor: ¿Quién crees que es el mayordomo fiel y prudente, que puso el

señor sobre su familia, para que les dé la medida de trigo en tiempo?

Bienaventurado aquel siervo, que cuando el señor viniere, le hallare así haciendo.

Verdaderamente os digo, que lo pondrá sobre todo cuanto posee.

Mas si dijere el tal siervo en su corazón: se tarda mi señor de venir; y comenzare a maltratar a los siervos y a las criadas, y a comer, y a beber, y a embriagarse;

Vendrá el señor de aquel siervo el día que no espera, y a la hora que no sabe, y lo apartará, y pondrá su parte con los desleales.

Porque aquel siervo que supo la voluntad de su señor, y no se apercibió, y no hizo conforme a su voluntad, será muy bien azotado.

Mas el que no lo supo, e hizo cosas dignas de castigo, poco será azotado. Porque a todo aquel, a quien mucho fue dado, mucho le será demandado; y al que mucho encomendaron más le pedirán.

Estos dos textos nos enseñan una virtud poco predicada que se llama *vigilancia*. Sin esta virtud, todas las demás son inútiles: esto es lo que dice explícitamente la parábola de las vírgenes fatuas y las vírgenes prudentes, pues entre esas diez vírgenes que forman un coro armonioso hay cinco salvadas y cinco condenadas. Bien, bien, las cinco que se pierden valen por sus virtudes tanto como las que se salvan: son vírgenes, son hermosas, son dignas (puesto que han sido llamadas a la boda) y tienen una lámpara. Sólo una cosa les falta. Y debido a esa falta es como si todo el resto no existiera, como si nada hubiesen recibido, como si no fueran vírgenes, ni hermosas, ni escogidas. Las vírgenes no han *velado*. Es preciso velar, es preciso estar alerta y esas vírgenes no lo han hecho. Aun para dormir es necesario tomar precauciones, pues las vírgenes prudentes y las vírgenes fatuas se duermen aguardando la llegada del Esposo y aun mientras duermen no han de abandonar la *vigilancia*. La falta de *vigilancia* es el que proponemos como octavo pecado capital: la *distracción*. Pecado capital en el sentido propio de la palabra: pecado, cabeza y raíz de todos los demás. Octavo pecado capital o, si lo preferís primer pecado, ya que todos los demás se reducen a él y la cólera, el orgullo, la glotonería, la lujuria, la pereza y los demás no son más que distracciones, faltas de atención a lo esencial.

La falta de atención destruye todo el resto. La atención lo salva todo y salva de todo; es el único puerto de salvación, el único camino para salir de la inquietud, del desorden y de la perdición. Quien no es atento, quien olvida temerle todo, quien no teme porque no es lo bastante atento para conocer su peligro, ése es quien ha de temerle todo. Y quien se excusa diciéndose que había olvidado, ve alzarse contra él esa excusa que lo destruye. Conocéis todos los resultados prácticos y desastrosos de la distracción. Sabéis que por una distracción podéis morir o matar con más facilidad que por un arrebato maligno o por cálculo demoníaco. Pero no tenéis el hábito de considerar esta falla práctica como una falla de virtud, como una falta bien determinada y de la cual conviene arrepentirse antes que de cualquier otra falta. En verdad, la atención de nada vale ni de nada salva si no es atención a lo esencial, mientras que la atención más común, desprovista de todo valor, es la atención a todo lo que no salva. a todo lo que no vale nada, a todo lo que satisface nuestros deseos. Éstas no son atenciones, sino por el contrario encadenamientos, atracciones, absorciones en los deseos. Ni es ésa la atención que podemos llamar *vigilante*. La atención que salva no forma sino la misma cosa con la conciencia; la atención que salva es la atención dirigida hacia nosotros mismos, es el temor de perderse y dispersarse, es el esfuerzo consciente y constante de recogerse, de recluirse. Y en la parábola el fruto de este esfuerzo está admirablemente representado por el aceite de las lámparas. De nada vale tener una lámpara si no tenemos qué poner en las lámparas. De nada vale tener impulsos generosos si tras ellos no hay sustancia: porque entonces no son impulsos generosos, mas ilusiones de generosidad. Son una dispersión como cualquier otra,

son un abandono como cualquier otro en la pendiente de las inclinaciones naturales. Y si la inclinación es buena, si los demás la juzgan buena porque les es agradable o útil, no es buena en sí, no vale nada porque nada cuesta. Tener aceite para la lámpara debe ser preocupación vuestra, tan importante como la de tener lámpara y encenderla. Si tenéis aceite y lo vertís sobre vosotros mismos y el aceite os mancha las ropas en vez de alimentar la llama, es lo mismo que si no tuvierais aceite: debéis tener aceite, lámpara y fósforo, y las tres cosas juntas, mas no solamente una.

Las vírgenes acuden a los esponsales; deben mantenerse atentas para encender sus lámparas a fin de estar presentes en las bodas, presentes en la hora de la unión, y unidas a quienes se unen. Y en esto ha de concentrarse la atención de cada hombre. Se dice que muchos serán llamados y pocos escogidos, y esto parece injusto y lo sería si no conociéramos el valor y la llave de esta sentencia, que está aquí. Porque no solamente hay muchos llamados, sino que todos, *todos* serán llamados; el llamado es para todos los vivos. Pero, ¿cómo lo oirán los sordos y los que duermen? Todos los ángeles del cielo pueden llamar y el propio Dios puede llamar, y llamar gritando, y llamar sangrando, y llamar llorando, y llamar amenazando. Mas, ¿qué podrá hacer el Todopoderoso de esa nada, del distraído, del ausente, de los que aguzan el oído hacia todo, excepto el llamado? Estar dispuesto al llamado es *despertarse*: y la palabra es fuerte, puesto que es un verbo reflexivo. Nadie podrá despertarnos espiritualmente sino nosotros mismos. Y éste es el primero de nuestros deberes: despertarnos, puesto que dormimos, dormimos con un torpor sin sueños, con el torpor de la insensibilidad, o con el torpor lleno de esos sueños que son nuestros propios méritos y nuestras propias virtudes. ¿Cómo puede huir del sueño el que duerme? ¿Lomo podemos nosotros, los que dormimos, suscitar en nuestro ser un destello de conciencia despierta? Mediante el ejercicio de la atención, dirigiéndola a las cosas pequeñas, que serían inútiles e insignificantes si no desarrollaran en nosotros la atención. La atención hacia las cosas pequeñas ha de cultivarse al mismo tiempo que el desapego de toda cosa. Pues la atención hacia las cosas de nada vale acompañada del apego a las cosas: es sólo una absorción. Mas la atención hacia las cosas no debe practicarse por el deseo y el logro de las cosas, sino por el logro de la atención. Las cosas deben ser un medio, y el deseo de las cosas debe ser para nosotros una ocasión de ejercitar el desapego y la vigilancia. El desapego y la vigilancia dan la conciencia, y la conciencia eternamente vigilada o vigilada cada vez más de cerca, nos aseguran esa reserva que es el aceite de la lámpara. Y observad que en la parábola la posesión del aceite se considera superior a la caridad misma ya que las vírgenes fatuas piden a las vírgenes prudentes: "Dadnos vuestro aceite", y las demás responden con justicia: "No podemos, porque nos faltaría a nosotras mismas. Id a comprarlo. No podemos, porque sería imprudente e insensato". Salvad a los demás salvándoos a vosotros mismos, no creáis que podéis salvar a los demás perdiéndoos. Salvaos a vosotros mismos para salvar a los demás: así lo quiere la sabiduría, así lo exige una caridad plena y sabia. El que no sabe nadar no debe arrojarse al agua para salvar al hombre que se ahoga: ambos se ahogarán o costará un esfuerzo doble salvarlos a los dos.

Sólo es caritativo, necesario o generoso arrojarse al agua cuando sabemos nadar y cuando tenemos algún medio para sacar a nuestro prójimo del río. No podemos instruir a los demás cuando no sabemos nada; no podemos aconsejar a los demás cuando no sabemos guiarnos a nosotros mismos; no podemos dar cuando no tenemos nada. El primer *deber* es *tener*. Tener, cuando se trata del espíritu, no es un resultado de la fortuna o del azar. Todos los que tienen han adquirido y han guardado, han sabido guardar. Y por ello tienen derecho a dar. Pero los que quieren dar y no tienen, obran por lo común impulsados por la caridad y también por la pretensión, pues se subentiende que quien da, tiene. Y por eso el fatuo que hace el ademán de

dar sin tener se ilusiona y cree tener, y se complace brillando ante los demás y tal vez ante sí mismo.

Este juego del tener y el dar nos lleva inmediatamente al pasaje que sigue en Mateo XXV, 14-30:

Porque así es cómo un hombre, que el partirse lejos, llamó a sus siervos, y les entregó sus bienes.

Y dio al uno cinco talentos, y al otro dos, y al otro dio uno, a cada uno según su capacidad, y se partió luego.

El que había recibido los cinco talentos, se fue a negociar con ellos, y ganó otros cinco.

Asimismo el que había recibido dos, ganó otros dos.

Mas el que había recibido uno, fue y cavó en la tierra, y escondió allí el dinero de su señor.

Después de largo tiempo vino el señor de aquellos siervos, y los llamó a cuentas.

Y llegando el que había recibido los cinco talentos, presentó otros cinco talentos, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, he aquí otros cinco he ganado de más.

Su señor le dijo: Muy bien, siervo bueno y fiel, porque fuiste fiel en lo poco, te pondré sobre lo mucho, entra en el gozo de tu señor.

Y se llegó también el que había recibido los dos talentos, y dijo:

Señor, dos talentos me entregaste, aquí tienes otros dos que he ganado. Su señor le dijo: Bien está, siervo bueno y fiel, porque fuiste fiel sobre lo poco, te pondré sobre lo mucho, entra en el gozo de tu señor.

Y llegando también el que había recibido un talento, dijo: Señor, sé que eres un hombre de recia condición, siegas en donde no sembraste, y allegas en donde no esparciste;

Y temiendo me fui, y escondí tu talento en tierra: he aquí, tienes lo que es tuyo.

Y respondiendo su señor, le dijo: Siervo malo y perezoso, sabías que siego de donde no siembro, y que allego en donde no he esparcido;

Pues debiste haber dado mi dinero a los banqueros, y viniendo yo hubiera recibido ciertamente con usura lo que era mío.

Quitadle, pues, el talento y dádsele al que tiene diez talentos;

Porque será dado a todo el que tuviere, y tendrá más; mas al que no tuviere, le será quitado aun lo que parece que tiene.

Y al siervo inútil echadlo en las tinieblas exteriores; allí será el llorar, y el crujiir de dientes.

Así presenta Jesús a Dios y la obra de Dios. No lo presenta como un benefactor sempiterno, según hacen quienes suponen deber suyo el adormecernos más agradablemente. Lo presenta de manera impresionante. Es el que dice: "Fuego vine a poner sobre la tierra, y ¿qué quiero, sino que arda?" En estos pasajes, Dios es como un señor injusto y cruel, como un señor que hace a sus siervos la mala jugada de volver cuando no lo aguardan; y ya lo habéis visto presentarse como un ladrón. "Mas esto sabed -dice-, que si el padre de familia supiese la hora en que vendría el ladrón, velaría sin duda, y no dejaría minar su casa." También vosotros debéis velar, porque el Hijo del Hombre vendrá en la hora menos pensada: *como un ladrón*. ¿Por qué os figuráis que el Evangelio nos presenta bajo tales especies al Ser infinitamente bueno? Para despertarnos al mismo tiempo que nos habla de vigilancia. Para sacudirnos.

La Parábola de los Talentos. La palabra *talento* significa en el latín de los Evangelios sólo una cosa: pieza de moneda con valor de... (confieso que ignoro este valor). Entre nosotros, la palabra talento tiene además otro sentido: significa don de la inteligencia. Y por una vez el juego de palabras es lícito y apropiado. Pero debemos saber que el sentido del talento confiado es mucho más amplio. Representa y significa *todo don*, toda ventaja de que gozamos: de fortuna, de nacimiento, de inteligencia o de fuerza o de belleza; y aun de bondad, de virtud nativa. Todo ello se presenta con el símbolo de los cinco talentos o los dos talentos confiados al servidor, o sea al hombre común. Pues un hombre común debe saber qué es, debe conducirse y querer conducirse siempre como servidor. Y con los talentos que le son confiados debe hacer algo. Dios, en su infinita bondad, no considera en nosotros lo que no hemos hecho. Por eso se dice que *siega* de donde no siembra y que *allega* en donde no ha *esparcido*. Él, el Todopoderoso, tuvo el poder de trazar un límite a su propio poder para que nosotros podamos aumentar un poco el nuestro. Y lo conseguimos cuando tenemos unas gotas de ese aceite del cual se nos ha hablado poco antes, cuando tenemos una lámpara encendida, cuando velamos, esperamos y trabajamos como servidores fieles. Su infinita bondad persuade a Dios, que nos hace el don inmerecido, gratuito, injusto, casi inconcebible, de una suma de libertad proporcionada a nosotros: "cada uno según su capacidad". Así es cómo nos da gratuitamente un poco de Su Ser, un poco de valor, un poco de Su Valor, un poco de libertad, un poco de Su Libertad. Los demás hombres consideran eso y solamente eso en nosotros, porque habréis observado que si admiráis a alguien, es siempre por los dones que ha recibido y con los cuales nada puede hacer. Pero Dios, el único que sabe lo que nos ha dado, distingue lo que nos ha dado de lo que nos hemos dado a nosotros mismos y sólo presta atención y concede valor a aquellas cosas que no ha sembrado ni esparcido. A los dos talentos, a los cinco talentos que hemos obtenido con los dos talentos y los cinco talentos que nos dio antes.

Pero el servidor receloso, perezoso, ingrato, duro e injusto, el servidor que, enfadado por no haber recibido más que un talento (cuando los demás han recibido dos o cinco), teme perder su mísero talento y sabe que habrán de reclamárselo -pues, siente a justo título, que ese talento no es suyo, el servidor que entierra y sofoca su talento es el que no tiene, o sea el que no hace, ni ama, ni espera, ni ha comprendido, ni ha querido. Se cree justo porque devuelve el talento tal como lo recibió. Pero el que se lo había confiado se lo quita para dárselo al que tenía diez: ésta es la divina economía, tan diferente de la economía humana, como podéis verlo.

Por nuestros talentos, nuestros dones, nuestra bondad, nuestra primacía somos amados y admirados; y quizá por esos dones amamos y admiramos a nuestra vez. Pero así damos pruebas de escasa prudencia, de tener mal encendida la lámpara, ya que debemos saber que *todos esos dones son deudas*. Temamos poseer cuando no somos capaces de hacer y devolver. Seamos escrupulosos al hacer y devolvamos *más* de lo que hemos recibido, porque devolver *lo mismo* no basta. La devolución del talento es una ingratitud. Por lo demás, lo que no damos nos será arrebatado: si no padecemos por algo no padeceremos por nada, si no morimos por algo no moriremos por nada, pues "todo hombre será salado en fuego".

Esto nos lleva al texto de Lucas que hemos leído poco antes. Observemos de qué extraña manera Jesús responde a Pedro sin responderle, cuando Pedro dice: "Señor, ¿dices esta parábola a nosotros, o también a todos?" (Se trata del padre de familia que vela porque sabe que llegará el ladrón.) Y Jesús parece no responder del todo para seguir el curso de sus pensamientos. "¿Quién crees que es el mayordomo fiel y prudente, que puso el señor sobre su familia, para que les dé la medida de trigo en tiempo? Bienaventurado aquel siervo que, cuando el señor viniere, le hallare así haciendo. Verdaderamente os digo, que lo pondrá sobre todo cuanto posee. Mas si dijere el tal siervo en su corazón: Se tarda mi señor de venir; y

comenzare a maltratar a los siervos, y a las criadas, y a comer, y a beber, y a embriagarse; vendrá el señor de aquel siervo el día que no espera, y a la hora que no sabe..." Y después esta sentencia plena de sentido, amenazadora de plenitud:

Porque aquel siervo que supo la voluntad de su señor, y no se apercibió, y no hizo conforme a su voluntad, será muy bien azotado. Mas el que no lo supo, e hizo cosas dignas de castigo, poco será azotado.

Ya veis qué nítida es la respuesta al que pregunta. Pregunta Pedro, orgulloso quizás por su privilegio de discípulo y amigo: ¿Nos hablas a nosotros o a todos? Y dice la respuesta: Teme este privilegio tuyo como todos los demás, Pedro; sé y procura ser siempre el servidor vigilante que eres, porque si has conocido la voluntad del Señor y has conocido el rostro del Señor y luego flaqueas, serás azotado con más azotes que quien nada conoció. *Porque a todo aquel, a quien mucho fue dado, mucho le será demandado; y al que mucho encomendaron, más le pedirán.*

¿Tenéis alguna pregunta que hacerme?

UNA COMPAÑERA: Cuando se dice que el servidor que sólo tenía un talento debió llevarlo a los banqueros para multiplicarlo, ¿significa eso que quien tenía un poco y era incapaz de aumentarlo por sí solo debía acudir a otro?

RESPUESTA: Sí, acude al maestro que puede desarrollar tu talento, ya que eres incapaz de desarrollarlo por ti mismo.

UN COMPAÑERO: ¿Por qué hay diez vírgenes?

RESPUESTA: Pienso que éste es número de la plenitud. Las diez vírgenes forman un grupo armonioso y completo. Diez es número de perfección, pero esta perfección se rompe muy fácilmente en dos.

En toda la parábola adviértese el contraste entre la perfección supuesta y concedida previamente y la pérdida ocasionada por una causa que parece desproporcionada con la extensión de la desgracia. Las diez vírgenes se presentan como llamadas al banquete nupcial. Mas la parábola se dirige a cualquiera. Para ser virgen, para ser escogida por hermosa, es necesario que las vírgenes representen el alma que se encamina hacia la unión. No se trata de personas corrientes que corren tras sus placeres, porque éstas ya han caído definitivamente en la imprudencia. Mas la falta de aceite, la imprudencia mínima, rebaja al elegido hasta el nivel de quienes ni siquiera el camino han emprendido. Pues cuanto más haya sido confiado y dado, más escrupulosa y severa habrá de mostrarse la exigencia. Por una ínfima falta la catástrofe y el derrumbe pueden sobrevenir.

XXXI

ABANDONO, RECOMPENSA Y GRACIA. EL MANCEBO RICO Y LOS OBREROS DE LA VIÑA

13 de junio de 1947. Calle Saint-Paul

Mateo XIX, 16-30:

Y vino uno y le dijo: Maestro bueno, ¿qué bien haré para conseguir la vida eterna?

Y él le dijo: ¿Por qué me preguntas de bien? Sólo uno es bueno, que es Dios. Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos.

Y le dijo: ¿Cuáles? Y Jesús dijo: No matarás; no adulterarás; no hurtarás; no dirás falso testimonio;

Honra a tu padre y a tu madre; y amarás a tu prójimo como a ti mismo.

El mancebo le dice: Yo he guardado todo eso desde mi juventud, ¿qué me falta aun?

Jesús le dijo: Si quieres ser perfecto ve, vende cuanto tienes, y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; y ven, sígueme.

Y cuando oyó el mancebo estas palabras, se fue triste; porque tenía muchas posesiones.

Y dijo Jesús a sus discípulos: En verdad os digo, que con dificultad entrará un rico en el reino de los cielos.

Y además os digo: Que más fácil cosa es pasar un camello por el ojo de una aguja que entrar un rico en el reino de los cielos.

Y los discípulos, cuando oyeron estas palabras, se maravillaron mucho, y dijeron: Pues, ¿quién podrá salvarse?

Y mirándolos Jesús, les dijo: Esto es imposible para los hombres; mas para Dios todo es posible.

Entonces tomando Pedro la palabra, le dijo: He aquí, que nosotros todo lo hemos dejado, y te hemos seguido: ¿qué es, pues, lo que tendremos?

Y Jesús les dijo: En verdad os digo, que vosotros, que me habéis seguido, cuando en la regeneración se sentará el Hijo del Hombre en el trono de su majestad, os sentaréis también vosotros sobre doce sillas, para juzgar a las doce tribus de Israel.

Y cualquiera que dejare casa, o hermanos, o hermanas, o padres, o madre, o mujer, o hijos, o tierras por mi nombre, recibirá ciento por uno y poseerá la vida eterna.

Mas muchos primeros serán postreros, y postreros, primeros.

Dos pasajes, o tres si queréis, sobre el abandono, la recompensa y la gracia. El mancebo se aproxima y dice: "Maestro bueno, ¿qué haré para conseguir vida eterna?" Y el Maestro responde: "¿Por qué me preguntas de bien? Sólo uno es bueno, que es Dios". En Marcos X, 17, leemos: "Maestro bueno, ¿qué haré para conseguir la vida eterna?" Y Jesús respondió: "¿Por qué me dices bueno? Ninguno bueno, sino Dios". En ambos casos la respuesta es un primer intento del Maestro, que invita al discípulo a recogerse en sí mismo. "Maestro bueno"... ¿Por qué invocas la bondad del Maestro? ¿Por qué he de ser yo quien te diga lo que debes hacer? Sólo uno es bueno: Dios. Dios está en ti, como en mí. Por qué me interrogas sobre lo que es bueno, cuando tú mismo lo sabes o lo sabrás cuando reflexiones acerca de ti mismo, cuando te recojas en el Reino de los Cielos que está en tu corazón. El mancebo, desde

luego, no entiende la respuesta e insiste. Y Jesús, con un suspiro algo fatigado, le dice, más bien le repite lo que todo el mundo sabe: "No matarás, no robarás, no adulterarás . . ." Y por fin este último mandamiento: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo", que por lo demás es el primero y el más importante, puesto que todos los demás se deducen lógicamente de él. El que ama a su prójimo como a sí mismo no mata. Y asimismo la enseñanza que ha de seguir el mancebo se deduce de este primer mandamiento: "¿Qué debo hacer?", pregunta el mancebo; "porque todo lo hice ya". Y subentendiendo: a nada me ha llevado. Si quieres ser perfecto, vende tus bienes, da el dinero a los pobres, sígueme. Es obvio que si quisieras a tu prójimo como a ti mismo no podrías soportar durante media hora tus riquezas. Y en verdad, "cuando el mancebo oyó estas palabras, se fue triste; porque tenía muchas posesiones". Y permaneció apegado a sus muchas posesiones y tuvo el mismo fin que ellas: la dispersión. Los grandes bienes que arrebatan los ladrones, que atacan la herrumbre y los ratones, los grandes bienes que las gentes adquieren al azar y que les son retirados al azar... Y, sin embargo, las gentes se aferran a ellos y por ellos abandonan lo mejor de su sustancia.

"Y además os digo: Que más fácil cosa es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de los cielos". La comparación parece forzada y la traducción aumenta la oscuridad. En realidad (si recuerdo bien y no me engaño) el *Ojo de la Aguja* es una de las puertas de Jerusalén, así llamada por su estrechez. Un hombre podía atravesarla solo y hasta en camello, inclinando la cabeza. Pero no con un camello cargado, un camello con sus dos alforjas, con sus dos grandes fardos. La comparación adquiere así todo su valor poético, místico y concreto. No podéis pasar por la puerta estrecha si estáis cargados, no podéis apreciar la desnudez de las cosas si no estáis desnudos. Recordad lo que os dije acerca de la construcción de la torre cuando no habíamos leído este pasaje del Evangelio de Lucas. ¿Por qué es dañosa la riqueza? ¿Por qué le es difícil salvarse al rico? Porque ante todo la riqueza es un obstáculo para la caridad. Me diréis que no: no, yo querría ser rico, y mucho más rico de lo que soy para dar mucho más a mis amigos y distribuir entre los pobres. Pero, ¿qué podéis dar vosotros, ¡oh ricos!, si no tenéis nada que no hayáis tomado de alguna parte? Os diré que tenéis demasiado, y hasta el más pobre de entre vosotros tiene demasiado. Los que salvaron más hombres de la miseria nada tenían. Siempre encontraréis algo que dar si queréis dar, y eso os será dado. Dios nunca rehúsa a quien quiere dar.

Cuando Juan Bosco fundó sus escuelas, vivía en una bohardilla con su madre y su caridad consistía en llevar a la campiña a los chicuelos que jugaban en los terrenos baldíos. Poco a poco fueron fundándose las escuelas, y Juan Bosco alojaba en ellas a millares de niños y los alimentaba mientras él seguía viviendo en la bohardilla con su madre. Un día fue a verlo una hermana de caridad para decirle: "Esta noche tenemos que dar de comer a cien criaturas y no hay en la caja más que cincuenta francos. ¿Qué será de nosotros?" Entonces el viejo sacerdote se encolerizó y le dijo: "Muéstrame esos cincuenta francos". Y la buena hermana los tomó de su alforja. El anciano los arrojó por la ventana, diciéndole: "Esto es lo que hago yo con cincuenta francos. ¿Cree usted que Dios no sabe cómo proveer a las necesidades de los suyos?" Y lo cierto es que esa misma noche llegó una donación inesperada a la comunidad. Ignoro si habéis tenido experiencias semejantes, pero sin duda habréis observado que en estos casos la donación inesperada llega siempre, a condición de que sea un don que volverá a darse. No es rico el que maneja grandes tesoros (sean o no de su propiedad: suyos frente a los hombres), no es rico el que sencillamente los maneja, el que los deja pasar entre sus manos. Es rico el que posee y considera suyo lo que posee, y al propio tiempo es poseído por lo que posee. Pues los pobres dicen: Por qué no seré rico para verme libre, para hacer cuanto se me antoja, en vez de estar encadenado a menesteres ingratos por un mísero salario. Pero si fueran ricos estarían encadenados a menesteres aún menos agradables; por lo tanto no serían más

libres: y hasta es posible que lo fueran menos aún, ya que imaginarían ser libres, mientras que encadenados a sus ingratos menesteres por necesidad, tienen conciencia de ello y odian sus cadenas. Los apegados a las necesidades de la vanidad o del placer creen tal vez que están desapegados, creen tal vez que pueden hacer cuanto quieren, creen tal vez que han llegado a la libertad: y ésa es su perdición, puesto que ignoran la servidumbre y no saldrán de ella.

¿Cómo despojarse de las riquezas y seguir viviendo? Sólo hay dos caminos posibles: o bien aceptar la condición de mendigo y marcharse a predicar por los caminos sin llevar un céntimo en la alforja y sólo con un manto, según recomienda Cristo a sus discípulos y como siguen haciendo los monjes mendicantes; o bien huir de las riquezas y conservar la pobreza: adquiriendo así la libertad y mostrando el camino de la liberación a los demás, sin deseos de medrar en lo exterior, sin deseo de alcanzar la tan funesta seguridad de las riquezas, seguridad tan engañosa como la libertad, como la generosidad que viene de ellas. Pues nadie, en verdad, es tan temeroso como un rico. El rico siempre tiembla por los ladrones, por quienes abusan de él, por las revoluciones, por el recelo de perder su haber. Es preciso admitir desde el fondo del corazón que los bienes no nos pertenecen y que los peligros son buenos, que es bueno el peligro de encontrarnos absolutamente inermes y despojados. Que quien posee un tesoro en el cielo no teme el despojo de los demás bienes. Pues quien ha dejado padre, madre, hijos, hermanos, hermanas, hijos, hijas, ése recibirá ya en este mundo sus riquezas centuplicadas, y un tesoro en el cielo y en el espíritu. Sí, ya en este mundo mismo. Pues, ¿qué busca el rico? Busca una superación y cree encontrarla en la abundancia de los bienes; busca una vida más amplia y desahogada; busca mil ocasiones de engrandecerse o de manifestar su grandeza convencional e ilusoria. Y en la acumulación de sus bienes siente no sé qué orgulloso prurito que reemplaza esa impresión de íntima elevación que solamente la dicha puede dar. Buscando los mil placeres, las mil vanidades y el orgullo único y furioso de los conquistadores, el rico convierte en moneda su grandeza y su dicha. Y el gran mal del rico es la tentación de la distracción, así como su principal interés es el aparato y la fiesta. Lo cual significa dispersión, destrucción de la sustancia íntima. A esto se reducen la riqueza y el poder mundanos, desviaciones artificiales de la grandeza espiritual y de la dicha interior; caricatura horrenda cuyo reverso es la miseria, puesto que las riquezas de este mundo son limitadas, están mal distribuidas por sistema: y lo que sobra a los unos falta a los otros, y los que tienen mucho adquieren todavía más sin esfuerzo, y los que tienen demasiado poco deben luchar infinitamente para no perderlo todo.

Lo que el rico busca en lo externo, en el mundo, el pobre a causa del espíritu lo encuentra centuplicado en su interior. Lo que el uno adquiere aparentemente y convencionalmente, el otro lo alcanza en sí mismo, en realidad y en verdad: y reúne así un tesoro que los ladrones no podrán robarle, que la herrumbre no podrá devorar.

Pasemos ahora a la extraña parábola de los obreros de la viña. No tendremos que dar un salto: nos deslizaremos naturalmente. Porque hemos hablado de recompensa y de tesoro en el cielo, y de cómo Jesús prometió a los suyos doce tronos casi iguales al suyo. Los obreros son llamados a jornal y ya entendemos de qué jornal se trata: trátase indudablemente de la Gracia y de la Salvación. Y los últimos, los de la hora undécima, los llamados al final de la tarde, reciben el salario de la jornada ante su propio asombro, puesto que nada han pedido. Reciben el jornal, que es la Gracia y la Salvación. Los que padecieron el peso de la tarde y el calor esperan recibir más, pero reciben igualmente la Gracia y la Salvación: el jornal. ¿Qué justicia es ésta? Es la justicia divina, amigos míos, siempre tan diferente de la justicia humana. Lo cual no significa que sea una injusticia. Quiere decir sencillamente que las medidas divinas son diferentes de las medidas humanas y menos estúpidas, pues la inteligencia humana y el

espíritu de reivindicación no comprenden en qué consiste la Gracia y la Salvación, así como la inteligencia humana no comprende en qué consiste lo que es infinito. La Gracia y la Salvación son infinitas, y ¿a qué son iguales *dos o tres* infinitos? A *un solo* infinito. No media proporción entre el jornal celeste y la obra humana que nos lo hace merecer, porque ninguna obra humana puede merecerlo nunca. Las obras terrenas merecen salarios terrenos; una obra bien llevada merece el éxito, y eso es todo. Pero las obras que son un trabajo en la Viña del Señor reciben un jornal enteramente diferente y sin proporción con su mérito. El señor de la viña, o sea el propio Dios, contrata a los obreros y les paga de acuerdo a su contrato, así como llamó a los profetas y concertó su Alianza con el pueblo elegido y la conservaría aún si ese pueblo elegido hubiese recordado su elección. Dios es justo y es mucho más justo: es infinitamente bueno.

Es rico con *riqueza de iniquidad*, como se dice en la parábola del Mayordomo Injusto: *riqueza de indulgencia*. Los últimos llegados al trabajo del Señor, ¿por qué son últimos? Porque nadie nos ha contratado, responden. Si no soportaron el peso de la tarde y el calor, al menos permanecieron a la espera durante el día entero, atentos al llamado. Y esto es lo que ha de hacer todo hombre: estar a la espera, dispuesto a responder al llamado, y mientras tanto negarse a todos los falsos llamados, y permanecer firmes en su vigilancia. Y no bien los contrata el Señor de la Viña, marchan sin pedir nada, conscientes de que les será dado lo razonable y aún más. Lo que exige el trabajo del Señor es una disposición interior al don y al trabajo. El trabajo sin disposición interior de nada vale; mas el trabajo con la disposición interior sirve infinitamente, llena la medida desde el principio, rebasa toda medida. No debemos preguntar si el que renunció tenía grandes bienes que abandonar. El que sólo renunció a miserias o a sueños ambiciosos recibirá por su renunciamiento tanto como el que renunció a tronos y palacios. Y el que se consagra a la plegaria y al ejercicio cuando siente el llamado sin inquietarse del jornal, con toda la fuerza, con todo el coraje, con todo el transporte que le son posibles y que exigen de ése también logrará la plenitud del resultado.

"Pues, ¿quién podrá salvarse?", preguntan los discípulos con inquietud y asombro. Y Jesús les responde: *Esto es imposible para los hombres; mas para Dios todo es posible*. Y esta respuesta nos lleva otra vez a la primera, la que pedía el mancebo: *¿Por qué me preguntas de bien? Sólo uno es bueno, que es Dios*. El trabajo de la salvación no es un trabajo humano, no es un trabajo natural, no es un trabajo que pueda medirse desde fuera, según la intensidad del esfuerzo, según la duración del esfuerzo, según el precio de las renunciaciones. Sólo puede medirse con una medida interior que nadie conoce sino Dios.

La salvación no depende de ninguna circunstancia exterior y tampoco de nuestro coraje para superar los acontecimientos. Depende de nuestra independencia con respecto a las cosas exteriores y del abandono de nuestra voluntad propia, a fin de que el trabajo de Dios se haga en nosotros.